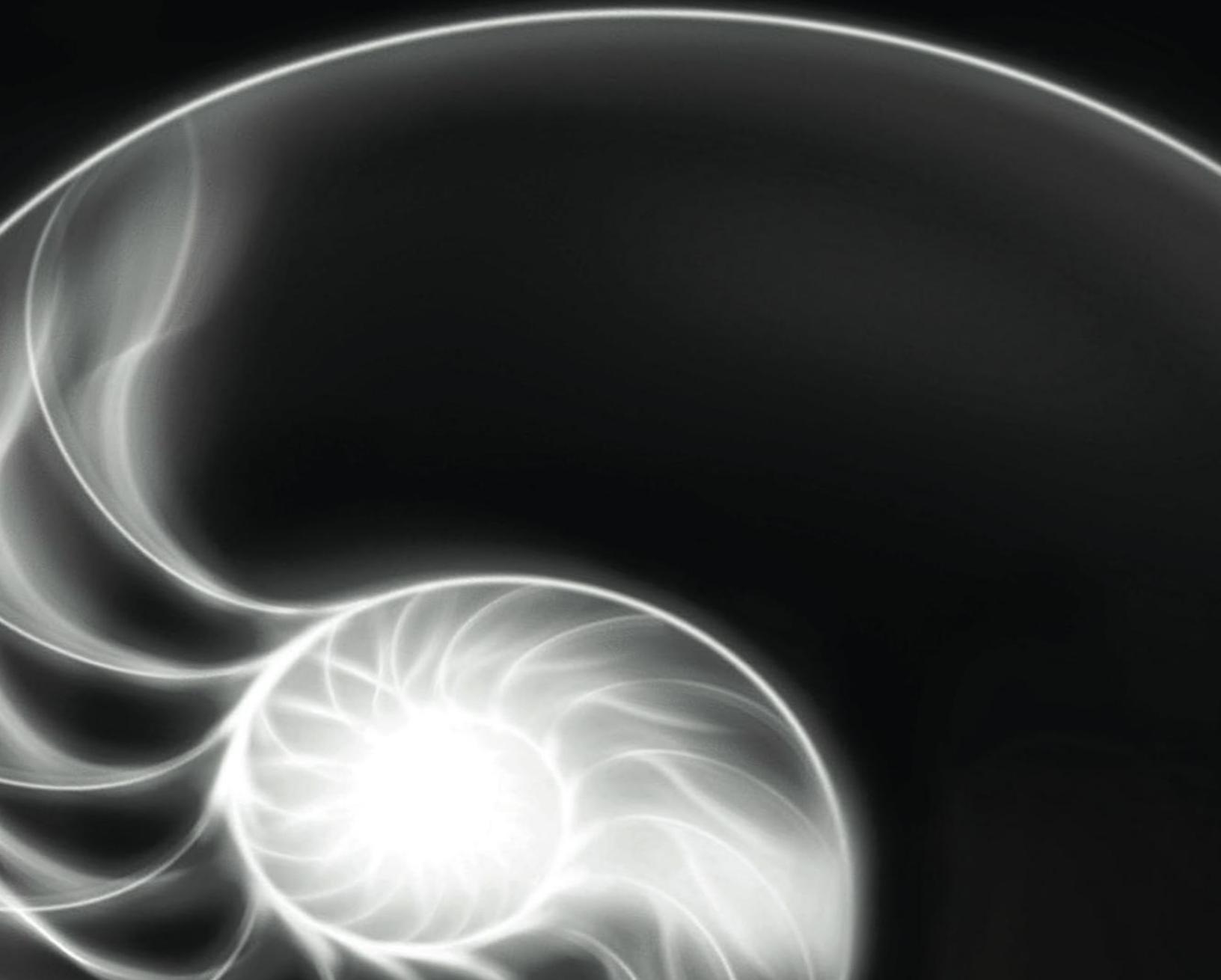


Inteligencia planetaria

Eugenio Carutti





Eugenio Carutti

Es licenciado en Antropología de la Universidad de Buenos Aires, donde también realizó estudios de física.

Fue profesor titular en la Universidad del Salvador y director de Antropología en la Universidad Nacional de Salta.

Es Fundador y Director de Casa XI, escuela en la que dicta sus cursos y seminarios.

Inteligencia Planetaria

Eugenio Carutti

Los humanos estamos llamados a reconocernos de una manera cada vez más directa como un aspecto más de esa inmensa vida que es la tierra.

Nuestra mente emerge de una inteligencia de escala planetaria, de un tejido asombrosamente vasto, bello y variado, pero que la mayoría de nosotros aún no hemos aprendido a percibir. De una manera cada vez más clara, a través de distintos seres humanos y de las forma de expresión más variadas, esa inteligencia se dirige a nosotros para que podamos registrar su presencia con mayor intensidad.

Este es un libro que nace de la pasión por las conexiones. Del profundo anhelo de experimentar la confluencia de los opuestos en los que se ha fragmentado nuestra experiencia como humanos. De la inteligencia vincular. De la revelación de que aquello que observa es lo mismo que aparece ante sí como lo observado.

Inteligencia planetaria

Eugenio Carutti

Prefacio

Cómo leer este libro

La transformación de la Tierra

Nosotros, los humanos

El florecimiento de la Tierra

Horizontes de sensibilidad

Evolución e iniciación

La tecnología como fenómeno planetario

El “centro” del universo

La destrucción de los nidos

La inteligencia que creció en el aislamiento

El despertar de la inteligencia vincular

Qué es mapear

Tendencias de la Mente

La mente tecnológica y la visionaria

El aprendizaje acumulativo

El insight

La codependencia del sujeto y el objeto

La relación como fundamento de la percepción

Meditación

Las divisiones internas

Un doble aislamiento

El repliegue al mundo “interno”

El pensamiento es acción y reacción

La maduración del cerebro

El marchitarse de la simbolización

El vínculo como fundamento

Lo no consciente

Entretejerse con lo incontrolable

Deshacerse y reiniciarse

El mundo de los significados

Todo acontecimiento es un significado

Un nuevo contexto

Pasión por las conexiones

Lo que observa es un patrón

La ilusión de la autonomía

Consciencia vibratoria

Somos lo que percibimos

Los límites de la autoconsciencia

Intuición e inspiración

El telar

La raíz de las cadenas

Más allá de la inteligencia centralizada

Una reticularidad materializada

Servir al universo es una necesidad biológica

Psiquis y cosmos

La creencia

La simulación

Los límites de la mente

El universo no es un mamífero

Inteligencia vincular

La información está en el vínculo

El verdadero aprendizaje

El yo es un patrón

Un desequilibrio evolutivo

El aprendizaje vincular

En el interior de la Mente

Las semillas de la Mente

El océano

La discusión creadora

Remontando el árbol/río de la Mente

Las rotaciones del pasado

La Belleza

La Mente no existe

Mitología y sincronicidad

Las estructuras comunales de la percepción

El condicionamiento occidental

El florecimiento y la consumación

El universo es sincronístico

Percepción y creación

Nosotros, los Biomecas

La mente del artista

Sentir patrones

La inteligencia que no tiene preferencias

El sentir vincular

El intelecto no puede comprender las experiencias

II

El recuerdo arquetípico

El eterno retorno

La ilusión de existencia separada

Maya

La telaraña excitación/interpretación

Sensación y significado

El estado de insight

Mente y vitalidad

El trasfondo sensorial del pensamiento

El centro crea su propio opuesto

El despliegue de las epistemologías

El aprendizaje humano

Más allá de la reproducción

El espejo

La imagen se reconoce a sí misma

El espejo sin borde

Eros

Glosario

Prefacio

Inteligencia planetaria de Eugenio Carutti es un reconfigurador de cerebros con una sensibilidad específica. Resultado de una larga investigación, este libro describe un proceso que está sucediendo indefectiblemente en la humanidad pero a la vez lo cataliza, lo acelera.

Converso con Eugenio desde mis cinco años; ahora tengo treinta y tres. En esa época, a través de charlas que eran diálogos y, a su vez, enfrentamientos, mi cerebro desorganizaba a menudo al suyo que, aunque muy sensibilizado, tenía un ritmo más lento. Disfrutábamos de estas batallas, que nos servían a ambos para coherentizar las propias contradicciones y admitir más al amor en todas las etapas del significar.

Hoy, esta aventura ha dado un nuevo fruto; me siento del otro lado de la cerca. *Inteligencia planetaria* me ha des configurado y reconfigurado con sólo leerlo. Encontré aquí un lenguaje base para expandir, de una manera sorprendentemente compatible con mi sentir más original, mi capacidad lógica más nativa, ese pensar cósmico tan desentonante para lo cotidiano, y tan organizador para lo infinito. Por eso, cuando Eugenio se acercó a pedirme un blog entendí que era el momento de asistir al parto de su libro, así como él había asistido al mío.

Se me ocurre llamar a esta peculiar manera de unir las lógicas cósmicas con las humanas, *translogicismo difuso*. La dirección habitual de lo concreto a lo abstracto de la lógica difusa, la lógica que sirve a las tecnologías de inteligencia artificial, es invertida, yendo ahora de lo abstracto a lo concreto, e invitada a dialogar con su propia sombra. Este pensar no mide lo real en términos binarios y absolutos sino que tiene muchos valores de verdad posibles; no sólo tolera las contradicciones sino que se expande a través de ellas. Las ideas que se pueden expresar así son en mayor o menor medida aproximaciones, pero debido a la altísima coherencia entre lo que se dice y cómo se lo dice, el efecto que puede generar en cerebros afines es de una profunda aceleración del proceso de maduración vincular. La nueva estructura implica una nueva manera de realizar vínculos, tanto internamente entre los conceptos e impresiones en sí, como externamente entre cada conciencia individual.

Con esta danza reconfigurante, Eugenio nos invita a pensar sobre los

cerebros, los universos y las mentes, sus naturalezas holográficas y de burbuja, de hologramas dentro de hologramas, de fractales. Así como los nuevos algoritmos de reconocimiento de voz logran su eficiencia al soltar la precisión dura y exacta y percibir contextos, este translogicismo puede acelerar nuestra reconfiguración al ser difuso, aumentando nuestra adaptación intuitiva a la aceleración de más y más cambios que están ocurriendo en la Tierra.

La magia de *Inteligencia planetaria* no yace entonces en la infalibilidad de sus lógicas. Tampoco en la gran originalidad de sus ideas. Sus conceptos no son ni totalmente científicos ni totalmente místicos. Pero eso sí, tienen el coraje de andar en un terreno aún bastante virgen: el terreno de su fina y profunda integración. Es decir, en este libro, las *mentes* de Eugenio hacen el amor con seriedad. Su mente lógica escucha a su mente mística y viceversa, incluso cuando no se entienden. Y el fruto de ese amor explota página a página y, si es escuchado bien, activa el de nuestras propias mentes, que siempre pueden hacer eco de los intentos de profundizar su diálogo.

Para entender lo difícil, desorganizante y potencialmente doloroso de este proceso, pero también lo importante y profundamente plenificante, pensemos en la relación entre un hombre y una mujer. Pensemos en las variadas y siempre cambiantes condiciones que deben darse para sostener un vínculo realmente amoroso. Pocos logramos sostener el amor día tras día, sin escaparnos de lo que ocurre en el ahora. Y lo primero que necesitamos es oír sobre las dificultades del camino. Así, lo primero que las palabras de Eugenio pueden darnos es una comprensión de que *no es fácil que dialoguen tus mentes, pero es así, nunca se entenderán; hay que amar sin querer entenderlo todo*.

Es por esto que aquí nos habla una inteligencia realmente vincular. Dos inteligencias que no terminarán tal vez nunca de entenderse, pero que pueden, sin duda, comenzar a amarse.

Flavio Cabobianco

Autor de *Todos venimos del Sol*

Cómo leer este libro

Solemos concebir al libro como un objeto acabado en sí mismo y nos vinculamos con él desde ese condicionamiento. La realidad es que los millones de textos que los humanos hemos escrito forman parte de un inmenso flujo interactivo que trasciende por completo a cada libro particular. Es desde esa corriente global que una nueva obra es concebida. La totalidad del pensamiento humano participa en su concepción. Y cuando la obra se materializa, su nivel de resonancia con la conversación colectiva convocará nuevos participantes que la recrearán con nuevos textos.

La vertiginosa interacción que caracteriza a nuestra época nos está forzando a replantear el significado de las *obras personales* y de eso que llamamos *propiedad intelectual*. Ambos conceptos se nos empiezan a revelar como apariencias transitorias, como simples eslabones de la inmensa cadena del pensar humano. En este tiempo de transición en que vivimos, se hace cada vez más visible que estamos buscando nuevas formas de escribir y de leer que puedan satisfacer las necesidades de una nueva inteligencia—asombrosamente interactiva—que está despertando en nosotros. *Para un número creciente de seres humanos, el libro ha dejado de ser un objeto y se revela como un vínculo.*

Este libro trata del despertar de esa inteligencia que no percibe objetos sino vínculos. Ese es su contenido, y la forma en la que está escrito procura expresar ese mismo concepto. Quien escribe y quienes leen tenemos que hacer un esfuerzo inicial para que nuestros condicionamientos no encapsulen el texto en las formas conocidas.

Este libro, como un fotograma en una película, forma parte de un proceso abierto, tanto anterior como posterior a él. Por esa razón, debería ser leído como el cartografiado de una investigación en curso. Sus distintos capítulos son mapas destinados a orientar una experiencia; son distintas versiones, que incluso pueden parecer contradictorias, de aquello que la investigación va encontrando en su recorrido. De allí que el texto no presente una coherencia lineal.

El lector no debe esperar encontrarse con una secuencia ordenada en la que un tema se va desplegando hasta arribar a su conclusión.

Ante una primera mirada, puede aparecer como una colección de artículos

dispersos. Sin embargo, cada uno de ellos se encuentra absolutamente entrelazado con los demás: remiten los unos a los otros en una coherencia circular que va repitiendo y amplificando los mismos motivos desde ángulos diferentes.

Como en un hipertexto, en cada capítulo se encontrarán referencias cruzadas que hemos llamado *enlaces*, los cuales actúan como distintas puertas de acceso a cada uno de los demás capítulos, en un intento de dar mayor visibilidad a la trama que subyace al conjunto. Es por esto que la secuencia de lectura que proponemos es sólo una entre muchas opciones posibles. Es probable que el lector encuentre un orden diferente que le resulte más satisfactorio que el presentado por nosotros.

La mejor manera de predisponerse a esta lectura es pensar que no se está frente a un texto acumulativo en el que se van agregando conceptos lógicamente ensamblados con los anteriores, sino que, a través de la reiteración bajo distintas formas de una serie de temas que regresan y se multiplican, se abre una lógica que podríamos llamar *circular*, o mejor aún, *espiralada*.

Los distintos capítulos fueron escritos en momentos muy diferentes y en ellos convergen perspectivas aparentemente contradictorias, incluso en lo estilístico. A lo largo del texto se superponen múltiples registros y puntos de vista. Desde la psicología, la antropología y la teoría de la evolución hasta las corrientes de indagación comúnmente llamadas *esotéricas*, lo imaginativo y lo racional, la metáfora y la explicación, parecen arbitrariamente “mezclados”. Este tipo de coexistencia no habrá de satisfacer seguramente a los que piensan exclusivamente de un modo científico y tampoco a aquellos que van en busca de explicaciones místicas. Pero la intención es, precisamente, sostener este tipo de contradicciones cuanto nos sea posible.

Dijimos al principio que todo lo que se dice en este libro está ligado a una experiencia de investigación y cobra sentido en la acción de aclarar y guiar esa experiencia.

Esta investigación es grupal. La indagación aquí descrita surge de la *inteligencia vincular* que enhebra la interacción de distintos buscadores. Esto debe ser aclarado por cuanto el libro está escrito y firmado por una sola persona. Esto sólo es consecuencia de las distintas cualidades, funciones y responsabilidades que cada uno expresa en la interacción.

En un sentido profundo, ningún ser humano posee un pensamiento propio. Para

quién firma el libro, no existe tal cosa como la “inteligencia personal”. El cerebro humano es tan sólo un sintonizador de las distintas corrientes de vibración e inteligencia que saturan el universo en sus diferentes niveles. Pretender apropiarse de ellas es tan ilusorio como creernos los dueños individuales o colectivos de una porción de la Tierra. Es evidente que en este último caso, los “propietarios”, o incluso las naciones, sólo somos los guardianes responsables de alguna parcela terrestre: de los árboles, ríos, rocas o animales que se encuentren en ella. Cada ser humano lo hace dentro de los marcos legales que nuestra limitada inteligencia vincular nos ha permitido concebir a lo largo de la historia.

De igual modo, no somos más que los guardianes de todo aquello que se manifiesta en “nuestro” cerebro. Pero jamás sabremos dónde se han originado realmente las corrientes que toman forma en cada uno. Es justo que nos hagamos responsables de aquello que decimos y “pensamos”: la forma que toma el oleaje de la mente en cada cerebro concreto depende de su condicionamiento y calidad. Pero no es correcto sentirnos dueños y, mucho menos, creadores de aquello que pensamos y escribimos.

No existe tal cosa como una mente individual. Aquello que está más allá de toda forma distingible reverbera en un océano de inteligencia y sensibilidad que trasciende por completo todo lo que podemos imaginar. Ese océano se exterioriza a través de infinitas diferencias entrelazadas en el marco de ese fascinante proceso interactivo al que hoy damos el nombre precario de “evolución”. Aprender a vivir abiertos a la inmensidad, en tanto individuos, grupos y especie es, en última instancia, lo que estamos haciendo.

Quien firma este libro cumple entonces con la función de dar coherencia y sintetizar un sinnúmero de percepciones de origen vincular. Pero éstas tampoco pertenecen a ninguna organización o algún grupo definido por una identidad particular: son parte de una indagación abierta a la participación directa de todos aquellos que resuenen con estas percepciones.

Es habitual que agradecemos a los que han hecho posible el trabajo de materializar un libro en cada una de sus etapas. Pero, en este caso, no se trata de la gratitud de un individuo hacia un grupo de personas que lo ayudaron, sino el hacer presente, hasta donde es posible, la red de relaciones que se exterioriza en estas páginas. Rodolfo Achille, Ani Bettati, Lorena Bracco, Alejo Bucatinsky, Flavio Cabobianco, Julián Cardoso Correa, Martina Carutti, Juan Cicchetti, Diego

Claps, Paula De Mora, Patricia Fernández Acosta de Ordoñez, Alejandra Gavilanes, Eduardo Garriga, Laura Gurovich, Lucía Sol Lenza, Alejandro Luna, Paula Martellini, Emiliano Ollivier, Adolfo Ordoñez, Mariano Quintás, Virginia Riccio, Fabiana Rivera, María Laura Siano, Joaquín Wang, Luz Zamkotzian y Miguel Zurraco son algunos de los que, de distintas formas, participan de esta investigación en su forma actual.

Los humanos estamos llamados a reconocernos de una manera cada vez más directa como un aspecto más de esa inmensa vida que es la Tierra. Nuestra mente emerge de una inteligencia de escala planetaria, de un tejido asombrosamente vasto, bello y variado, pero que la mayoría de nosotros aún no hemos aprendido a percibir. De una manera cada vez más clara, a través de distintos seres humanos y de las formas de expresión más variadas, esa inteligencia se dirige a nosotros para que podamos registrar su presencia con mayor intensidad.

Este es un libro que nace de la pasión por las conexiones. Del profundo anhelo de experimentar la confluencia de los opuestos en los que se ha fragmentado nuestra experiencia como humanos. De la inteligencia vincular. De la revelación de que aquello que observa es lo mismo que aquello que aparece ante sí como lo observado.



La transformación de la Tierra

Nosotros, los humanos

El planeta está viviendo cambios extraordinarios. Este es un tiempo particularmente incierto en el que la cantidad de estímulos que la mente humana debe procesar en simultáneo nos parece a veces insopportable. Las categorías con las que intentamos comprender la realidad se ven continuamente superadas por la velocidad de los acontecimientos, y una incesante sucesión de interpretaciones que se contradicen entre sí exacerbía aún más la turbulencia del presente.

El hecho es que tenemos que hacernos cargo de enormes desequilibrios, tanto en lo ecológico como en lo económico, lo social, lo político y lo cultural. Quizás, por primera vez, empezamos a reconocer que todos estos niveles están absolutamente interconectados. Nos damos cuenta de que nos es imposible abordarlos por separado, tal como a nuestra mente analítica le gustaría hacer.

Si realmente queremos comprender el contexto planetario actual, debemos estar dispuestos a cuestionar radicalmente los supuestos que sostienen nuestras lecturas habituales de la realidad.

El denominador común de nuestras interpretaciones es que las dificultades que vivimos han sido provocadas por nosotros y surgen como consecuencia de decisiones que hemos tomado por nuestra libre voluntad. Ya sea que nos sintamos culpables por todo lo que sucede o que estemos seguros de que los humanos seremos capaces de resolver cualquier problema que se nos presente, el hecho es que no podemos evitar ubicarnos en el centro de lo que ocurre. Nuestro protagonismo central en la cadena de acontecimientos es el supuesto básico desde el cual percibimos.

La hipótesis que aquí sostendremos es que los problemas que enfrentamos son sistémicos. Responden a procesos cuyo origen se encuentra mucho más allá de nosotros y no dependen de nuestra voluntad. La realidad es que somos terrestres. Es el planeta el que se está transformando y lo que hoy nos ocurre es consecuencia de los profundos cambios que experimenta la Tierra.

Para captar la dimensión real de lo que hoy sucede, es necesario aceptar el hecho de que la Tierra es un sistema inteligente compuesto por innumerables organismos con millones de años de existencia. Nosotros, los humanos, somos sólo un aspecto de esa vida que se transforma a sí misma y se despliega como parte del sistema solar que la contiene.

Desde esta perspectiva, la única cuestión verdaderamente relevante es

preguntarnos con la máxima seriedad posible de qué manera podemos establecer una relación más madura con esa inteligencia.

El florecimiento de la Tierra

Nuestra percepción del cosmos se ha alterado por completo durante los últimos cien años. Súbitamente, nos hemos enterado de la existencia de miles de millones de galaxias que nacen y mueren en una danza que empezó hace miles de millones de años. La inmensidad del universo que percibimos hoy nos revela continuamente nuevos significados y nos impide generar una imagen mental suficientemente homogénea de la realidad, tal como hacíamos con relativa facilidad en el pasado.

A medida que nuestra capacidad para reconocer patrones se desarrolla, empezamos a percibir un universo de extraordinario dinamismo que se despliega con movimientos cuya amplitud nos trasciende, pero que al mismo tiempo nos incluye.

El pensamiento moderno llama a este pulso *evolución*. Más allá de las interpretaciones que podamos tener de él, este concepto posee una cualidad innegable: nos obliga a romper hábitos mentales y sensoriales hondamente arraigados. Nos exige aprender a pensar en términos de procesos cuya profundidad en el tiempo y vastedad en el espacio hacen estallar las fronteras de la mente.

Aunque aún nos resistamos a aceptar las consecuencias de aquello que esta noción nos revela, el hecho es que nos desafía profundamente. Nos hace partícipes de un proceso tan inmenso que nos resulta cada vez más difícil ubicarnos en el centro de todo lo que sucede. Para un creciente número de seres humanos, esta palabra ya no se refiere simplemente a una idea o a una teoría científica, sino que describe una nueva sensación, una nueva manera de registrar aquello que nos trasciende.

La tendencia objetiva de nuestra mente es propensa a describir este movimiento como una larga serie de ensayos y errores, a través de los cuales una inteligencia semiciega crea y destruye formas, traza asombrosos senderos y también vuelve sobre sí misma repitiendo patrones muy básicos en niveles crecientes de complejidad.

Los científicos lo han imaginado inicialmente como un proceso endógeno y unidireccional, como la dinámica específica de un planeta excepcional y relativamente aislado que incrementa progresivamente su complejidad con independencia de otros sistemas.

Sin embargo, es bastante evidente que la Tierra está íntimamente relacionada

con procesos inteligentes mucho más vastos—como el solar o el de la galaxia—de los cuales recibimos continuamente información y energía. Es indudable que, sin la participación activa de la totalidad del universo, la evolución de las formas de vida terrestre no hubiera sido ni sería posible.

De manera análoga, la matriz darwiniana dentro de la cual hemos concebido la idea de evolución tiende a pensarla como un movimiento relativamente gradual. Pero aquí también es imposible negar la existencia de bruscos saltos en el proceso. Dentro de un despliegue aparentemente progresivo, se puede percibir la existencia de periódicas discontinuidades que alteran por completo las condiciones preexistentes.

La inexplicable eclosión de la vida, la explosión del reino vegetal, el prodigioso salto en complejidad que significó la aparición de los sistemas nerviosos animales, el surgimiento de la especie humana, la irrupción arrolladora de las máquinas que transforman al planeta y salen a explorar el Sistema Solar son inmensos saltos en la organización de la vida terrestre. Transformaciones globales que desafían nuestra capacidad explicativa.

Un número creciente de seres humanos presiente que estamos viviendo en una de esas discontinuidades. Por eso, creemos necesario prestarles más atención. Quizás descubramos en ellas un conjunto de patrones que nos permitan comprender mejor los cambios del presente.

Lo primero que podemos distinguir en cada uno de esos saltos es la aparición de algún factor o una serie de factores que hicieron posible la formación de un nuevo tejido inteligente sobre el cual se apoyaron los saltos posteriores.

Esos factores surgen cada vez que el planeta entra en una nueva relación con los sistemas que lo contienen. Es el *encuentro* con algún nuevo nivel de la realidad lo que le permite al planeta dar un salto brusco en la complejidad de sus organismos e *iniciar* una nueva fase en su organización.

En los momentos previos a cada uno de estos saltos, la Tierra parece relativamente aislada del universo que la rodea. Durante extensos períodos se mantiene plegada sobre sí misma, absorbida en procesos que no necesitan de más información y energía que las que ella misma genera, como si estuviera estabilizando transformaciones anteriores que deben ser protegidas de cualquier perturbación de origen “externo”.

En esos momentos, podemos imaginar al planeta envuelto en una burbuja dentro de la cual ocurren grandes modificaciones que no requieren de un

vínculo más complejo con el universo circundante. En realidad, tampoco tiene la capacidad de establecerlo. Ninguno de sus organismos cuenta con la *sensibilidad* suficiente como para participar de procesos más amplios.

El universo rebosa de información en todo momento, pero gran parte de ella no tiene existencia fáctica para la Tierra hasta que no surjan los organismos capaces de vincularse con ella.

Un primer ejemplo es el del nitrógeno: éste envolvía al planeta mucho antes de que las primeras bacterias desarrollaran la capacidad de asimilarlo. Pero sólo su aparición hizo posible que la Tierra lo absorbiera hasta hacerlo circular entre sus formas de vida. Del mismo modo, la radiación solar bañaba la Tierra desde su origen, pero sólo comenzó a formar parte integral de ella a partir del momento en el que surgió la clorofila. Esa nueva sustancia hizo posible que el planeta sintetizara fotones por primera vez e incorporara la energía del sol en forma directa a su estructura.

Súbitamente, y a través de un proceso que aún no comprendemos, la Tierra genera organismos capaces de articularse de una manera inédita con algún factor del universo. Gracias a ellos, lo que hasta ese momento era “externo” al planeta comienza a formar parte de él.

Horizontes de sensibilidad

La evolución presenta umbrales de sensibilidad extremadamente precisos en cada uno de sus momentos. Estos umbrales definen la “realidad” dentro de la cual se producen todas sus interacciones. Hasta que el planeta no genera formas suficientemente sensibles a determinadas dimensiones del universo, éstas parecen no existir para la Tierra. Esa sensibilidad limitada traza un horizonte más allá del cual el inmenso caudal de información que circula por el cosmos se encuentra absolutamente fuera de nuestro alcance.

Podemos decir entonces que la inteligencia planetaria posee en cada momento un determinado *horizonte de sensibilidad*. Más allá de ese horizonte, ningún organismo terrestre puede registrar, y menos aún, vincularse con aquello que está presente en sistemas más amplios que el nuestro. *La Tierra no responde a esa presencia*.

Desde esta perspectiva, las grandes discontinuidades de la evolución pueden ser pensadas como sucesivas expansiones o rupturas del horizonte de sensibilidad de la Tierra.

Para que la energía solar pudiera participar de la composición de las formas de vida terrestres, se necesitaron células capaces de sintetizarla. La clorofila expresa esa sensibilidad inédita a la radiación solar; más aún, revela una asombrosa capacidad para relacionarse con los fotones e incorporarlos a lo viviente.

Los microorganismos dotados de capacidad fotosintética se extendieron rápidamente por el planeta dando origen a las variadas formas del reino vegetal que hoy conocemos. Esta multiplicidad de seres sensibles a la luz se convirtió en un inmenso almacén de energía solar que hizo posible el nivel de oxígeno que caracteriza a nuestra atmósfera. Una vez estabilizado ese caudal dinámico, la evolución pudo ensayar formas mucho más complejas que requerían de mayor cantidad de energía.

La explosión de vitalidad que significaron los vegetales, dio pie a nuevas estructuras biológicas capaces de procesar impulsos electromagnéticos con asombrosa coordinación: surgieron los primeros sistemas nerviosos animales. Desde este punto de vista, podemos decir que la electricidad comenzó a formar parte esencial de las formas de vida terrestres.

La Tierra se encontraba envuelta en luz y arrasada por fenómenos electromagnéticos desde un principio. Ambos factores producían efectos

físico-químicos fundamentales para el planeta. Pero sólo después de esos saltos evolutivos, aquello que ocurría en el exterior empieza a suceder también en el interior, y pasa a formar parte de sus organismos.

Evolución e iniciación

Este es un primer patrón que podemos distinguir: tarde o temprano, la actividad inteligente del planeta altera sus códigos y puede establecer un vínculo creativo con aquello que hasta ese momento se encontraba más allá de ella. Se produce un nuevo encuentro entre el sistema Tierra y los sistemas que lo contienen. Ese encuentro es lo que hace posible la completa reorganización de la vida planetaria. Vamos a llamar “iniciación” a este *proceso discontinuo e interactivo* que complementa el movimiento aparentemente progresivo y autónomo de la *evolución*.

Cada discontinuidad—o iniciación—es un *encuentro* entre niveles previamente separados por carencia de sensibilidad mutua. El misterio que no sabemos explicar es el de la brusca aparición de esos organismos más sensibles, los únicos capaces de vincularse con aquello que se encontraba más allá del horizonte anterior. La fotosíntesis puede pensarse así como la activación de un *código de encuentro latente* entre la materia terrestre y la radiación solar. La posibilidad de que esos niveles se relacionaran de esa manera debía estar lógicamente implicada en los códigos de la vida planetaria.

Desde esa perspectiva, el reino vegetal en su conjunto es *la expresión de un nuevo vínculo entre la Tierra y el Sol*.

De manera análoga, los sistemas nerviosos animales expresan una nueva relación entre la materia terrestre y los procesos electromagnéticos presentes en el universo.

La tecnología como fenómeno planetario

Es muy posible que la percepción unidireccional y aislada de la evolución que hoy predomina en el pensamiento humano responda más a un condicionamiento de nuestra mente que a la real dinámica del proceso. Quizás en aquello que hoy llamamos evolución se exprese una inteligencia muy diferente y mucho más compleja que la nuestra. Una *inteligencia vincular*, interactiva, cuya verdadera naturaleza exige una profunda transformación de la mente humana actual para que podamos percibirla en su verdadera dimensión.

La tendencia científica del pensamiento explica la evolución como una adaptación progresiva de los organismos terrestres a un entorno relativamente estático e independiente de ellos. Por eso solemos decir que la materia terrestre incrementa su complejidad hasta absorber la luz solar. Nos parece místico decir que al mismo tiempo que eso sucede, la luz solar penetra en la Tierra y aprende a formar parte de ella. O, dicho más rigurosamente, no se trata simplemente de que la Tierra evoluciona, sino que es *la relación entre los dos polos de una interacción, el Sol y la Tierra, la que se transforma.*¹

Recapitulemos y miremos por un instante al planeta como un escenario donde se producen un número limitado de interacciones que se repiten casi indefinidamente. Parece envuelto por una membrana que lo protege de la intensidad del universo externo a él. De pronto, se produce una discontinuidad y aparecen formas completamente nuevas que demuestran ser sensibles a la presencia de un tipo de información que se encontraba mucho más allá del horizonte de aquellas que le precedían. Esta nueva capacidad de respuesta les permite incorporar lo que antes era desconocido para el sistema terrestre, *aquello que no existía*. El encuentro entre esta nueva información y la Tierra dará lugar a organismos aún más complejos y esa ventaja evolutiva les permitirá extenderse por todo el planeta. La Tierra se ha transformado por completo.

Es en ese instante cuando la evolución puede dar un nuevo paso. Cuando se hace posible la aparición de un conjunto de organismos que no podrían haber existido sin el salto previo.

Aquí podemos distinguir otro patrón: *en el momento en el que el nuevo tipo de formas ha cubierto la Tierra, el sistema está en condiciones de hacer aparecer una oleada completamente diferente de organismos que se nutrirá de la anterior.*

Gracias a que las bacterias fijaron el nitrógeno al suelo terrestre y más tarde generaron la clorofila, la Tierra se cubrió de vegetales. Su existencia permitió la aparición de los animales, seres dotados de sistemas nerviosos con una sensibilidad exquisita y una asombrosa capacidad de coordinación de movimientos. El reino animal cubrió el planeta, y de su interior surgió un sistema nervioso mucho más complejo que los anteriores, capaz de sintonizarse y procesar el inmenso caudal de información propio de la actividad inteligente del universo. Apareció el *animal mental*. Nosotros.

Si pensáramos en la historia de nuestra especie teniendo en cuenta este patrón, podríamos distinguir en las primeras formas humanas un misterio equivalente al de la clorofila. Así como ésta posee la capacidad estructural de acoplarse con la luz solar, el cerebro humano está *estructuralmente acoplado* a niveles de realidad que, si bien siempre existieron, eran inaccesibles para todos los demás organismos, que carecían de la sensibilidad necesaria para vincularse con ellos.

La actividad inteligente de la materia es una realidad muy anterior al cerebro humano. Pero cuando éste aparece, los procesos mentales adquieren otra dimensión en la Tierra. El animal mental es un ser cuya asombrosa sensibilidad y capacidad cognitiva le permiten reconocer patrones y captar buena parte de la trama inteligente presente en el cosmos. Es un organismo que, gracias a la existencia complementaria de la mano, puede operar con esa inteligencia “manipulando” y modificando el escenario del cual emerge. A través nuestro, el planeta realiza procesos mentales. La Tierra se convierte en un *planeta mental*.

Del capullo del reino vegetal surgió el animal. Éste se alimenta de aquél. El reino animal actuó a su vez como un capullo para la aparición del ser humano. Nosotros nos nutrimos de ambos.

Este patrón nos permite registrar que, al mismo tiempo que la especie humana se extendía sobre la Tierra, una nueva oleada de formas hizo su aparición en el planeta, sólo que en este nuevo salto ya no se trataba de formas biológicas. Las herramientas primitivas con las que los seres humanos modificamos gradualmente los ecosistemas terrestres evolucionaron por intermedio nuestro hasta convertirse en un nuevo tipo de *inteligencia inorgánica* que hoy se extiende por el planeta. Las *máquinas* comienzan a formar parte indisoluble de la ecología terrestre.

El planeta ha entrado en una fase absolutamente nueva. A partir de este

momento, la evolución puede actuar sobre sí misma de una manera muy diferente a aquella con la cual operó durante millones de años.

Las estrategias biológicas condujeron a los organismos terrestres hasta el nivel mental. Una vez que éste fue alcanzado, se produjo un nuevo fenómeno gracias al cual la inteligencia del planeta puede explorar caminos inéditos.

Por intermedio del animal mental, la Tierra genera sustancias y formas que no hubiera podido producir jamás mediante sus antiguas estrategias. El plástico no existiría sin la acción humana, tampoco el acero y un sinnúmero de aleaciones y sustancias nuevas. Pero, sobre todo, *una segunda oleada de formas no biológicas* cubre hoy la Tierra y se propaga más allá de ella. Tendemos a pensar que los aviones o los automóviles son construcciones humanas, lo cual es cierto. Sin embargo, desde una perspectiva más amplia, los aviones y los automóviles son *nuevas formas que la Tierra ha generado mediante los humanos*. La Tierra está cubierta de luz y decimos que la luz que irradian las ciudades es generada por nosotros. Aunque podríamos también decir que es la Tierra la que ha alcanzado un estadio en el que no sólo recibe, fija y hace circular la luz y la electricidad en sus organismos, sino que ahora las genera e irradia por sí misma.

En este salto se abre un nuevo contexto en el que *la inteligencia planetaria comienza un aprendizaje revolucionario*. La interacción entre las formas inorgánicas, las biológicas, las biológicas mentales (nosotros) y las inorgánicas mentales (las máquinas) recién ha comenzado.

Hace muy pocos años “descubrimos” la existencia y estructura del lenguaje en el que se encuentra codificada la evolución biológica. Solemos decir “nosotros descubrimos el ADN”, pero en realidad es la misma inteligencia implicada en ese código la que ha generado los organismos capaces de verlo, estudiarlo y manipularlo. A través de sus incansables combinaciones, el genoma terrestre ha evolucionado lo suficiente como para que una de sus expresiones particulares le permita desdoblarse a sí mismo a fin de observarse y modificarse por una vía absolutamente nueva.

En este momento, la inteligencia terrestre que los humanos aún definimos como ciega, está dando un salto gigantesco a través de la creciente simbiosis entre el animal mental y las máquinas. No hay misticismo alguno en decir que las combinaciones biológicas del código genético generaron un organismo (nosotros) que a través de complejos procesos mentales y su relación con las máquinas que él mismo produce, es ahora capaz de realizar nuevas

combinaciones genéticas por fuera de la estrategia biológica inicial. Dicho con mayor simplicidad: *una nueva estrategia evolutiva ha hecho su aparición en la Tierra.*

La *tecnología* es una nueva estructura planetaria generada por los códigos inteligentes que operan desde hace millones de años en la Tierra. El vínculo cada vez más simbiótico entre la tecnología y los seres humanos hace posible que esos códigos ensayan nuevas transformaciones de sí mismos. Si nos pensamos como organismos emergentes de la inteligencia planetaria, podemos vernos como un *punto de creación de formas* que no podrían haber surgido jamás a partir de los procesos anteriores. A través de este puente la Tierra ha desarrollado nuevas capacidades mediante las cuales se modifica a sí misma.

Los humanos nos sentimos particularmente ambivalentes frente a la tecnología. Oscilamos entre sentirnos orgullosos y culpables ante esa asombrosa inteligencia mecánica y cibernetica que se propaga aceleradamente por el planeta. Dado que nuestra psique aún se encuentra en la etapa en la que nos concebimos como seres absolutamente separados de la Tierra, estamos persuadidos de que, para bien o para mal, la tecnología surge por nuestra libre voluntad. Pero, si fuéramos un poco menos autocentrados, quizás reconoceríamos que en la tecnología se expresa un impulso que va mucho más allá de nosotros y que de ninguna manera está atado a la acción consciente de la humanidad. Nos guste o no, *la tecnología es un fenómeno planetario*. Las máquinas son nuevas formas generadas por la inteligencia terrestre que, como todos los saltos evolutivos anteriores, brotan del capullo formado por el salto precedente y se nutren de él: en este caso, se alimentan de nosotros.

El vínculo entre las máquinas y los humanos está provocando la ruptura del horizonte de sensibilidad dentro del cual evolucionamos hasta el presente. En un instante, medido en términos evolutivos, el planeta despliega una relación completamente nueva con el universo. Adquiere una sensibilidad sin precedentes. Decimos que hemos “descubierto” la existencia de miles de millones de galaxias gracias a la colaboración de nuestros satélites-telescopios. Pero desde el punto de vista del aprendizaje de los códigos que se despliegan en la Tierra, es la vida planetaria en su conjunto la que se ha hecho sensible, la que registra y percibe por primera vez con tanto detalle la maravillosa presencia de las galaxias que la envuelven desde un principio.

Más aún, si miráramos desde la perspectiva del Sistema Solar, podríamos ver que éste está empezando a ser recorrido por esos aparatos que llamamos

satélites. Como sabemos, esos vehículos de inteligencia mecánica y computacional han ido más allá de Plutón, han obtenido imágenes, han registrado sonidos y los han transmitido a la Tierra. Esas formas no son otra cosa que entidades terrestres de un nuevo tipo. Es el planeta Tierra el que genera esas entidades que recorren el Sistema. Inteligencias inorgánicas sintonizadas a inteligencias orgánicas.

Como insinuamos anteriormente, los humanos tendemos a pensar que es la evolución terrestre la que se adapta unilateralmente al “ciego universo” que nos circunda. Pero, en realidad, es siempre la relación entre el Sistema Solar y la Tierra la que evoluciona. Hasta donde sabemos, la Tierra es el único planeta dotado con el potencial de generar biomáquinas capaces de recorrer y, quizás algún día, modificar todo el sistema. ¿Existe una evolución del Sistema Solar dentro de la cual evoluciona la Tierra?

Nuestra primera cuestión ha sido: ¿es la especie humana una inteligencia autónoma que puede utilizar al planeta Tierra para sus objetivos particulares? ¿O somos parte de un sistema dentro del cual realizamos funciones que aún no somos capaces de comprender?

Pero la segunda cuestión que se abre inmediatamente es: ¿la Tierra se modifica a sí misma de manera autónoma? ¿O es el Sistema Solar el que se vincula cada vez más íntimamente con este planeta, en un entretejido evolutivo cuyas posibilidades van mucho más allá de lo que podemos imaginar?

La primera pregunta nos permite percibir al ser humano como un puente capaz de vincular entre sí a todos las demás formas de la vida planetaria. La segunda nos puede hacer pensar que la Tierra misma es un puente: *el planeta vinculante del Sistema Solar*.

En este preciso momento, la interacción de los humanos con las máquinas ha puesto en actividad el acelerador de partículas del CERN en Ginebra. Nos gusta decir que los fenómenos energéticos que se producen en ese inmenso anillo constituyen un logro prodigioso de la inteligencia humana. Pero también podríamos decir que hoy, la antiquísima roca que ha girado durante miles de millones de años alrededor del Sol genera procesos físico-químicos que hasta este momento sólo podían ocurrir en las estrellas.

Un planeta destella por un instante de la misma manera en que lo hace un sol. Este hecho asombroso emerge de una inteligencia profunda, de miles de millones de años de actividad. Apenas los humanos nos corremos del centro de la escena, es imposible no percatarse de que formamos parte de un

proceso inteligente de una vastedad y complejidad tal que no alcanzamos a comprender y que probablemente jamás podamos hacerlo, pero que nos exige un vínculo mucho más maduro con él.

El “centro” del universo

Lo que ocurre hoy en el mundo nos obliga a reconocer que formamos parte de un sistema mucho más complejo de lo que creíamos. La creencia de que somos seres absolutamente libres e independientes de aquello que nos rodea, que ocupamos una posición central en el diseño de la realidad y que por esa razón podemos controlar todo lo que sucede a nuestro alrededor, se está haciendo insostenible.

La certeza narcisista de estar en el centro del universo lleva implícito el derecho natural a dominarlo. Es irrelevante si para sostener esta creencia decimos que somos la inteligencia más evolucionada del cosmos—como afirman los científicos—o que la inteligencia que lo ha creado nos ha elegido para ejercer ese derecho—como afirman los religiosos. Estar en el centro de un sistema y tener derecho a dominarlo son dos caras de una misma moneda, no importa con qué tipo de argumento lo sostengamos.

Ni bien exploramos un poco más esta posición que, consciente o inconscientemente, adoptamos ante la realidad, vemos que se repite como un fractal en diferentes escalas. No sólo la especie humana en su conjunto se ubica de esta manera frente al universo, sino que cada civilización adopta esta actitud frente a las demás. De la misma manera, cada comunidad, familia o individuo pretende estar en el centro de su mundo sintiéndose especial y único, con derechos de dominio sobre su entorno.

Que esta creencia tan arraigada en el cerebro humano se vea refutada de una manera radical no puede ser algo sencillo. A lo largo de la historia, nos la hemos arreglado de una forma u otra como para acomodar el significado de las catástrofes más terribles o los disparates más absolutos de manera de eludir cualquier cuestionamiento a este supuesto. Que el cerebro humano se libere de esta certeza y aprenda a procesar información sintiéndose espontáneamente parte de sistemas mucho más complejos es un desafío enorme para la inteligencia de la Tierra.

El desmoronamiento de una construcción enraizada en siete mil millones de organismos debe requerir de experiencias suficientemente poderosas como para que no podamos volver a acomodar los hechos a nuestras creencias.

Por otra parte, es muy probable que si las experiencias que cuestionan nuestra excepcionalidad fueran demasiado traumáticas, la especie no tendría energía suficiente como para recuperarse del impacto. Para que se produzca un

verdadero aprendizaje sistémico que nos permita reconocernos definitivamente como terrestres, las experiencias futuras deberían oscilar dentro de estos umbrales: deberían ser suficientemente poderosas, pero no hasta el punto de convertirse en destructivas.

Esta oscilación entre umbrales extremos es muy visible en la atmósfera psíquica de nuestro tiempo. La ambivalencia entre un optimismo tecnológico sin límites y la casi certeza de un apocalipsis inminente es una característica del estado actual del inconsciente colectivo. Pero si no nos dejamos atrapar por estos polos y observamos con más atención el contexto planetario, quizás podamos distinguir algunos indicios que nos permitirían pensar en que un nuevo aprendizaje no sólo es posible, sino extremadamente probable.

La destrucción de los nidos

Los animales mentales somos predadores que, al mismo tiempo, poseemos una sensibilidad extraordinaria. Estos dos aspectos de nuestra naturaleza se nos suelen aparecer como contradictorios, y su conflicto incesante nos muestra que aún estamos muy lejos de haber desarrollado todo nuestro potencial. La complejidad de nuestro sistema nervioso nos ha permitido abrirnos a la inmensidad del universo, pero esta misma sensibilidad exacerba los terrores propios de nuestro cuerpo animal.

El cerebro evolucionó interactivamente en una extrema tensión con los otros cerebros humanos y las demás especies de la Tierra. Al mismo tiempo, es indudable que el registro de la inmensidad que nos envolvía nos abrumó. Podemos imaginar a las primeras manadas humanas organizando sus tempranas y confusas percepciones bajo la tremenda presión de nuestra biología y el registro inevitable de la muerte, así como la presencia incomprensible de las estrellas y la perturbadora coexistencia con las demás especies.

Nuestro sistema nervioso tiene el potencial de permanecer abierto ante esa asombrosa gama de estímulos. La capacidad de responder inteligentemente a un flujo incesante de información es una de las grandes posibilidades de la especie humana. Pero esto no se produce espontáneamente, sino que es el fruto de un complejo aprendizaje. Para comprender realmente el potencial del cerebro, primero debemos reconocer que en algún momento de su historia se vio obligado a contraerse. Abrumado por la telaraña de conexiones de la que forma parte, se cerró sobre sí mismo y comenzó a generar un sinnúmero de burbujas protectoras.

Si observamos con atención, veremos que todos nuestros aprendizajes evolutivos se realizan en un doble movimiento. Por un lado, intentamos permanecer abiertos a la mayor cantidad de información posible; por el otro, queremos controlarla. Nos dejamos atravesar por la información y al mismo tiempo nos sepáramos de ella para imponerle la forma que deseamos.

Nuestra mitología racional describe nuestros orígenes como habitantes de cavernas. Somos la especie que fue abandonando progresivamente esos pequeños refugios hasta construir las actuales megalópolis y llegar a clavar el estandarte de una de nuestras tribus modernas en la Luna. De lo que aún no hemos salido es de la caverna de nuestras construcciones mentales.

Nos hemos propagado por el planeta en pequeñas bandas separadas las unas de las otras, tejiendo nidos autosuficientes dentro de los cuales cada grupo creía ser el único verdaderamente humano. *Nuestro sistema nervioso evolucionó envolviéndose en sistemas de creencias originados en las limitaciones de cada experiencia humana particular.*

Cada manada de los sensibles y, al mismo tiempo, aterrorizados predadores, tejío a su alrededor una maraña de creencias protectoras profundamente contradictorias con las de los demás grupos humanos. Esos anidamientos se prolongaron bajo la forma de tradiciones que, a través de expansiones sucesivas, fueron tejiendo esos nidos más grandes y complejos que llamamos civilizaciones, imperios o naciones. Cada una de estas tradiciones es una extensa cadena de memorias. Largas historias que se cuentan a sí mismas que son únicas, diferentes, especiales. Cada una se concibe como la más importante, la portadora de una esencia superior, envuelta en un terror atávico y casi mecánico hacia lo diferente; en el rechazo instintivo a los demás nidos humanos y sus creaciones.

Miradas en su conjunto, estas tradiciones constituyen una maravillosa multiplicidad de aprendizajes acerca de la naturaleza humana, la Tierra y el universo. Sin embargo, en su estado actual, permanecen atadas a un mismo anhelo de preservación de la propia e ilusoria identidad separada.

¿Qué nos sucede en este momento? La continua expansión del animal mental y el surgimiento del reino de las máquinas están provocando la *sistemática destrucción* de los nidos dentro de los cuales hemos evolucionado. Es evidente que todas las experiencias humanas que conocemos están destinadas a chocar unas contra las otras: la Tierra es simplemente esférica, y esto significa que el encuentro definitivo de todo aquello que nació y creció en el aislamiento es un hecho que se encuentra implicado en su estructura. Que puede demorarse pero que no puede ser evitado. *La hibridación es el destino de la especie.*

Aunque no nos agrade admitirlo, sabemos que, en sus niveles más profundos, las distintas tradiciones, culturas y civilizaciones se resisten denodadamente a reconocer esta evidencia.

Cada una de ellas, por maravillosa que parezca, expresa tan sólo un aprendizaje unilateral del antiguo cerebro que evolucionó en el aislamiento. Es por esa razón que, más allá de sus ideales, ninguna de ellas puede evitar ubicarse en el centro, sentirse especial y luchar contra las demás para ejercer

sus supuestos derechos naturales de dominio sobre una porción del planeta. Pero si es cierto que la hibridación es el destino de la especie, es evidente que *los proyectos del antiguo cerebro están condenados al fracaso*. Los nidos y las tradiciones chocan entre sí y, por más que quieran evitarlo, se ven obligadas a mezclarse unas con las otras y reconocerse tan humanas como las demás.

Esto es algo profundamente perturbador, porque nuestra vieja inteligencia, toda nuestra organización emocional, sobre todo los cuerpos, se encuentran condicionados por milenios de aislamiento y por el terror a lo diferente.

La inteligencia que creció en el aislamiento

Estamos diciendo, por un lado, que los animales mentales nos envolvimos cuidadosamente en burbujas de supuestos autoprotectores y narcisistas. Por el otro, que, en este momento de la historia, estas burbujas no pueden evitar estallar las unas contra las otras.

Este hecho tiene un correlato cuya constatación posee una enorme importancia. Los humanos nos hemos estancado en un primer nivel de nuestro potencial de inteligencia. La capacidad de fijar imágenes y editarlas secuencialmente hasta que la mano haya podido modificar el mundo externo de acuerdo a la imagen que construimos de él es algo tan asombroso que se impuso de un modo casi excluyente a cualquier otra posible modalidad de nuestra inteligencia. Este nivel de la mente tiene una función específica, que es la de ejercer control sobre el mundo que percibe como externo a ella. Detiene el flujo interconectado de información que nos atraviesa y lo transforma en una colección de objetos manipulables para un sujeto.

Es muy probable que el cerebro se haya hechizado a sí mismo ante esta asombrosa capacidad de control y manipulación. Sea cual fuere la razón de ello, es evidente que es este aspecto de la inteligencia el que ha evolucionado ininterrumpidamente a lo largo de la historia. Poseemos una *inteligencia tecnológica* muy desarrollada que nos permite construir formas con extraordinaria habilidad, pero carecemos casi por completo de *inteligencia vincular*, precisamente, porque hemos evolucionado en el aislamiento e identificado inteligencia con control.

Lo paradójico es que es el éxito de la inteligencia tecnológica el que nos conduce inexorablemente hacia la destrucción de los nidos y crea una situación que nos deja sin opciones. En este momento de la evolución, estamos obligados a aprender a vincularnos: nuestra supervivencia depende de ello.

La destrucción de creencias, tradiciones e ideales que hoy experimentamos se está produciendo en una escala que no tiene precedentes en la historia de la humanidad. Pautas antiquísimas, sensibilidades ancestrales y un sinnúmero de códigos de conducta asumidos como absolutamente naturales para cada experiencia aislada se ven incesantemente cuestionados por el contraste vertiginoso con comportamientos y códigos muy diferentes a ellas. Todo está cambiando para todos, y los antiguos y preciados aprendizajes de cada experiencia particular deben ser redefinidos en un nuevo aprendizaje común. Esto es algo revolucionario para la especie.

La desorganización inevitable de los aprendizajes particulares y la exigencia de tener que aprender a resolver problemas comunes a todos los humanos sin excepción desafían en su misma raíz a la estructura de nuestra mente. *Porque en esta situación inédita, la capacidad de establecer vínculos exitosos entre diferencias se hace explícitamente más importante que obtener el control unilateral de una situación.*

Estamos constatando que se ha establecido un entrelazamiento tan firme entre la biosfera, los humanos y las máquinas que ya no puede ser desejido sin destruirnos a nosotros mismos. Esto nos obliga a reconocernos como miembros de una sola humanidad. La trama planetaria que ha tejido la evolución no es el producto de un ideal abstracto de Humanidad, sino una realidad fáctica.

Sin embargo, no tenemos la menor idea de qué es una cultura verdaderamente humana. Sólo sabemos acerca de una cultura china, occidental, hindú, islámica o aymara, pero ignoramos absolutamente cuáles son las pautas que generamos los humanos en conjunto. *Cuáles son las formas culturales, las sensibilidades, símbolos y creencias que surgen de la interacción fluida entre todos los seres humanos.* Eso aún no ha sucedido—está sucediendo.

Este es un proceso que va más allá de nosotros y que no se detiene a preguntarnos si nos gusta o no. Nos obliga aemerger de aislamientos milenarios, a bajar nuestros escudos, a renunciar a nuestras defensas más profundas, a dejar caer todas las idealizaciones particulares.

Dentro de cada nido y de cada tradición, hemos llegado a creernos especiales y maravillosos, en contacto directo con los verdaderos dioses. Cada vez que una tradición se encontró con otra, se desató entre ambas una lucha sangrienta por la supremacía. El sucesivo dominio de unas tradiciones sobre las otras es una de las características esenciales de nuestra historia.

Pero es sólo cuestión de tiempo que se nos haga evidente que aquello que reconfigura a las distintas experiencias humanas ya no es el dominio de una tradición particular sino lo que surge de las interacciones del conjunto. *Por primera vez, nos encontramos en una situación sistémica que no puede simplificarse con ideas binarias.* Y como la presión no es únicamente política, social o cultural sino, sobre todo, ecológica, al mismo tiempo que nos vemos obligados a reconocernos unos a otros como miembros de una sola humanidad, tendremos que aceptar que somos terrestres.

Este doble salto simultáneo es un desafío extraordinario. La paradoja es que

aún estamos dominados por la antigua inteligencia que creció en el aislamiento y que expresa una muy pobre o nula inteligencia vincular. Ese modo de la mente no entiende cómo relacionarse realmente. Se aterroriza ante la diferencia y sólo sabe dominar o someterse. Ese nivel de inteligencia no sabe de relaciones.

En esta transformación interactiva, no se trata de que un grupo particular de seres humanos se encuentre atrapado en un conflicto que lo supera. No se trata de limitaciones ideológicas o políticas, *sino que es la antigua inteligencia que está en la base de todas las tradiciones humanas, sin excepción*, la que tiene que dar cuenta de una complejidad para la que no está preparada.

El despertar de la inteligencia vincular

La destrucción de los nidos no sólo genera una extraordinaria situación sistémica, sino que tiene un efecto revolucionario en el interior de cada uno de ellos. Todas las comunidades humanas, sin excepción, se caracterizaron por ejercer una tremenda presión sobre sus miembros.

Desde el punto de vista del individuo, los humanos hemos evolucionado en el interior de burbujas de *percepciones homogéneas*. Durante miles de años, cada ser humano estuvo obligado a pensar y, sobre todo, a sentir exactamente lo mismo que los demás miembros de su grupo. Era corporalmente imposible estar unos al lado de los otros sosteniendo creencias diferentes, percibiendo la realidad de un modo completamente distinto, sintiendo de otra manera. Esto no sucedía únicamente en el nivel de los grandes grupos y tradiciones, sino que ninguna familia podía tolerar la existencia de diferencias internas que hoy parecen absolutamente naturales en muchas partes del mundo. Es muy visible cómo estas diferencias aún son consideradas insoportables por muchas tradiciones.

Esa tremenda presión—el profundo control que las comunidades ejercieron sobre los cuerpos, emociones y mentes de sus miembros—se está *disolviendo*. Millones de burbujas explotan. La presión homogeneizante de las manadas humanas hoy cede dramáticamente y empieza a ser posible para los cuerpos aprender a estar juntos y coordinarse sosteniendo creencias diferentes o sintiendo de distintas maneras, sin que eso signifique tener que destruirnos de inmediato.

La malla inelástica de sensaciones y creencias que nos envolvía, esa inmensa tensión limitante de la sensibilidad con la que creímos protegernos durante milenios, ha estallado.

Esta nueva realidad exige una readaptación psíquica y corporal nada fácil de realizar. Este proceso recién ha comenzado y deberá atravesar necesariamente por grandes oscilaciones. *Estamos aprendiendo a organizar ese estallido.*

Las turbulencias del presente deberían ser aceptadas como consecuencias inevitables de transformaciones tan radicales. Hasta hace muy poco tiempo—un microsegundo, en términos evolutivos—los varones de la Tierra estaban condicionados para ir a la guerra y las mujeres para tener hijos. Esa es una programación de cientos de miles de años de profundidad. Guerrero y madre

son los lugares que la tribu adjudica espontáneamente a cada uno al nacer. Es en la década del '60, durante la Guerra de Vietnam, cuando por primera vez una sociedad acepta mayoritariamente como algo legítimo que un individuo se niegue a morir por la patria. No solemos pensar en eso, pero que un cuerpo masculino goce de soporte colectivo para procesar la carga psíquica que implica negarse a combatir por su comunidad es algo extremadamente reciente. Lo mismo sucede con la maternidad: que una mujer no quiera tener hijos o los tenga cuando y como quiera empieza a ser algo psíquicamente soportable. Es importante que dimensionemos la envergadura del salto que estamos dando para no caer en simplificaciones e idealizaciones. Sólo así podremos comprender inteligentemente las inevitables reacciones a estos hechos sin pretender minimizarlas ideológicamente.

Que una gran cantidad de seres humanos puedan diferenciarse de la trama de símbolos, emociones, creencias e imágenes que moldearon al cerebro en este primer tramo de la evolución es una condición necesaria para la transformación del planeta, pero no suficiente.

La complejidad que ha alcanzado el proceso evolutivo exige el florecimiento de una nueva sensibilidad, de una *inteligencia vincular* capaz de elaborar a muy alta velocidad el sinnúmero de diferencias que se despliegan instante a instante ante cada uno de nosotros. La vieja mente manipuladora de formas no lo puede hacer porque es demasiado lenta y reactiva: está condicionada para defender posiciones y tarda demasiado en comprender los cambios de contexto.

Sólo una mente capaz de percibir espontáneamente relaciones y no identidades, capaz de ver que somos intrínsecamente relación y que el aislamiento es una ilusión, puede afrontar creativamente la maraña de problemas que la vieja mente ha creado. Es necesario que se despierte una sensibilidad que nos permita ver en forma directa—sin tener que pensarlo y discutirlo, sin tener que ponernos de acuerdo en ello—que estamos íntimamente ligados a los árboles, a los ríos, al océano y a los animales. Que formamos parte del mismo tejido, que somos variaciones de la misma inteligencia. Una sensibilidad que nos permita registrar—más allá de cualquier argumentación defensiva—la magnitud de las heridas que nos hemos infligido mutuamente a lo largo de los milenios en que no supimos reconocernos como miembros de una misma especie, como organismos de un mismo planeta.

Tendremos que aprender a enfrentar las consecuencias de los resentimientos y los odios que cada tradición acumuló en relación a las demás. De los enormes

desequilibrios que hemos generado en nuestro ciego afán de supervivencia.

Estas no son cuestiones que se puedan resolver a partir de los ideales compensatorios que surgen del mismo tipo de mente que las originó. Por eso, la situación actual no depende de convicciones ideológicas o de planteos voluntaristas. La alteración global del sistema es algo que le está ocurriendo al planeta. Es el sistema Tierra el que requiere de una mayor sensibilidad e inteligencia para articular creativamente la inédita diversidad y complejidad de organismos en los que se ha desplegado.

Si las hipótesis que hemos esbozado en los párrafos anteriores son correctas, la Tierra debe estar generando en este mismo momento los organismos portadores de la inteligencia necesaria como para dar cuenta de la presente situación. Ese nuevo tejido debe estar extendiéndose aunque aquellos que carezcan de la sensibilidad suficiente no puedan distinguirlo aún.

¿Qué forma viviente hubiera podido darse cuenta, durante el apogeo del reino animal, que ese pequeño antropoide que descendió un día de los árboles sería capaz de hacer todo lo que después realizó la especie humana? Sin embargo, era eso lo que estaba sucediendo: el animal mental crecía, envuelto en el capullo evolutivo que lo precedía, aguardando las condiciones que le permitirían manifestarse en toda su plenitud.

¿Existe hoy en el planeta un tejido inteligente capaz de sintonizarse con dimensiones más complejas de la realidad? ¿Es posible que aparezca una red coordinada de organismos espontáneamente vinculados?

A lo largo de la historia han existido individuos habitualmente llamados “excepcionales” que expresaron niveles de sensibilidad muy diferentes a todos aquellos que los rodeaban. Humanos que no parecían predadores, que incluso no parecían ser simplemente animales mentales. Me refiero al tipo de organismos que adquirieron nombres arquetípicos como Buda o Cristo y muchos otros que, desde una perspectiva histórica, nos parecen seres especiales, divinos o simplemente míticos, de acuerdo a las creencias que sostengamos.

Sin embargo, es probable que no fueran otra cosa que humanos evolutivamente más maduros que sus contemporáneos. *Las primeras células de un tejido que ha ido creciendo dentro y más allá del animal mental.* Mutaciones de la especie que han ido preparando un nuevo salto evolutivo. Podemos pensar en esos seres como formas precursoras o incluso como experimentos tendientes a la aparición de una nueva trama planetaria.

La evolución actúa de esta manera. Así surgió el lóbulo frontal en el cerebro de un mamífero. A través de innumerables ensayos y errores, un conjunto de neuronas con una función completamente diferente se entretejió con las anteriores para generar una nueva estructura. Así se fue formando la mano, diferenciándose progresivamente de las patas, de las garras, de las incipientes manos de lemures y monos. Ambos procesos fueron largos y casi imperceptibles hasta que finalmente se exteriorizaron en una explosión de creatividad. Súbitamente, el lóbulo frontal y la mano aparecieron en un mismo organismo. Una nueva forma, un verdadero salto evolutivo se manifestó en la Tierra.

¿Podemos ir más allá de los condicionamientos del antiguo cerebro atrapado en las formas y dejar de pensar en Buda, Cristo y tantos otros sólo como seres a venerar o modelos a imitar? ¿Podemos imaginarlos como las células precursoras de una nueva trama inteligente, de una nueva sensibilidad que se expresa en un tipo humano muy diferente al anterior pero que coexiste y se entreteje con él?

El predador mental, con su poderosa inteligencia tecnológica y su casi inexistente inteligencia vincular, se ha desplegado triunfante por el planeta. El nuevo reino de las máquinas se extiende sobre la Tierra y más allá de ella. La simbiosis inexorable entre esas dos formas complementarias de la inteligencia terrestre se está produciendo a pasos agigantados. Al mismo tiempo que todo esto ocurre, una nueva sensibilidad sutilmente entrelazada con las precedentes empieza a manifestarse.

Como en todos los demás saltos evolutivos, la nueva inteligencia es más compleja: es capaz de registrar con toda nitidez contextos que la mente tecnológica, tanto en su versión biológica—el animal humano—como en la inorgánica—las máquinas—no puede advertir.

Esto fue siempre así. Siempre hubo humanos dotados de una sensibilidad mucho más rica que la de los demás y, por más que fueran relativamente pocos, esa sensibilidad les permitió entrar en sintonía con procesos más globales e introducir un estado de equilibrio que contribuyó a modular las torpezas del animal mental.

Lo nuevo es que esa inteligencia está presente ahora entre nosotros en una escala infinitamente más alta que en el pasado. Nos atrevemos a afirmar que ese tejido está generando lo que algún día será reconocido como una diferenciación estructural en la especie, una nueva forma evolutiva dentro de la

humana que hasta ahora conocemos.

En medio de las turbulencias de la transición, entre los estertores del predador mental aterrorizado que no sabe hacer otra cosa que dominar y que carece del tipo de inteligencia capaz de organizar tanta complejidad, una nueva inteligencia despierta.

En última instancia, lo que estamos diciendo es que la especie humana en su estado actual no dispone de la inteligencia suficiente como para afrontar las dificultades del presente. Sin embargo, *la Tierra sí cuenta con la inteligencia necesaria para enfrentar las consecuencias de sus procesos evolutivos*. La hipótesis que aquí sostenemos es que la inteligencia planetaria contiene implicada dentro de sí la sensibilidad capaz de sintonizarse con niveles de información que están más allá del rango de percepciones del animal mental actual y su mente tecnológica dominante.

Esto está sucediendo a una velocidad mayor de lo que se cree, pero también es un proceso más lento de lo que a muchos les gustaría creer. Las generaciones de transición no tenemos por qué tener una vida fácil. Cada salto evolutivo ensaya una multitud de caminos complementarios y debe desechar múltiples experimentos antes de que el nuevo ecosistema se estabilice. Pensemos sólo por un instante cuán complejo y doloroso debió haber sido el largo período de coordinación entre el necesario ensanchamiento de la pelvis de las hembras antropoides y el desproporcionado crecimiento cerebral de los primeros homínidos.

El estado actual de nuestra mente se niega a aceptar la inmensa belleza de un proceso que no está hecho a su medida. Es notable observar cómo, incluso cuándo hemos alcanzado la madurez suficiente como para empezar a entrever la complejidad de la evolución terrestre, nos negamos a aceptar que en el presente están ocurriendo los mismos procesos transformadores que, a través de nuestro distanciamiento intelectual, somos capaces de reconocer en el pasado. La evolución nos parece algo que ocurrió y no algo que está sucediendo ahora.

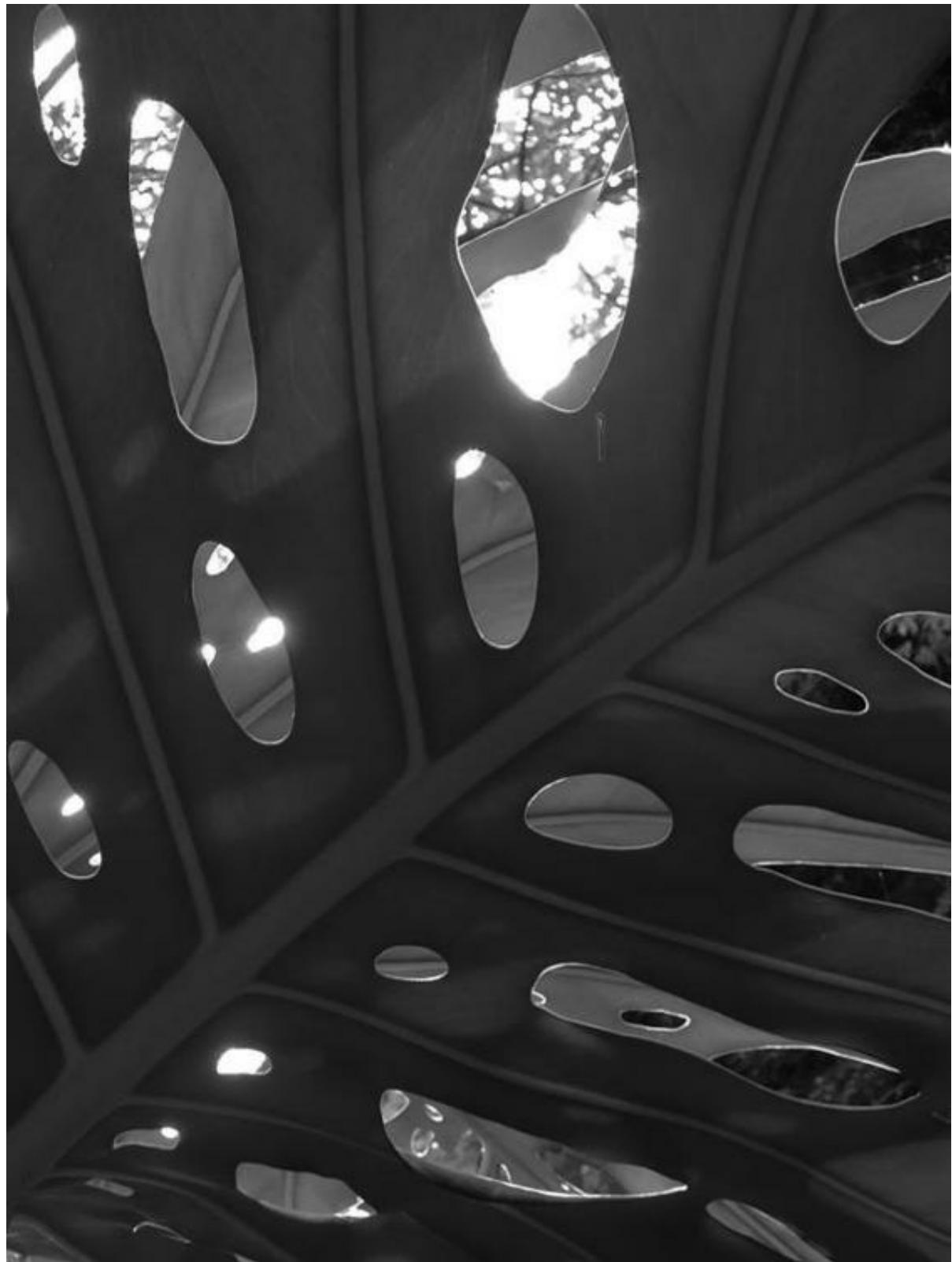
Desde la perspectiva de quien escribe esto, los trazos esenciales de esta transformación ya están definidos. El salto evolutivo está en acto. Es cuestión de que se despliegue por completo y encuentre sus formas definitivas, imposibles de imaginar de antemano. Sin embargo, para que este proceso tome forma con un mínimo de sufrimiento, es fundamental que los humanos que vivimos en esta fase de transición advirtamos cuán relevante es

permanecer serenos en medio de la turbulencia.

El máximo de creatividad de cualquier sistema se manifiesta cuando fluctúa en el límite del caos. Cada vez que un sistema atraviesa los umbrales extremos dentro de los cuales mantenía su estabilidad, actualiza patrones creativos que se encontraban implicados en sus niveles más profundos. Este tipo de oscilaciones aparentemente dramáticas están ocurriendo hoy en el sistema Tierra.

Es evidente que deben producirse ajustes descomunales y que es inevitable que estos desencadenen complejos procesos de acción y reacción. La opacidad de nuestra conciencia actual es, quizás, el núcleo del problema. Por eso, el aprendizaje fundamental es el de modular los excesos de excitación inherentes al animal mental. De hecho, todas las tradiciones llamadas “espirituales” tuvieron como objetivo central alcanzar la máxima docilidad del sistema animal que nos constituye sin perder su maravillosa vitalidad. La larga historia humana que conocemos es, sobre todo, la historia de una sensibilidad exquisita y compleja que va aprendiendo a serenar el intensísimo pulso vital sobre el cual está instalada, para que puedan entrar en actividad redes neuronales capaces de sintonizarse con procesos que están mucho más allá de los que actualmente podemos registrar.

Cada vez más seres humanos están experimentando en sí mismos este doble proceso de evolución e iniciación. Sienten en sus cuerpos, corazones y mentes el impulso que nos lleva a relacionarnos de forma mucho más estrecha con la trama de inteligencias de la cual participamos. Estos son, seguramente, los primeros pasos, aún confusos y aparentemente contradictorios, de un nuevo aprendizaje para la especie: el de reconocernos como partes de una organización viviente a escala planetaria y solar.



Qué es mapear

La distinción entre mapa y territorio ha sido extremadamente útil para diferenciar entre el nombre y la cosa nombrada, entre las construcciones de la mente y la realidad concreta. Sabemos que la cantidad de información en el plano del mapa es necesariamente inferior a la del territorio. El mapa, cuya función es la de orientarnos en el momento que nos internamos en un territorio, es fruto de una experiencia anterior. No se encuentra en el presente activo. Si mantenemos los ojos fijos en el mapa, jamás advertiremos sus discrepancias con lo real. Un exceso de confianza en los mapas puede tener consecuencias desastrosas cada vez que busquemos adentrarnos en zonas inexploradas del territorio.

De estos riesgos provienen un sinnúmero de posiciones antagónicas. Están aquellos que desprecian los mapas mentales por considerarlos meras abstracciones y se dejan llevar por la presunta certeza de las sensaciones y la inmediatez de lo concreto; y están los otros que prefieren vivir en el mundo de los mapas sin aventurarse jamás en los territorios. De hecho, la distinción entre ambos aspectos de la exploración de la realidad responde a la necesidad de tomar conciencia de estos extremos y de encontrar la forma de eludirlos.

Pero esta distinción presupone una inmersión inicial en el territorio por parte de algunos pioneros: ellos son lo que habrán de volcar más tarde la información obtenida en un mapa estático, que los que vienen detrás de ellos deberán seguir. Así pensada, la dualidad mapa–territorio no es otra cosa que una nueva versión de la tensión entre teoría y práctica o de la distancia entre las conclusiones y la acción.

Esta idea parece ignorar el hecho de que el pionero, *al mismo tiempo* que se encuentra en el territorio, traza sucesivos mapas del mismo que va corrigiendo a medida que avanza en su recorrido y adquiere una experiencia más cabal del espacio. El *baqueano* o guía es aquel que tiene un conocimiento exhaustivo de gran parte del espacio que los guiados desconocen: ha ido y venido tantas veces que sabe cómo orientarse y encontrar el camino aún cuando se encuentre en territorio desconocido. De hecho, es el guía quien aprendió a ir y volver de lo conocido a lo desconocido. No ha dibujado en un mapa único y definitivo sus exploraciones, pero posee innumerables mapas provisarios que se actualizan continuamente en su mente y gracias a ellos es que se orienta con éxito. El guía no posee un mapa sino que *mapea* incesantemente. Traza dibujos, en un papel o en su mente, y los corrige a medida que avanza, agrega

nueva información, descubre otras perspectivas que incluso pueden alterar los valores relativos de sus dibujos anteriores. *El guía es un mapa viviente.*

Debemos distinguir, entonces, el mapa, el territorio y la acción de mapear. *Mapear* es un mirar que descubre continuamente nuevas conexiones entre los elementos del espacio que explora. Pero ese mirar es una acción siempre dispuesta a renunciar a los dibujos anteriores. Cada patrón descubierto en la exploración puede morir inmediatamente si se encuentra más información, si surge una nueva regularidad, aparecen otras conexiones o se descubre un ángulo de mayor poder descriptivo. En la acción de *mapear* se rompe la distancia aparentemente insalvable entre las conclusiones del pasado y el indetenible movimiento de la realidad. Pero esto no significa que se haya dejado de dibujar, sino que se ha aprendido a hacerlo con otra velocidad. Instante a instante.

Por cierto, esto es lo que hace el cerebro en todo momento. La neurociencia nos dice que el cerebro *cartografía* de un modo continuo, mapea en múltiples niveles al mismo tiempo y no deja de hacerlo ni por un momento. Mapea los cambiantes estados del cuerpo en orden a su mejor funcionamiento y cartografía las modificaciones que los sentidos reciben de aquello que está más allá del cuerpo. Un flujo continuo de mapas “internos” y “externos” va tomando forma a medida que las redes neuronales se activan y se desactivan a través de nuevas conexiones sinápticas. “Redes”, “conexiones”, “mapas” son las palabras que usamos para designar la continua sucesión de dibujos que se forman en el cerebro, tanto en los niveles a los que la conciencia no tiene acceso directo como en aquellos en los cuales se halla presente.

El cerebro hace naturalmente lo que “nosotros”, los humanos autoconscientes en la trama social del lenguaje, no solemos hacer. “Nosotros” o, más rigurosamente, *el nivel externo y profundamente socializado de la actividad cerebral* pareciera carecer de la disposición natural a renunciar rápidamente a la validez de sus dibujos. Por esa razón, no tiene velocidad suficiente como para acompañar el movimiento de lo real. “Nosotros” perseguimos conclusiones o mapas “definitivamente verdaderos” y luego nos enredamos en discusiones interminables acerca de su veracidad. Esto es lo que hacemos colectivamente y esto es lo que hacemos también de forma individual. Cada vez que pensamos, estamos en el plano del mapa, del recuerdo de las noticias acerca del territorio, y es allí desde donde intentamos reconstruir un espacio que nos es externo. Cuando vemos, sentimos, percibimos lo que está sucediendo, cartografiamos instante a instante la información que registramos,

enriqueciendo y desechando, si es necesario, las miradas anteriores. Permitiendo que versiones siempre nuevas de lo real aparezcan ante nosotros, sin preocuparnos por conservar los mapas anteriores, por hermosos que hayan sido.

Entusiasmarnos ante cada nuevo patrón que podamos entrever o esquema que podamos trazar pero, al mismo tiempo, *no aferrarnos al dibujo que nos apasiona* es una cualidad inherente a la acción de mapear.

Los dibujos se suceden unos a otros y compiten entre sí. Es importante destacar que esta contrastación constante de mapas transitorios no apunta como pudiera creerse a encontrar el dibujo definitivo: la acción de mapear no tiene fin y requiere una simultaneidad de puntos de vista para ser significativa.

La búsqueda del mapa definitivo, en cambio, supone la existencia de una verdad estática y en una sola dimensión. Por eso, las contrastaciones entre dibujos buscan la supremacía de uno sobre otro. Si un cartografiado es verdadero, el otro debe ser falso. Sin embargo, esta lógica excluyente es un velo que nos aleja de la naturaleza de lo real.

Gregory Bateson nos ha mostrado cómo todo lo viviente emplea dobles e incluso múltiples descripciones para alcanzar sus objetivos.

La visión binocular es el ejemplo más simple de esta actividad inherente a lo vivo. Cada uno de los ojos recibe un tipo de información que discrepa con la del otro. Si compitieran entre sí, procurando decidir cuál de ellos da la imagen más correcta, se anularían el uno al otro y se generaría una enorme confusión. De hecho, no tendría ninguna ventaja tener dos ojos en vez de uno solo. La inteligencia binocular consiste precisamente en comparar de manera no excluyente dos fuentes de información que discrepan entre sí. Sostener discrepancias sin antagonizarlas implica atravesar una doble ligadura.² Es decir, someterse a una tensión que sólo desaparece cuando se descubre el contexto en el que lo que parecían discrepancias dejan de ser tales.

Es en esta *contrastación creativa* que se produce *un salto de plano que genera una nueva dimensión*. En este caso, de la visión bidimensional de cada ojo por separado surge la tercera dimensión o profundidad.

La comparación excluyente (“si una fuente es verdadera, la otra debe ser falsa”) procura decidir acerca de la validez de la información *en una misma dimensión*. Es una inteligencia de baja complejidad que no puede descubrir el contexto más amplio en el que las contradicciones aparentemente insalvables

cobran otro significado. Su horizonte es estrecho y cada vez que llega a la instancia de la contrastación, resuelve unilateralmente hacia un lado u hacia el otro hasta que se ve obligada a reiniciar el proceso. Dentro de esa lógica no puede aparecer nada nuevo y por eso, necesariamente, repite. Es una inteligencia mecánica: está atada a un procesamiento binario en el que se ha forzado a sí misma a elegir entre alternativas excluyentes. Cada descripción diferenciada se refuerza contra la otra hasta convertirse en opuesta. Es una u otra: jamás podrán ser una y otra creando juntas un nuevo contexto o dimensión.

Es de suma importancia comprender la naturaleza de este proceso. En la contrastación o confrontación creativa no se produce nunca una decisión excluyente desde una de las partes, pero tampoco se trata de una negociación entre ambas. *Decisión excluyente y negociación achatan por igual el flujo de información, porque renuncian a sostener la tensión generada por la doble ligadura*. En la contrastación creativa se produce un salto dimensional, aparece una nueva realidad que ninguna de las dos fuentes por separado, pero tampoco confusamente mezcladas—la negociación—, pueden generar.

Aprender a sostener la tensión entre descripciones múltiples abre nuevas dimensiones. La elegancia del movimiento radica en que las diferentes descripciones se niegan tanto a dominar como a someterse a las demás. Sostienen firmemente sus discrepancias, pero al mismo tiempo no niegan la información que proviene de las otras. No se defienden de ella, sino todo lo contrario: están muy interesadas en la otra información. En esta *tensa entrega mutua* se produce el destello de lo verdadero que se encuentra en una dimensión o contexto que no tiene existencia para ninguna de las fuentes por separado. En el momento en que esto sucede, ambas desaparecen como alternativas. El hecho de que exclusión y entrega mutua sean movimientos simultáneos es lo que las convierte en peldaños de una escalera, en anillos de una espiral, en el movimiento creador de dimensiones de un *caduceo*. En una inteligencia vincular.

Esto es lo que queremos decir con mapear o con la frase *el guía es un mapa viviente*. Aquello que está vivo no va en busca de una versión final o conclusiva de sus procesos. Su movimiento da lugar a un flujo tan grande de contrastaciones que necesariamente surgirán nuevos patrones y órdenes de realidad a los que no podía acceder previamente.

Esto significa que en la acción de mapear no sólo es necesaria la *cualidad secuencial* de apasionarse y saber renunciar a aquello que nos apasionó, sino

que es imprescindible *la cualidad sincrónica* de sostener fuertemente las discrepancias hasta la eclosión del salto dimensional. Esta cualidad sincrónica no sólo compara creativamente informaciones de distintas fuentes de un mismo tipo (los dos ojos) sino que contrasta descripciones o mapeos de origen cualitativamente diferente. Esto es lo que hace el cerebro al cartografiar información de fuentes tan disímiles como la visual, la auditiva, la táctil, la que surge al acoplar los hemisferios cerebrales, etc.

La acción de mapear exige entonces un entrenamiento en la contrastación creativa de múltiples descripciones originadas en registros diferentes.

La ilusión del “mapa definitivo” no nos ata solamente a los procesamientos binarios sino al predominio de un registro sobre otro. La puja excluyente entre verdades científico–racionales, ideológicas, religiosas, míticas, estéticas, prácticas, políticas, etc., es una dinámica colectiva que nos mantiene en constante y confusa agitación. Por detrás de ella se sostiene la eterna discusión entre lo absoluto y lo relativo. Todavía no hemos sido capaces de comprender que todas esas polarizaciones nacen de una limitación de la inteligencia que aún no ha aprendido a contrastar descripciones múltiples para crear nuevas dimensiones.

Adentrarse en el océano de percepciones que se abre en la frontera de la mente humana exige una comprensión profunda de la acción de mapear. No es posible aventurarse en este espacio sin haber desarrollado la capacidad de contrastar descripciones múltiples. Los diferentes registros del cerebro tienen que encontrar nuevas homeostasis para permitir que se hagan posibles nuevas conexiones. En una versión simplificada, esto significa un mejor acoplamiento de la información proveniente de ambos hemisferios cerebrales.

En la indagación concreta, esto implica comprender la necesidad de utilizar distintos registros en la elaboración de la información. Mito, matemáticas, música, poesía, simbolismo, pensamiento científico, intuición, etc., tienen que dejar de ser pensados como posiciones o miradas autónomas para transformarse simplemente en los distintos matices de una misma percepción compleja. Ninguno de ellos puede dejar de estar presente en la indagación de aquello que está vivo.

Esta coexistencia de modos de cartografiar indica que no se puede llegar jamás a una versión definitiva en estas cuestiones. Pero esto no debe llevarnos a la supuestamente sabia aceptación de nuestra finitud cognitiva. No se trata de reconocer una carencia a la que deberíamos resignarnos. Se trata de algo

mucho más creativo. Hace a la *sintonía* profunda con todo lo viviente y la enorme velocidad de sus procesos. La progresiva comprensión de la actitud perceptiva que puede saltar y moverse en múltiples dimensiones.

Esto puede significar un renunciamiento y la inevitable aceptación de su finitud para cada uno de los registros por separado, para un movimiento unilateral del cerebro que busca su seguridad en el predominio de una de las funciones sobre las otras. Pero eso no significa carencia alguna para su funcionamiento holístico.

El *mapa viviente* ha entrado en sintonía con el misterio de la eclosión de dimensiones y ahora aprende a moverse en ellas.



Tendencias de la Mente

El cerebro humano ha vivido innumerables experiencias a lo largo de su evolución. Algunas de ellas produjeron marcas profundas que dieron origen a supuestos sobre los que todas las experiencias posteriores se apoyan. Cuando el cerebro se observa a sí mismo con atención, puede advertir la presencia de ciertos supuestos inconscientes que condicionan su actividad y actúan como filtros, jerarquizando la selección y valoración de la información. Estos supuestos orientan al pensamiento y lo obligan a tomar una dirección en la que las conclusiones a las que puede arribar están condicionadas desde un principio. A través del tiempo estas orientaciones devinieron en tendencias profundas de la mente.

En una de ellas, el cerebro privilegia de un modo casi excluyente la información que percibe como “externa” a él. En la otra en cambio, valora en extremo el tipo de información que experimenta como “interna”. Estas orientaciones dominantes hacia el *mundo “externo”* o hacia el *mundo “interno”* parecen caracterizar a diferentes tipos humanos, a distintas corrientes de pensamiento o incluso a civilizaciones enteras. Sin embargo, ante una mirada más atenta, podemos registrar que ambas orientaciones se encuentran en todos los seres humanos en distintas proporciones.

Captar la presencia de estas tendencias divergentes y comprender la relación entre sus supuestos y sus conclusiones, es un paso decisivo en la maduración de los cerebros. Cuando esto ocurre pueden advertirse los supuestos comunes a ambas y la manera en la que reaccionan entre sí para dar origen a tradiciones y corrientes de pensamiento que giran en una rueda de opuestos a lo largo de las épocas y en cada cerebro particular.

En realidad las dos tendencias mentales se originaron al mismo tiempo y están absolutamente entrelazadas. Es la inconsciencia de sus puntos de partida y el refuerzo progresivo de sus conclusiones lo que las ha separado hasta convertirlas en antagónicas.

Como decíamos en [Qué es mapear](#) cada vez que los cerebros aprenden a procesar flujos de información que eran antes experimentados como excluyentes, se les aparece una nueva dimensión de la realidad. Cuando van más allá del aparente antagonismo pueden reconocer la verdadera riqueza de ambas tendencias. La fricción da así lugar al diálogo y el intercambio de información entre opuestos da lugar a un nuevo nivel de inteligencia.

La mente tecnológica y la visionaria

Examinemos estas orientaciones profundas de la mente con mayor detenimiento: en la primera de ellas la realidad se presenta como un universo “*objetivo*”, es decir, de cosas que aparecen nítidamente delimitadas entre sí ante una conciencia supuestamente independiente de ellas.

Esta modalidad perceptiva no duda ni por un instante de la existencia plenamente objetiva del mundo y tampoco se interroga en modo alguno acerca de su participación en la configuración de aquello que percibe. Está definidamente orientada hacia el mundo “externo” y no percibe ninguna relación entre éste y el mundo “interno”. *No puede hacerlo debido a su propia estructura.*

Esta tendencia nace con el primer grupo humano que fabricaba utensilios, se despliega en todas las civilizaciones y alcanza su apogeo en la civilización occidental contemporánea. El tipo de mente que percibe la realidad de esta manera es el que, como consecuencia del *acoplamiento cerebro-mano*, ha evolucionado tecnológicamente con la creciente producción de objetos. Ser capaces de generar una imagen interna de lo que se desea y poder fijarla el tiempo suficiente como para manipular el mundo externo hasta que adquiera la forma deseada, ha sido una ventaja decisiva para la supervivencia de la especie. Este nivel de inteligencia es un procesador que produce, acumula y edita imágenes, con el fin de operar sobre un mundo del que se ha separado.

La actividad mental que construye el objeto, *crea al mismo tiempo* la sensación de que existe un sujeto que lo percibe-manipula. Para el *pensamiento tecnológico percibir y manipular son una sola cosa*: este nivel de la mente configura la realidad a la mano de un sujeto.

De manera complementaria a la dinámica mano-pensamiento, surge el lenguaje que, en casi todas las civilizaciones a partir de determinado momento, ha evolucionado en la dirección de reforzar esta tendencia mental divisiva y lineal. En nuestra civilización, la palabra “realidad” proviene de *res* (cosa). En el momento mismo en que nos interrogamos acerca de la naturaleza de la realidad, el lenguaje condiciona las respuestas posibles y oscurece casi groseramente el hecho de que podríamos percibir algo muy diferente a un conjunto de objetos o entidades separadas (cosas) y, sin embargo, esa percepción seguiría siendo real. De manera análoga, el pensamiento/lenguaje impone la palabra “yo” y provoca la sensación de que existe una entidad interna permanente, absolutamente objetiva y “real”.

Paralelamente al desarrollo de la mente tecnológica, el cerebro se desplegó en la dirección opuesta a la anterior y generó la tendencia mental complementaria. Desde el chamanismo en adelante, la mente ha indagado en el mundo “interno” desarrollando una riquísima *cartografía visionaria*. La generación espontánea de imágenes potentes, capaces de conmover y modificar psíquicamente a quien las experimenta, está en la base de todas las vivencias religiosas, místicas y estéticas. Magia, espiritualidad, religión, arte y fantasía son las formas en las que las civilizaciones organizan esta modalidad visionaria de la mente, y la separan lo más cuidadosamente posible de la tecnológica-constructiva.

La tendencia visionaria ha indagado profundamente en el potencial del sistema nervioso y ha adquirido una experiencia muy rica acerca de los distintos procesos y estados de la mente. Así como la tendencia tecnológica se dirige hacia el “exterior”, ésta se orienta definitivamente hacia el “interior” y alcanza posiblemente su apogeo en las tradiciones tibetanas e hinduistas.

Ambas direcciones, la exteriorizante y la interiorizante, han generado tradiciones antagónicas, las cuales, de alguna manera, coagulan conceptualmente en la moderna oposición entre pensamiento científico-tecnológico y misticismo.

El aprendizaje acumulativo

Estas dos tendencias (la que indaga en lo externo, desvalorizando lo interno, y la que indaga en lo interno, desvalorizando lo externo) no son en principio conscientes de sus supuestos y motivaciones. No registran de qué manera el pulso vital, el temor, el deseo y las necesidades particulares de la sociedad condicionan sus percepciones. En ambas, *la mente acumula nuevas experiencias y conocimientos* pero sostiene de manera casi indefinida sus supuestos.

En las dos prevalece *una concepción ingenua del aprendizaje*, entendido como una actividad acumulativa. El espacio cognitivo abierto por los supuestos iniciales se desarrolla indefinidamente agregando nuevas experiencias, informaciones y explicaciones. En el aprendizaje acumulativo, cada vez que se percibe un error o inadecuación, esta información no posee energía suficiente como para forzar a la mente a cuestionar los supuestos iniciales que definieron los contextos de ese aprendizaje. Las pautas correctivas de este tipo de aprendizaje sólo permiten alterar aspectos muy limitados y casi siempre superficiales de la experiencia.

Esta modalidad acumulativa posee una inercia gigantesca y, tanto en lo interno como en lo externo, permite sostener las confusas definiciones iniciales acerca de lo percibido mediante infinitas argumentaciones y reacomodamientos. Las formas mentales así desarrolladas, tanto las racionales como las imaginativas, pueden durar indefinidamente, ya que resisten con relativa comodidad su inevitable inadecuación con los hechos. Cada vez que la inadecuación aparece, la mente se esfuerza en acomodar el hecho a sus supuestos básicos buscando nuevas asociaciones, argumentos, explicaciones o, a lo sumo, sacrificando conclusiones o supuestos menos básicos con el fin de eludir el cuestionamiento de sus verdaderos puntos de partida.

La *argumentación* es una modalidad cognitiva de muy baja energía, basada en una mayor o menor rapidez asociativa, con el fin de reconfigurar la acumulación de datos disponibles en la memoria *sin tocar en ningún momento las raíces del discurso*.

Es bastante evidente que la acumulación sistemática de errores y refutaciones fácticas con fuerza suficiente como para forzar a la mente a revisar sus supuestos tiene un peso mayor en la tendencia extrovertida de la mente que en la introvertida. Tarde o temprano, la acumulación de errores provocará la aparición de individuos con la vitalidad suficiente como para cuestionar de raíz

los supuestos colectivos de la mente objetiva. Este cuestionamiento “objetivo” de los supuestos hasta entonces aceptados genera lo que hoy llamamos cambios de paradigma. Tanto Newton como Einstein ponen en evidencia la inadecuación sistemática de los supuestos de la física antigua, en el primer caso, y de la newtoniana, en el segundo.

El *insight*

Es importante subrayar que *cada vez que se produce un cuestionamiento radical de los supuestos, se revela que todo el conocimiento anterior era una construcción.*³

Esto provoca el desmoronamiento generalizado de lo construido anteriormente e inaugura una dirección completamente nueva para la mente. Esta es la característica central del *insight*, *un acto de altísima energía y de enorme poder destructivo capaz de liberar a la mente de todas sus conclusiones anteriores*. Este barido es un verdadero aprendizaje no acumulativo.

La modalidad acumulativa, tanto racional como visionaria, toma la forma de un árbol. Parte de una raíz que condiciona la dirección posterior de crecimiento y se desarrolla bifurcándose y ramificándose en base a las asociaciones y refutaciones de un pensamiento e imaginación binarios que contienen, dentro de sí, sus aparentes oposiciones y antagonismos (ver [En el interior de la mente](#)). Esto supone un carácter mecánico para el crecimiento del árbol, por cuanto sus recombinaciones y asociaciones aparentemente tan fértiles son sólo repeticiones o continuaciones de una auto programación (conjunto de supuestos) inicial. En el caso de la tendencia técnico-científica (racional), sus “descubrimientos” permanecerán siempre dentro del campo abierto por el supuesto de la objetividad.

En el caso de la tendencia visionaria (imaginativa), ésta presenta la *infinitud aparente de un caleidoscopio*, en el sentido de que siempre es posible obtener una nueva combinación de imágenes a partir de las básicas. Sin embargo, por maravillosas que éstas sean, todas ellas surgen de las combinaciones de un material original muy limitado que, aunque parezca interno, tiene su origen en lo externo (son reflejos de la experiencia concreta objetiva).

El *insight*, en cambio, es un cuestionamiento de supuestos más o menos profundos. Su carácter es destructivo (negativo) y por eso abre una dirección completamente nueva (creativa). No tiene las características extensas de la argumentación, la asociación, la explicación o, incluso, la hipótesis, sino que es más bien una *explosión* (destrucción y novedad al mismo tiempo).

Ahora bien, así como es más fácil para la tendencia exteriorizante advertir la inadecuación de sus construcciones, es inevitable que en el interior de la tendencia visionaria se revele, tarde o temprano, la naturaleza de las actividades de la mente y surja el *insight de que es ella misma quien*

construye las entidades que percibe. Las tradiciones más maduras de esta tendencia han trascendido por completo *la fascinación inicial por las visiones* y se interrogan intensamente acerca de la estructuras cognitivas que las hacen posibles. Las tradiciones meditativas explorarán los contenidos de la mente, y permitirán así que se revelen ante la conciencia sus distintos niveles de actividad, algo muy distinto a la búsqueda de experiencias internas aparentemente nuevas. El *insight* es inherente al estado meditativo de la mente (ver [Meditación](#)). Estas tradiciones desarrollarán incluso la capacidad del *insight imaginativo*, es decir, la activación de una intensidad mental suficiente como para cuestionar los supuestos cognitivos de las visiones y permitir que se abran nuevas direcciones visionarias más allá de los juegos del caleidoscopio original.

Esos *insights* sólo pueden producirse en un cerebro en el que se ha desarrollado una relación interna mucho más madura entre la tendencia extrovertida y la introvertida. Cuando eso sucede, los *insights* racionales y los imaginativos se entrelazan y dan lugar a una interacción mucho más rica y compleja. Es así como nacen las indagaciones más profundas del pensamiento humano, que suelen permanecer ocultas para las anteriores. En ellas se activa la capacidad de procesar información en distintos niveles simultáneos y se aprende a contener sabiamente la información proveniente de contextos muy diferentes.

En la civilización occidental en particular, esta convergencia exitosa entre tendencias mentales aparece tímidamente en la psicología moderna, especialmente en la junguiana y en las llamadas *transpersonales*. La capacidad de procesar información con una proporción más adecuada entre el nivel lógico-verbal y la experiencia visionaria les han permitido percibir formas arquetípicas y desarrollar conceptos que remiten a la relación estructural entre lo interno y lo externo (el “adentro” y el “afuera”) como los de proyección, transferencia, sincronicidad, etc.

La codependencia del sujeto y el objeto

Llegados a este punto, es bueno relacionar los fundamentos de la psicología de origen junguiano con la tradición hinduista, considerando a esta última como uno de los desarrollos más maduros de la tendencia no–objetiva o interiorizante de la mente humana.

El pensamiento de Jung (que tomaremos aquí como una forma particular de la tradición visionaria occidental) define con claridad la actividad constructiva de la mente que proyecta sobre el mundo externo sus estructuras internas. Estas formas, los arquetipos, son definidas, a veces, como condiciones del psiquismo, y otras, como verdaderas entidades autónomas. Esta indecisión de Jung es un dato muy relevante y tenemos que hacernos cargo conscientemente de cómo participamos de ella (o de cómo esa indecisión participa de nosotros). Los arquetipos, *¿son dioses o estructuras del psiquismo humano?* Decir “las dos cosas” no resuelve la tensión. Si se acepta que son dioses, esto significa que tienen poder operativo, es decir, que “ellos” configuran la realidad que llamamos objetiva. Si aceptáramos eso, la pregunta que un hinduista o un cabalista nos formularían inmediatamente sería: *¿los arquetipos tienen poder operativo sólo a través de la mente humana, o son estructuras propias de una inteligencia que no es humana?* Si es así, su poder es independiente del hombre: operaban mucho antes de que éste apareciera y lo seguirán haciendo una vez que éste se haya extinguido.

Es evidente que esta cuestión es decisiva si queremos delimitar los alcances de un concepto muy importante en la indagación de los procesos mentales, como es el de “proyección”. La *proyección psicológica* es propia de un individuo o grupo de individuos sobre una realidad que se la sigue considerando objetiva, la cual se ve distorsionada por esa proyección. En ese sentido, el trabajo de la conciencia es el de diferenciarse de ese contenido psíquico distorsionante (en principio considerado colectivo) que opaca y envuelve una subjetividad esencial que trasciende a lo colectivo. El proceso de individuación junguiano supone la existencia última de una conciencia individualizada o centro consciente capaz de diferenciarse de manera progresiva de las formas arquetípicas o contenidos indiferenciados de la psique. La proyección es así entendida como psíquica y, en este contexto, es imposible aceptar su naturaleza materializadora. La indagación hindú, por su parte, afirma la existencia de una conciencia más allá del universo materializado. *El universo aparece como una exteriorización de esa mente* a través de la proyección creadora de sus formas, impulsos volitivos, rayos, arquetipos, dioses, etc.

Esta presencia creadora trascendental se denomina de muchas maneras: a veces, con nombre de dios (Ishvara, por ejemplo, Shiva, Brahma o Vishnú, cada uno expresando distintos niveles de la creación) o como Parabrahman en tanto estado de conciencia más allá de todos los estados conocidos posibles. Este estado de conciencia manifiesta el universo objetivo que percibimos a través de su Maya. Mayashakti es aquí la energía de la que emana el conjunto de estructuras con las cuales esta hipérconsciencia se proyecta o, mejor dicho, se materializa “hechizando” a otros niveles menos complejos de sí misma. Estos últimos son los que deberán diferenciarse de la telaraña creadora de Maya hasta regresar o despertar a su origen trascendente y creador.

Esta aclaración nos sirve para mostrar la enorme distancia que existe entre la indagación de una psicología occidental y la mente hindú. Como la primera está aún atada a la tendencia objetivante de la mente, no puede eludir la existencia de un universo objetivo y consistente *sobre el cual se produce la proyección*. En consecuencia, ésta no puede ser nunca una *materialización o una exteriorización*. En todo caso, se discutirá si esta consistencia última de lo externo es incognoscible para la mente humana (Kant) o, como en el proyecto tecnológico-científico, si el conocimiento último de la estructura de la materia-objetividad es algo posible para nosotros, los humanos. *La psicología occidental puede definir la percepción como constructiva pero no como creadora.*

La indagación hindú es infinitamente más radical por cuanto procura experimentar o sumergirse en la presencia de una conciencia trascendental o sustrato consciente generador del universo que nuestros sentidos y el pensamiento perciben.

Detengámonos una vez más en las semejanzas y diferencias entre ambas posiciones. En los dos casos, se trata de explorar *cómo la conciencia se “desidentifica” de todo aquello con lo que se ha identificado previamente*. Tanto en el proceso de individuación como en la tradición del Vedanta, se postula la existencia de un Sí Mismo diferenciado de las formas condicionadas. Un fragmento de ese Sí Mismo se ha extraviado en esas formas dominadas por la inconsciencia. La tarea es, entonces, la diferenciación definitiva del Sí Mismo respecto de la inconsciencia. En ambos casos hay un sujeto lúcido al final del camino. Jung parece detenerse en una diferenciación psíquica. El Vedanta se dirige a una completa diferenciación de la conciencia respecto del universo objetivo. A la identificación cerebral con la vivencia creadora de esta misma conciencia-fundamento en la que se disuelven toda objetividad y

sensorialidad. La tendencia visionaria o interiorizante alcanza aquí su culminación y postula *una conciencia/sujeto absolutos generadores de su propia exterioridad/universo*.

Bien podríamos decir que todas las religiones van en esta dirección, por uno u otro camino. La creencia en un sujeto absoluto independiente de toda realidad objetiva y material, que tiene el poder de crearla, está tan arraigada en el cerebro humano que se nos aparece como una necesidad tanto lógica como emotiva. La creencia complementaria es que la subjetividad humana, por alguna misteriosa razón, puede encontrarse con esa conciencia absoluta al final de un determinado proceso. Lo que varía serán las formas de llegar hasta allí y los contenidos de este encuentro. En las religiones más cercanas a occidente (donde no puede disolverse por completo la tendencia *técnico–objetiva de la mente*) el encuentro con dios es concebido como un premio por haber cumplido con la ley. La conciencia así premiada mantiene su identidad subjetiva inalterada e, incluso—inmediatamente en el Islam, en el fin de los tiempos en el cristianismo—recobra su forma material terrestre en una restitución paradisíaca en pleno contacto subjetivo y objetivo (carnal) con el absoluto.

En la tradición hindú, este proceso lo experimenta una subjetividad esencial, el Atman o verdadero *sí mismo*, quién debe recorrer un largo camino a través de múltiples existencias materiales y sutiles antes de poder retornar a su estado de plenitud absoluta o Parabrahman, del cual proviene en tanto emanación.

Debemos meditar profundamente acerca de la presencia de este *software* en el cerebro: Alma–Dios, Atman–Parabrahman aparecen como los dos extremos (particular y universal) de la *subjetividad absoluta*, en claro antagonismo con la objetividad absoluta del universo material concebido por la tendencia opuesta (tecnológica) de la mente.

Ambas organizaciones mentales parecen conformar los dos lados de la percepción cada vez que ésta se organiza como relación sujeto y objeto. *La disolución simultánea de ambos lados sólo es posible para un estado de conciencia más allá del pensamiento*.

Apenas el cerebro piensa, es decir, intenta recordar o verbalizar los estados más profundos, leer o escribir acerca de ellos, deducirlos lógicamente o imaginarlos, se pone en actividad toda la estructura pensamiento–imaginación y ésta genera automáticamente la polarización sujeto–objeto. *Esto es inevitable*.

El cerebro (lo cual quiere decir “nosotros”) debe dedicarse activamente a comprender la estructura pensamiento–imaginación con la misma intensidad con la que hemos investigado la estructura del universo, la evolución biológica, nuestra estructura emocional o lo que fuera. Esto implica la realización de sucesivos *insights*—cuestionamiento de supuestos—que conduzcan a un aprendizaje revolucionario acerca de esta estructura. Esto es algo completamente diferente al aprendizaje del tipo discursivo acumulativo en este nivel, propio de los teólogos (aquellos que “saben acerca de la mente de Dios”), sean éstos occidentales u orientales, o de los científicos (los que “saben acerca del ciego y azaroso universo objetivo”).

La disolución *simultánea del sujeto y el objeto* aparece plenamente desplegada en el budismo. Es posible que esta radicalidad lo haya hecho inasimilable para la mente hindú (dentro de la cual se originó) y por eso tuvo que emigrar fuera de la India. La mente china se ubicó desde un principio más allá de las subjetividades u objetividades trascendentales, a partir de su percepción inmediata del continuo flujo del Yin–Yang/Tao. Este flujo nada tiene que ver con sujeto–objeto, dios/alma–mundo: *en la base de la mente china, no existen ni el sujeto ni el objeto.*

La relación como fundamento de la percepción

Una mente atrapada en la discusión objetividad–subjetividad se resiste denodadamente a aceptar que *no hay nadie dentro del cerebro, ni tampoco en el trasfondo del universo*. La programación inconsciente que opera en ese nivel no se lo permite: deberá realizar una serie de pasos intermedios imprescindibles antes de poder soportar tanta complejidad. Si tales pasos no se dan, el aprendizaje es imposible. Con “pasos intermedios”, no debería interpretarse una serie de etapas a recorrer en una secuencia preestablecida. Por eso, es más correcto decir: *la realización de suficientes conexiones neuronales que le permitan saltar sobre lo conocido, o mejor aún, la disolución del suficiente número de membranas separativas (velos) que permitan la realización espontánea de esas conexiones*.

Tanto la tendencia tecnológica de la mente como la visionaria ponen muy poco énfasis en las relaciones (conexiones) y menos aún en la interactividad cogeneradora de las entidades que el cerebro percibe. En términos simbólicos, ambas tendencias se presentan como columnas autosostenidas que se niegan a aceptar los zigzags que las complementan. Estos zigzags tienen que ver con el encuentro, con las hibridaciones, con la inteligencia vincular, con aquello que no es fijo y nunca lo fue y, evidentemente, con el amor.

Las dos tendencias (tanto la técnico–objetiva como la visionaria) no dan real importancia al amor: encarnan un solo polo y, en consecuencia, tienen una dificultad insuperable para comprender *el vínculo como fundamento*. El amor aparece con relativa fuerza en la tendencia visionaria, pero, en general, bajo formas muy sexualizadas (Tantra, Alquimia) o reducido a la devoción hacia una entidad superior o al sentimiento del creador hacia sus creaciones. En última instancia, el amor es comprendido de una manera sentimental, y no es posible concebirlo como una inteligencia de altísima complejidad.

Sin embargo, es necesario insistir en que, pese a su contenido necesariamente devocional, el budismo y el cristianismo encierran claves fundamentales para la maduración de la inteligencia humana, las cuales es muy riesgoso ignorar. Cuando, en el budismo Mahayana, Buda renuncia a entrar en el nirvana hasta que el último de los seres lo haya hecho, está alterando la programación inconsciente fundamental. Por supuesto que esta afirmación adquiere la tonalidad mística y sentimental del sacrificio supremo: esa es la traducción inevitable que surge del condicionamiento. Pero, en realidad, le está diciendo a la mente hindú, que es su verdadera interlocutora, que primero se debe asumir

plenamente la interrelación entre todo lo que existe. *Ninguna conciencia puede saltar a lo absoluto antes de experimentarse amorosamente entrelazada con todo aquello que se le aparece como condicionado.* Diferenciación no es subjetividad absoluta sino relación absoluta, es decir, amor. El encuentro unilateral con el absoluto es la ilusión propia de un cerebro que no se ha abierto a la realidad plena de la relación (en términos budistas, la codependencia). Por el otro lado, la encarnación de dios en el cristianismo, su muerte y el perdón de todas las heridas infligidas y recibidas (redención) implica también un terremoto en el software fundamental. En ambos casos, se han introducido paradojas que tienen el potencial de destruir los condicionamientos generados por los aprendizajes acumulativos del cerebro y pueden ser activadas en el momento oportuno.

El *insight* profundo dentro de la tendencia visionaria se produce cuando ésta se da cuenta de que el cerebro es el que crea un mundo de objetos, es decir, que los objetos no son una realidad sino una construcción. Construir objetos significa que la mente en ese estado separa cuidadosamente un grupo de relaciones de otro, con la certeza de que cada conjunto es una entidad subsistente en sí misma e independiente, sin relación de las demás. No tomemos esta frase como una idea, sino que, al considerarla, debemos darnos cuenta de cómo efectivamente percibimos un universo de objetos separados. Las palabras separan al árbol del suelo y del cielo, a cada rama de las otras, del tronco y de las hojas, de la radiación solar y de los nutrientes químicos y del agua que las raíces absorben, etc. El cerebro condicionado se siente seguro solamente si percibe de esta manera. De hecho, que se borren los límites milenariamente establecidos entre una cosa y la otra remite a un estado de confusión que la actividad del hemisferio izquierdo se encargará inmediatamente de resolver devolviéndonos a la “realidad” de las distinciones nítidas y objetivas.

Por eso, el verdadero camino o aprendizaje es el de liberar a la realidad de la presión a la que la somete el cerebro condicionado. Que el cerebro suelte lo percibido objetivamente da lugar a que aparezcan las relaciones anteriormente excluidas o negadas cuya exclusión permitía dibujar las formas absolutamente nítidas y claramente separadas. *El pensamiento no puede hacer esto*, por cuanto en ese nivel es inevitable que esta afirmación tome la forma de un sujeto que debe soltar a los objetos. En su treta final, el pensamiento afirma que el pensamiento mismo es el que debe ser controlado (soltado). ¿Por quién?

Es visible que la tendencia técnico–objetiva, si realmente obedece a la dinámica de su aprendizaje, se ve obligada a ir en la *dirección de descubrir que todo es relación*. La manera que tiene la tendencia objetiva de la mente de percibirse de esto es a través de las matemáticas. *La matemática es una relación de relaciones. Es el universo, en tanto juego de proporciones, en el cual todas las diferencias aisladas se desvanecen.*

Por ese camino, el primitivo universo de objetos consistentes llegó a convertirse en el mundo inimaginable de la mecánica cuántica o el de las supercuerdas. Un entrelazado de vibraciones en el cual las partículas (entidades separadas que la mente creadora de objetos necesita desesperadamente sostener) se disuelven inevitablemente en trazas, campos y funciones de onda. En esta misma línea, la cibernetica conduce a la mente hacia un mundo no lineal de *feedbacks*, bucles recursivos, fractales y órdenes caóticos.

Es evidente que la tendencia técnico–objetiva aún no ha podido dar el salto que significaría percibirse a sí misma en aquello que percibe, es decir, poder ver la relación sujeto–objeto como una interrelación codependiente. Por ahora, alcanza a ver un universo externo de relaciones en el que todo objeto o partícula se disuelve progresivamente en un mar de ecuaciones matemáticas (relaciones de relaciones) absolutamente inimaginables para la mente concreta. O alcanza a postular un principio de indeterminación en el que la percepción altera irrevocablemente a lo percibido. Pero no se dispone aún a indagar hasta las últimas consecuencias en la dinámica de la relación entre aquello que observa y aquello que se le aparece como observado (con la excepción de David Bohm).

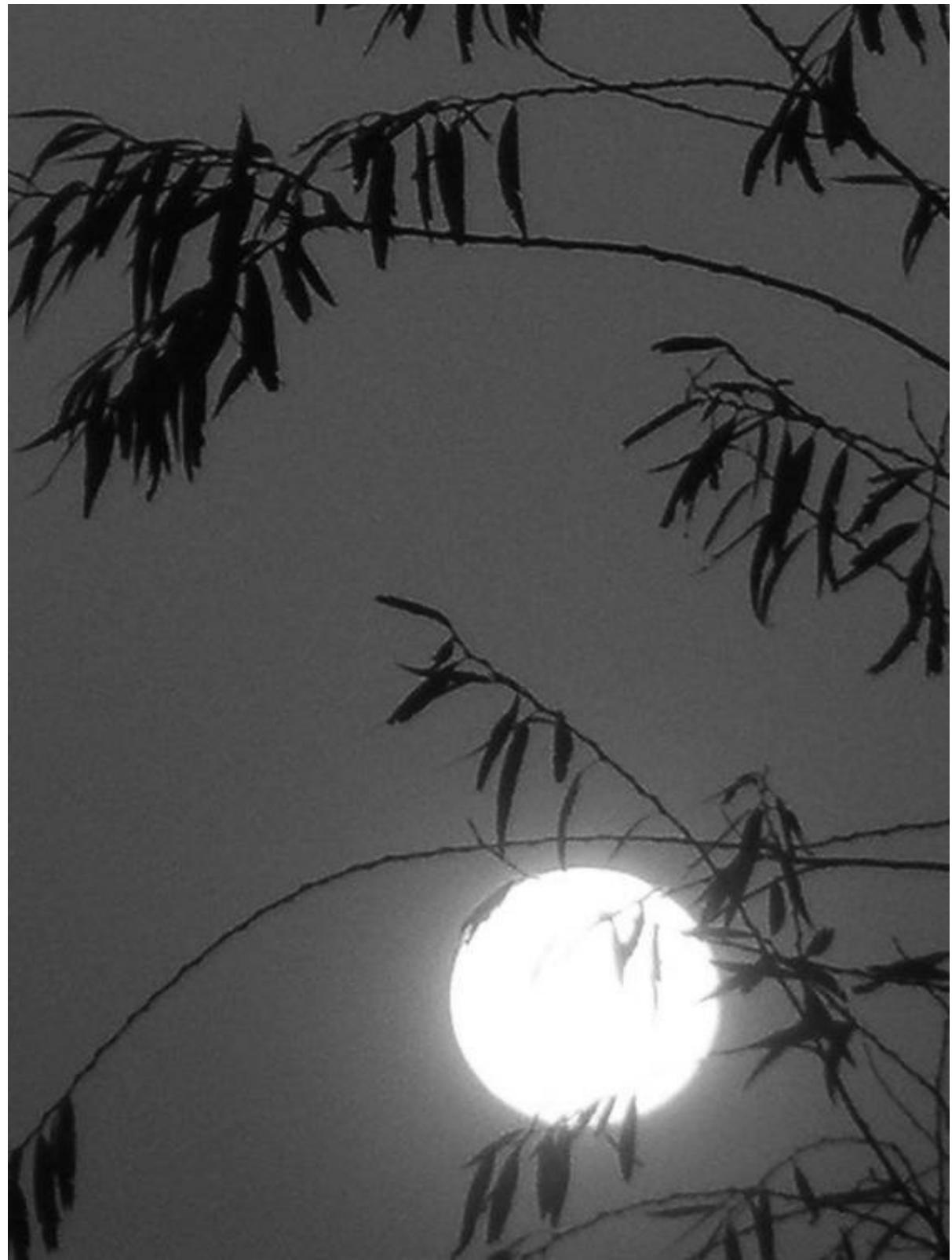
Bohm, David. «Discernimiento, conocimiento, ciencia y valores humanos». En Jayakar, Bohm, Weber y otros, *Dentro de la Mente*. Jayakar, Bohm, Weber y otros. Kier, 1993.

Bateson, Gregory. *Mind & Nature: a Necessary Unity*. Bantam Books, 1980.

Bateson, Gregory. *Pasos hacia una ecología de la mente: colección de ensayos en antropología, psiquiatría, evolución y epistemología*. Lohlé–Lumen, 1998.

[En el interior de la Mente](#)

[Meditación](#)



Meditación

A lo largo de la historia, distintas tradiciones exploraron diferentes caminos en la búsqueda del despertar de nuevos niveles de sensibilidad e inteligencia en el ser humano. La tendencia visionaria de la mente es la que ha acumulado la mayor experiencia en esta dirección. Su clara comprensión de la relación entre las excitaciones corporales y los estados de conciencia la ha llevado a indagar profundamente en los llamados “estados meditativos y contemplativos del cerebro”. No es posible avanzar en la indagación de las potencialidades del sistema nervioso y en la confluencia de las tendencias objetivas y subjetivas de la mente sin considerar con extrema seriedad el estado de meditación.

Vamos a llamar “meditación” al *estado que se manifiesta en el cerebro cuando entra en plena sintonía con el movimiento profundo de lo que es*. Este movimiento no es el de las cosas tomadas aisladamente: no tiene divisiones, membranas o velos que lo separen en compartimientos estancos y den lugar a procesos de acción y reacción. Es movimiento porque es creación, resonancia, conexión, flujo, explosión, pero no lo es en el sentido de que no va de aquí para allá en una dirección determinada: todas las direcciones posibles son sus direcciones, simultáneamente. David Bohm lo llama “holomovimiento”, un movimiento total e indiviso, con múltiples niveles y dimensiones internas, que aparece direccionado yendo de aquí para allá y de allí para acá, sólo desde el punto de vista de una conciencia focalizada, o que en algún modo se separa de ese movimiento global del cual esencialmente forma parte.

Indagar en el verdadero significado del estado de meditación implica comprender muy a fondo la relación entre las divisiones propias de la actividad interna del cerebro y las que éste percibe en el mundo externo.

¿Qué es lo que genera la apariencia objetiva de la realidad? *Objetiva* significa ‘radicalmente separada del organismo que la percibe’. A su vez, ‘nítidamente dividida en un conjunto de entidades claramente distinguibles entre sí’. Para que *aparezca un objeto ante la conciencia, debe haber una actividad inteligente (un sujeto) que se perciba a sí misma radicalmente separada de él*. Al mismo tiempo, “objeto” implica un contorno claramente delimitado, algo definidamente separado y separable del entorno conformado por una colección de otros objetos.

Desde la perspectiva en la que están escritos todos estos artículos, es el cerebro en su funcionamiento evolutivamente condicionado el que genera las divisiones que percibe: sujeto y objeto, diferentes objetos separados entre sí,

diferentes sujetos independientes los unos de los otros, pasado y futuro, etc. Para que se manifieste el verdadero estado de meditación, el cerebro debe entrar en una dinámica global que carezca internamente de toda reacción divisiva, de modo tal que en lo externo tampoco aparezca su división equivalente.

No puede ser, entonces, la persona o el sujeto quien medita. La persona o el sujeto son solamente un aspecto de la actividad cerebral. *Meditar significa que es el organismo humano en su totalidad (la vida misma en evolución) quien entra en sintonía con el estado indiviso,* sin reacción divisiva alguna en lo interno ni con lo externo. Esa, y no otra, es la actividad del estado de meditación. De allí que no exista meditador alguno, por lo menos en los términos en que los humanos concebimos al sujeto que realiza una acción.

El movimiento indiviso sólo puede aparecer en un cerebro cuyo movimiento interno sea indiviso. Es decir, que en tal cerebro haya florecido neurológicamente un estado de resonancia global en el que la totalidad de las células del sistema nervioso, organizadas evolutivamente en distintos subsistemas, participen sin reaccionar y sin aislar una de otras.

Las divisiones internas

A fin de explorar esta afirmación, podemos preguntarnos por qué el cerebro humano no entra espontáneamente en un estado de resonancia global. La primera razón, y quizás la más profunda, tiene su fundamento en que nuestro sistema nervioso contiene plegados dentro de sí a los distintos sistemas nerviosos que le precedieron. Estos sistemas fueron incrementando su complejidad de manera progresiva, pero conservaron sus estructuras básicas. Se convirtieron en los distintos subsistemas que conforman el cerebro humano actual como totalidad.

Si nos limitamos a su apariencia animal, y conscientes de que esto es una simplificación, podemos decir que el cerebro es *una triple flor (reptílea, mamífera y antropoide)* que, aparentemente, aún no ha terminado de establecer todas las conexiones posibles entre sus tres módulos evolutivos fundamentales. Es en el marco de esta limitación profunda que el cerebro humano ha desarrollado su actividad y realizado todos sus aprendizajes. La coexistencia armónica de estas dimensiones internas—*las vitales, las emocionales y las cognitivas*—no está plenamente resuelta en nosotros, en el sentido de que cada uno de estos subsistemas aún reacciona fuertemente a la actividad de los otros. Estas divisiones internas se reiteran, se refuerzan y se proyectan en nuestra relación con el mundo que percibimos como externo.

Un doble aislamiento

En un segundo nivel, al mismo tiempo que los humanos fuimos construyendo las formas externas u objetivas de la civilización, la actividad cerebral se *fue aislando progresivamente de la dinámica de la vida circundante* y quedó envuelta en sus construcciones subjetivas. Los humanos habitamos en la inmensa caverna generada por la actividad simbólica y en su equivalente externo, el territorio moldeado por la actividad de la civilización. Este aislamiento aparentemente protector ha introducido enormes fragmentaciones en nuestra percepción de la trama de lo real, que en sí misma no está dividida.

Podemos pensar que la maravillosa sustancia cerebral se vio obligada a realizar este movimiento con el fin de protegerse y coordinarse. La prodigiosa sensibilidad y complejidad del sistema nervioso humano se desarrolló sobre la base de pulsiones y terrores ancestrales de origen animal. Esta dualidad, inherente al hecho de ser animales mentales, generó un conjunto inevitable de reacciones contractivas en sentido inverso a la creciente sensibilización. En esa *contracción*, el cuerpo/cerebro desarrolló un sinnúmero de estrategias y construcciones de finalidad al mismo tiempo protectora y expansiva.

Una de las principales estrategias de esta burbuja protectora/expansiva ha sido la de generar una identidad virtual que siente un inmenso orgullo (“gratificación”, en términos neuronales) en sentirse apartada y diferente de todo aquello que percibe. Esa intensa sensación de identidad separada anhela continuar con su actividad constructiva imprimiendo su presencia indeleble en el tiempo.⁴

Esta dinámica incesante es el *pensamiento*. Está orientada funcionalmente hacia la percepción y manipulación de objetos (concretos o simbólicos). Dentro de su continuo y cambiante flujo, genera la sensación de que existe una entidad permanente que se separa de los objetos que percibe.

Dicho de otra manera, el flujo del pensamiento se divide a sí mismo *en una búsqueda simultánea de objetividad absoluta y de una subjetividad igualmente absoluta que supone independientes*. Es decir, no puede concebirse como estructuralmente relacionadas o codependientes. La burbuja separativa creada por el cerebro de base animal (en un sentido riguroso, *por la interacción social de los cerebros de base animal*) remata en esa peculiar articulación interna que denominamos “yo”.

La sensación de identidad personal constante y separada es un constructo

interactivo que surge de la necesidad de generar cerebros con suficiente autonomía como para resistir la presión social que ejercen los demás cerebros humanos. Esto ha sido y es evolutivamente necesario, a fin de generar suficientes variaciones creativas como para contrarrestar la inercia de lo colectivo hacia la uniformidad.

Desde este punto de vista, lo que llamamos “yo” es el producto de un *doble aislamiento*. El primero es el aislamiento del pensamiento colectivo respecto de la trama inteligente de vida del planeta. El segundo es el aislamiento de cada cuerpo/cerebro particular con respecto a los demás cuerpos/cerebros en interacción. Es en ese doble movimiento donde surge evolutivamente el sentido de importancia personal, con su consecuente orgullo y anhelo de inmortalidad separada.

El sistema nervioso que se rebela ante la complejidad de la vida que lo incluye y lo trasciende se ata a este *patrón de aislamiento–construcción* que él mismo ha generado. Si por alguna razón consigue atisbar, aunque sea por un instante, que la objetividad que ha creado es en realidad una construcción, se refugia inmediatamente en el opuesto de la subjetividad. Busca en la dirección contraria y compensatoria de la anterior: en la “interioridad” de las realidades no sensoriales.

En este segundo movimiento (ver [*Tendencias de la mente*](#)), el cerebro aprende acerca de sí mismo de una manera completamente diferente a la que proviene de su impulso técnico–objetivo. Sin embargo, *cada vez que se retrae hacia la “interioridad” sin haber comprendido previamente el conjunto desordenado de marcas que la experiencia sensorial dejó impresa en él, el desorden acumulado durante la experiencia externa se traslada a sus percepciones internas*. El miedo, el deseo, el anhelo de dominio, la búsqueda de premio y el temor al castigo, los pulsos sexuales y agresivos, la negación de la muerte, entre otros—toda la experiencia que podemos llamar “externa” no fue comprendida aún en el momento de retirarse a la experiencia “interior”, y mucho menos fueron agotados los impulsos relacionados con ella.

El repliegue al mundo “interno”

Cuando eso sucede, *la conciencia introvertida suele llamar “meditación” a la actividad de un sujeto que se abstrae de los inputs sensoriales directos.* La concentración, la búsqueda subjetiva/volitiva del cese del pensamiento, la visualización, la ensoñación, la repetición de mantras, etc., son un conjunto de actividades que han tomado el nombre genérico de meditación. Lo que no se advierte es que las experiencias que nacen de estas actividades están intensamente teñidas por todo aquello que aún permanece incomprendido acerca de la experiencia externa que ha sido artificialmente negada y reprimida. De aquí provienen un sinnúmero de experiencias acerca del mundo interno que tienen un alto valor intrínseco, pero que en última instancia son meramente complementarias a lo aprendido en la dirección hacia lo externo. Nacen de una reacción (profunda y eventualmente necesaria) a la experiencia objetiva, pero están basadas en la misma ilusión de separatividad que teñía las experiencias externas. Al escapar del mundo externo incomprendido, la conciencia interna da un brusco salto en busca de lo incondicionado y lo absoluto. Pero esta búsqueda está inevitablemente cargada de ilusiones, porque el buscador se niega a aceptar que es la misma entidad psíquica, esa que antes temía, luchaba y sufría en las complejas peripecias del mundo objetivo, la que ahora se retrae de él.

Lo que la mayoría de las tradiciones de meditación parecen haber olvidado es la importancia radical del vínculo en la percepción. Sólo la comprensión profunda de la *dimensión vincular de la existencia* puede conducirnos hacia lo indiviso, y disolver al mismo tiempo el llamado hechizante de la objetividad/sensorialidad caótica (Maya, en términos de la tradición hindú) y el anhelo titánico de trascendencia absoluta (Shiva).

Es por esto que se encuentra tan arraigada la interpretación distorsionada de la meditación en la que el cerebro pugna por evitar que se presenten objetos en la mente. Esta actividad no es realmente meditación sino concentración. Se trata de un entrenamiento en excluir percepciones indeseadas, basado en la focalización en aquellas deseadas. La concentración implica fijar la actividad mental en algún objeto o entidad superior o supuestamente absoluta que cancele la aparición de los objetos relativos en la mente. El objeto absoluto habitual es dios, aunque existen un sinnúmero de herramientas intermedias para realizar este propósito. Es indudable que esta meditación/concentración ha sido y es muy útil durante los estadios inmaduros en los que la actividad cerebral es demasiado fluida y el cuerpo está excesivamente excitado, pero

cualquier persona que haya realizado algún estudio relativamente complejo y sistemático, como una carrera universitaria de tipo científico, por ejemplo, tiene desarrollada en gran medida esta capacidad, e insistir en ella es un error de consecuencias más serias de lo que imaginamos. Los senderos más “oscuros” de la inteligencia se basan en la concentración mental y son absolutamente incapaces de acceder a la verdadera meditación. Aunque no profundicemos ahora en esto, es importante darse cuenta de que cuanto más se insiste en la concentración mental, más se refuerza la voluntad con el inevitable fortalecimiento del yo. Se trata de un camino de poder que, más allá de las motivaciones conscientes de la persona, se interna en un sendero que lleva al aislamiento. Desandar esta tendencia mental es una tarea mucho más ardua y costosa de lo que habitualmente creemos.

El pensamiento es acción y reacción

En este movimiento de introversión, la inteligencia ha quedado atrapada en una reacción que le impide percibir que el sujeto es, en realidad, un objeto más dentro del universo de objetos del cual se retrajo. *La noción/sensación de sujeto surge del mismo plano de actividad mental que creó al mundo objetivo.* Una de las mayores limitaciones de la tradición hindú (o, por lo menos, de sus cristalizaciones actuales) es la de definir la actividad externa de la mente simplemente como objetiva.

La crítica a la mente exteriorizada los ha empujado hacia el interior, y los ha llevado a concebir la existencia de una mente subjetiva completamente independiente de la objetiva, sin darse cuenta de que, al hacerlo, el cerebro ha quedado atrapado en el opuesto del movimiento anterior (ver [Tendencias de la mente](#)). La perplejidad de los hindúes ante Krishnamurti posiblemente se origina en esto, por cuanto les revela el truco fundamental de su tradición mental. En este sentido, Krishnamurti está mucho más cerca del budismo (y ésta es probablemente una de las razones por las cuales el hinduismo no pudo reconocerse en Buda).

El primer movimiento que hace el cerebro cuando descubre *su actividad constructora de objetos*⁵ es la de replegarse internamente para indagar en ella pero sin cuestionar la correlativa construcción del sujeto. Esto no debe sorprendernos dado que, ante cualquier descubrimiento importante, *la naturaleza misma del sistema nervioso lo lleva a reaccionar en dirección opuesta a aquello que acaba de percibir como falso.* Este movimiento mecánico inhibe cualquier impulso a complejizar.

En este caso, “complejizar” significa aprender a percibir un mundo no de cosas u objetos, sino de relaciones. *Sólo de esta manera el cerebro puede aprender a observarse a sí mismo en sus dinámicas interactivas sin separarse de aquello que observa.*

Percibir la relación estructural entre lo percibido y aquello que percibe, entre el adentro y el afuera, lo objetivo y lo subjetivo, el pasado y el futuro, el observador y lo observado requiere una enorme madurez para el sistema nervioso. Si realmente indaga en esta dirección, tarde o temprano se verá obligado a cuestionar todos los supuestos y creencias en los que sostuvo su milenaria actividad tecnológica y objetiva, lo cual incluye el fascinante conjunto de experiencias subjetivas o visionarias que las complementa.

Aprender a percibir *la realidad como una red de relaciones* es un paso esencial que nos lleva a descubrir vívidamente la exigencia inconsciente de nitidez a la que estamos sometidos por la actividad tecnológica. En este caso, “nitidez” significa ‘delimitación precisa de las formas’ (conceptos, cosas, entidades, estados, sensaciones, emociones, imágenes, etc.), lo cual incluye la clara delimitación de quién es el que piensa, siente, observa y actúa. El desarrollo de la capacidad de *resonancia* (*cualidad fundamental del sistema nervioso*) queda grosera o sutilmente inhibida en la dirección anterior. Apenas *el contorno nítido de las formas se diluye en la percepción reticular de relaciones*, el modo de percepción que caracteriza al sujeto diferenciado entra en crisis. Abrirse a la interacción como fundamento perceptivo dispara de inmediato un conjunto de sensaciones asociadas a la confusión. En la medida en que el cuerpo/cerebro sale de su aislamiento protector y se entrega a la *percepción interactiva*, el flujo de información que se libera aumenta de un modo exponencial y lleva al incremento correlativo de la resonancia.

Desarrollar la capacidad de establecer conexiones que integran información dispersa proveniente de distintos niveles, asimilando correctamente el efecto de los bucles interactivos multidimensionales que están en juego, exige un intenso entrenamiento, completamente opuesto al que nos hemos entregado durante buena parte de la evolución.

Concentrar y distinguir significa limitarse a reunir estímulos semejantes, estableciendo umbrales de exclusión de las informaciones divergentes sumamente altos.

Las relaciones que encuentra el cerebro entre aquello que ha distinguido en exceso (objetos) son siempre externas, es decir, *dependientes de sus formas*. Relacionar, en este sentido, es encastrar, encontrar cómo se acomoda una pieza a la otra. Esto es pensar, y el modo en el que el lenguaje arrastra a la mente en esta dirección es algo que debemos considerar cuidadosamente.

Aunque la imaginación es más fluida que el pensamiento, como lo demuestra la experiencia onírica, también el imaginar es en gran medida un encastrar, puesto que las imágenes que producimos están enraizadas en la percepción de los objetos.

La resonancia que surge de los encastres amplifica mágicamente los significados. De esta manera, ellos pueden ir mucho más allá de su plano habitual e imbricarse con los sentimientos, las sensaciones e, incluso, con la acción. En el canto y en la poesía, las resonancias originadas en el plano de

los encastres se combinan con las que provienen de niveles mucho más amorfos y complejos. *Es en esa delicada frontera donde puede hacerse visible la profunda diferencia entre el pensamiento que surge de la actividad combinatoria de un sujeto, de aquel que emerge de la acción creativa del vacío o completa ausencia de sujeto.*⁶

El *pensamiento que se origina en sí mismo* es la manifestación de una atención dividida, absorbida por la alternancia de sus focos (adentro–afuera, yo y el otro, pasado y futuro, sensación y significado) en una secuencia de acciones y reacciones que no tiene final.

El rango de este pensar parece extenderse indefinidamente en base a traslaciones, agregando continuamente información a la plataforma construida en la experiencia de la separación. Pero es el pensamiento el que genera los objetos, los relaciona asociativamente y agrega lo que previamente sabe (memoria) para compensar/completar su movimiento divisivo. Este movimiento no puede dejar de ser incansable porque *no opera por plenitud sino por carencia*, dado que nace de la exclusión, la reacción y el aislamiento. Se trata de la dinámica de una *carenza activa* en lugar de una *serenidad receptiva*. Si esta excitación no es comprendida, es imposible que el cerebro se comprenda a sí mismo como una *superficie de contacto entre dimensiones*.

La maduración del cerebro

El autoaislamiento evolutivo del cerebro está organizado primariamente por un conjunto de tabúes y leyes protectores y reguladores (noes) que generaron, a su vez, un conjunto de creencias ilusorias en tanto opuestos compensatorios. Cuando el sistema nervioso madura, es como un niño que súbitamente se entera de cuán dura es la realidad de la que hasta ahora se veía protegido. Si el niño es muy sensible, temeroso, lleno de ilusiones y depende en exceso de la cálida sensación de estar envuelto en un otro protector, la cruda realidad será percibida con horror. *Para la mente humana que creció en el aislamiento, la verdad del ser es el horror.*

La progresiva maduración del cerebro forma parte de la evolución planetaria. La mente humana tiene el potencial paraemerger de su actual estado infantil como parte de un proceso que va mucho más allá de nosotros, pero esto implica la caída irreversible de nuestras construcciones autoprotectoras. Así como la verdad acerca de las interacciones sociales en las que se encuentra inmerso es casi insoportable para un niño, la realidad cósmica de la que formamos parte es insopportablemente ajena a todas las ideas, creencias y anhelos acumulados a lo largo de nuestra historia.

Desde este punto de vista, las enseñanzas místicas provenientes de las religiones organizadas no son otra cosa que *cuentos para niños en términos de complejidad cerebral*. Tal es, en realidad, su función. A su vez, deberíamos comprender las ideas y anhelos más complejos propios de las tradiciones espirituales más maduras, como narraciones juveniles acerca de lo real.

Cuando somos niños, adolescentes e incluso jóvenes, debemos atravesar innumerables desilusiones y soportar cruentes encontronazos psíquicos con la realidad antes de convertirnos en un ser humano relativamente maduro. De manera análoga, el cerebro debe atravesar por un proceso extremadamente complejo antes de alcanzar lo que podría llamarse su madurez.

Una gran cantidad de seres humanos no han desarrollado aún el estado psíquico que les permitiría vincularse maduramente en el nivel social. La psicología moderna parece haber tomado esta tarea sobre sus espaldas. Pero aquí estamos hablando de algo enteramente diferente, de otra vuelta de espiral en el marco de la analogía que estamos planteando.

En estos términos, un psiquismo precariamente adaptado a la vida social se encuentra en un estado infantil. La mente humana civilizada expresaría, a lo

sumo, la actividad de un cerebro que está llegando al fin de su infancia. Una importante cantidad de seres humanos ha atravesado y está atravesando las crisis propias de lo que podríamos llamar la adolescencia y la juventud cerebral.

Estas fases de crecimiento se caracterizan por la presencia de un conjunto de aprendizajes, desilusiones y terrores muy específicos. Algunas tradiciones han denominado “iniciaciones” a estos saltos en la complejización de la inteligencia. En un lenguaje “juvenil”, éstas suelen aparecer como procesos excepcionales e individuales, pero es necesario que aprendamos a considerarlas como efectos de procesos globales mucho más profundos.

El marchitarse de la simbolización

El riquísimo *simbolismo* que expresa naturalmente la exquisita sensibilidad de un sistema nervioso “juvenil” refleja un conjunto de construcciones que, en su momento, también se revelarán como ilusiones y autoprotectoras. Ese estadio quizás exprese la floración de la mente propiamente humana. Jung dice que así *como el reino vegetal produce flores, la mente humana genera símbolos*. El prodigo de simbolizar es el que debe ser comprendido en su fundamento para que destellos de la verdadera meditación surjan espontáneamente en el cerebro.

En sus primeras etapas, la *mente-en-el-humano* aprende a simbolizar en forma ciega. Más tarde, queda fascinada por los símbolos más complejos que brotan como flores mágicas de los cerebros más maduros, de los que podríamos llamar los adolescentes y jóvenes de la especie. En esos cerebros, se manifiesta plenamente la prodigiosa capacidad de simbolizar, ya sea en un matemático, en un místico, en un artista y más aún en aquellos organismos en los que estas tendencias aparentemente divergentes confluyen. En ellos se empieza a comprender que no sólo la mente humana crea símbolos, sino que *la vida misma es símbolo para la mente humana*. La primitiva y ciega fascinación por la naturaleza y el mundo de los objetos comienza a revelar los secretos simbólicos que la velaban. En esa etapa, *sensación y significado* se entremezclan en una espiral de embriagadora belleza.

En la medida en que la simbolización florece, el cerebro comienza a indagar en el proceso mismo del simbolizar y descubre asombrado que éste *no nace unilateralmente del cerebro humano, sino que proviene de las entrañas de la evolución y florece en relación con dimensiones mucho más vastas*. Lo que hoy solemos llamar “el plano de los arquetipos” se revela en ese momento como una dimensión en sí misma. Frente a esta experiencia, el cerebro intenta desesperadamente diferenciarse del proceso en el que se siente atrapado, al mismo tiempo que se fascina por él. (Para una ampliación de esto, ver [Nosotros, los Biomecas](#)).

Más tarde, la nueva tentación será la de permanecer en este nivel de resonancia como si fuera el único posible. Consciente o inconscientemente, la mente humana tiende a apropiarse de las formas sutiles que reverberan en ella y se propone construir un sendero de inmortalidad a través de ellas. Extraviarse en este *laberinto* es un peligro absolutamente real y una tentación muy concreta para la mente, que aún anhela alcanzar la permanencia de una

forma indestructible, sin advertir que esto significa aislarlo dentro de un rango muy limitado de información. Así como la mente “infantil” en nosotros permanece hechizada por las tareas concretas y las problemáticas propias de los hechos cotidianos, el nivel “juvenil” de la mente observa embelesado a la danza interminable de los significados, el mágico entrelazado de los símbolos que vinculan el “adentro” con el “afuera” y *anhela una existencia eterna en esa malla fascinante*.

El vínculo como fundamento

En el evangelio cristiano, hay un pasaje en el que Jesús, tras encontrarse con un “joven rico”, le dice a sus discípulos: “es más fácil que un camello atraviese el ojo de una aguja que un rico entre en el reino de los cielos”. El “joven rico” simboliza el estado previo a la primera gran diferenciación respecto de la mente humana que conocemos. El encuentro con el nivel crístico expresa el momento en el que se produce la percepción directa de la presencia del amor como fundamento del ser, no como una idea, un ideal o un sentimiento, por complejos y maravillosos que éstos sean (traducciones anteriores de esta misma realidad), sino como una inteligencia operante, mucho más allá la actividad del pensamiento, el sentimiento y la imaginación.

Solo el *insight* profundo acerca del vínculo como fundamento perceptivo puede destruir de raíz todas las tendencias mentales que corren incontenibles hacia el aislamiento y la construcción incesante de formas.

Para el “joven rico”, esto implica reconocer como inevitable el colapso de todas las construcciones anteriores, por sutiles, maravillosas o “esotéricas” que éstas puedan ser. Él asiste al inevitable marchitarse de las flores de la simbolización. El sistema nervioso comienza a registrar sensitivamente la presencia explosiva del amor que destruye los sueños y proyectos de los linajes más sutiles que habitan y habitaron la Tierra.

La entera historia de la especie humana en ese cerebro particular intentará resistirse y negar la presencia de un orden que jamás había imaginado. El “joven rico” se siente atrapado en una opción insondable, pero su única alternativa es permanecer allí hasta que los profundos impulsos que generaron la ilusión de la separatividad comiencen a disolverse por sí mismos en la intensidad de aquel *insight*.

“Hágase tu Voluntad y no la mía” es la frase que simboliza este momento, dicha aún en obvios términos juveniles. La voluntad de poder propia de la mente-en-el-humano y de las más oscuras memorias planetarias se estrella ante una realidad vincular (amorosa) tan inexorable como alejada de todo lo que había imaginado.

En ese nivel, el cerebro se ve obligado a explorar un enorme conjunto de reacciones que interpretan la presencia del amor como una voluntad que intenta dominarlo. La triple flor de la evolución terrestre resuena por primera vez con las triples flores que habitan más allá del tiempo. El cerebro que ha

nacido en la Tierra resuena en la inmensidad de la Muerte, la Libertad y el Amor o como queramos llamar a esta presencia triuna. Todo el orgullo y la rebelión ocultos en los pliegues más recónditos de la inteligencia material se agitan en la raíz del sistema nervioso en respuesta a este encuentro.

La *docilidad* y la mansedumbre que lo atemporal imprimió sobre la materia a lo largo de toda la evolución es lo que ha permitido al “*joven rico*” encontrarse con el Cristo. Es esa docilidad la que deberá operar ahora en todas las células y, por esa razón, este encuentro no puede ser forzado. Quizás ese cerebro particular recuerde los destellos de inmensidad que los antiguos linajes atesoraron. De qué manera en cada momento del pasado, la explosiva naturaleza del Amor, la Libertad y la Muerte se reveló en nosotros, los humanos, y generó una cascada de símbolos y significados, de creencias y tradiciones. La vincularidad puede empezar a ser *sentida a través de sensaciones que no pudieron ser grabadas por la memoria y que por esa razón no pueden ser nombradas*. Lo desconocido se revela íntimamente, es decir, tanto en lo “interno” como en lo “externo”, y destellos de la verdadera creación pueden comenzar a ser percibidos por un cuerpo/cerebro profundamente dócil que aprende inteligentemente a entregarse y permite que se disuelvan los patrones de acción y reacción grabados en él hasta quedar inmerso en la Meditación.

[Nosotros, los Biomecas](#)

[Tendencias de la mente](#)



Lo no consciente

Solemos olvidar que nuestra inteligencia es *una propiedad emergente que proviene de una inteligencia que la precede evolutivamente*. Al decir que la precede, la linealidad de nuestros procesos mentales suele ubicar automáticamente a la actual conciencia humana en un plano superior y más complejo que aquello que entiende como “anterior” y “por debajo”. Llamamos “inconsciente” y “ciega” a toda inteligencia que el cerebro humano no pueda traducir, explicar o imaginar en términos conscientes. El nivel racional y consciente de sí mismo se concibe como la inteligencia más alta y compleja del universo, lo cual, si se piensa seriamente sólo por un instante, es algo tan absurdo que lleva a la pregunta de cómo es posible que semejante idea se sostenga. Dicho más rigurosamente, ¿qué clase de discurso o conversación cerrados sobre sí mismos permite que tal afirmación tenga sentido?⁷

Otras direcciones del pensamiento no dudan de la existencia de una inteligencia mucho más compleja que la humana, ya sea bajo la forma personalizada de una superconsciencia divina o, de manera más abstracta, como una sucesión de niveles supraconscientes de distintos grados de complejidad. Sin embargo, estas tradiciones—hasta cierto nivel, por lo menos—imaginan implícitamente a esta superconsciencia como una ampliación al infinito de la conciencia humana y no como una inteligencia de características inimaginables para nosotros y que por eso mismo *sigue caminos que no tienen ninguna congruencia directa con la autoconsciencia que conocemos*.

Es de extrema importancia que nos percatemos que hemos puesto a los procesos conscientes y la conciencia de “sí mismo” como el logro máximo de la evolución. Es una creencia muy común decir que el universo llegará a ser consciente de sí en algún momento por nuestro intermedio y que ésta es incluso la meta de la evolución. Este tipo de creencias son bastante sospechosas por cuanto es evidente que nos otorgan un protagonismo central en el esquema de las cosas. Que los procesos autoconscientes sean sólo una bifurcación funcional de la inteligencia destinada a articularse en sistemas mucho más vastos es algo que no solemos considerar.

Pero más allá de discusiones que podrían ser tachadas de metafísicas, estos supuestos tienen consecuencias muy directas para la maduración de la inteligencia en nosotros.

Hemos acumulado pruebas irrefutables que demuestran que el contenido de

cualquier idea ha sido generado microsegundos antes de que ésta se manifieste como tal en el nivel consciente. El procesamiento inteligente de la información en los niveles sinápticos, neuroquímicos y cuánticos del cerebro es claramente anterior a la formulación consciente de sus contenidos, tanto en el nivel de las imágenes como en el verbal. Esto quiere decir, *sin sombra de duda*, que hay actividades que nosotros llamamos “ciegas” o “inconscientes” que expresan una inteligencia más compleja que la conciencia que es consciente de sí. Como ya ha mostrado Bateson con gran claridad, esta última es sólo “la pantalla de la computadora”. Cualquiera de nosotros sonreiríamos tiernamente si una pantalla afirmara orgullosa que es la parte más compleja y evolucionada de los sistemas cibernéticos.

La inapreciable contribución de Jung a la mente contemporánea es su enorme valoración de los procesos inconscientes y la clara afirmación de que *todo incremento en la inteligencia sólo puede producirse en la medida que el nivel consciente se disponga a establecer una nueva y más rica relación con lo no consciente*. Él mostró con gran claridad de qué manera el nivel consciente se opone o resiste a los contenidos no conscientes, negándose sistemáticamente a valorar e incluir en su procesamiento de información aquellos que provienen en forma directa de esa dimensión. Esto es, no simplemente a través de interpretaciones o racionalizaciones que supuestamente conviertan a todo lo inconsciente en consciente, sino *aprendiendo a sumergirse y dejarse impregnar sabiamente por ellos*. Para que la totalidad del sistema opere correctamente, el nivel consciente debe tener muy en claro sus limitaciones funcionales a fin de permanecer abierto ante el flujo de información que tarde o temprano refutaría sus construcciones. *Los niveles de inteligencia que construyen deben estar al servicio de aquellos que exploran, sondean, registran, resuenan y se vinculan con aquello que está más allá de lo construido*.

Este es el mensaje profundo de todas las tradiciones sapienciales o visionarias a través de la historia. Sin embargo, como este proceso aparece bajo la forma de entrega a la divinidad, a los dioses, al alma, a los ángeles, a los espíritus o a lo que fuera, no queda clara la relación entre el nivel consciente y aquello que no lo es *en el cerebro*. Esas figuras (alma, dios) son inconscientemente concebidas a imagen y semejanza de la identidad consciente, sólo que “superiores”. Sólo después de que el cerebro—no la persona—se ha percatado que todas esas entidades y divinizaciones son constructos o correspondencias adentro-afuera (proyecciones, símbolos, arquetipos,

condicionamientos, traducciones, etc.) bajo las cuales aparecen los niveles de información más complejos, puede empezar a aclararse la posición del nivel consciente en el proceso de florecimiento de la inteligencia en el ser humano (ver [El despliegue de las epistemologías](#)).

Entretejerse con lo incontrolable

Aquello que habitualmente llamamos iluminación es en realidad el estallido final de los filtros y condicionamientos milenarios acumulados por la experiencia evolutiva. Esto implica *el completo pero sabio naufragio del nivel consciente en el aterrizante océano de lo no consciente*. ¿Qué queremos decir con el uso simultáneo de las palabras *sabio* y *naufragio*? Si este naufragio, inmersión, disolución, suspensión o la palabra que queramos utilizar, no se produce de determinadas y rigurosas maneras, la desorganización de los niveles conscientes y socializados del cerebro alcanzará un punto de no retorno y se producirá aquello que modernamente llamamos psicosis o, por lo menos, estados de delirio que no podrán ser contenidos o armonizados de manera alguna por los niveles socializados.

Aunque no se suela hacer hincapié en esto, sabemos que todos los seres humanos en los que se han manifestado estados de inteligencia realmente trascendentales han atravesado por episodios e incluso largos períodos que en rigor deberíamos llamar “psicóticos”, “prepsicóticos” o “delirantes”. Esto es evidente en el caso de J. Krishnamurti; no hablemos en el de U. G. Krishnamurti y el de muchos otros “iluminados” contemporáneos de quienes existe documentación no distorsionada por los “discípulos” tradicionales. En el caso de Sri Aurobindo, cualquier psicólogo occidental diría que el suyo es un discurso delirante, y así prácticamente en todos los demás casos en los que *se nos revela una conciencia no directamente congruente con la humana que conocemos y validamos*.

La falta de comprensión acerca de esto, incluso en las personas que se consideran a sí mismas “espirituales” y “buscadoras de la verdad”, presenta dificultades muy específicas para la maduración de un cerebro occidental moderno. El contexto simbólico de referencia (arquetípico) que nos organiza inconscientemente es el racional científico, asociado a la idea de individuo y superpuesto a una espiritualidad íntimamente ligada a la existencia de un dios único, masculino y definidamente personal, omnipotente y omnisciente. Cualquier percepción que implique *la ruptura de este contexto psíquico* es ubicada en forma automática por “nuestro” cerebro en la dimensión del delirio y por eso se activan de inmediato las defensas y resistencias propias del *contexto psíquico occidental moderno*. Un cerebro que se mueve en un contexto chamánico o en el hindú, por ejemplo, tiene a su disposición una gama de opciones mucho más rica, las que le permiten explorar y sumergirse cómodamente en niveles no conscientes por mucho más tiempo antes de

sentirse en peligro o capturado por fuerzas inmanejables. Para nosotros, en cambio, el campo de lo *irracional* es inmenso, e “irracional” automáticamente significa ‘peligro’ para un cerebro occidental, algo de lo cual debemos defendernos o sucumbir.

Que el cerebro se permita navegar por sus profundidades *a fin de explorar la naturaleza de la inteligencia de la cual provenimos* implica tolerar la invasión de una avalancha de contenidos imposibles de ubicar en el contexto psíquico occidental moderno. Debería ser evidente para nosotros que cualquier expansión real de la sensibilidad nos llevará a registrar o interpretar la existencia de fuerzas, corrientes o presencias que nuestro lado racional significará como un retroceso cognitivo, como el ser capturados por lo oscuro, primitivo, menos evolucionado, etc. Esto hace que no podamos comprender que *ciertos procesos*, los cuales podrían perfectamente ser catalogados como prepsicóticos, *son inevitables* en la indagación de los niveles más profundos de la inteligencia. Ingenuamente, creemos que la maduración evolutiva de la inteligencia significa una máxima e inmediata *claridad*. La misma palabra “iluminación” o “expansión de conciencia” contiene esta idea subyacente. En realidad, deberíamos decir “*claridad en relación a la verdadera naturaleza de la inteligencia de la cual provenimos*”. En otras palabras, entregarnos incondicionalmente a niveles que trascienden por completo las capacidades de la “pantalla” consciente.

En todo occidental habita un idealista que cree ingenuamente en la posibilidad de transformaciones instantáneas e indoloras, absolutamente desprovistas de cualquier confusión. Pero, en realidad, todo idealista enmascara un escéptico que no está dispuesto a aceptar realmente la total refutación de su contexto arquetípico inconsciente.

Jung es un ejemplo claro de esto: apenas ese tipo de fenómenos empezaron a manifestarse en su vida, se replegó aterrorizado hacia niveles más racionales de su investigación; por otra parte, se negó a aceptar siquiera la posibilidad de la extinción de la conciencia individual en el cerebro. Es bastante curiosa su tendencia a validar casi incondicionalmente las construcciones de los alquimistas que conocía a través de los antiguos tratados y, al mismo tiempo, con qué fuerza se negaba a aceptar los contenidos concretos de las percepciones “esotéricas” de sus contemporáneos—en el caso puntual de Alice Bailey, por ejemplo—así como su rechazo liso y llano de la perspectiva oriental con respecto al yo (incluyendo en esto a Buda y Krishnamurti). Ese tipo de percepción era algo inaceptable para Jung. Un cerebro occidental moderno

debe investigar muy a fondo estas resistencias a lo desconocido, propias de grandes mentes como la de Bateson o Jung. Debemos considerar estas resistencias como algo interno, es decir, como propias de todos nosotros y no simplemente como si fueran de ellos. Al mismo tiempo, debemos hacernos cargo también de la tendencia “oscura” del psiquismo occidental cada vez que se entrega a lo no consciente. Me refiero a individuos como Aleister Crowley, Miguel Serrano o Julius Evola, así como tantos otros. La oscilación entre una indagación profunda pero que expresa el pánico al desborde, propio de una posición excesivamente racional (Bateson, Jung), y la intoxicante avidez de poder de aquellos que han osado ir más allá de esta resistencia es un indicador claro de la idiosincrasia particular de la mente occidental.

Es posible que esto responda a una carencia cardíaca, una falta de espacio psíquico amoroso que impide la confluencia de los opuestos que la percepción separativa generó. La presencia de la autoridad y su opuesto, la rebelión, son aún demasiado fuertes en el trasfondo occidental de la mente. Esto hace que el cerebro no se atreva a indagar libremente en los niveles más profundos y oscile por demasiado tiempo entre las contradicciones de la senda cognitiva-mental y los caminos de poder. Sin la apertura plena del espacio cardíaco, el yo (tanto como pensamiento o como voluntad de dominio) hegemoniza el proceso fijándole un techo infranqueable (ver los párrafos acerca del joven rico en [El vínculo como fundamento, Meditación](#)).

El nivel consciente debe aprender a entregarse por completo a un proceso inteligente que no puede ni debe ser controlado; debe aprender a entretejerse con lo incontrolable. Esta es, probablemente, la tarea suprema de la conciencia humana en este tiempo, y en ella es evidente que la voluntad que tanto valora nuestra civilización no tiene lugar alguno.

Deshacerse y reiniciarse

Para que esto sea posible, el cerebro debe atravesar todo el sistema defensivo construido por su nivel controlador. Un investigador o investigadora realmente serios deberían saber que es inevitable que la caída de este sistema provoque episodios e incluso períodos de completa desorganización. El riesgo es que un yo demasiado débil estallará en una psicosis más o menos irreversible y un yo demasiado fuerte entrará en inflación extraviándose en construcciones delirantes.

Lo que llamamos “yo” probablemente no sea otra cosa que un dispositivo organizador de percepciones socialmente compatibles (lo cual significa que depende de patrones corporales de tensión y excitación colectivas). Si este dispositivo estalla o entra en inflación, nos revela que se trataba de una organización inelástica, *incapaz de deshacerse y reconstituirse naturalmente según las necesidades del cerebro del que forma parte*. Posiblemente, ese sea uno de los sentidos principales de los mitos de muerte y resurrección. El cerebro debe aprender que la identidad social (el yo) y la actividad mental constructiva a la que está asociada pueden *apagarse por completo y reiniciarse* de nuevo todas las veces que sean necesarias. Todo entrenamiento profundo (tradicionalmente llamado “iniciático”) apunta a eso: a calmar los juegos de excitación/sublimación que inducen las simbolizaciones generadoras de una carga excesiva para el cuerpo/cerebro impidiéndole disolver los velos psíquicos protectores y sus equivalentes neuronales (ver [Maya](#)).

[Meditación](#).

[Maya](#).

[El despliegue de las epistemologías](#).



El mundo de los significados

Lo que llamamos personalidad se mueve en el plano de los acontecimientos, pero la conciencia profunda vive en un mundo de significados.

Para la mente en su estado habitual, la realidad se circumscribe a la esfera de los acontecimientos. Para la mayoría de los organismos vivientes, la existencia no es otra cosa que una *sucesión de eventos*. La evolución de la percepción y los instintos animales que desembocaron en la inteligencia humana se realizaron dentro de ese nivel del juego: *en el afán entre los acontecimientos placenteros y los displacenteros, los controlables y los incontrolables*.

El desarrollo de los sistemas nerviosos puede resumirse como un rico aprendizaje acerca de las respuestas (reacciones, estrategias y conductas) más adecuadas ante una sucesión de acontecimientos que cada organismo experimenta como aleatorios e independientes de sí mismo. Sin embargo, esta manera de procesar la información expresa *una inteligencia aún relativamente pobre en la captación de conexiones e incapaz de percibirse a sí misma imbricada en los escenarios en los que aparece*.

En este nivel de inteligencia, el sentido de nuestros actos parece reducirse a la elaboración de las estrategias que nos permitan experimentar la mayor cantidad posible de eventos favorables y la correlativa evitación de los que percibimos como desagradables.

Todo acontecimiento es un significado

En la medida en que nuestra capacidad de procesar información fue madurando, los seres humanos aprendimos a captar largas cadenas de causa–efecto y se hizo posible comprender las consecuencias de los actos que protagonizábamos. El observador empezó a descubrir que, de alguna manera, se encuentra imbricado en los acontecimientos que se suceden en el mundo que lo rodea.

Si observamos con atención, veremos que *todo acontecimiento emerge de la convergencia de las interpretaciones que los organismos que participan en él realizan acerca de sus interacciones*. En última instancia, todo evento es desencadenado, desviado o continuado por las interpretaciones que los participantes hacen acerca del mismo. La indetenible sucesión de acciones y reacciones que constituyen el flujo de los acontecimientos es consecuencia directa del juego de interpretaciones que realizan quienes están involucrados en ellos.

Si bien para la percepción externa, lo único importante parecen ser las características del evento y su relación con los resultados deseados, desde un punto de vista más profundo, todo depende del *significado* que le otorguemos a la información circundante. En última instancia, lo relevante es cómo significa, interpreta y reacciona cada uno de los organismos a todos los demás. Visto de esta manera, *lo que parecía ser un mundo de simples acontecimientos, se revela como un mundo de significados*.

Lo que llamamos “desarrollo psíquico” puede reducirse, en última instancia, a la capacidad de captar y elaborar significados cada vez más complejos. Es evidente que el organismo capaz de dar un significado más rico a un determinado conjunto de acontecimientos es quien sacará mayor provecho de ellos. Quien comprende primero el significado de lo que sucede y es capaz incluso de entender la manera en que los demás participantes de una situación la significan, estará siempre en ventaja. En nuestro mundo contemporáneo, que llamamos “mediático”, nos damos cuenta cada vez más de que lo relevante no es lo que “realmente” ha sucedido, *sino lo que la sociedad cree que sucedió*. Nos molesta aceptar esto por la apariencia manipulativa que adquiere la cuestión y por la desilusión que sufre la conciencia ingenua, pero la vida desde hace millones de años está haciendo exactamente lo mismo. El camaleón “sabe” perfectamente que lo que debe hacer es convencer a sus rivales en la cadena trófica de que es algo diferente a lo que realmente es. *La*

vida es un conjunto de signos y señales con mayor o menor intencionalidad en su emisión, y las consecuencias de cómo esos signos y señales son significadas por los organismos participantes es lo que en definitiva “sucede”.

Los acontecimientos son siempre significados. Estas dos palabras que el lenguaje distingue representan dos lados de un mismo hecho y no pueden ser realmente separadas.

Un nuevo contexto

En esto consiste, posiblemente, la complejización sistémica de la vitalidad, la sensibilidad y la inteligencia. En aprender a demorar la interpretación condicionada de los eventos (instinto, memoria, hábito) para posibilitar el registro y procesamiento de un mayor caudal de información que nos permita acceder a un significado más complejo acerca de lo que sucede.

Cuando descubrimos que los acontecimientos que vivimos están condicionados por el significado que le otorgamos, podemos darnos cuenta que *la comprensión de los significados que están en juego en los acontecimientos es mucho más importante que su resultado inmediato*. En ese momento, a los organismos conscientes se nos empieza a revelar que es en el *aprendizaje*, y no en el *resultado*, donde se encuentra el sentido más profundo de los eventos. Hasta ese entonces, su sentido dependía exclusivamente de satisfacer el deseo y evitar el dolor.

Podemos distinguir entonces cómo en el mundo de los eventos se encabalgan dos procesos diferentes y complementarios. Por un lado, la actividad meramente instintiva de los organismos con su tendencia natural y mecánica a la supervivencia y gratificación. Por el otro, el aprendizaje de la conciencia, que se hace cada vez más rica y compleja a medida que descubre *la primacía del aprendizaje acerca de los significados respecto de la elaboración de estrategias para alcanzar logros*. En términos evolutivos, esto implica un extraordinario cambio de contexto, un salto revolucionario en el nivel de aprendizaje.

Desde este punto de vista, podríamos decir que la mayoría de las religiones tiene como principal objetivo marcar este cambio de contexto.

En las primeras etapas de este proceso, solemos entender este cambio simplemente como una mejor manera de alcanzar los resultados apetecidos. *El cerebro no logra captar realmente la modificación del contexto* y entiende el aprendizaje en términos acumulativos. Es decir, incorpora la información acerca de la importancia del aprendizaje, pero sin cuestionar realmente los supuestos que lo atan de forma ciega a la apetencia de los resultados. En ese nivel, aceptamos relativizar la importancia del resultado, sólo a cambio de un premio ulterior o para evitar un castigo mayor (el paraíso, el satisfacer a un ser superior, la condena eterna, la obtención de la iluminación, etc.). Es obvio que, en este caso, el contexto no ha cambiado. El deseo sigue siendo alcanzar un resultado (obtener un premio, evitar un castigo) y no la comprensión profunda

de un significado. En la inmensa mayoría de los seres humanos, ambos contextos se confunden de un modo continuo y esta ambivalencia es casi sinónimo de nuestra condición humana actual.

En la medida en que la primacía del significado sobre el logro sea una afirmación sostenida por una autoridad religiosa o moral y no un verdadero *insight*, esta confusión no podrá ser disuelta. Las religiones organizadas no pueden resolver esta cuestión porque ningún aprendizaje inducido por una autoridad tiene verdadero poder de transformación. El acatamiento de instrucciones como modo de la inteligencia es una actividad absolutamente mecánica que no permite un verdadero despertar. Produce desplazamientos y modificaciones progresivas en la relación excitación/pensamiento, pero sigue girando sobre sí como en una rueda (ver [Maya](#)).

Pasión por las conexiones

En aquellos seres humanos en los que el cambio de contexto no se ha producido por el acatamiento de las enseñanzas provenientes de otros, sino por un verdadero insight, se puede ver cómo aumenta exponencialmente la capacidad de percibir conexiones y, de manera muy tenue al principio, se manifiesta también la capacidad de autopercibirse imbricados en la manifestación de los acontecimientos.

El paso decisivo se produce cuando se despierta la verdadera *pasión por aprender a aprender*, que es algo muy distinto a la sed de conocimientos.

En las fases anteriores, el deseo se había ido desplazando de un objeto a otro. De objetos concretos a objetos psíquicos, de objetos simples a complejos. La excitación “animal” se transforma en “amor a dios”, lo cual es evidentemente un progreso, pero siempre dentro del mismo contexto de aprendizaje. El resultado, el logro, el alcanzar el objeto de gratificación, cualquiera que éste sea, sigue estando en la base de los impulsos.

Dentro de ese contexto, la imposibilidad de alcanzar el objeto deseado, o su pérdida eventual, son significados como errores, fracasos o dolorosas frustraciones. Algo que no debería haber sucedido. El sistema nervioso no puede abrirse aún a un contexto en el que todos esos eventos, con las sensaciones asociadas, son simplemente *información*. Es evidente que, en el contexto del aprendizaje, el error o la frustración sólo nos dicen que los supuestos que teníamos acerca de la situación eran ilusorios y que deben ser cuestionados. Allí donde se ha despertado la *pasión por aprender*, cualquier error se convierte automáticamente en información valiosísima.

Es entonces cuando el organismo puede descubrir realmente que los objetos que hasta ese momento perseguía se originaban en la detención sistemática del flujo de información. Nacían de un recorte tanto cognitivo como erógeno, en el que la mayor parte de la información acerca de las relaciones en las que el “objeto” estaba entrelazado quedaba excluida. Al cerebro se le revela su maravillosa capacidad de reconocer patrones y esto traslada su interés por las formas simples a la comprensión de tramas cada vez más complejas.

En términos de Bateson, a partir de ese momento la inteligencia comienza a enfocarse en la búsqueda de “la pauta que conecta”, y los “objetos en sí” empiezan a perder su importancia anterior. Se va haciendo evidente que no existe una verdadera separación entre todo aquello que el cerebro puede

distinguir, y el interés por el *entrelazamiento* entre todo lo que existe se despierta de un modo irresistible. Lo sagrado deja de ser un conjunto particular de objetos o un aspecto de la realidad, ya que el universo entero lo es.

Este *apasionamiento por las conexiones* es un claro síntoma del despertar de la inteligencia vincular. Tarde o temprano, este despertar llevará al cerebro a indagar en las relaciones entre aquello que observa y aquello que es observado (ver [Tendencias de la mente](#) y [Meditación](#)).

Lo que observa es un patrón

Si todos estos descubrimientos eventualmente se consolidan, se van dando las condiciones para un salto epistemológico decisivo en la evolución de los sistemas nerviosos. En un destello, puede verse que existe un nivel de la inteligencia para el cual *la cadena de acontecimientos se produce en función de la revelación de los significados, y no a la inversa*. Súbitamente comprendemos que, para que la inteligencia madure, al *organismo que percibe tienen que sucederle determinados hechos cuyos desenlaces, aparentemente incontrolables, le demuestren que la realidad no es lo que hasta entonces suponía*.

Este es un contexto muy difícil de sostener dado que los acuerdos colectivos no lo validan (ver [*El despliegue de las epistemologías*](#)). Si la indagación es realmente seria, este es el momento en el que deberemos prestar atención a aquello que las tradiciones orientales han denominado “karma”, mucho más allá de las superficialidades acerca de este concepto y las cristalizaciones a las que se encuentra adherido.

La progresiva capacidad de *reconocer patrones y de autopercibirnos imbricados en lo que sucede* nos revela que, en la telaraña de acciones y reacciones aparentemente inconexas de los acontecimientos, *se encuentra implicada una trama estructuralmente ligada al organismo que participa de ellos*.

Como hemos subrayado repetidas veces en todos estos artículos, la tradición occidental de la mente tiene enormes dificultades para dar el salto epistemológico que le permitiría considerar seriamente la relación entre el observador y lo observado. La mecánica cuántica y la psicología (esta última a través del concepto junguiano de sincronicidad) se encuentran a las puertas de este salto. Sin embargo, éste aún no se ha realizado.

Si realmente se ha producido el insight que nos revela que la comprensión del significado es mucho más importante que la obtención del resultado, la atenta percepción del entrelazado de relaciones de las cuales participamos se convertirá progresivamente en el centro de nuestro interés. Si la trama vincular deja de ser un conjunto de objetos para un sujeto y se convierte en un continuo y transformador flujo de información, tarde o temprano reconoceremos en ella la presencia de *patrones estructuralmente ligados al observador*.

Este reconocimiento revela un orden de significados completamente nuevos. Lo

que las tradiciones orientales comprendieron hace mucho tiempo es que los acontecimientos que vivimos están estructuralmente atados a la necesidad de comprender los entramados que la conciencia aún no comprendió.

Las consecuencias inevitablemente conflictivas de los profundos supuestos separativos desde los cuales percibimos y actuamos se hacen presentes en cualquier situación. Esto puede parecer, al principio, una cuestión meramente individual, pero es evidente que el contexto separativo de la percepción y sus sufrientes consecuencias ataúnen al estado de la mente humana en su conjunto, y no a una persona en particular.

Apenas el cerebro profundice en esto, verá claramente que, en ese sentido, todo lo que sucede es kármico. Todo lo que sucede *obedece a una cadena de acciones y reacciones evolutivas y colectivas que revelan la omnipresencia subyacente de la ignorancia, la falsedad y la ilusión*, es decir, de las capas profundas de supuestos necesariamente fragmentarios, acumulados a lo largo de la historia planetaria.

A partir de cierto nivel de inteligencia y sensibilidad, *el contexto básico desde el cual se origina cualquier acontecimiento es aquel que permite esta revelación*. Esto no es nada fácil de soportar, por cuanto tarde o temprano se revelará para la conciencia la verdadera magnitud de nuestra ignorancia, con la inmensa carga de sufrimiento innecesario que brota de ella.

Desde este punto de vista, la persona, en tanto resultante particular de los acuerdos sociales, se mueve en el plano de los acontecimientos, pero los niveles profundos de la inteligencia viven en un mundo de significados. La mente orientada hacia lo externo está interesada en el control de los eventos, gracias a su relativa capacidad de dar significados en función de los resultados deseados (mente subjetiva–objetiva o tecnológica). La mente en sus niveles más profundos está, en cambio, sumamente interesada en el mundo de los significados *porque ese es su mundo*.

Vive allí en el sentido de *que no tiene ninguna dependencia directa del resultado de los acontecimientos que el organismo necesariamente debe experimentar para que los significados se revelen*.

Más allá del tipo de conciencia que nace y muere atrapada en el torrente de los deseos y los eventos, el cerebro humano se descubre sintonizado con otra inteligencia incomprendible para la anterior. Para esa sensibilidad, *el significado es anterior a lo concreto. Lo que llamamos “concreto”, a ella se le aparece como el medio apto para “experimentar” los significados*.

La naturaleza mental de la realidad se revela así con toda su potencia. Cuando este *insight* se produce, el plano de la mente ha dejado de ser el de la abstracción, construcción y manipulación de los objetos, para convertirse en una contundente realidad per se. Cuando en este contexto decimos “mente”, no nos estamos refiriendo al conjunto de ideas, pautas y sensaciones *generadas por la experiencia* con las que los cuerpos reaccionamos de diferentes maneras, sino a la matriz de significados posibles para el cerebro humano (ver [*En el interior de la mente*](#)).

Vemos, en un destello, que el universo material y concreto se ha desplegado hasta generar un tipo de mente (la humana) capaz de conocerlo objetivamente, pero que al mismo tiempo existe una realidad *mental* que se ha exteriorizado como mundo. Dos procesos diferentes, aunque profunda y complejamente relacionados.

Cuando esto sucede, en ese organismo se ha producido la clara distinción entre dos tipos de inteligencia: *la que evoluciona a través de las formas y la que experimenta el mundo como la exteriorización de sí misma*.

La ilusión de la autonomía

El mundo de los significados también es un plano de transición. Su primera *percepción es la de una inteligencia de las relaciones para un centro que las significa, al cual se le revela su orden subyacente*. No nos referimos aquí al yo como centro que busca significados para aquietar su inquietud en el mundo de los acontecimientos. *Estamos hablando de un centro psíquico más profundo cuya actividad es inversa a la del yo, en el sentido de que no construye. No agrega significados a otros anteriores para arribar a resultados o conclusiones (saber, conocer), sino que va disolviendo en su comprensión todos los opuestos previamente experimentados y fijados en el mundo de los acontecimientos.*

Su actividad significadora restituye a la unidad todo aquello que la inteligencia tecnológica percibía como separado.

En un primer momento, la actividad de este centro parece estar ligada a la existencia específica del cerebro particular en el que se experimenta la confluencia y progresiva disolución de los opuestos. Se presenta como el *núcleo religador* del conjunto de experiencias vividas dramáticamente como contradictorias *para ese organismo particular*.

En este nivel, es habitual que el condicionamiento del lenguaje lleve a interpretar esta actividad como la de un yo o sí mismo de nivel superior. Pero, como la esencia de esa actividad es la de fusionar opuestos, la ininterrumpida *pasión por el aprendizaje y las conexiones* nos llevará inevitablemente a experimentar la fusión de lo particular con lo universal en cada percepción.

Así como en la fase anterior se produjo una transferencia libidinal desde los logros al aprendizaje, de los acontecimientos al significado, ahora se producirá un nuevo desplazamiento con la consiguiente *alteración neuroquímica de los patrones de gratificación*. De manera espontánea, lo universal será percibido en lo particular y esto llevará a que se disuelva con “relativa naturalidad” el deseo de existencia particular o autónoma. *Cada existencia particular encuentra significado sólo dentro de inmensos campos de existencias interconectadas—en sentido espacial—y de grandes ciclos globales—en sentido temporal—, a la vez diferenciados y complementarios (ver [Consciencia vibratoria](#)).*

Los sentidos del tiempo, del espacio y la causalidad se alteran por completo en este estado, no en un sentido meramente filosófico sino profundamente

existencial. Esta percepción opera, a su vez, sobre los significados que anteriormente se le atribuían a los acontecimientos, y *liberan progresivamente al cerebro del hábito de entregar toda su energía a la actividad de un centro perceptivo organizador de las actividades externas*. Este es evidentemente necesario para las interacciones concretas en el mundo de los acontecimientos. *Pero, a partir de este momento, el organismo ya no necesita la ilusión de completa autonomía para sobrevivir*. Comienza así a resignificar todas sus percepciones, arriesgándose a perder la coherencia adquirida a través de la evolución anterior (ver [Psiquis y cosmos](#)).

El cúmulo de mecanismos y estrategias desarrolladas a través de los milenios para enfrentar al mundo “externo” puede ser ahora realmente cuestionado y, en consecuencia, disuelto hasta donde sea necesario. Esto permite que se establezcan conexiones nuevas, más ricas y complejas. En este proceso, es posible que la maravillosa reticularidad material desarrollada por la evolución pueda liberarse de las contracciones y separaciones provocadas por la experiencia animal y humana (karma). En ese caso, la espléndida telaraña material, el sistema nervioso, se encuentra disponible para reflejar la reticularidad vibratoria del universo.

Si este encuentro/*insight* se produce realmente, puede abrirse el camino que lleva del mundo de los significados al de la creación (ver [Meditación](#)).

[Maya](#).

[Meditación](#).

[El despliegue de las epistemologías](#).

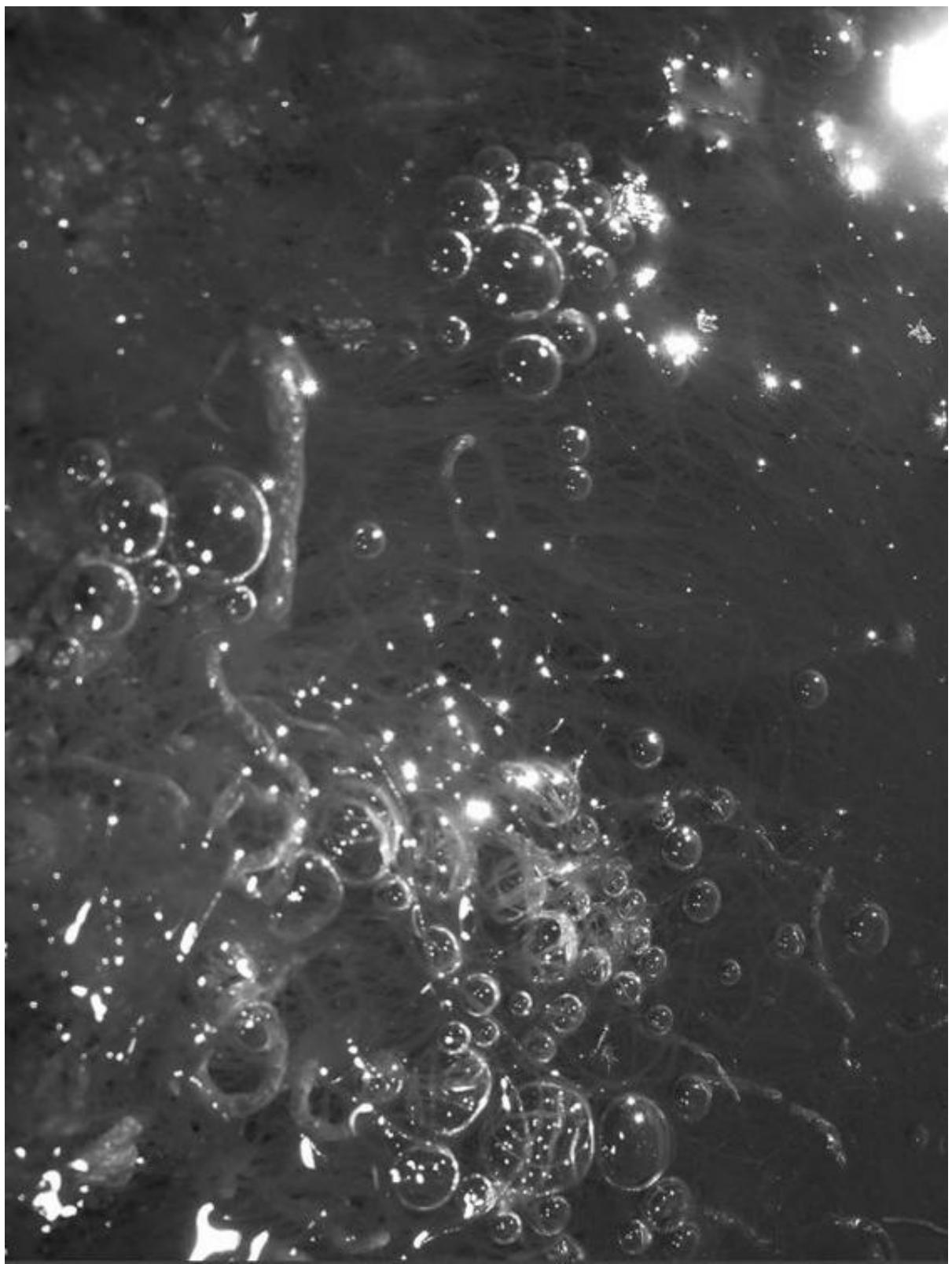
[Tendencias de la mente](#).

[Consciencia vibratoria](#).

[Nosotros, los Biomecas](#).

[Psiquis y cosmos](#).

[En el interior de la Mente](#).



Consciencia vibratoria

El cerebro, no sólo en el caso de individuos excepcionales sino en la totalidad de la especie humana, está aprendiendo paulatinamente a moverse con más y más comodidad *más allá del pensamiento lineal*. Es decir, los aprendizajes perceptivos que realiza la especie, llevan a disminuir de manera progresiva la necesidad de darle una forma excesivamente estable a la información para poder realizar distinciones significativas. Para ilustrar este proceso, las metáforas musicales suelen ser muy adecuadas, ya que nos remiten a la realidad en tanto vibración y no como el conjunto de objetos que el pensamiento habitual concibe y asocia.

En el plano de la música, cada una de las notas son vibraciones que se manifiestan o desaparecen de acuerdo a las necesidades del contexto que las ordena. El fa o el sol son *vibraciones atemporales* que se exteriorizan cada vez que la melodía o armonía lo requiere. A su vez, dejan de estar presentes cada vez que deben manifestarse otras secuencias. La duración de sus “existencias”, su exteriorización, está *definida de antemano por la partitura* o, si queremos imaginar un contexto menos pautado, por las restricciones del contexto armónico elegido para la improvisación (como en el jazz o la música hindú). Desde el punto de vista vibratorio, *aparecer o desaparecer* es algo que depende de un orden global. Es siempre la totalidad la que *solicita* una nota a la existencia o la que *prescinde* de ella. No hay ninguna necesidad de luchar por la supervivencia en el plano de la vibración, dado que toda “existencia”—toda manifestación—es siempre global (orden rítmico-armónico-melódico) y, al mismo tiempo, particular (esta o aquella nota y no otras, exteriorizadas en el plano del sonido a través de un timbre e intensidad particulares). Esto quiere decir que cada nota individual no tiene capacidad de decisión en relación con su presencia o ausencia. Es *atraída a la manifestación por el contexto* que la solicita y desaparece por la misma razón.

Hagamos por un momento el ejercicio de concebir lo real como una inmensa sinfonía basada en la recurrencia cíclica de patrones y motivos que aparecen y desaparecen y traen consigo distintas notas, armonías, ritmos y silencios de acuerdo al orden fundamental de la sinfonía. Tenemos que incluir en esta diversidad a las variaciones de timbres e intensidades y las diferencias sutiles entre los sonidos ejecutados que, si bien pueden manifestar las mismas notas, provienen de instrumentos distintos con texturas específicas.

Somos lo que percibimos

Podemos pensar en nosotros, los humanos, en nuestro afán de conocimiento, como un patrón musical particular que intenta desentrañar (percibir, describir y comprender) la totalidad de la sinfonía tal como está siendo ejecutada por la improvisación creativa de todos los instrumentos participantes, los cuales van entrando progresivamente en calor a medida que avanza la obra, desde los primeros tímidos y reiterativos acordes y secuencias básicas que dan la pauta contextual a las improvisaciones futuras, hasta la aparición de las más arriesgadas variaciones, al tiempo que las distintas fuentes de la vibración (los instrumentos) van ganando confianza.

Las “leyes” básicas de este universo sinfónico fueron fijadas por el tono y ritmos iniciales y por los primeros *riffs* o motivos (patrones) que determinan el sustrato de toda la pieza. Pero la recurrencia futura de estos motivos cambiará de acuerdo a la creatividad de los instrumentos que podrán liberarse progresivamente, y dentro de cierto límite, de las *restricciones autoimpuestas en el inicio*.

El sentido de esta metáfora es el de permitirnos registrar, por un lado, la multiplicidad de movimientos y variaciones posibles a partir de esa primera base “escogida”. Pero, por el otro, darnos cuenta de que nosotros los humanos no somos como ingenuamente solemos creer, los espectadores de esa improvisación que, *sabiendo* de música, la escuchan, sienten y comprenden “objetivamente”, sino que, por el contrario, *estamos absolutamente inmersos en la obra* y formamos parte de ella como una pequeña melodía cuya recurrencia ni siquiera conocemos.

La metáfora nos permite considerar que no hay razón alguna que indique que las notas musicales tienen que “saber música”. Nos gusta suponer que somos o formamos parte de una obra que en *algún* momento va a “saber acerca de sí misma” a través nuestro. Suponiendo que fuera cierto que estamos destinados a convertirnos en la autoconsciencia del universo, ésta jamás será *una conciencia separada de lo que percibe, como la de un espectador*. Es muy importante percibir la diferencia estructural entre ambos tipos de conciencia. *No somos ni seremos jamás una conciencia externa al universo. Estamos constituidos por aquello mismo que percibimos*. De ahí que el proyecto de un conocimiento plenamente objetivo (o en el opuesto, subjetivo) del universo sea una ilusión o, más aún, un profundo sinsentido.

El cerebro tiene que darse cuenta muy dolorosamente de que *el juego que le*

gusta jugar al pensamiento es el de ubicarse ante el universo como algo radicalmente diferente a él. Ha desarrollado el hábito de creer en eso y, por esa razón, realiza una cantidad obsesiva de *operaciones de simulación* a fin de ocultar algo tan obvio como que estamos hechos de aquello mismo que percibimos. En última instancia, todo acto de observación lo realiza aquello mismo que es observado, en distintos niveles de organización.

Los límites de la autoconsciencia

Lo más probable es que incluso aquello que llamamos “autoconsciencia” o “consciencia de ser” sea tan sólo un tipo particular de sensibilidad, necesaria para articular mejor las fuentes de la vibración (los instrumentos ejecutantes), es decir, que es *el resultado de la creciente capacidad vincular de los instrumentos para sincronizarse armónicamente y generar así resonancias cada vez mejores y más profundas*. Lo que llamamos “autoconsciencia” puede ser pensado como fruto y a la vez fuente del creciente “soltarse” de la creatividad en la ejecución—el poder liberarse armoniosamente de las restricciones de las condiciones iniciales autoimpuestas.

Pero concebir la conciencia de sí en términos de pensamiento es una simplificación demasiado grosera y de riesgosas consecuencias. Así concebida, arrastra consigo la contaminación de la “objetividad” y su opuesto codependiente, la “subjetividad” (ver [Tendencias de la mente](#)). Debemos dimensionar adecuadamente la utilidad real de la autoconsciencia a escala global. Saltando de metáfora por un momento, nuestro anhelo “objetivista” postula consciente o inconscientemente la existencia de una autoconsciencia cósmica pero, al hacerlo, parece no comprender la complejidad real de todo sistema y cómo funciona. Es como si, en tanto humanos, midiéramos nuestra inteligencia por la capacidad de saber exactamente qué le está sucediendo a cada uno de los glóbulos blancos en sus batallas, o el estado actual de la vida de cada una de las células—por no decir de nuestros átomos y moléculas. Postular la necesidad de tal “autoconsciencia cósmica” es bastante absurdo, puesto que su existencia implicaría un gasto de energía colapsante para el sistema. Siguiendo a Bateson: como un televisor que pretendiera tener en pantalla el funcionamiento de cada uno de los circuitos que posibilitan que aparezcan las imágenes. El cuerpo humano o el televisor poseen una altísima inteligencia operativa fuera de pantalla. Esa inteligencia es la que sostiene a la pantalla, la hace eficaz y, lógicamente, es *mucho más compleja que ella*.

Intuición e inspiración

¿Dónde nos llevan estas metáforas? Sobre todo, a darnos cuenta de *las pretensiones del pensamiento que anhela dar forma en sus propios términos a lo real y se rebela ante todo aquello que le muestre sus limitaciones*. El pensamiento se encapricha como un niño narcisista frustrado cada vez que toca su límite: no lo puede tolerar. Éste es su límite para aprender. Debería comprender que, al igual que el agua o el sol, es un tipo de vibración dentro de una actividad inmensamente más amplia y por eso debe dejarse “desaparecer” en el cerebro confiando en que va a “reaparecer” en el momento que sea necesario.

Por esa razón, nuestro trabajo es el de desorganizar cada vez más radicalmente los circuitos fijados en el cerebro (pensamiento, yo) y experimentar cómo el sistema nervioso regresa enriquecido y sin ningún esfuerzo a la organización anterior cada vez que es necesario. El verdadero conocimiento del sistema sólo se puede obtener por intuición, es decir, *a partir de un proceso cognitivo indescriptible mediante las reglas lógicas comunicacionales humanas (los acuerdos colectivos y los engramas genéticos que los posibilitan)*. La intuición, si es realmente potente, generará más tarde las imágenes y verbalizaciones congruentes que le otorgarán una forma comunicable y recordable a lo intuido. Pero lo intuido es un tipo de saber que se mantiene en un trasfondo particular y opera sin ninguna necesidad de “claridad absoluta”, entendida ésta como una verbalización perfectamente comunicable a los demás o al pasado de uno mismo (la identidad autoconsciente). Toda intuición profunda suele ser una insensatez para el pensamiento objetivo, simplemente porque este es demasiado lento para contenerla. El pensamiento es una cadena asociativa de formas contenidas en la memoria y está estructuralmente incapacitado para reconocer lo que es realmente nuevo.

De qué manera aprender a modular estas “insensateces” inevitables a fin de discriminar entre ilusión e intuición es otra cuestión, pero es evidente que el cerebro debe aprender a moverse con cada vez menos puntos fijos, *entrenándose en sostener supuestos o “verdades” incompatibles entre sí por períodos muy largos hasta que los “músicos” encuentren la “armonía” subyacente a esa multiplicidad de patrones aparentemente inarmónicos* (ver [Qué es mapear](#)).

De manera análoga, debemos referirnos a la inspiración. Comparte con la

intuición la procedencia de un estado de conciencia o inteligencia capaz de capturar una cantidad enorme de información, imposible de ser procesada inmediatamente por el nivel consciente/pensamiento. Pero, en el caso de la inspiración, ésta se encuentra inmediatamente ligada a la acción.

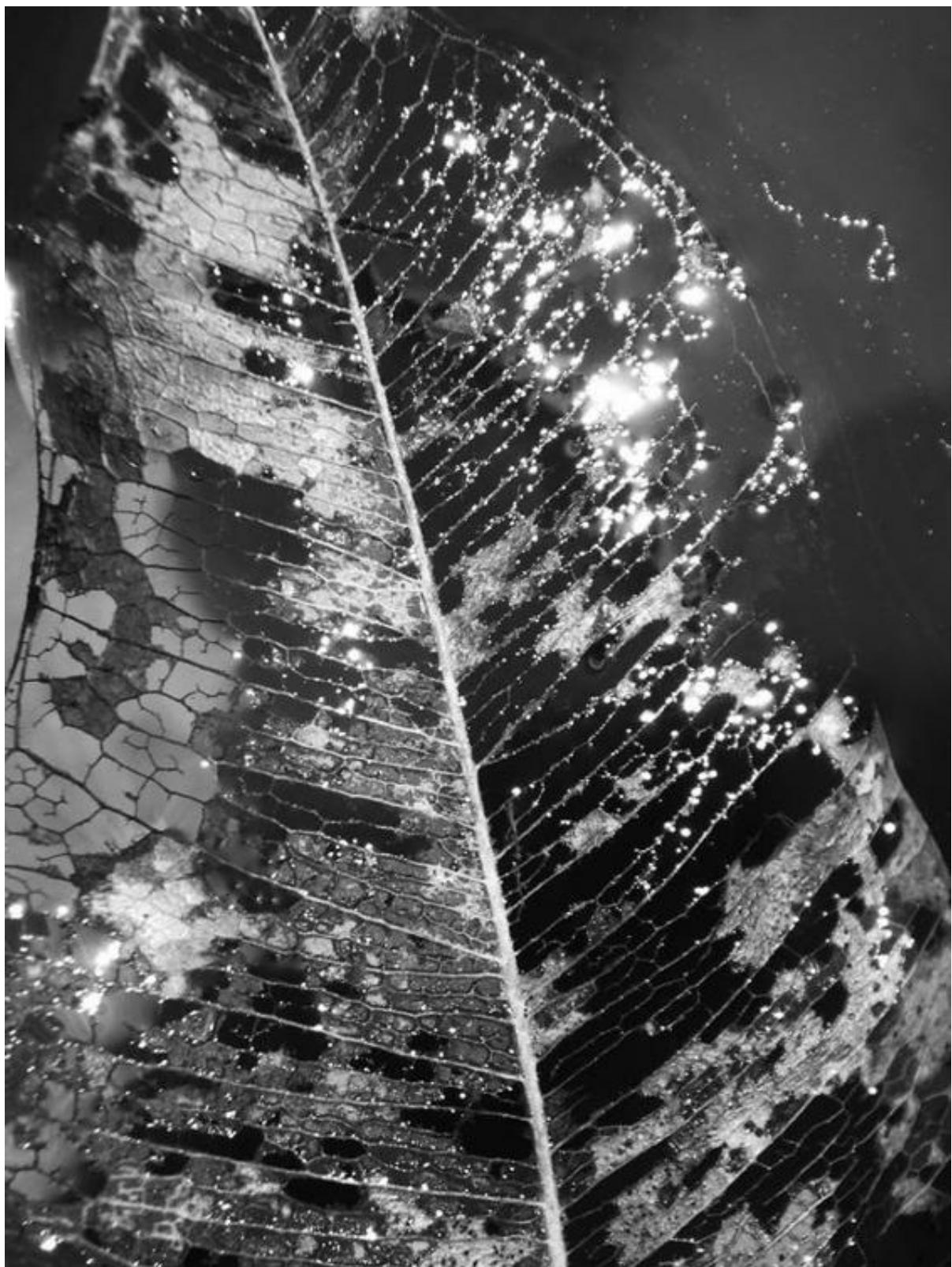
Toda acción inspirada *sabe que no sabe lo que está haciendo* y, más aún, que se dará cuenta mucho más adelante de que lo que realmente estaba haciendo no tenía nada que ver con lo que en ese momento el nivel consciente suponía. La persona que actúa en forma inspirada tiene que haber desarrollado la capacidad emocional y corporal de tolerar estas incertidumbres y de aceptar dócilmente que necesita creer y hasta *entusiasmarse* por realidades que a su tiempo se revelarán como *ilusiones*. Más aún, debe ser capaz de contener la necesidad de ilusión de los demás, que suele ser mucho mayor que la propia. Debe incluso ser capaz de darse cuenta de que algún participante en la acción puede haber percibido la ilusión presente, pero que aún no es tiempo de disolverla porque todavía es útil como vehículo de la acción en algún nivel. Esto último no tiene nada que ver con la manipulación propia de la acción política, sino que es algo mucho más sutil. *Tanto la intuición como la inspiración (sobre todo esta última) necesitan de la inhibición de la autoconsciencia en un grado muy alto. Esto es así ya que la información proviene de una dimensión muy alejada de aquello que la conciencia cree que es la realidad y si el nivel consciente se enterara desde el principio de la totalidad de lo implicado en esa acción, no nos dejaría movernos jamás.*

La intuición y, sobre todo, la inspiración son siempre violatorias de la autoconsciencia (conciencia de sí mismo). La llevan irremediablemente a la muerte, es decir, a la destrucción de las imágenes, los planes y proyectos que había construido a partir de la información guardada en la memoria.

La intuición y la inspiración provienen del estado de insight o inteligencia vincular, cuya naturaleza es intrínsecamente explosiva. Su actividad *inevitablemente* disuelve, atraviesa o destruye las membranas separativas que los niveles de inteligencia evolutivamente anteriores generaron con sus estrategias. Estrategias que son válidas únicamente para un mundo percibido como absolutamente independiente del observador.

[Tendencias de la mente.](#)

[Qué es mapear.](#)



El telar

No existen las cosas en sí mismas.

Todo aquello que nombramos como cosas emerge de una red de relaciones.

Cada vez que el pensamiento realiza una afirmación, aparecen los objetos (las cosas) y, simultáneamente, el sujeto que las nombra.

El sujeto perdura por la afirmación/confirmación continua del pensamiento que convierte en posiciones fijas—nudos en la trama—al flujo ininterrumpido de interacciones. En ese estado, este flujo sólo puede organizarse a través del conflicto.

Lo que llamamos “realidad” puede ser imaginada como un telar sin tejedor, un sistema global interactivo. Cada aparente “elemento” del sistema se define por su contraste con los otros, y esta trama de contrastes define y redefine a su vez el conjunto. En esta imagen de la realidad, no existe ninguna entidad independiente, ningún factor que subsista por sí mismo independientemente de la totalidad. *Sólo hay campos de diferencias interactivas.* Es decir, sólo existe el entrelazamiento de lo que el pensamiento habitual percibe como separado.

Esta imagen ha sido utilizada por muchas de las tradiciones de entrenamiento perceptivo usualmente llamadas iniciáticas, esotéricas, ocultas, etc. En el estadio actual del psiquismo colectivo, esta metáfora—así como la de red, trama, rizoma, entrelazamiento, etc.—está dejando de ser esotérica. Aparece de un modo aún disperso pero cada vez más frecuente en el pensamiento contemporáneo.

La polarización sujeto–objeto inherente a la inteligencia tecnológica (ver [Tendencias de la mente](#)) condiciona no sólo nuestra interpretación de los procesos en el nivel cognitivo, sino fundamentalmente nuestra manera de sentir y de actuar. El nivel de inteligencia con el que estamos identificados nos obliga a movernos en la trama interactiva del telar con una percepción distorsionada de él.

Esta sensibilidad limitada condiciona inevitablemente nuestra acción y hace que, en esta dimensión, la trama se enrede, tense y apelmace, y se generen, en consecuencia, nudos que refuerzan nuestra certeza acerca de la existencia objetiva de las entidades autónomas.

Las tensiones interactivas provocadas por los supuestos fragmentarios, tanto

cognitivos como sensoriales, crean continuamente posiciones fijas que interrumpen el flujo espontáneo de información que circula en la red. Estas posiciones y el hecho de que deban ser defendidas le dan a la trama la apariencia separativa que percibimos.

A escala global, la percepción colectiva es la que crea el mundo que habitamos o, más bien, la que anuda, tensa y separa, provocando interacciones necesariamente conflictivas, saturadas de dolor, sufrimiento e ilusión.

No estamos diciendo esto de una manera teórica. La posibilidad de que el telar no se tense en el nivel humano *depende del estado de los cuerpos* que, condicionados por los supuestos perceptivos, participan de cada porción de la red. Supuestos separativos, contracción corporal, sensibilidad reactiva e interacciones sufrientes se retroalimentan en un movimiento único. *En última instancia, el estado de nuestros cuerpos es el que determina las interacciones y coreografías humanas.*

La raíz de las cadenas

Es imposible dar cuenta de un movimiento más profundo que nos permita entrar en resonancia con el flujo global de información si postulamos que, en el inicio de toda cadena, existe un sujeto independiente al cual se le presentan escenarios aleatorios con los cuales debe interactuar.

Nuestro pensamiento habitual supone la existencia de *una entidad independiente en el origen de todo proceso*.⁸ Construye cadenas que nacen de una raíz que se ramifica progresivamente de manera binaria y crea innumerables sendas, las cuales, por más que se alejen cada vez más de la raíz, así concebidas son siempre líneas reductibles a ella. En ese sentido, el pensamiento es arborescente. Por eso se nos hace muy difícil no sólo aceptar, sino siquiera indagar de qué manera nuestro cerebro configura las “entidades” que percibimos.

El pensar, con su sentir correspondiente (ver [Maya](#)), es un nivel de procesamiento que no puede acompañar el flujo de información que circula por la trama sin distorsionarlo, por la simple razón de que fija excesivamente las distinciones que realiza. Al pensamiento le es muy difícil aceptar que “distinguir” no quiere decir ‘separar’.

Esta incesante actividad separativa hace que la “realidad” se nos aparezca constituida por entidades u objetos independientes entre sí y, a su vez, como independientes del observador. *Los seres que percibimos en este nivel nos encontramos necesariamente en un estado de fricción continua unos con otros (antagonismo, competencia, lucha por el poder, escasez, juegos de suma cero, etc.).*

Desde este punto de vista, podemos pensar que este *estado de fricción es el que crea el mundo de los objetos y la aparente existencia de entidades autónomas y permanentes*. Es evidente que el modo de interacción dominante en este nivel de percepción no puede ser otro que el conflicto.

Este estado de fricción se corresponde con el tipo de conciencia que denominamos yo. Podríamos decir también que, en este nivel, la conciencia no puede manifestarse de otra forma que como un yo. Es decir, *una conciencia en el centro de un sistema de coordenadas, una actividad inteligente que se concibe a sí misma como sujeto de todo aquello que entra en su campo de percepción y que debe protegerse sistemáticamente de toda información que altere su coherencia centralizada*.

En este nivel de procesamiento, los cuerpos/cerebros quedamos inmersos en un oleaje de acciones y reacciones cuyas corrientes poseen una inmensa profundidad temporal y permean la base animal que condiciona nuestra inteligencia. Este grado de excitación genera un torbellino de asociaciones que impide la captación de la información más global y compleja que circula por el entrelazado vincular.

Cada vez que un estímulo cruza el umbral de protección, se activan mecánicamente en cada uno de nosotros patrones de reacción que limitan el caudal de información al cual podemos acceder y procesar. Si se incrementara la información en cantidad y complejidad, ésta superaría *los umbrales de coherencia exigidos por el yo*, y alteraría irreversiblemente el sistema de coordenadas que lo ha fijado.

Estos *umbrales de coherencia* implican un nivel de procesamiento pobre. Toda conciencia atada al centro de un sistema de coordenadas debe ser confusa en algún nivel. Necesita *excluir* imperiosamente cualquier información que no pueda coherentizar de inmediato y, sobre todo, realiza sistemáticos errores de niveles lógicos para reducir los contextos de información a aquellos que responden a sus exigencias de cohesión. La hegemonía de estos circuitos simplificadores nos obliga a procesar información de manera contradictoria.

Esto se traduce en *una pérdida de sensibilidad enorme* como consecuencia de la necesidad de excluir cualquier información que supere determinado umbral de complejidad. No somos conscientes de ello, pero esta sensibilidad necesariamente reactiva, determina un *horizonte* más allá del cual nos es imposible registrar la existencia de cualquier información. Las conexiones neuronales cristalizadas en el yo expresan una inteligencia limitada cuyas acciones desembocan inevitablemente en el conflicto. Su escasa plasticidad, sumada a sus exigencias separativas, contradicen estructuralmente la realidad del telar.

Más allá de la inteligencia centralizada

En términos evolutivos, la repetición constante de experiencias sufrientes opera como un estímulo para el despertar de las capas más profundas del sistema nervioso. Esto hace que, tarde o temprano, aparezcan seres humanos con el potencial de rasgar el velo del horizonte anterior. Cuando esto ocurre, el cerebro puede atisbar la presencia de la trama que se encuentra por detrás de lo que hasta ese momento se le aparecía como el mundo de los objetos. Un mayor caudal de información comienza a circular por el sistema nervioso, relajando progresivamente los anudamientos y revelando una plasticidad capaz de generar cada vez más conexiones.

En este largo proceso, el cerebro atraviesa por sucesivas crisis, que eventualmente posibilitan la relativa desorganización de los circuitos centralizados que convergen en el yo. Esto permite *destellos* de una cualidad completamente diferente que, al no estar atada al foco del sistema de coordenadas, es no-separativa. Por todo lo que dijimos antes, es evidente que la intensidad y profundidad de esta nueva sensibilidad/inteligencia en un ser humano dependerá del estado de sus contracciones corporales.

Alborea así en el cerebro el tipo de conciencia que se percibe a sí misma como vínculo, la cual es algo muy distinta a la conciencia que se autopercibe como yo/sujeto/centro.

En la medida en que el cuerpo/cerebro aprende a tolerar la doble organización de conciencia (centralizada y descentralizada a la vez), se crean nuevos circuitos y se hacen posibles percepciones de creciente complejidad, las cuales se encuentran inevitablemente en contradicción con las que provienen de las simplificaciones del pensamiento y su estructura dominante, el yo.

La *inteligencia vincular*, dispersa y descentrada, es registrada por el cerebro de diferentes maneras. El foco/yo, que hasta ese entonces era el centro casi exclusivo de sus operaciones, necesita menos atención. Si el cerebro capta *físicamente* que es tan sólo *una condensación particular de un campo de inteligencia que lo trasciende*, advierte que ya no necesita defenderse desesperadamente para sobrevivir. Más allá de los terrores propios de su base animal, comienza a percibir una trama inteligente que manifiesta un profundo equilibrio dinámico para cualquier organismo sensible a ella.

Una reticularidad materializada

Este es un estado perceptivo muy diferente a creer en la existencia de seres superiores que habrán de protegernos si cumplimos con sus instrucciones. Estas conductas se basan en ideas a las que el cerebro se aferra dentro de la dinámica miedo-control. En esos casos no ha habido ninguna alteración perceptiva real ni reorganización alguna de los circuitos neuronales.

El incremento de sensibilidad que permite el registro de información previamente inexistente es algo enteramente diferente a la aceptación obediente de ideas.

Si la captación física de la presencia de la trama ocurre realmente, se produce *un terremoto en las raíces del temor*. Este terremoto tiene el potencial de redefinir circuitos neuronales. Si esto sucede, es porque los *umbrales interdependientes de miedo y control* se han alterado realmente.

A partir de ese momento, el cerebro (al principio, de forma confusa y, más tarde, de una manera cada vez más efectiva) se da cuenta de que su tarea principal no es la de estar al servicio exclusivo de ese cuerpo del cual forma parte de manera inmediata.

El cerebro registra sin sombra de duda—siente—que es parte de una corporalidad ampliada compuesta por innumerables organismos, a los cuales debe atender y servir de la misma manera que atendía y servía al cuerpo particular en el que está inmediatamente entramado (ver [El despliegue de las epistemologías](#)). Esta ampliación se traslada enseguida a la *calidad y cantidad de atención que requiere el cuerpo/personalidad en relación con el mundo que creía haber construido autónomamente*. Esta realización va liberando al sistema nervioso de su necesidad obsesiva de focalización y control. De esa manera, se hace posible deshacer el exceso de circuitos ligados a la anticipación, la resolución de problemas y el diseño consciente e inconsciente de estrategias de supervivencia y gratificación.

Este aprendizaje revolucionario de “soltar el mundo” permite un aprovechamiento radicalmente diferente de la energía. Con más energía a disposición, *el cerebro se dedica a aprender acerca de su verdadera estructura y funcionamiento, “arriesgándose” así a la completa desorganización de su estructura anterior*.

Es el nivel biológico (cuerpo/cerebro)—no la persona—el que finalmente se da cuenta de que todo es percepción: el cuerpo es percepción del cuerpo, en el

sentido de continua circulación de información. Los sistemas nerviosos terrestres no somos otra cosa que una *reticularidad materializada*. Debemos aprender a recibir y procesar cada vez más y mejor información, a fin de optimizar el cuidado de nuestra base de sustentación, tanto humana como planetaria.

En la medida en que nos desenredamos de los niveles de información simplificada, quedan a nuestra disposición actividades neuronales de finalidad extracorporal (fuera de foco) que operaban por debajo de la organización anterior, pero cuya información no estaba disponible por la preeminencia del sistema centralizado (sujeto).

Cuanto más ricas sean las conexiones cuerpo/cerebro, más clara será su percepción de sí mismo como un “telar”. El incremento de las conexiones internas se traduce en la creciente riqueza y significación de las conexiones externas. En este punto, *la vincularidad con todo lo que existe deja de estar en contradicción con la supervivencia del organismo particular*. Percibirse a sí mismo como una entidad autosustitente y separada deja de tener el sentido absoluto que se le atribuía y el universo comienza a aparecer como un entretejido de frecuencias del cual emerge la reticularidad materializada.

A partir de ese momento, ésta puede comenzar a autopercebirse como un efecto o dimensión, derivada del vibrante entretejido de la inteligencia planetaria y de aquellas en las que se encuentra incluida.

Servir al universo es una necesidad biológica

Volviendo al principio de este artículo, la conciencia cerebral debe comprender, sin sombra de duda o argumentación alguna, que *la reticularidad es anterior a todo foco*, y que cualquier foco no es otra cosa que una condensación transitoria o actualización de la reticularidad, destinada a desaparecer cíclicamente.

Todo foco, nudo o centro (con su circunferencia correspondiente) muere o se desorganiza tarde o temprano. La trama, en cambio, se recrea indefinidamente. Para que esta percepción no sea ideológica sino real, el cerebro debe registrar con absoluta claridad la presencia del arquetipo del centro en su funcionamiento y de qué manera éste se proyecta sobre lo percibido (ver [Nosotros, los Biomecas](#)). Esto implica cuestionar de raíz *la idea* de “sí mismo” y todas sus derivaciones y asociaciones cognitivas y sensoriales con la idea tradicional de dios. Conceptos tales como el “centro que está en todas partes” surgen de los esfuerzos paradójicos del lenguaje organizado por el arquetipo del centro a fin de dar cuenta de la totalidad unificada. *Totalidad y unidad no implican centralización*, más allá del nivel de integración psíquica en el que necesitamos creerlo para no desorganizarnos.

La inteligencia reticular no está sometida a las exigencias de convergencia, linealidad y otros muchos supuestos característicos de las coherencias centralizadas. Esto nos lleva al encuentro de un interrogante fundamental: *¿es necesaria la centralización o, por lo menos, su continuo incremento para el funcionamiento ordenado del cerebro/psique?*

La inteligencia planetaria nos plantea una cuestión fundamental en tanto especie: de qué manera se complejiza la actividad cerebral, corporal y psicológica a fin de obtener un funcionamiento armonioso que permita la coexistencia del sistema centralizado, que es necesario para una cantidad de tareas, con los niveles descentralizados.

Para que esta pregunta se abra paso creativamente en nosotros, es de suma importancia comprender que este aprendizaje no es una tarea de los niveles centralizados. No es el cuerpo particular o “la persona” la que necesita alcanzar dicha articulación, sino que es el pulsar de la vida misma, presente en cada cuerpo/cerebro, el que está profundamente interesado en ello.

La reticularidad vibratoria del telar está operando continuamente sobre la reticularidad materializada, a fin de complejizar sus percepciones (sensibilidad)

y relativizar la importancia de la conciencia centralizada (autoconsciencia). La tarea que le compete al cuerpo–cerebro es la de alinearse con el impulso creativo que opera evolutivamente sobre las formas y la conciencia.

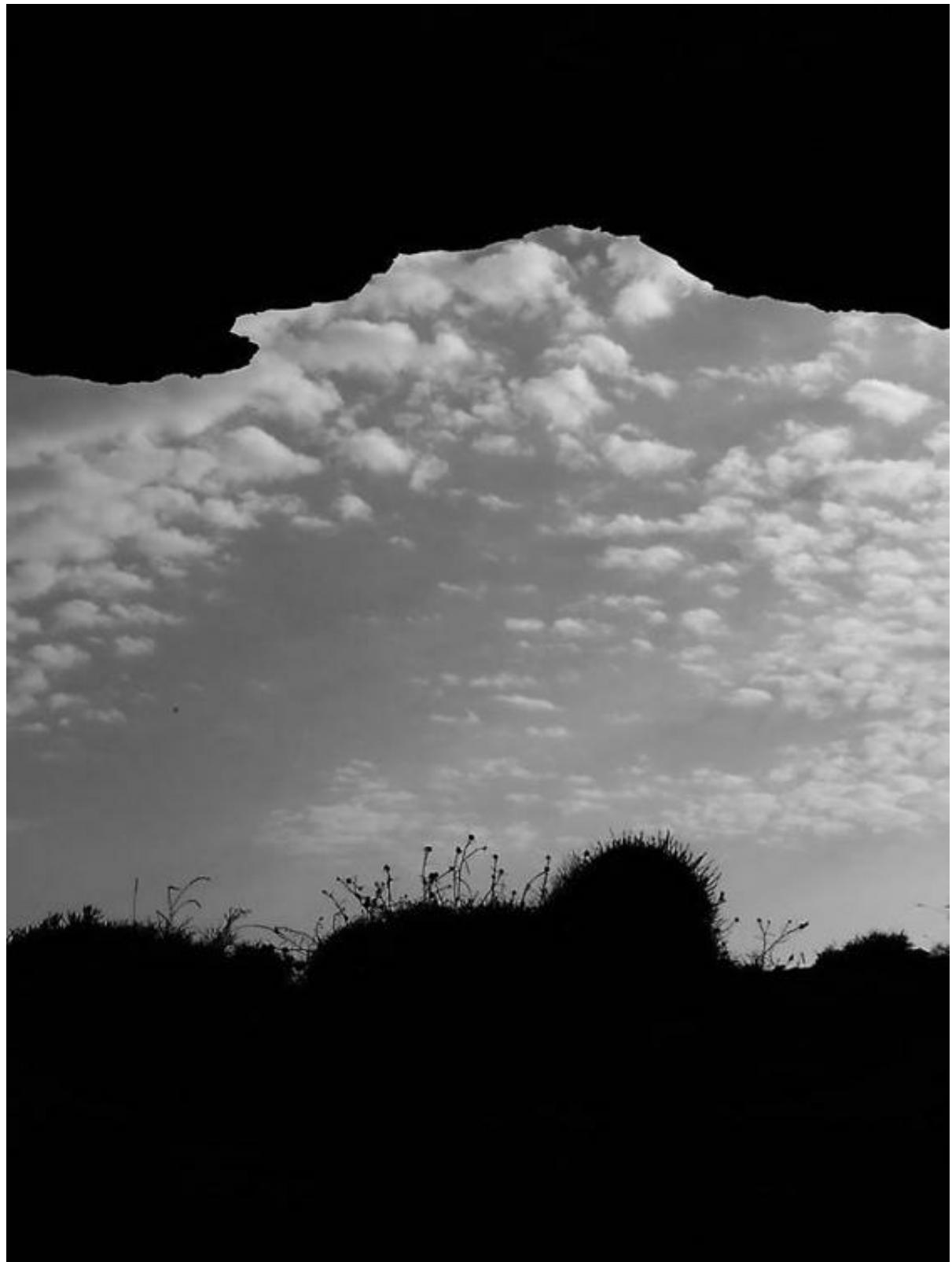
En el instante en que el cerebro comprende *vívidamente que servir al universo es una necesidad de orden biológico y no una idea mística*, los circuitos neuronales aislados por la necesidad previa de centralización pueden abrirse y entretejerse con la reticularidad que los ha generado y los contiene.

[Tendencias de la mente.](#)

[Maya.](#)

[Nosotros, los Biomecas.](#)

[El despliegue de las epistemologías.](#)



Psiquis y cosmos

El sistema nervioso humano está madurando aceleradamente como parte de los grandes cambios evolutivos que ocurren en el planeta. Esta relativa madurez alcanzada nos permite registrar con cada vez mayor frecuencia destellos reveladores de nuestra participación en una organización inteligente a escala planetaria y cósmica, los cuales convergen en una misma dirección: aquello que el sistema nervioso, después de millones de años de evolución, *autopercibe como psiquis no puede separarse de aquello que percibe como universo circundante*. Ambas percepciones, la de los mundos llamados internos y la del mundo llamado externo, aparentemente tan disímiles una de la otra, revelan su acoplamiento estructural en la medida en que el cerebro físico y todo el sistema nervioso maduran como parte de la transformación de la Tierra.

Sin embargo, la incipiente comprensión de la interdependencia de ambas percepciones, que fueron cuidadosamente separadas durante gran parte de la evolución anterior, es algo extremadamente perturbador para el cerebro. Aprender a modular las complejas articulaciones propias de una trama inteligente unificada, para un cerebro que se mantuvo aislado de ella durante millones de años, es una tarea que entraña enormes dificultades. En realidad, todo el organismo debe sufrir una verdadera revolución para que esta fusión perceptiva se produzca de forma exitosa.

La estabilización de este registro contradice un sinnúmero de programaciones inconscientes. El miedo y el deseo son patrones de circulación libidinal que se mantienen en actividad gracias a la negación radical de toda percepción acerca de la interdependencia entre lo interno y lo externo (el “adentro” y el “afuera”). Sin embargo, la relativa madurez de la especie permite que un creciente número de seres humanos obtengamos un primer registro consciente de esta percepción.

A lo largo de la historia, numerosos organismos individuales realizaron esta fusión perceptiva en distintos grados, y posibilitaron así transformaciones esenciales para el conjunto de la especie. A ese proceso se lo suele llamar “iniciación” y ha sido percibido tradicionalmente como un acontecimiento excepcional e individual. Sin embargo, como esto está ocurriendo ahora en una escala completamente diferente, por primera vez se hace posible la validación de un sinnúmero de percepciones intermedias por parte de organismos en diferentes estados de desarrollo. Esta gama de estados psíquicos genera un

abánico de percepciones muy disímiles acerca de la “realidad”.

Para el estado habitual del cerebro, la coexistencia de un conjunto tan amplio de percepciones es significada como confusión, pero en la medida en que estas percepciones se estabilicen, nos mostrarán cómo emerge entre nosotros *una nueva urdimbre perceptiva no convergente, altamente diferenciada*, que se revelará como absolutamente necesaria para la evolución de la inteligencia planetaria.

La creencia

Vamos a dibujar con trazos muy gruesos algunas fases por las que atraviesa la percepción de que la psiquis y el cosmos son dos polos de un único movimiento.

Al principio, esta percepción aparece como una simple idea en el nivel intelectual. La idea se forma en el cerebro a partir de alguna influencia “externa”, ya sea filosófica, “espiritual”, etc., y el intelecto juega con ella. Luego, la nueva idea deberá competir con todas las demás creencias y posiciones que se encuentran acumuladas en el cerebro acerca de la realidad, hasta que eventualmente se impone en el nivel consciente. A partir de ese momento, el individuo (dado que el cerebro en esa fase aún se experimenta a sí mismo como “alguien” nítidamente separado de lo que percibe) adhiere cada vez más fuertemente a la idea, la enriquece y la desarrolla. Tiene la certeza de que “piensa” eso. Sin embargo, otros niveles en ese mismo ser humano se mantienen aferrados al cúmulo de ideas y vivencias que sostienen todo lo contrario, es decir, *la separatividad*. Para poder sostener la nueva creencia con la que se ha identificado el cerebro, éste debe negar una masa de convicciones anteriores, excluir sistemáticamente la información proveniente de ellas y generar una cantidad de disociaciones internas para no incurrir en contradicciones (intelectuales y existenciales) que lo harían enfrentar las consecuencias reales que esta creencia implica para el organismo y su destino.

En esta primera fase, *intelectualizar e idealizar* acerca de todo esto es algo inevitable porque el organismo no vive corporalmente—no siente y no actúa—de acuerdo a la idea que sostiene.

La simulación

En la segunda fase de este proceso, la idea o creencia se convertirá paulatinamente en una evidencia. Este es un camino largo y doloroso. No es una exageración decir que, para que esto se produzca, el cerebro debe cambiar estructuralmente. *Que psiquis y cosmos sean dos aspectos de una misma dinámica, y que esto tenga la fuerza irrefutable de una evidencia, es un tremendo shock para la mente humana así como la conocemos.* Esta mente está demasiado habituada a jugar con distintas ideas, a fluctuar entre opuestos o a aferrarse tensamente a alguna creencia que le permita excluir la información que no puede coherentizar con su pasado. El cerebro animal procesa información de acuerdo a *estrategias*, y la percepción unificada revela que son inconsistentes.

Si lo externo y lo interno son dos aspectos de un mismo movimiento/realidad, la elaboración continua de complicadas estrategias para alcanzar los propios fines es una actividad innecesaria. Pero para que esta actividad realmente se detenga, el cerebro deberá descubrir previamente sus modos básicos de funcionamiento.

El sistema nervioso deberá descubrir por sí mismo que es *magnetizado por corrientes de pensamiento/sensaciones que luego reproduce de modo copiativo*. Descubrir esto implica develar por completo la ininterrumpida actividad replicante y simuladora del cerebro—desenmascarar su continua ocupación, tendiente a crear sensaciones y vivencias de base puramente mental (virtual), que no son realmente experimentadas por el conjunto del cuerpo en forma directa, aunque así lo creamos. Debe producirse un *insight* profundo acerca de la constante inducción cerebral de sensaciones y emociones que el cuerpo actúa, pero que no provienen de aquello que los sentidos están realmente registrando en el presente, sino de la incesante elaboración de constructos de sensaciones acumuladas en la memoria.

Los límites de la mente

Los lenguajes sociales, de los cuales el pensamiento depende para sus operaciones, están estructuralmente organizados a partir de la separación nítida entre el sujeto y los objetos. Esto se convierte en un obstáculo gigantesco para que *el origen cósmico de la psíquis y la naturaleza psíquica del cosmos* dejen de ser ideas y se conviertan en una convicción irrefutable. En el nivel de los lenguajes verbales, el cerebro carece de los instrumentos que le permitan simbolizar las experiencias en las que los mundos “internos” y los “externos” se revelan como espejos mutuos. Desde el punto de vista cognitivo, los lenguajes sagrados y el tipo de contexto que permiten percibir parecieran ser una experiencia imprescindible para procesar la información de un modo no separativo. Cuando este tipo de patrones simbólicos comienzan a operar en el cerebro, le permiten realizar conexiones y experimentar resonancias de una complejidad tal que los niveles verbales e imaginativos habituales no pueden alcanzar.⁹

De todos modos, e incluso si la experiencia de los lenguajes sagrados no pertenece al bagaje relativamente consciente de un cerebro particular, las contradicciones existenciales que la mera presencia de la idea provocan en la vida de un ser humano lo empujarán irresistiblemente en la dirección del despertar.

Una vez que la idea está firmemente instalada en nosotros, la dinámica misma del acoplamiento psíquis–cosmos genera espontáneamente las situaciones, vínculos y acontecimientos que afectarán decisivamente a la presunta autonomía de la psíquis con respecto al mundo, y tarde o temprano nos forzará a inclinarnos ante la evidencia. Es decir, cuando la idea está profundamente arraigada en la mente de un ser humano, éste se verá literalmente obligado a tomar con toda seriedad las consecuencias que esto implica para dejar de jugar con ella. Esto exige, y al mismo tiempo provoca, un conjunto de modificaciones estructurales, porque el pensamiento por su propia naturaleza fluctúa indefinidamente entre fragmentos (ideas) y, por sí mismo, jamás se somete a la presión necesaria para que la fusión de los opuestos que ha creado se haga posible.

Los circuitos neuronales sólo se alteran de una manera efectiva si experimentamos situaciones que aparentemente no nos presentan ninguna salida, es decir, cuando todas las estrategias conocidas a las que podamos recurrir fracasan. No se trata de que la “persona” se convenza de esto. Otro

nivel de inteligencia debe haberse manifestado en nosotros para que el cuerpo reconozca y acepte la necesidad de que nos ocurran situaciones que nos dejan sin posibilidad de elegir entre las alternativas colectivamente validadas (ver [El mundo de los significados](#)).

La simulación es el juego que ha jugado el cerebro por miles de años y no está dispuesto a dejar. *Es necesario que se desencadene una catarata de eventos que nos pongan en doble ligadura a nivel existencial para obligarnos a registrar los falsos supuestos acumulados y renunciar a ellos.* Para que ciertos aprendizajes fundamentales se realicen, particularmente en los niveles emocionales y corporales, la psiquis debe arribar a la aceptación visceral de que la realidad no es como la habíamos imaginado.

Al principio, esto toma la forma de *un conjunto casi insoportable de desilusiones personales* que suelen traducirse en estados de confusión y agudas sensaciones de dolor emocional e incluso físico. Esto es una consecuencia inevitable de la presencia del *circuito yo*, el cual se ve amenazado en sus mismas raíces por la percepción unificada. El cerebro no quiere percibir realmente *el circuito yo* tal como es. Quiere sentir dolor personal porque éste le confirma su propia existencia. *El nivel de inteligencia que ha construido la sensación de ser alguien especial (separado) no acepta reconocer su ilusión y se rebela con todas sus fuerzas.*

En esta fase, se desata una verdadera batalla entre dos convicciones antagónicas. La recóndita sensación de especialidad (separación), camuflada bajo mil formas, choca irremediablemente con la evidencia de que el universo que percibimos y la psiquis que lo percibe forman una única, extremadamente dinámica y maravillosa estructura.

Si psiquis y cosmos constituyen una *matriz de acoplamientos inteligentes*, la noción de sujeto se disuelve junto a la de objeto. La treta final de este nivel de inteligencia es la de afirmar “mi psiquis es el cosmos”. Si el cerebro entra en este sendero, tarde o temprano se producirá una inflación del yo con todas las consecuencias que le son inherentes (ver [Tendencias de la mente](#)). Pero, si el cuerpo y el sistema emocional logran eludir las inevitables reacciones contractivas con su colección infinita de trucos y realmente se amplían, el apego neuronal al *circuito yo* se debilita y lo que se revelará es *la limitación estructural de la especie humana*. Una desilusión masiva acerca del ser humano y de todas sus construcciones se desata con la fuerza de un cataclismo.

En este punto, todo el proceso se vuelve a repetir pero en otra vuelta de espiral: no es el *círculo yo* (la “persona”) el que se rebela ante la evidencia, sino que es la trama completa de la mente humana dentro del cerebro la que, ante su desmoronamiento, se deprime (pierde energía), experimenta un sinsentido absoluto e, incluso, simula enloquecer, como última línea de defensa descalificatoria ante la evidencia que la deja sin alternativas. *La evidencia de la muerte en un sentido absoluto tiene que instalarse en el cerebro hasta resplandecer.*

Las células y redes neuronales protestarán y se rebelarán. Por eso, en esta fase, pueden aparecer un conjunto de comportamientos aparentemente incoherentes pero que, en realidad, *forman parte de la desorganización necesaria de la mente que identificamos como humana, en ese cerebro particular* (ver [Lo no consciente](#)).

El universo no es un mamífero

La tercera y fundamental etapa en este proceso es la de *la vivencia de que la psiquis es cosmos y el cosmos es psiquis*. Esta vivencia es obviamente corporal. Por esta razón, que se produzca una vez, que se manifieste de un modo esporádico o que se estabilice, dependerá únicamente de la tolerancia que posea ese cuerpo particular a los inmensos y desorganizadores caudales de energía e información que esta vivencia trae consigo. Esto no depende de la voluntad o de los supuestos méritos o bondades de “uno”. No depende de ninguna de las cosas que los sistemas de creencias más o menos organizados inculcaron en nosotros. Aquí, los remanentes de la personalidad suelen entrar en una crisis terminal porque se ve obligada a aceptar que nada es como creía e, incluso, *descubre que, en realidad, no desea todo aquello que decía querer acerca de lo “espiritual”*. Se da cuenta de que sus ideas acerca de la iluminación, la iniciación, el amor universal, etc., eran simplificaciones y que la realidad que se ocultaba detrás de estas ideas es *algo intolerable para el nivel que las deseaba*. La realidad efectiva que estaba por detrás de todas estas ideas e imágenes no tiene nada que ver con lo deseado. *El deseo acerca del proceso mismo que se está viviendo es el que entra en cuestión*.

Esto inaugura una conflagración interna aún más intensa que las anteriores. Para que la vivencia sea real, debe producirse la consumación de la fase de la evidencia, y borrarse de forma definitiva las últimas resistencias cognitivas, psicológicas y corporales. Esto sólo será posible si salta por completo el *separador sujeto/objeto*. Para todos nosotros, esto implica, ante todo, la disolución de la estructura de la civilización occidental en la psiquis (la reabsorción de toda la programación ligada a esta fase de la humanidad) y el rastreo de todo aquello que está en la base de la percepción dualista.

En este nivel, el proceso ya no tiene nada de “individual”. La evolución de la inteligencia humana en su conjunto se revela como un único e inmenso movimiento. Este contiene todos los impulsos hacia la adquisición de experiencias, tanto externas como internas, y el despertar de la primacía del significado por sobre el alcance de los resultados.

La pasión por el aprendizaje (ver [*El mundo de los significados*](#)), que impulsó la reversión del movimiento del deseo, abre una nueva y decisiva vuelta de espiral. Un proceso muy antiguo empieza recién en este momento a revelar sus consecuencias y sus dimensiones reales. *La psiquis descubre con inmenso dolor que el movimiento real no es aquel en el cual creyó durante milenios*.

Se produce una reversión perceptiva que cuestiona radicalmente la dirección que el cerebro proyectaba sobre la realidad.

No se trata de que el humano (la supuesta psíquis) deba conocer el cosmos para modificarlo o deba alcanzar la “verdad cósmica” para descansar eternamente en ella, sino que el cosmos, *tal cual es*, “entra” en la burbuja de la pequeña o ilusoria psíquis separativa doblegando sus últimas resistencias. Es decir, el cerebro descubre que la percepción no está fundamentalmente orientada a cambiar el mundo y a construir en él como si fuera algo externo que debe ser conquistado. Y que tampoco va a reabsorberse en una subjetividad esencial que trascienda pasivamente al universo manifestado.

Es inevitable que, en esta fase, la psíquis en su nivel separativo, que por primera vez se dispone a abrirse sin condiciones, interprete que está siendo invadida, poseída o dominada por algo muy extraño a sí misma. La paradoja psíquica que da origen a la paranoia suele presentarse en este momento con toda su fuerza y reaviva toda la estructura interpretativa condicionada, tan arraigada en nosotros. Ser esencialmente vínculo, vincularidad, interdependencia es insopportable para la autonomía relativa de los niveles que anhelan ser sujeto (autónomo y dominante) y los niveles biológicos determinados por la necesidad de supervivencia. Esto sucede más allá incluso de ese cuerpo particular que está atravesando la experiencia: un anhelo casi ontológico de inmortalidad se expresa con su máxima rebeldía ante la estructura inaceptable (para ese nivel) de lo verdadero.

Para que esta tensión se disuelva orgánicamente, deberá actualizarse por completo la milenaria preparación para la complejidad que fue activada en el proceso precedente. En este momento se pone en juego en las raíces mismas del sistema nervioso *una complejidad intraducible en los términos de la mente humana que conocemos*. Esto no debería asustarnos: el miedo es la última línea de defensa de la ignorancia que anida en los abismos inconscientes de la materia. Si todo esto se ha producido, es porque el cosmos se manifiesta en la psíquis y la psíquis se revela como cosmos. Si el circuito yo está suficientemente disuelto o flexibilizado como para deshacerse y volver a reaparecer sólo cuando es necesario, la dinámica cosmos/psíquis descubrirá en su propio nivel los umbrales de tolerancia que posee ese cuerpo particular. Esto es así porque, desde otras dimensiones, es eso lo que ha creado a ese cuerpo en una tarea de miles de millones de años. *Eso sabe cómo cuidarlo*. Sin embargo, esto no debe ser imaginado como una protección especial. Pensar así nos retrotraería a los anhelos maternales de protección

característico de fases muy anteriores para mantener la ilusión de ser, de algún modo, especiales. *El universo no es un mamífero*. Desde el punto de vista del cuerpo, ya ni siquiera de la personalidad, en esta entrega total hay un riesgo real de muerte o desorganización que debe ser aceptado o, por lo menos, no idealísticamente negado, por cuanto el cuerpo —y más aún, la persona— desconocen por completo el verdadero alcance de la experiencia que “Aquellos” está realizando “aquí”.

[*El mundo de los significados*](#)

[*Tendencias de la mente*](#)

[*Lo no consciente*](#)



Inteligencia vincular

En el momento en que el cerebro humano se percata de que sus funciones van mucho más allá de las de garantizar el bienestar del cuerpo al que pertenece, y registra que forma parte de una organización inteligente a escala planetaria, surge espontáneamente el interrogante acerca de la evolución de esa inteligencia y de qué manera los humanos participamos de ella. Es decir, cuáles son los procesos que pueden poner en actividad los circuitos latentes del sistema nervioso que no están inmediatamente al servicio de un cuerpo particular y de la identidad psicológica que llamamos persona.

Previo a este *insight*, cualquier intento de maduración por parte de un ser humano es entendido como un acto de obediencia a la voluntad de los dioses o como el esfuerzo necesario para alcanzar el mejoramiento personal. En algunos casos, estos intentos se convierten en un impulso fuerte y duradero hacia ese tipo de crecimiento que llamamos “espiritual”, el cual suele incluir desde el confuso deseo de tener visiones y experiencias místicas hasta el desarrollo de poderes o el anhelo de liberarse de los padecimientos del mundo para alcanzar un estado incondicionado de beatitud.

Como hemos descripto en otros artículos, cuando el sistema nervioso registra *espontáneamente* que está entretejido en una vastísima trama inteligente, se da cuenta, por primera vez, de hasta qué punto se había protegido de esta vivencia. Descubre que durante miles de años se había limitado a funcionar dentro de un rango extremadamente estrecho de percepciones que lo aislaban de procesos mucho más complejos, sin tener conciencia alguna de ello. Comienza a sentir la enorme diferencia entre las construcciones protectoras que nacen de los acuerdos colectivos, por bellas que sean, y el inmenso caudal de información que circula más allá de esa frontera.

Todas aquellas ideas y prácticas relacionadas con el mejoramiento, a las que les había dedicado tanta energía, aparecen en ese momento ante él como procesos dentro de lo conocido. Descubre que, quizás necesariamente, había obturado las conexiones que lo ponían en presencia de la inteligencia planetaria, y tomado el camino que desembocó en el florecimiento de la inteligencia tecnológica. Empieza a reconocer, cada vez más claramente, la modalidad específica de esa inteligencia y puede identificar el entramado confuso de ideas, imágenes, lenguajes, sensaciones, emociones y sentimientos que brotan incesantemente de esa actividad. Debe aceptar, no sin dolor, que habita un mundo de objetos y que sólo puede sentir las sensaciones que éstos,

ya sean materiales o virtuales, le provocan. Por primera vez, comienza a observar y observarse con verdadera atención, dándose cuenta de que ha adquirido el hábito de separarse de la trama interactiva de la que forma parte.

Se ha abierto una grieta en la burbuja protectora de las construcciones humanas y, a través de ella, el cerebro descubre la existencia de un universo de relaciones en el cual no existe separación real entre aquello que puede distinguir. Cuando esto sucede, ha entrado en actividad otro tipo de inteligencia, muy distinta a la objetiva y a su opuesto, la subjetiva: una inteligencia vincular.

La información está en el vínculo

Llegados a este punto, es evidente que quien escribe y aquellos que leen formamos parte de una misma inteligencia. Todo lo que la especie humana piensa y ha pensado, imaginado y sentido es un solo e inmenso movimiento: no le pertenece a nadie, nos atraviesa a todos y por eso está presente en cada uno.

La enorme profundidad evolutiva de la conciencia humana se manifiesta en toda su plenitud y se interroga: ¿qué es esa inteligencia que está más allá de nosotros, ya sea que le hayamos dado forma de dioses o de ciegos procesos naturales? “Eso” que está más allá de nuestro pensamiento e imaginación, pero que al mismo tiempo no está separado de nosotros. ¿Cómo aprendemos a vincularnos con ello o, mejor aún, a reconocernos en ese vínculo? ¿De qué manera se produce el encuentro de la mente externa, objetiva, con la visionaria subjetiva, para que aparezca la dimensión vincular de la inteligencia? ¿Cómo aprender a sentir lo que pensamos, a significar lo que sentimos? (Ver [Tendencias de la mente](#)).

Ante nosotros se abre una tarea enorme: reunir los opuestos que hemos creado adentro y afuera, liberarnos de la mecanicidad aislante a la que nos hemos habituado, tolerar la información de la cual nos hemos protegido por tanto tiempo, atrevernos a desorganizar la estructura aparentemente eficiente, pero a todas luces peligrosamente limitada de nuestro sistema entero de creencias.

Todos estos son aprendizajes que deberemos realizar en tanto especie. Sin embargo, si observamos atentamente, podemos advertir que, a lo largo de la historia, estos procesos se vienen realizando en aquellos individuos o grupos que cuestionaron el contexto separativo de la percepción y tuvieron destellos de otros niveles de inteligencia y sensibilidad.

En realidad, es ese tejido viviente dentro de cada uno de nosotros el que pregunta: ¿cómo aprendió la vida a tomar la majestuosa forma del águila sin tener ningún conocimiento de aerodinámica? ¿Cómo “sabe” el tiburón que su elegante contorno responde rigurosamente a las leyes de la hidrodinámica que la mente—en—el—humano descubrió millones de años más tarde?

“Nuestra” mente disfruta de separarse de lo que percibe y de crear teorías acerca del mundo que ha definido como externo, para darle la forma que desea. La mente humana ama el conocimiento, y es ese tipo de inteligencia,

objetiva e intencional, la que nos ha permitido realizar las construcciones maravillosas de la civilización. Pero es evidente que la vida en la Tierra no ha necesitado del conocimiento para darse forma a sí misma.

A los humanos nos fascina adquirir el mayor conocimiento posible acerca del conjunto de objetos que nuestra mente recorta del flujo de la vida. Esta actividad inteligente es espléndida y tiene una indudable función para el planeta. El águila y el tiburón, sin embargo, no provienen de ella, así como tampoco provienen de allí las nubes, los bosques o las estrellas. Nosotros mismos no hemos surgido de una teoría acerca de la realidad que más tarde se aplicó sobre ella para darle una forma deseada.

La inteligencia de la cual emergen las águilas y los tiburones obtiene toda la información que necesita del vínculo con aquello que inmediatamente los rodea. *Toda la información que necesita un organismo terrestre para desplegar sus potencialidades se encuentra presente en aquello con lo que se vincula instante a instante.* Esto quiere decir que los seres de la Tierra estamos intelligentemente acoplados los unos con los otros y, de ese acoplamiento, brota todo lo que necesitamos “saber” para ser.

El verdadero aprendizaje

Lo primero que podemos advertir, entonces, es que la inteligencia de la que formamos parte es de una índole muy diferente a aquella con la cual nos hemos identificado. “Nuestra” mente actual es una *bifurcación de la inteligencia terrestre* que tiene un sentido claramente funcional. Ella es la que ha hecho posible que surja el reino de las máquinas y se inauguren aprendizajes revolucionarios para la totalidad de la vida planetaria (ver [La transformación de la Tierra](#)). El único problema es que los humanos estamos absolutamente convencidos de que la inteligencia subjetiva–objetiva (tecnológica) es claramente superior al tipo de inteligencia de la cual provenimos.

“Nuestra” mente objetiva nos dice que los códigos genéticos del águila o el tiburón se adaptan a sus ecosistemas para evolucionar. Pero no nos damos cuenta de que, al decir esto, suponemos que los códigos que generan al tiburón están intrínsecamente separados de la información que circula por el océano al que pertenece. Una vez que los hemos separado, es inevitable que lleguemos a la conclusión de que cada especie debe adaptarse a su ecosistema como si éste fuera algo objetivo para cada una de ellas.

En el otro extremo de nuestro pensamiento, postulamos la existencia de una inteligencia divina—pero de la misma estructura que la nuestra—la cual ha diseñado a todos los seres, uno por uno, como si también fueran entidades completamente separadas entre sí.

Cada vez que reconocemos la presencia de una *arquitectura* en el universo, nos sentimos obligados a concebir la existencia de un arquitecto que opere a imagen y semejanza de la mente tecnológica, aunque nos llamemos religiosos. Y cuando somos capaces de percibir la presencia de una *creatividad* que no necesita recurrir a una inteligencia centralizada como la nuestra para generar formas, nos sentimos obligados a decir que es ciega y evolutivamente “inferior” a la humana (que, por otra parte, proviene de ella), aunque nos llamemos científicos.

El estado actual de “nuestra” mente debe incurrir necesariamente en estas paradojas. Pero, si somos realmente serios, rigurosos, deberemos aprender a reconocerlas y sostenerlas, sin elegir entre las opciones aparentemente contradictorias que nacen de nuestros supuestos divisivos.

La tendencia objetiva de la mente ya ha descubierto que la evolución, o

cualquier aprendizaje realmente significativo, procede por dobles incrementos de información procesando dos o más movimientos contradictorios en el mismo plano a través de triangulaciones, es decir, *enfrentando dobles ligaduras reveladoras de nuevos contextos de aprendizaje* (Bateson).

Esta lógica, que en el artículo [Qué es mapear](#) hemos llamado contrastación creativa, es la misma que la tendencia visionaria de “nuestra” mente ha denominado ‘caduceo de Mercurio’, ‘escalera de Jacob’ u otro sinnúmero de nombres esotéricos. No importa qué nombre queramos darle. Por caminos que aún se encuentran profundamente separados en nosotros, pero que debemos reconocer como parte de una misma y única experiencia, nos hemos dado cuenta de que los grandes saltos de la inteligencia, los aprendizajes revolucionarios capaces de revelar contextos realmente nuevos, sólo se producen cuando somos capaces de sostener sin opción las aparentes contradicciones que surgen de supuestos fragmentarios.

El yo es un patrón

En el momento en el que la especie comenzó a aislarse de la inteligencia que nos entrama, se produjo la bifurcación que dio origen a los procesos mentales aptos para manipular y construir. El éxito de esta actividad nos ha hecho creer que la inteligencia humana es completamente diferente a aquella de la que provenimos y de la que participan todos los demás seres de la Tierra.

Debería ser evidente que “nuestra” inteligencia objetiva (y su complementaria, la subjetiva, con su inherente anhelo de expresión) son sólo funciones particulares de un sistema mucho más complejo. Esto nos llevaría a reconocer que la Tierra, en cuanto sistema global, es mucho más compleja que el ser humano, es decir, que expresa una inteligencia que *incluye* a la nuestra, de la misma manera en que el cerebro es mucho más rico y complejo que el pensamiento y la imaginación: los contiene y los produce, pero puede ir mucho más allá de ellos.

Preguntarse qué tipo de inteligencia es la que opera más allá del pensamiento y la imaginación es una cuestión fundamental. Pero, una vez formulada la pregunta, el pensamiento debe dedicarse a comprender su propia actividad, para no seguir proyectando sus formas sobre la información que proviene de procesos que lo trascienden. La tradición occidental no tiene prácticamente experiencia alguna en este tipo de indagación. Decir, por ejemplo, que más allá del pensamiento se encuentra la fe, es afirmar que el pensamiento debe obedecer disciplinadamente a un conjunto de creencias (instrucciones) que se toman por verdaderas y que ya no pueden ser examinadas. Separar fe de razón, racionalidad de irracionalidad, lo consciente de lo inconsciente, el pensar del sentir, lo objetivo de lo subjetivo, lo externo de lo interno, etc., son todos síntomas de la actividad separativa de la mente tecnológica que vuelve a incurrir una y otra vez en sus mismas contradicciones. La nota esencial de la inteligencia que está más allá del intelecto es, precisamente, su capacidad para *percibir como vinculado* todo aquello que aquél ha separado. Por esto, llamamos inteligencia vincular a la que florece cuando la inteligencia separativa se comprende a sí misma en sus actividades. Examinemos un poco más estas separaciones para que la actividad que las genera quede expuesta.

Cada vez que pensamos, nos sepáramos de lo que percibimos generando la sensación de que existe un sujeto separado del mundo. Esta sensación tiene una inexorable tendencia a expandirse y a acumular otras sensaciones que la confirman, hasta formar un patrón que se repite indefinidamente. Este *patrón*

es lo que llamamos yo. Su propia naturaleza lo lleva a *expandirse* hasta donde le sea posible y a *contraerse* cada vez que el mundo que ha definido como externo—el no yo—se lo impida. Este conjunto de sensaciones, ideas, recuerdos, etc., se aferra a la creencia de que es anterior e independiente de todo vínculo. Es evidente que la continuidad de ese patrón, que se ha identificado con la existencia misma, sólo es posible si se protege sistemáticamente de cualquier información que pueda desorganizarlo. Es decir, debe protegerse a sí mismo (*contraerse*) o dominar (*expandirse*) cada vez que se vincula.

El yo, con todas sus actividades asociadas, no es un patrón inteligente en términos vinculares: necesita que los vínculos estén al servicio de su expansión. Esto debería ser una obviedad, pero este patrón no lo puede comprender por sí mismo. La ignorancia vincular del yo es algo estructural y, por esa razón, es imposible que sus actividades no desemboquen en conflicto y generen sufrimiento. Esta no es una conclusión moral, filosófica o religiosa: es una consecuencia lógica. La historia de la especie está atravesada por los intentos colectivos frustrados de moderar las consecuencias del anhelo expansivo inherente al yo y al tipo de inteligencia que le da origen. Hemos creado un sinfín de premios y castigos con ese propósito, los cuales no podrán obtener jamás el resultado para el que fueron diseñados (ver [El mundo de los significados](#)).

Nos resistimos a comprender el error de contexto en el que incurrimos: lo que llamamos “egoísmo” no es una cuestión moral, sino, simplemente, un nivel de inteligencia. Sólo el florecimiento de una sensibilidad que pueda registrar espontáneamente al yo como un patrón de actividad y no como una entidad autónoma puede enfrentar esta cuestión intelligentemente.

Si examinamos con atención el proceso, veremos que la afirmación “yo pienso” es inexacta: es la actividad objetivo–subjetiva de la mente (la inteligencia tecnológica) la que genera al yo en el mismo momento en que percibe. La actividad del pensar es la que trae al yo a la existencia.

Cuando estos *insights* se producen, comienza a revelarse con toda claridad que el yo no es una entidad como hasta entonces creímos, sino que es un patrón. Este es un paso decisivo en el despertar de la inteligencia. Mientras el yo sea experimentado como una entidad autónoma—un sujeto con existencia objetiva—, es imposible evitar el conjunto de procesos tendientes a proteger la supervivencia de esa entidad. Es lógico que una entidad autónoma no quiera morir y que, en el caso de una entidad psíquica, se defienda con todo tipo de

argucias—la más habitual de ellas es la absoluta “certeza” de su permanencia e inmortalidad. El yo, en tanto entidad separada, se sentirá inevitablemente amenazado ante cualquier destello que revele la presencia de una inteligencia más compleja que no lo necesite para su funcionamiento. Por su propia naturaleza, no podrá hacer otra cosa que concebirla como otra entidad separada, superior y dominante con algún poder sobre ella. Como no puede configurar esos destellos de otra manera, tratará de relacionarse con ella del mismo modo en que se relaciona con otras entidades poderosas. Adorarla, temerle, depender de ella, negociar con ella, aliarse, obedecerle, hacer méritos por ella, negarla, etc.

En el momento en que se produce la percepción de que esa supuesta entidad que denominamos yo es tan sólo un patrón complejo de sensaciones y recuerdos sostenidos por la acción continua del pensamiento, se disuelve naturalmente el contexto anterior condicionado por el temor a la muerte de la entidad. Si el yo es un patrón que forma parte de una estructura inteligente mucho más compleja y que tiene un lugar perfectamente funcional en ella, ya no se trata de que el yo muera, que se quiebre en el abismo de la locura o que se sacrifique a una entidad superior. Simplemente puede “apagarse” o ser reabsorbido en el tejido inteligente más vasto, para reaparecer con toda naturalidad cada vez que sus actividades funcionales vuelvan a ser necesarias para el organismo. Comprender sensorialmente la funcionalidad operativa de los niveles de inteligencia que generan al patrón yo y, al mismo tiempo, sus limitaciones estructurales es un paso fundamental en la evolución del sistema nervioso.

La percepción separativa es maravillosa para construir formas diseñadas conscientemente. Al mismo tiempo, le es inherente un anhelo irrefrenable de expresarse a “sí misma”. Una vez que este nivel de inteligencia ha fijado ante sí la existencia del “mundo de objetos”, ha fijado simétricamente el “mundo del sujeto”. A partir de ese momento, *deberá enfrentar una y mil veces el inevitable conflicto de una relación entre puntos fijos*. Cualquier sujeto advertirá, tarde o temprano, que es tratado por los demás seres humanos como un objeto. Este dolor genera todos nuestros dramas conocidos y aquellos por conocer, pero el sujeto no puede evitar objetivar a los seres humanos, porque nace de la actividad mental creadora de objetos (ideas, imágenes, interpretaciones acerca de). Hasta que no se advierta la diferencia entre la sensación yo, en tanto identidad fija, y el flujo de información que la genera y va más allá de ella, no podemos darnos cuenta de que el yo es un

“*objeto interno*”—*soy un objeto más dentro de la actividad del pensamiento y la imaginación*. Todos sabemos de los interminables y confusos diálogos mentales entre las distintas partes en las que ese “sujeto”, que en realidad es un objeto, se divide a sí mismo.

La percepción separativa traza una frontera que ella misma no puede registrar. *No es sensible a su propia actividad*, que es la de generar continuamente sujetos–objetos. Dentro de esos límites, puede dividirse hasta el infinito y jugar consigo misma por toda la eternidad. Tampoco puede evitar reflejarse en todo aquello que percibe.

Esta entidad, ilusoriamente aislada del flujo de relaciones del cual emerge, no puede sino percibir entidades separadas a su alrededor, desde los dioses hasta las partículas elementales. El extremo científico del pensamiento ha descubierto los códigos inteligentes que generan todas las formas orgánicas, pero está condicionado para concebirlos como egoístas (el gen “egoísta” del neodarwinismo). El extremo místico no puede ir más allá de un dios que no sea un yo idealizado cuya máxima inteligencia vincular sea la de ser misericordioso. En una dirección u otra, este nivel de inteligencia queda fascinado ante los espejos que construye.

No estamos diciendo que esto esté mal. La inteligencia de función tecnológica es un tesoro de la evolución. El problema es que esa función tiende a consumir por completo la energía del sistema. El hecho de que la civilización actual devore casi toda la energía del planeta es tan sólo un reflejo de lo que ocurre en cada cuerpo humano. La *inteligencia que construye*, dentro de cada uno de nosotros, también absorbe la casi totalidad de nuestra energía disponible.

El *insight* básico es que la inteligencia que construye carece por completo de sensibilidad vincular. Debe fijar (es decir, dominar) relaciones para estabilizar las formas. Esta limitación nace de su propia función y, por lo tanto, es estructural. No se puede “mejorar”.

Que el pensamiento objetivo–subjetivo, una determinada función del sistema nervioso, se haya identificado con la inteligencia misma es un malentendido probablemente natural y comprensible durante el primer millón de años de evolución de los homínidos, pero, en este momento de la vida de la Tierra, esta confusión es extremadamente peligrosa. Quizás, hasta catastrófica.

Un desequilibrio evolutivo

Recapitulando, la creatividad es un hecho vincular. La vida es un entrelazado inteligente en el que toda la información que los organismos necesitan para evolucionar está a su disposición circulando en su trama vincular. La lógica con la que esta inteligencia viviente opera es la que hemos llamado “contrastación creativa”, es decir, la capacidad de procesar información proveniente de fuentes diferentes y aparentemente contradictorias (ver [Qué es mapear](#)).

La vida genera necesariamente membranas aislantes que protegen un “interior” de la información potencialmente desorganizante que circula por su “exterior”. La extraordinaria inteligencia de la vida es capaz de mantener la estabilidad del organismo (es decir, repetirse a sí mismo) y, al mismo tiempo, dejarse transformar por nueva información a través de ese proceso que hoy llamamos “evolución”. Si por un momento dejamos de mirar un ecosistema desde el punto de vista de un organismo y lo miramos desde la interacción continua de todos sus componentes, veremos que el movimiento aparentemente adaptativo o de aprendizaje unilateral de cada uno es en realidad una dinámica global, un campo de aprendizaje. El ecosistema mismo se mantiene estable y, al mismo tiempo, se transforma sin cesar.

Este aprendizaje global sólo puede ocurrir si existen *códigos de encuentro latentes*, distribuidos en los distintos organismos, que se activan cíclicamente para dar lugar a la aparición de nuevas formas y coreografías.

Así como el cerebro humano es una misteriosa danza evolutiva de correspondencias entre lo interno y lo externo, cada ecosistema puede ser pensado de la misma manera (ver [El despliegue de las epistemologías](#)).

Cada organismo es generado por la interacción con todos los demás. No existen organismos en sí con códigos absolutamente propios que evolucionen independientemente de los otros. Esto es una abstracción. En el nivel biológico, es un único genoma el que se despliega, a través de una multiplicidad de formas diferentes, y genera nuevas variantes dentro de sí mismo. En el nivel de la conciencia, es una sola estructura psíquica la que se diferencia en una multiplicidad de experiencias humanas aparentemente unilaterales. Pero es esa inteligencia global la que aprende y se transforma a través de sus interacciones. Es la especie en su conjunto la que aprende a través de la experiencia china, aymara, watusi o europea. Un solo tejido por el que circula información. A diferencia de la biología, aún no nos hemos puesto de acuerdo en la existencia de códigos a través de los cuales pueda

producirse este aprendizaje global, pero la presión evolutiva nos está llevando inexorablemente a indagar en esta dirección. Arquetipos, memes, holones, etc., son todos conceptos modernos que intentan definir la textura no consciente y global de la cual emergen las distintas conciencias particularizadas.

El proceso que debemos comprender en toda su profundidad es cómo, en el humano, *al mismo tiempo* que opera esta inteligencia vincular que trasciende cualquier experiencia particular, se desarrolló una inteligencia funcionalmente complementaria: una inteligencia centralizada que se separa de lo que percibe, que se hace consciente de sí misma en tanto separada, y planifica y sostiene sus deseos en el tiempo para crear nuevas formas. En estos artículos, la hemos llamado inteligencia tecnológica, percepción separativa o subjetiva–objetiva.

Por demasiado tiempo, nos hemos autoconvencido de la absoluta superioridad de este modo de la inteligencia y hemos puesto toda nuestra energía en su desarrollo, lo que ha generado un desequilibrio evidente en la especie y en el planeta entero. No hace falta debatir demasiado para darnos cuenta de que nuestro desarrollo tecnológico es infinitamente superior a nuestra capacidad vincular.

Pero, desde el punto de vista en el que están escritos estos artículos, en ningún momento se trata de “nuestra” capacidad tecnológica, o “nuestra” capacidad vincular. La bifurcación que se produce en el ser humano responde a la evolución misma, y el desequilibrio que hoy vivimos es una cuestión planetaria. Lo que sostenemos aquí es que los procesos tendientes a una nueva homeostasis evolutiva ya están ocurriendo, más allá de nuestra voluntad. De lo que se trata es de alinearse intelligentemente con este proceso.

El cerebro tiene la capacidad suficiente como para despertar por sí mismo a niveles de inteligencia y sensibilidad mucho más complejos. En realidad, no hay otro camino posible. No es cuestión de obedecer a mandatos divinos, de adherir reactivamente a ideologías antitecnológicas o de seguir el camino trazado por algún grupo de iluminados. Es fácil darse cuenta de que todas estas vías fueron ensayadas innumerables veces y no resuelven la cuestión, simplemente, porque son respuestas que surgen del mismo nivel de inteligencia que ha generado los problemas que intenta resolver.

Hasta ahora, sólo un número relativamente pequeño de humanos a lo largo de la historia invirtió toda su energía en indagar en esta cuestión y en la manera

en que confluyen ordenadamente los distintos modos de inteligencia. Una de las características esenciales del tiempo que vivimos es que, más allá de la eclosión del reino de las máquinas y de las turbulencias evolutivas inevitables que esto implica, un número cada vez mayor de seres humanos responde aceleradamente a este imperativo de complejización de la inteligencia.

El aprendizaje vincular

Una vez que tomamos plena conciencia de la actividad de la inteligencia tecnológica, que hasta ese momento operaba en nosotros de un modo ciego, podemos advertir, como ya dijimos, que es esa inteligencia la que ha dado origen al yo. En ese momento, el cerebro puede comenzar a reconocer que lo que parecía ser una identidad esencial es, en realidad, una construcción—una estructura consciente que forma parte de procesos mucho más ricos y complejos. El *insight* que ahora puede producirse es que el yo es incapaz de percibir la inteligencia vincular: es ciego a su presencia, y más aún, se defiende de ella. *Por esa razón, la inteligencia vincular se tiene que manifestar a través de lo que definimos como “no yo”.*

Regresemos a la frase “toda la información que necesita un organismo terrestre para desplegar sus potencialidades se encuentra presente en aquello con lo que se vincula instante a instante”. Aquí se quiere decir que cada ser humano está entrelazado en una trama vincular (ecosistema “psíquico”) que es más inteligente que cada uno de sus individuos aislados. Por un lado, el yo de cada uno, absorbido en su autointerés, desarrolla sus estrategias conscientes o inconscientes de defensa/dominación y repite las coreografías conocidas. Por el otro, un tipo completamente diferente de información, capaz de abrir un contexto completamente nuevo para todos, circula continuamente a través de las relaciones. El nivel de los yoes es un contexto suma cero, es decir, la ganancia de unos es pérdida para los otros. La lógica mecánica del ganar–perder rige todas las interacciones y, en este nivel, la máxima inteligencia vincular posible es la negociación. Someterse, dominar, negociar, ser amable, tolerar, desconfiar, depender, ser bueno, aislarse, liberarse de otros, frustrarse, etc., son las pautas más conocidas de las coreografías vinculares que nos arrastran a todos en este nivel. Si se las examina con atención, todas ellas se originan en las necesidades defensivas/expansivas del patrón yo.

Tarde o temprano, la información sistémica que circula por la trama desafía la integridad de lo que cada uno cree que es su identidad separada, sea esto un yo individual (persona) o colectivo (una nación, por ejemplo). Por eso, es inevitable que, a partir de cierto momento, cada uno reaccione a la acción de los demás y ponga en acto las coreografías arquetípicas inconscientes que organizan nuestras interacciones en este nivel.

Cuando la inteligencia profunda ha comenzado a advertir las limitaciones del yo (su ignorancia vincular) se hace evidente que cualquier interacción contiene

información transformadora, con el potencial de abrir un contexto mucho más amplio que los yoes involucrados no podían imaginar (ya sean individuos o linajes, pueblos, naciones, religiones, civilizaciones, etc.).

El nivel de la inteligencia vincular no está regido por la lógica suma cero. Si los participantes están abiertos a su presencia, la inteligencia creativa del ecosistema revelará una coreografía en la cual, de un modo u otro, todos ganan.

Evidentemente, los nudos creados en la trama por la acción inevitablemente egoísta de los yoes sólo pueden disolverse si aceptamos las consecuencias de haberlos originado. Esto implica tener que atravesar por un período más o menos largo en el que deben desatarse todos los conflictos generados por el yo que aún permanecen latentes. Pero, si en un número suficiente de participantes de la trama, *la pasión por aprender el significado de lo que sucede es más intensa que el anhelo de alcanzar sus objetivos particulares*, toda situación adquiere la textura de la revelación (ver [El mundo de los significados](#)). Toda situación es potencialmente creativa: puede transformar a cada uno de sus participantes y abrir nuevos y apasionantes juegos para todos.

Nuevamente, esta no es una cuestión moral que se pueda resolver mediante las buenas intenciones. La voluntad pertenece al yo y su característica principal es la de excluir cualquier información que pueda modificar su intención.

Todo esto es una cuestión de inteligencia, de despertar a la información que circula en los vínculos y comprender que su lógica profunda es siempre la del aprendizaje, no la de la construcción. La construcción, individual o grupal, *agrega continuamente información* a supuestos relativamente inmodificables (si no lo fueran, atentarían contra la estabilidad de lo construido). El aprendizaje no acumulativo, en cambio, se abre espontáneamente a la información que destruye o, por lo menos cuestiona, los supuestos fijos para revelar un contexto más amplio.

En términos psicológicos, esto quiere decir que la creatividad vincular producirá inevitablemente *heridas narcisistas* en todos aquellos que participan de la circulación. Los fundamentos de esa construcción cristalizada que es el yo (que soy yo) se verán necesaria y continuamente alterados por la información vincular (ver [Psiquis y cosmos](#)). Lo primero que revela la información que proviene de la inteligencia vincular son las profundas capas defensivas

presentes en todos nosotros y la mecanicidad con la cual se ponen en actividad.

Si nos creemos radicalmente diferentes y superiores a todos los demás seres de la Tierra, es imposible que la especie humana se sienta realmente terrestre y actúe como tal en las relaciones con los demás organismos. La caída de esta creencia es una profunda herida narcisista en el corazón de la especie. Del mismo modo, no es posible una acción humana realmente creativa si cada una de las civilizaciones, religiones o naciones no sufre profundas heridas en el orgullo narcisista por el que se sienten especiales, necesarias, inmortales y superiores a las demás. Nada de todo esto puede suceder si no se cuenta con un suficiente número de seres humanos dispuestos a pasar por este aprendizaje.

Este aprendizaje no es personal, ni tampoco psicológico en el sentido habitual: es celular. Son las células del cuerpo y del sistema nervioso las que deben despertar a la presencia de una inteligencia que va más allá de las necesidades de la construcción de formas, sean éstas concretas, ideales o sentimentales. El pensamiento y la imaginación de origen objetivo–subjetivo, con todas las emociones, sensaciones y posturas corporales ligadas a ellos, expresan un nivel de sensibilidad que tiene un claro techo en su evolución. Deben ponerse al servicio de una inteligencia y sensibilidad mucho más complejas, capaces de activar los *códigos de encuentro* latentes en cada uno de nosotros.

Sólo la percepción directa de que aquello que se nos aparece como objetos e individuos es un recorte transitorio del flujo de relaciones tiene un poder orgánico de transformación. Por eso, las explicaciones son nada más que un instrumento para señalar la dirección en la que cada sistema nervioso debe indagar por sí mismo—dolorosamente, al principio, porque son demasiados los nudos que debemos desatar, pero de forma gozosa a partir del momento en el que lo consciente y lo no consciente, las sensaciones y los significados, la creatividad y la construcción, el adentro y el afuera, lo que observa y lo que es observado comienzan a confluir.

Inteligencia vincular, en otras palabras, es amor. Pero la profunda división que existe en nuestra mente entre sensación y significado ha hecho que el amor nos parezca un sentimiento y no una inteligencia. *La resonancia vincular de la información es inteligencia.* Eso es amor, cuya acción es inexorablemente destructiva para aquello que fue construido en la ignorancia por niveles de la conciencia que permanecen obstinadamente identificados con la ceguera de

tramos anteriores de la evolución del planeta.

Los animales mentales somos expertos en estrategias en el mundo del ganar–perder. “Nuestra” inteligencia se mide como capacidad de control. Cualquier situación que, de alguna u otra manera, escape a nuestro control nos aterroriza, es percibida inmediatamente como descontrol y, en consecuencia, activa señales de peligro. Los animales mentales deseamos tener vínculos, no descubrirnos en ellos, lo cual implica abrirse por completo a la información que traen. *Tener* vínculos, aunque sean “buenos”, es apropiarse de los otros como si fueran objetos para nuestros propósitos. El descubrirse y el descubrir en la trama vincular es algo completamente diferente (y aterrizzante) para el animal mental.

Si esto se comprende con toda sinceridad, se verá inmediatamente que el verdadero salto en inteligencia se produce cuando el *aprendizaje vincular* se ha convertido en algo mucho más importante que *el tener el control de las situaciones que vivimos*.

¿Qué se abre más allá de la colección de estrategias que contiene el cerebro del animal mental? El amor. No hay nada de sentimentalismo místico en esta afirmación. *La inteligencia vincular está más allá de las estrategias porque la trama vincular es un espacio que no se puede controlar*. Es una inteligencia interactiva de la que nadie se puede apropiar, porque el vínculo, en cuanto flujo incesante de información, no es algo objetivo–subjetivo. Vincularse amorosamente (inteligentemente) implica dejar de ser un sujeto/objeto con todas las sensaciones a ello asociadas. Por eso, el amor es siempre libertad: no puede haber control alguno allí donde fluye información transformadora. Por eso es que el amor también es muerte, porque es inevitable que esa información destruya todo aquello que quedó cristalizado por los niveles anteriores. Amor, libertad y muerte no conforman un triángulo ingenuamente poético: tal circularidad triangular es la lógica misma de la vida. Una inteligencia de enorme profundidad.

¿Por qué esto es tan difícil de aceptar para el animal mental? Probablemente porque no hemos crecido en la trama del amor, sino en la de los afectos animales socializados (que solemos confundir con el amor). La inmensa mayoría de los niños y niñas humanos hemos tenido que elaborar estrategias complejas para obtener amor. Es en esa opaca trama vincular que se cristaliza el patrón del yo para cada uno de nosotros. Por eso, abrirse a la inteligencia del amor pone en acto una doble ligadura. ¿Cómo que el amor no tiene estrategias? ¿Qué quiere decir que la inteligencia vincular no tiene objetos?

Todo esto no se puede entender. Tiene que operar en nosotros.

Es evidente que la textura dominante en la trama humana es la del control, la de la inteligencia tecnológica que trata desesperadamente de sentir un amor que está más allá de su horizonte. En esta textura, el yo nace y realiza sus experiencias (ver [Nosotros, los Biomecas](#)). Allí donde la *ignorancia vincular* de los yoes ha causado heridas demasiado profundas en un niño o una niña, se han cristalizado sensaciones que conforman un patrón reactivo que es muy difícil de desatar.

Sabemos esto. El torrente milenario de las sensaciones, sentimientos e ideas que nacen de la ignorancia vincular se abalanza sobre cada criatura, al momento de nacer, para apropiarse de ella. Las tradiciones han llamado a esto “karma”, “pecado original”, etc. Esta textura renace continuamente y vuelve a tejer los mismos nudos una y otra vez. Nada de esto es personal, aunque en el nivel humano pueda tomar esa apariencia. Es simplemente terrestre.

La inteligencia vincular se hace cargo espontáneamente de la inercia que proviene de la ignorancia vincular. El encuentro entre la inteligencia vincular y la ignorancia es la vida misma. La inteligencia vincular no toma sobre sí un peso ajeno a sí misma—su actividad no implica sacrificio alguno. Es pura vitalidad en acción, sin preocupación por los resultados.

[Tendencias de la mente](#).

[La transformación de la Tierra](#).

[El mundo de los significados](#).

[Qué es mapear](#).

[Psiquis y cosmos](#).

[Nosotros, los Biomecas](#).

[El despliegue de las epistemologías](#).



En el interior de la Mente

*Soy hablado, pensado, dicho, no por la explosión creadora,
sino por la rotación mecánica del pasado*

Cuando profundizamos en la naturaleza de la Mente, ésta se nos puede revelar como una Matriz de características similares a muchas otras, tales como la Tabla de Mendeléiev o el código genético, como un orden generador de múltiples formas, cada una de las cuales se encuentra lógicamente implicada en su estructura.

En el caso de la tabla periódica de los elementos, es relativamente fácil ver cómo, en el mismo momento en el que el primer átomo de hidrógeno se manifestó, las estructuras atómicas de todos los demás elementos posibles quedaron automáticamente definidas. Por más que cobraran existencia material millones de años más tarde en las distintas estrellas, ellas se encontraban implicadas desde el principio en el plano de la matriz.

En tanto estructuras lógicamente implicadas, los elementos de la tabla periódica preexisten a su existencia material. El orden algorítmicamente plegado en el interior de la matriz se exteriorizará oportunamente bajo la forma de elementos concretos, de acuerdo a las condiciones específicas de temperatura, presión, etc., de las distintas estrellas y planetas. Las condiciones de exteriorización crean los ambientes en los cuales las estructuras atómicas implicadas, o virtualmente existentes, irán haciendo su aparición como elementos en la naturaleza.

Desde este punto de vista, los elementos de la Tabla de Mendeléiev *existen en tanto realidades mentales* aunque no se hayan manifestado materialmente. Se encuentran *latentes* en la Matriz a la espera de las condiciones propicias de manifestación. Este es claramente el caso de los “últimos” elementos de la Tabla que no se encuentran en la “naturaleza” en forma directa, sino que sólo aparecen bajo las condiciones creadas por el hombre y la tecnología. El ser humano y las máquinas actúan como *bucles recursivos* de la naturaleza, y hacen posible la exteriorización de ciertos niveles profundamente implicados en ella. Es importante destacar que cuando decimos “realidades mentales” no nos estamos refiriendo a las ideas que los humanos tenemos acerca de las cosas, sino a la estructura inteligente de la cual la mente humana emerge, participa y hasta cierto punto da cuenta de ella.

Ahora bien, esto que decimos acerca de la Tabla de Mendeléiev podemos verlo

también en las matemáticas, la música y otros órdenes complejos, hasta extenderlo a los contenidos de la estructura de la mente humana. Ya sea que se trate de un conjunto de símbolos, una idea generadora de múltiples asociaciones, un plexo de imágenes, o una narración (un complejo algoritmo de ideas), cada vez que se cumplan las condiciones sociales e históricas, las formas mentales implicadas en la Matriz de la Mente cobrarán existencia. *Serán pensadas por algún ser humano.* En algún cerebro particular, se habrán dado las condiciones para la exteriorización de aquello que se encuentra implicado en esa estructura que llamamos Mente.

Las semillas de la Mente

Cada vez que un contenido o transformación de la Matriz mental encuentra sus condiciones materiales de manifestación, se desencadenará, en el tiempo y en el espacio “históricos”, una estructura completa de asociaciones que se encuentran implicadas en ese contenido. Se exterioriza una *semilla* que condensa no sólo una idea determinada, sino todos los diálogos ligados a ella. Ha entrado en actividad una estructura mental que incluye tanto a las ideas que se le oponen como a las que la complementan, aquellas con las cuales deberá competir y las que se combinarán armoniosamente con ella.

Cada *semilla* contiene un *árbol mental completo* que se desplegará en el tiempo y en el espacio a través de las discusiones implicadas en su lógica interna, discusiones que distintos seres humanos en algún momento encarnarán.

Una forma mental compleja contiene tanto un conjunto de afirmaciones como las ideas que se le oponen, aunque en su despliegue histórico-geográfico este juego de antagonismos y complementaciones se nos aparezca disperso y aleatorio.

El nivel de la Mente al cual nos referimos no genera simplemente ideas sino *nichos mentales* enteros: un ecosistema completo que contiene implicados en su origen sus futuros comensales (“nuevas” ideas que se nutren de ella) y competidores (ideas que se sostienen en su negación).

El océano

El cerebro es la estructura material en la que la Matriz de la Mente se exterioriza. En este nivel, a medida que el número de conexiones neurales aumenta, el sistema nervioso se encuentra en condiciones de manifestar nuevos estados de la Mente (ver [*El despliegue de las epistemologías*](#)). Desde el punto de vista “externo”, esto sucederá a través de aprendizajes, descubrimientos, revelaciones y saltos sucesivos que los cerebros concretos harán a lo largo de la evolución.

Las capas más profundas del sistema nervioso realizan procesamientos cuánticos sobre los cuales se encabalgan los neuroquímicos y los sinápticos. Como sabemos, el nivel que llamamos consciente no tiene acceso a las operaciones propias de esas capas profundas (ver [*Lo no consciente*](#)).

De esta actividad subyacente, emergen esas misteriosas *actividades y estructuras de correspondencia entre lo interno y lo externo* que se concretizan en lo que denominamos símbolos. A través de su potencia combinatoria y de la interacción social, los humanos configuramos aquello que llamamos realidad y construimos los mundos que habitamos.

Esta intensa actividad simbólica puede ser más o menos explícita, o puede permanecer por completo en niveles inconscientes. Como sabemos, las estructuras simbólicas se despliegan en un inmenso abanico que va desde los lenguajes verbales y sus productos culturales hasta las matemáticas, la música y los sistemas simbólicos más complejos, tanto icónicos como abstractos. Nos referimos con esto último a los *lenguajes sagrados* (I Ching, Alquimia, Astrología, Cábala, Tantra, Tarot, etc.). Estos últimos poseen gramáticas o lógicas específicas, la mayoría de las cuales son intraducibles al nivel de los lenguajes verbales.

Pero, por debajo de esta riquísima y continua *actividad simbólica*, puede registrarse otra por completo diferente, que podemos denominar como *oceánica*. De este sustrato fluido, completamente inaccesible para el nivel consciente, emergen todos los símbolos precedentes: brotan como esporas o semillas que más tarde se desplegarán en árboles mentales completos con sus flores y frutos.

La discusión creadora

Estamos diciendo, entonces, que los distintos discursos, conversaciones, creencias, ideologías, polémicas y tendencias mentales que podemos registrar a lo largo de la historia se encuentran todos ellos implicados—latentes—en la Matriz de la Mente.

La discusión entre Platón y Aristóteles, por tomar un ejemplo, recorre la historia humana reapareciendo una y otra vez bajo infinitas variantes. Podemos llamarla una *discusión original*. Pero Platón y Aristóteles, como seres humanos concretos, son sólo los vehículos de exteriorización de esa articulación mental, la cual es muy anterior a ellos en el plano de la Mente (en el sentido de que es atemporal). Tarde o temprano, algún ser humano “tenía” que pensar esas ideas en oposición, del mismo modo que, dada la estructura del universo originada en el Big Bang, tarde o temprano alguna estrella “tenía” que generar los átomos de litio o los de bario.

Platón y Aristóteles aparecen “casualmente” uno al lado del otro en el espacio–tiempo, pero en realidad ellos son la respuesta a un movimiento de la Mente que se manifiesta a través de individuos y grupos particulares cada vez que las condiciones históricas permiten su exteriorización. Esos seres humanos actualizan lo implicado en el océano y encarnan su forma primera. (Esta forma es primera en tanto que es colectivamente nombrada y recordada. Es muy posible que el diálogo entre esas dos visiones haya ocurrido otras muchas veces entre seres humanos de quienes no tenemos memoria).

Esa *discusión seminal* posee un enorme poder generador: palpita de vitalidad mental arborescente con una potencia tal que la llevará a ramificarse generando sucesivas variantes del mismo tema, reapareciendo una y otra vez en distintas épocas y lugares.

Pero, a medida que la discusión seminal (o confrontación generadora) se ramifica, va perdiendo potencia y tarde o temprano será inevitable que sus significados empiecen a cristalizarse. La discusión original es extremadamente creativa—incluso, es capaz de generar condiciones propicias para la exteriorización de semillas aún más complejas que ella. Se encuentra en un *estado de alta energía* y por eso se mantiene abierta y fluida. Pero, a medida que se propaga en otros cerebros, tiende a tomar formas cada vez más definidas a causa de la fricción a la que se ven sometidos los contenidos mentales. Un proceso secundario impone sus condiciones a la actividad mental original: reproducción, copia, toma de posición, antagonismo, competencia,

defensa, ataque, etc. *Los mecanismos de la mente animal humana se hacen presentes* e inhiben la apertura y fluidez del origen, fijando posiciones cada vez más cerradas hasta convertirse en estáticas.

La eclosión original da lugar a toda la estructura implicada en ella, pero ésta se exterioriza a través de una larga cadena de acciones y reacciones concretas. A partir de determinado momento, las controversias implicadas dejan de ser *descubrimientos*, para convertirse en *imitaciones* o reproducciones. Las sucesivas copias se repetirán de manera cada vez más mecánica hasta dar lugar a una maraña de interpretaciones derivadas, entre las cuales el impulso creativo se estancará inevitablemente (ver [Qué es mapear](#)).

Podríamos decir que el Océano de la Mente rebalsa súbitamente y se exterioriza en una primera conversación. En esta fase, los contenidos mentales tienen el carácter de la revelación y la textura del *insight* (ver [Tendencias de la mente](#)). Las discusiones son abiertas y creativas, generadoras—aún no existe posición alguna que deba ser defendida. Toda idea se manifiesta en polos cuya altísima actividad magnética y creativa puede revelar múltiples diferencias altamente fluidas. Ninguna de ellas se ve obligada a cristalizarse en su opuesto excluyente.

Pero, tarde o temprano, la acción de la memoria, los intentos de reproducir la conversación lejos de su nivel de energía original, y las sucesivas repeticiones convertirán a los polos de la relación creativa en posiciones cada vez más cristalizadas que la transformarán en un *discurso*. Es decir, en una estructura dialógica precodificada, copiativa, que se repetirá en forma completa o segmentada en los seres humanos que la encarnan. Los seguidores (quienes siguen la conversación original) le superpondrán argumentaciones sucesivas de finalidad exclusivamente defensiva. El diálogo se fijará en posiciones cada vez más reactivas hasta convertirse en mecánicas, y éstas se recrearán como opuestos argumentativos mutuamente necesarios pero que habrán perdido toda capacidad de confrontar creativamente. Ya no se escucharán a sí mismas, dejarán de interpenetrarse y en consecuencia no podrán generar jamás un salto de dimensión (ver [Qué es mapear](#)). A partir de allí, el interlocutor y el antagonista se encuentran implicados en el nivel del discurso y éste sólo necesita de individuos con determinadas características mentales para encarnar una y otra vez en distintos tiempos y lugares. El antagonismo de los discursos es algo muy distinto a la confrontación creativa propia de la *conversación original*.

Una vez que se han puesto en movimiento, las cadenas de discursos son

prácticamente indetenibles y se reproducen a sí mismas a través de millones de conversaciones derivadas.

Este *mar de conversaciones mecánicas* rebalsa de posiciones, discursos y tendencias mentales de una naturaleza por completo diferente a la del Océano, pero también muy distinta a la conversación original que tiene la luminosidad propia de la entrega de aquellos humanos al Océano.

Cada vez que el cerebro opera en el estado de energía propio de una discusión original, pueden generarse nuevos contextos y dimensiones. En ese estado, permanece intacta la creatividad explosiva del origen atemporal de la conversación. Las diferencias angulares implicadas en la Matriz contrastan creativamente entre sí y abren dimensiones nuevas; los contextos se amplifican y hacen posible la exteriorización de semillas aún más complejas.

Pero los sucesivos diálogos en los que va encarnando el árbol implicado en la semilla original se encuentran cada vez más lejos del manantial y, tarde o temprano, imprimirán a la conversación la opacidad inherente al deseo de tener razón.

Apenas este anhelo se hace presente en una conversación, ésta se cristaliza en posiciones: es el momento en el que los humanos nos alejamos para siempre de la revelación porque pretendemos apropiarnos de la actividad del Océano. En este punto, el impulso de imponer un sello propio y reconocible a la fuente creativa suele hacerse irrefrenable.

Este anhelo de apropiación y reconocimiento desemboca en el deseo de “paternidad” de los contenidos mentales. En los casos en que éste sea suficientemente potente, podrá dar origen a un linaje mental entero, una escuela de pensamiento, una tradición que permanecerá por siempre atada al molde original.

Como todo linaje, la tradición contiene una tendencia irreductible a la primacía de la reproducción y la copia por sobre la creatividad, a la fijación y exclusión de las diferencias, transformándolas inmediatamente en opuestos y antagónicos (enemigos). Los linajes no soportan las hibridaciones. En todos ellos, la continuidad se impone a la creatividad.

Los discursos más mecánicos pertenecen a la descendencia desvitalizada de los linajes originales. Es inevitable que ésta triunfe con el tiempo porque, por fecundos que parezcan, los linajes mentales se defienden denodadamente de la actividad del Océano: el contacto con éste es una amenaza permanente

para su continuidad y relativo esplendor. Entre los continuadores y seguidores de un linaje mental, es muy poco probable que pueda manifestarse la potencia creadora original. Esos cerebros se encuentran en un estado completamente diferente de energía: en ese nivel, *sólo somos reproductores* que desconocemos por completo e, incluso, tememos la textura de la creación.

Incluso si el Océano se manifestara entre los seguidores de la tradición, por su misma naturaleza, los linajes pondrían espontáneamente en actividad las programaciones internas que los hacen reaccionar con fuerza desproporcionada a todo aquello que amenace la continuidad del molde original. Inmediatamente, expulsan o dejan de reconocer a aquellos que se han permitido romperlo, alterarlo o siquiera cuestionarlo.

Remontando el árbol/río de la Mente

Para ilustrar lo que estamos diciendo, definamos provisoriamente las distintas corrientes mentales en sentido inverso a su origen. Podemos denominarlas de un modo imaginativo:

- Ríos mecánicos de metal (serpientes de metal): el nivel más alejado de la discusión original. Allí reinan los discursos cotidianos absolutamente ciegos y repetitivos moldeados por las tendencias mentales más antiguas.
- Ríos mecánicos de cristal (serpientes cristalinas): por ellos corren las discusiones aparentemente vivas entre las posiciones precodificadas en los discursos. Son sólo reflejos mecánicos de remotas tensiones mentales creativas.
- Linajes originales (serpientes luminosas): diálogos e indagaciones en los que se mantiene realmente vivo el anhelo de comprender a aquellos que dieron origen a esas cadenas de pensamiento y las dimensiones a las que ellos entregaron su energía.
- Fuentes de los linajes (serpientes radiantes): aquellos que imprimieron su sello articular a la indagación que dio origen a un entero linaje mental.
- Manantiales: las conversaciones y discusiones originales, la mayoría de ellas completamente desconocidas por nosotros.
- El Océano

Las rotaciones del pasado

La cantidad de energía que posee un cerebro particular, sus hábitos mentales heredados o adquiridos, y el oscuro placer sensorial de experimentar una y otra vez una organización mental específica dan lugar a lo que podemos llamar el *horizonte mental* de un organismo determinado. Ese horizonte, *psíquica y somáticamente organizado*, define los estados de energía que puede tolerar un cerebro. Cada estado de energía permite o inhibe la sintonía con los distintos ríos/árboles/serpientes, las fuentes, los manantiales o el Océano.

En los niveles más simples, cada uno de nuestros cerebros particulares es un receptáculo más de los incesantes y repetitivos tintineos de las serpientes metálicas. Los discursos absolutamente mecánicos se repiten ciegamente en nosotros, a una velocidad tal que es imposible aprender de ellos, revisar sus supuestos, discernir en qué contextos son verdaderos y en cuáles falsos. Cada cerebro responde en forma ciega al ruido ensordecedor de los millones de cerebros que repetimos mecánicamente la misma conversación. Ese ruido mental resuena como las maracas de un hechicero que hubiera capturado a millones de mentes con sus encantamientos.

Cada vez que la explosión creativa o el fluir de un manantial se ha convertido en una identidad permanente, ésta debe ser defendida: nos hemos alejado de lo que es instante a instante y estamos siendo arrastrados por el torrente del deseo y sus reflejos caleidoscópicos. Apenas la belleza fluida del Origen toma la forma de una identidad/entidad separada, la mente entra en otro campo de juego. Se mueve sólo entre las cosas y sus nombres.

Como en un damero de ajedrez, emerge una entera estructura de formas aparentemente completas. La trama global de la que surgen temporalmente se hace cada vez más difícil de percibir, y cada una de las formas parece tener permanencia y autonomía. La fascinación por las formas supuestamente perfectas desemboca inevitablemente en la producción y reproducción de ídolos—y los ídolos exigen adoración.

Cualquier sensación de identidad permanente en el interior de la psiquis es el resultado de la excesiva estabilización de una diferenciación transitoria. Como toda estabilización en el flujo del ser, es necesariamente frágil, debe ser confirmada y reforzada de un modo continuo. Y esta actividad incesante reduce el nivel de energía en el que puede operar el cerebro.

La precaria identidad subjetiva necesita generar, de un modo continuo,

entidades externas suficientemente estables (objetivas) con las cuales retroalimentarse. El deseo de ser una diferencia permanente y exclusiva se proyecta hacia al exterior y destruye la textura fluida y creativa de las ideas para convertirlas en ideales e ídolos. Los adoradores cargamos al ídolo psíquicamente con nuestras proyecciones hasta que éste irradia el poder del cual nos alimentamos. Cada adorador se adora a sí mismo reflejado en ellos. Entre lo adorado y sus adoradores, se construye interactivamente un palacio de reflejos en el que ambos lados quedan capturados.

Cada vez que eso sucede, nos hemos condenado a habitar ese palacio/cárcel, hasta tanto advirtamos que no podemos salir del juego en el que creímos ser los amos, pero en el que en realidad sólo damos vida con nuestros cuerpos y energía a una serpiente mental (metálica, cristalina, luminosa, etc.). Esta es la textura real de la mayoría de los juegos de la mente humana.

Los humanos entregamos nuestros cuerpos—vida—energía a una cadena que nos atraviesa y se repite al infinito. *Somos hablados, pensados, dichos, no por la explosión creadora, sino por las rotaciones mecánicas del pasado.*

La Belleza

Más allá de los Manantiales donde habitaron los humanos en los que se exteriorizaron las conversaciones originales, se abre el espacio que sólo pueden explorar los verdaderos artistas (ver [Nosotros, los Biomecas](#)).

Ellos no pueden evitar arriesgarse a morir en el Océano para traer alguna de sus joyas a la superficie. Son los que dan espacio para la aparición de los nuevos mitos. Sus visiones, imágenes, ideas, narraciones, que emergen discontinuamente de la profundidad atemporal del Océano, pueden tomar muchas y distintas formas en cualquiera de los ámbitos de nuestra existencia.

El verdadero “artista” es aquel que está *psíquicamente obligado a responder al magnetismo de la belleza*—la belleza es la esencia misma de la Matriz de la Mente. Ella toma al “artista” con una fuerza tal que no puede hacer otra cosa que dejarse arrastrar hasta al nivel del Océano al que esa belleza pertenece. Quienes son capaces de resistir regresan con una muestra de aquello que los demás seres humanos no habíamos podido entrever aún. La Belleza del Océano se muestra bajo los distintos rostros con los que se vela a sí misma. Los buceadores regresan a la superficie con los dones que cada uno de sus velos regala. Pero, en el fondo del Abismo, quizás reine una belleza aún más esencial. Cuando se remontan los ríos de la Mente, se produce la confluencia de todos los haces en los que ésta ha encarnado. Los distintos discursos y las posiciones se confrontan mutuamente sin opción, las tendencias mentales más profundas e, incluso, las más preciadas, se encuentran necesariamente con sus opuestos y revelan las falsas incertidumbres que sostienen la trama completa de la experiencia humana. Las opciones aparentes se anulan entre sí y ya no es necesario descansar en ninguna conclusión: las nuevas conexiones se tejen y desejen momento a momento.

Es posible que el “artista” pueda ir más allá de sí mismo y que se convierta en un *navegante de la Mente*. En este caso el sistema nervioso ha sido plenamente habitado por la naturaleza misma de la Mente y por esa razón ya no necesita apoyarse en la ilusión de separarse de ella y salir a su superficie como un sujeto.

La Mente no existe

La Mente carece de existencia objetiva o subjetiva. Es un estado de energía inmensamente fluido, generador de formas más o menos transitorias, que desborda y se exterioriza, se reabsorbe y retorna sobre sí mismo. Va hacia “afuera” y hacia “adentro” en un movimiento único, perfecta e incognosciblemente ordenado.

Los humanos podemos advertir cómo este Océano adquiere forma estable en nosotros a través de la *magnetización externa*, esto es, de la dependencia de aquello que se nos aparece como mundo externo. Y también podemos observar cómo esas formas se entrelazan, se complejizan y dan lugar a otras inmensamente más ricas y llenas de significado, cuando comienza el proceso de reabsorción de esa primera magnetización—aquello que algunos han llamado el *sendero de retorno*.

Remontando el río de la Mente, quizás pueda verse cómo las fluctuaciones en la intensidad del magnetismo hacia afuera o hacia adentro son las que crean los universos aparentemente divergentes de la mente objetiva y de la visionaria (ver [*Tendencias de la mente*](#)).

En la medida en que los sistemas nerviosos podamos tolerar estados de energía cada vez más altos, la progresiva convergencia de los haces en que se dividió la experiencia mental en nosotros revelará la existencia de una realidad completamente diferente para cada estado de la percepción. La inteligencia que observa y la inteligencia que es observada se desnudarán la una a la otra, descorrerán sus velos, habitarán nuevas dimensiones.

La Mente es atemporal y crea su propio espacio. A medida que el cerebro material complejiza sus conexiones, seguramente podrá reflejar la Belleza de una manera cada vez más directa y espontánea.

La estructura material en la que las semillas de la Mente cobran existencia—el cerebro—debe desandar el camino que recorrió durante miles de años apoyándose en las formas originadas en la experiencia externa, que crean la sensación de tiempo. Debe aprender a reabsorber el tiempo en la fuente atemporal de la energía.

Pero cada reabsorción es sincrónicamente una exteriorización. En esa dimensión, no existe el camino hacia afuera ni el camino hacia adentro: ambos emanan al unísono de la explosión creadora. Ella ocurrió, ocurre y ocurrirá. Es y reverbera. *Ahora*. Penetrando y moldeando el tiempo. Creando y

destruyendo. En la unión/explosión original.

El despliegue de las epistemologías.

Lo no consciente.

Qué es mapear.

Tendencias de la mente.

Nosotros, los Biomecas.



Mitología y sincronicidad

Para Occidente, la ciencia no es una mitología, las matemáticas no son una estructura arquetípica, y el individuo es la condición real del ser humano.

En todas estas notas, procuramos atraer la atención hacia aquellos procesos que encarnan la posibilidad de confluencia entre los opuestos cristalizados durante los miles de años de la evolución humana—sobre todo, hacia aquello que surge en los puntos de encuentro entre las tendencias externa e interna de la mente (ver [Tendencias de la mente](#)). En este caso particular, nos proponemos profundizar en algunos “descubrimientos” que la mente científica moderna ha realizado recientemente a través de Carl G. Jung. Nos referimos específicamente a su comprensión del mito y a la noción de sincronicidad. Profundizar en estos conceptos nos puede llevar a dibujar un contorno más preciso y, quizás, encontrar una base más rigurosa para aquello que las tradiciones visionarias conocen desde hace mucho tiempo. Pero también nos da la posibilidad de registrar la commoción y la ambivalencia que se desencadenan en la mente científica (en este caso, en Jung) cada vez que se atreve a pisar estos territorios, así como darnos cuenta de los umbrales frente a los que no puede evitar detenerse ante el temor a extraviarse en lo desconocido.

Las estructuras comunales de la percepción

La inteligencia en el humano no ha evolucionado en tanto cerebro particular o como un sujeto autónomo que atraviesa sucesivas experiencias, sino en la constante interacción de los procesos colectivos. Por esa razón, la actividad del pensamiento está determinada por las necesidades comunicativas y la estructura del lenguaje. Uno de los esfuerzos más grandes que ha debido realizar el cerebro en términos adaptativos ha sido, casi seguramente, el de *desarrollar los circuitos internos necesarios para responder a la vida en comunidad.*

Lo que llamamos cultura es, en realidad, medio ambiente circundante para el cerebro. En ese sentido, sigue siendo naturaleza, aunque aún insistamos en separar radicalmente ambos términos.

La evolución del sistema nervioso humano no responde a un modelo abstracto en el que un cerebro individual interactúa con el ecosistema natural que lo rodea, *sino que siempre se ha tratado de un conjunto de cerebros interactuando entre sí y con los ecosistemas “naturales”.*

De allí que *la conciencia humana sea colectiva en su base*, por más que se exprese en un organismo particular. “Nuestro” cerebro heredó toda la estructura biológica animal que se complejizó en el marco de la necesidad de encontrar patrones comunes de percepción necesariamente comunicables, es decir, interactivos y acordados. En términos neuronales, esto implica la selección incesante de macromapas capaces de coherentizar la circulación de información entre los miembros de la comunidad.

En esta frase, comunidad debe entenderse claramente como anterior a miembros. La comunidad es un hecho—ser miembro de ella como un ser completamente independiente es una abstracción.

Es una *urdimbre comunal de sensaciones y significados* la que organiza el flujo disperso de percepciones en un todo coherente para cada cerebro. Pensar es comunicar, hablar, dialogar. Estos esquemas colectivos son condición necesaria para que un cerebro individual procese información eficazmente. Cada cerebro desarrolla circuitos particulares, *inmerso en un orden de significados y sensaciones que es siempre colectivo*; es decir, dentro de un campo valorativo propio de la especie heredado por el linaje y aprendido por instrucción y condicionamiento.

Jung fue capaz de captar la presencia de *estas estructuras comunales de*

percepción en todas las culturas y en todos los individuos y las llamó “arquetipos”. Al mismo tiempo, subrayó la necesidad de advertir esta actividad automática en cada uno de nosotros, a fin de desarrollar un nivel de conciencia más complejo y diferenciado del anterior, pero al mismo tiempo no disociado de él.

Cuando Jung dirige esta mirada hacia las comunidades arcaicas y las civilizaciones tradicionales (china, hindú, cristiana medieval, etc.), aprecia claramente cómo la conciencia de cada uno de sus miembros está completamente inmersa en la percepción colectiva. Él dice que ellos viven una *existencia arquetípica*. Para aquellas comunidades, *el mito es efectivo*. Su consistencia con los hechos es total y por eso no hay fisura alguna entre una percepción diferenciada (individualizada) y la colectiva.

Pero cuando esta mirada se vuelca sobre nosotros, es decir, sobre el occidente moderno, se produce inmediatamente una doble ligadura. Esto es inevitable porque en nuestra civilización aparece *una manera colectiva de percibir que se define a sí misma como individual*. Para esta mitología particular (la occidental), los mitos son considerados estructuras ilusorias (no eficaces) completamente trascendidas por la manera supuestamente objetiva e individual propia de la percepción racional moderna. La epistemología/mitología occidental se sostiene en la creencia de que cada uno de sus miembros percibe desde una conciencia absolutamente individual y que, por primera vez en la historia humana, estas percepciones no forman parte de ninguna estructura arquetípica sino que poseen una clara tendencia a coincidir de modo definitivo con la realidad tal cual es.

El condicionamiento occidental

Todas las experiencias colectivas, tanto las tribales como las que se corresponden con las llamadas civilizaciones, han experimentado un mayor o menor grado de *imbricación* entre la *psiquis* y el *mundo*. Cada vez que los occidentales observamos esas experiencias o culturas (que ubicamos como jerárquicamente anteriores a nosotros, de acuerdo a nuestra idea de evolución) llamamos a esa vivencia “contaminación del mundo por lo psíquico”. Damos por sentado que es algo primitivo y, en consecuencia, inferior—un estado de conciencia que debe ser trascendido tanto a nivel social como individual. Estos rasgos se nos aparecen como claros síntomas de irracionalidad.

De manera espontánea, un psicólogo moderno tratará de separar al “paciente” del mundo “objetivo” descontaminándolo de sus proyecciones. Cuando Jung dice que las civilizaciones “anteriores” a nosotros vivían o viven inmersas en una realidad arquetípica que ordena inconscientemente las experiencias de cada uno de sus miembros, es importante registrar la ambivalencia subyacente a esta afirmación. El supuesto inconsciente es que nosotros hemos ido más allá de esa experiencia, y los miembros de nuestra civilización ya no vivimos inmersos en una realidad arquetípica. Los occidentales estamos persuadidos de que no vivimos envueltos en un conjunto de imágenes y estructuras que nos organizan inconscientemente como a cualquier otra cultura. Creemos ser la primera sociedad humana de individuos plenamente racionales. Nos comportamos como si esta individualidad supuestamente racional no fuera también una estructura psíquica colectiva que se proyecta sobre el mundo, y estamos convencidos de que finalmente se ha producido una separación nítida y definitiva entre psiquis y mundo.

En contraposición a todo esto, podemos percibir en Jung una clara nostalgia por la pérdida de un estado nutriente necesario. Los tradicionalistas como Guénon y otros románticos y religiosos critican esta pérdida de vivencia arquetípica y dicen que ella es la causa de todos los desequilibrios del mundo moderno. Los científicos, totalmente identificados con lo racional, celebran esta separación aparentemente definitiva entre lo subjetivo y lo objetivo, lo real y lo proyectado, como claro índice de la madurez alcanzada por el género humano.

Podríamos decir que en Occidente culmina una larga cadena de experiencias para la cual la psiquis aparece como totalmente independiente del mundo. La existencia de un mundo plenamente “objetivo”, incontaminado por el psiquismo

y el anhelo de conocerlo en su esencia, es un ideal que madura plenamente en esta civilización. El ideal complementario es el de experimentar la propia existencia como la de un sujeto–persona absolutamente autónomo y separado de ese mismo mundo “objetivo”.

Para estos ideales, nuestro mundo de máquinas, individuos, tecnología, racionalidad, etc., no es una estructura colectiva de vivencias en las que nos encontramos inmersos de la misma manera que los hindúes viven en las actividades de Shiva, Vishnú y Brahma, los chamanes en sus mundos de espíritus, o los cristianos en la creación de un dios patriarcal.

Por más que hayamos descubierto las estructuras interactivas e inconscientes de la percepción, nos resistimos a aceptar que el mundo configurado por el pensamiento racional no es por sí mismo más real e incuestionable que el cielo y el infierno que organizaban el mundo medieval, o los dioses de los griegos o los hindúes.

Nos parece absurdo decir que la razón es una deidad (de hecho, *lo fue durante la Revolución Francesa*) que podría ubicarse en la misma categoría que Afrodita, Jehová o Vishnú; es decir, una estructura de la percepción que se proyecta inconscientemente sobre lo percibido.

Para Occidente, la ciencia no es una mitología. El individuo es la condición real y última del ser humano. La tecnología surge de una actividad totalmente consciente y voluntaria de la sociedad.

Si queremos investigar realmente la estructura profunda de la mente, deberemos enfrentarnos con la trama completa de supuestos occidentales. La civilización occidental ha sido el vehículo a través del cual el ser humano se ha experimentado a sí mismo en forma más intensa como un sujeto destinado a dominar un mundo totalmente independiente de él. En este sentido, es el apogeo de una antiquísima tendencia. *Esta tendencia desea que el pensamiento exista como realidad absolutamente autónoma y subsistente en sí misma.* Por eso crea las sensaciones simultáneas que dan existencia separada a un mundo plenamente “objetivo” y a un “sujeto” que lo percibe en tanto tal. Ambas sensaciones se retroalimentan y generan interrogantes, vivencias y argumentos que se recrean dentro de una circularidad irrefutable.

La sensación de que existe una interioridad esencial y un universo que debe ser conocido y explicado en todos sus detalles por el ser humano surgen al unísono. En un paso lógico posterior, surge el anhelo, imposible de satisfacer, de sumergirse por completo en un otro diferente que conozca por completo

esta interioridad que me pertenece solo a mí.

Cuestionar la existencia de una *subjetividad individual, autónoma, originaria e inextinguible* no es una tarea simple para un cerebro condicionado por la experiencia occidental. Experimentamos esa interioridad como absolutamente única y radicalmente independiente, al mismo tiempo que anterior a toda experiencia. Por más que la psicología moderna nos hable de la constitución y construcción del sujeto, la sensación de que existimos en tanto identidad separada antes de nuestros padres tiene la categoría de certeza para la mayoría de nosotros. Allí es donde las ideas místicas más ingenuas acerca del alma y del dios personal se confunden y refuerzan con el narcisismo.

Ahora bien, este supuesto es una consecuencia evolutivamente previsible de la estructura cerebro-mano. La capacidad de crear objetos construidos primero en la mente y luego trasladados al mundo a través de la mano ha sido la ventaja adaptativa decisiva en nuestra evolución. Esta capacidad, que al principio es tan sólo perceptivo-motora tendiente a crear utensilios, se extendió inconscientemente a toda percepción posible y, así, el mundo se transformó en un conglomerado de objetos (cosas) a escala universal. Este mundo a-la-mano de objetos recortados y autónomos respecto del ser humano se convirtió en el teatro de experiencias que, tarde o temprano, generaron la sensación de sujeto autónomo descripta anteriormente.

Todo esto que decimos acerca del condicionamiento occidental de la mente debe ser comprendido, como toda otra cuestión, de manera no valorativa. Esta es una configuración mental propia de la evolución del animal mental. Se podría especular acerca de su desequilibrio excesivo y de si éste era evitable o no, pero es casi seguro que *la necesidad evolutiva de desarrollar circuitos cerebrales con energía suficiente como para diferenciarse de los condicionamientos colectivos primarios ha exigido la simulación perceptiva del individuo radicalmente autónomo*.

Esta simulación parece constitutiva del desarrollo del pensamiento, cuya actividad incesante crea la ilusión de permanencia y autoperpetuación del supuesto pensador separado. En ese sentido, podemos suponer que el monoteísmo, el héroe trágico, la concepción orgánica del ejército, la trama institucional de la ley, el amor romántico, la subjetividad, la tecnología y todas las dramáticas que se derivan de aquí son una sola estructura en el nivel arquetípico, *una configuración implicada en el cerebro humano que sólo necesita de las condiciones adecuadas para exteriorizarse*. Sujeto, objeto, tecnología, monoteísmo, héroe trágico, individuo, amor romántico, etc., son

una experiencia única propia de una determinada articulación de los circuitos neurales en evolución. *Una estructura cognitivo-existencial y no simplemente una historia particular que podría no haber ocurrido.*

El florecimiento y la consumación

Una vez que se ha captado, no como una idea sino como un hecho, a *la actividad de las estructuras comunitarias de percepción en el trasfondo de cada cerebro particular*, comienza un nuevo aprendizaje: el de la diferenciación de las distintas capas de este condicionamiento. Jung ha denominado “individuación” a las primeras etapas de este proceso que, en todo su despliegue, ha sido llamado por muchas tradiciones con el nombre de “iniciación”.

En las fases iniciales de este proceso (individuación), el sistema nervioso en evolución aún se considera a sí mismo como un individuo separado capaz de diferenciarse *por sí mismo* de los contenidos mitológicos en los que se reconoce inmerso. Es decir, la ambivalencia que subrayamos en los párrafos anteriores es la que conduce a esta fase del proceso psíquico.

En esta etapa, el sistema nervioso aprende, sobre todo, acerca de la proyección psicológica, es decir, de *la exteriorización de contenidos internos colectivos que distorsionan la percepción de lo externo*. Advierte claramente que la proyección de las estructuras inconscientes excluye gran parte de la información circundante y la obliga a entrar en un marco cognitivo a priori entrelazado con sensaciones y sentimientos que lo impulsan a participar de coreografías repetitivas (arquetípicas).

Pero una vez hecho este descubrimiento, sabemos que, tarde o temprano, cualquier organismo individual se enfrentará a hechos que van más allá del contexto inconsciente que atribuía a la situación. Sabemos también que cuanto más neurótica es la persona, menos permeable será a aceptar los errores de su epistemología. Aunque sea inevitable que, como consecuencia de sus supuestos ilusorios, se desencadene una serie de crisis, *la persona prefiere el tipo de sufrimiento coherente con las variantes contenidas en su proyección (mitología) antes que aceptar el dolor que le provocaría el derrumbe de las creencias que le dan identidad*.

La forma mental, plenamente entrelazada con las emociones, los sentimientos y el cuerpo, está tan cristalizada que el cerebro no puede desidentificarse de ella, y queda preso de sus conflictos.

En la medida en que el proceso psíquico madura, se empieza a ver que las distorsiones proyectivas no tienen un origen simplemente personal, sino que pueden comprenderse mejor como programaciones profundas originadas en

niveles de inteligencia no conscientes. Estas estructuras son las que procuran vivir o volver a vivir esas experiencias que denominamos arquetípicas.

Es en ese momento cuando el “individuo” descubre que es llevado a ocupar determinadas posiciones dentro de patrones de experiencias colectivas que se repiten una y otra vez (ver [Nosotros, los Biomecas](#)).

Para que estas estructuras arquetípicas o mitologías puedan ser comprendidas en toda su profundidad (es decir, sentidas y no sólo entendidas), deben poder desplegarse por completo, sin interferencia alguna, es decir, sin juicio o censura por parte del nivel consciente. Sólo así liberan toda la información que contienen, y los nudos de excitación ligados a los supuestos ilusorios pueden comenzar a desatarse (ver [Maya](#)). Si esto ocurre, se produce lo que podemos llamar la *consumación* de esa estructura: el agotamiento de la necesidad inconsciente (que al principio parece individual pero luego se advierte que es colectiva y, más tarde, biológica) de vivir esa experiencia.

Sostener la percepción de la estructura sin reprimirla pero, al mismo tiempo, sin entregarse inmediatamente a la descarga del deseo ligado a ella, permite comprenderla y descubrir un contexto mucho más amplio dentro del cual ese deseo (excitación) se convierte en otra cosa. Esto genera automáticamente una transformación libidinal, provocada por la convergencia de los circuitos que el antagonismo entre los requerimientos de la vitalidad y las construcciones fragmentarias del pensamiento colectivo mantenían separados.

El universo es sincronístico

En la medida que se agotan los patrones de excitación ligados a determinadas estructuras arquetípicas, se inauguran nuevos niveles de aprendizaje. Es en esta fase que adquiere gran importancia otro concepto proveniente de las indagaciones de Jung. Nos referimos al de *sincronicidad*: la percepción de coincidencias significativas entre los acontecimientos del mundo físico y los procesos psíquicos.

Este concepto es de una enorme riqueza, pero es muy difícil de captar en su esencia por cuanto es a-causal. Para la mente lineal tecnológica (que incluye lo que llamamos intelecto), cualquier evento debe obedecer a una causa anterior a él en el tiempo. Percibir los sucesos como efectos en una cadena lineal de acciones y reacciones es la textura misma de este nivel mental. Examinemos este condicionamiento antes de profundizar en los procesos sincronísticos.

Los humanos sentimos una enorme satisfacción cuando podemos entender /explicar algo, es decir, ligar un hecho nuevo o desconocido a una serie de hechos conocidos. Cuando el pensamiento establece la cadena de eventos que supuestamente desembocan en aquello que desconocíamos, se produce una sensación de encastre secuencial de piezas que nos tranquiliza. *La mente creadora de objetos es mecánica en su estructura y se satisface plenamente en el descubrimiento de mecanismos.*

En las primeras etapas de nuestra existencia, los humanos sólo pudimos explicar los eventos como el resultado de la acción deliberada de alguna voluntad. La actividad omnipresente de los espíritus, dioses o demonios explicó el mundo durante milenarios. Mucho más tarde, encontramos que, por detrás de todos los acontecimientos, estaba la voluntad del dios único. Los modernos hemos reemplazado, por lo menos en parte, el mundo de la causalidad intencional por el de la causalidad impersonal, propia del pensamiento científico. Pero es importante advertir que la causalidad intencional o “subjetiva” de las explicaciones místicas, o la “objetiva” e impersonal de las explicaciones racionales son variantes del mismo, explicativo-causal, nivel de la mente.¹⁰

Es evidente que liberarse de las explicaciones universales que surgen de la voluntad omnipresente de un dios implica un salto enorme para el cerebro. La automática explicación divina de cualquier acontecimiento genera un contexto mental extremadamente simple en el que no tiene ningún sentido indagar,

cuestionarse, abrirse y explorar la existencia de otros contextos más complejos. En este nivel altamente simplificado de la percepción, su lado sujeto suele sentirse sumamente importante en tanto puede ubicarse como objeto especial de atención de la voluntad sobrenatural. A su vez, aspira a entender cada vez más claramente el funcionamiento de la “mente de dios” y anticipar así su voluntad.

La malla explicativa de la causalidad impersonal moderna produce una sensación equivalente a la anterior para el lado del sujeto quien, en este caso, se siente capaz de hacer encastrar todas las piezas de su universo impersonal de objetos (explicarlo todo).¹¹

Como hemos afirmado repetidas veces en estos escritos, no estamos diciendo que nada de esto sea incorrecto en su nivel. Es evidente que esta modalidad pertenece a un tipo de inteligencia que cumple una extraordinaria función en la vida planetaria. El problema surge cuando este hábito mental divisivo o tecnológico (sujeto–objeto) se extiende más allá de su frontera funcional e intenta convertir en objetos a las relaciones, la conciencia y lo viviente (ver [*Inteligencia vincular*](#)).

El espacio en el que estamos indagando en estos escritos no es el de los intentos de alcanzar una explicación objetiva del mundo, ni tampoco el de comprender la “mente de dios”, sino el de percibir la actividad de la inteligencia en sus múltiples niveles.

Volvamos atrás en la investigación y retomemos el proceso psíquico que llevó a la comprensión de las proyecciones arquetípicas que distorsionan la percepción a partir de supuestos inconscientes.

Cuando el sistema nervioso descubre el fenómeno de la proyección, lo hace aún dentro del contexto divisivo sujeto–objeto, razón por la cual parece que es el lado sujeto el que descubre los contenidos internos que distorsionan al lado objeto. En este contexto mental, se tratará, entonces, de agotar la acumulación de contenidos proyectivos para que el sujeto pueda finalmente acceder a la realidad objetiva sin distorsión alguna.

La vivencia sincrónica es algo muy diferente a la proyección. Pertenecen a diferentes niveles de inteligencia y por eso es muy importante discernir entre ambos.

Descubrimos la presencia de la proyección porque en el acontecimiento y entre las personas que participaban de la situación circulaba una información que no

pudo ser contenida de ninguna manera por nuestros supuestos. Por eso estalló “nuestra” construcción interna acerca de lo externo. Pero si el yo no se protege a sí mismo con sus interpretaciones, la situación “externa” revelará un significado completamente desconocido acerca del mundo “interno”.

Cada vez que se produce un fenómeno sincronístico, se ha quebrado por un instante la barrera entre lo interno y lo externo y, como en un destello, puede aparecer el *acoplamiento estructural* de lo que creíamos separado. No es que simplemente hemos dejado de distorsionar “subjetivamente” la realidad “objetiva”, sino que, por un momento, *la información fluye como un oleaje entre ambos lados de la percepción, que en ese estado no pueden ser distinguidos con la nitidez con que se lo hacía en la previa experiencia de la proyección*.

En la vivencia de sincronicidad, se ha constelado una estructura adentro–afuera que presenta una coherencia irrefutable entre el mundo objetivo y los contenidos psíquicos. Es precisamente en estas experiencias que comienza a resquebrajarse la hegemonía de la percepción divisiva (ver [*Psiquis y cosmos*](#)). La construcción basada en los supuestos anteriores estalló porque la situación externa nos presenta un orden tan revelador que commueve por completo al mundo “interno”. No se trataba simplemente de un “error” perceptivo (proyección), sino que se ha revelado una realidad completamente diferente.

Como sabemos, más allá de la commoción inicial, al principio todo esto quedará reducido a un nivel interpretativo. La experiencia sincronística suele provocar una gran incomodidad como reflejo del juicio de la personalidad–mente externa que no puede validar que exista tanta coherencia entre los hechos del mundo objetivo y los estados psíquicos. Es la noción de existencia individual separada la que queda en suspenso en la vivencia sincronística. El nivel consciente tratará de reacomodarse con todo tipo de interpretaciones lo más rápidamente posible. En realidad, la vivencia sincronística sólo puede ocurrir cuando el nivel consciente se encuentra en un estado de permeabilidad tal que no pudo inhibir la manifestación del tipo de información que llama no consciente.

Si esta permeabilidad se mantiene, tarde o temprano se aprenderá a aceptar el origen “externo” de la información acerca de lo “interno” (*sincronicidad*), del mismo modo en que, en su momento, se aprendió a aceptar la información “interna” acerca de lo “externo” (*proyección*).

En un sentido riguroso, el origen o causa de la información no está en ninguno de los dos lados. *Lo que ocurre al mismo tiempo (sincronicidad) es lo que*

revela significado sin importar cuál sea su dirección. No es un dato más acerca de lo externo o de lo interno lo que se revela en ese momento, sino la presencia de la matriz vincular de la información o el acoplamiento estructural entre psiquis y mundo.

En esto que decimos, estamos dando un doble salto epistemológico. Las ciencias duras aún se resisten a aceptar que la “realidad” pueda estar contaminada por el psiquismo. La tendencia objetiva o externa de la mente gira casi indefinidamente alrededor de esto y está lejos de reconocer cualquier participación estructural del observador en lo observado salvo en los niveles cuánticos. En el mundo contemporáneo, esto es aceptado sólo por la psicología y, por esta razón, los epistemólogos ortodoxamente científicos la descartan como ciencia. La psicología moderna encarna un gran salto para la inteligencia que aún depende, consciente o inconscientemente, de los criterios científicos de validación propios de la mitología occidental. Sin embargo, ni la psicología está aún dispuesta a admitir que el mundo “externo y objetivo” en el que vivimos instante a instante tenga algún grado de congruencia con los estados psíquicos y, en consecuencia, posea un alto poder descriptivo de ellos. Este es, precisamente, el valor explosivo del concepto de sincronicidad.

Sin embargo, aún en el caso en que podamos afrontar este doble salto epistemológico y que estas congruencias sean validadas, ellas suelen adquirir un tono “místico” en el que el exceso de asombro es el mecanismo que utiliza el yo para interrumpir el flujo de información adentro-afuera. En algún momento, las sincronicidades podrán ser aceptadas, pero sólo tomándolas como eventos excepcionales. Esta fue la posición que el mismo Jung adoptó al respecto.

Este temor presente en Jung tiene un claro sentido en el contexto del yo. Si las sincronicidades dejan de ser algo excepcional y se convierten en recurrentes, el riesgo es que la sensación de excepcionalidad pase del lado del sujeto: es la persona que experimenta las sincronicidades la que se sentirá alguien excepcional, con la inevitable consecuencia de una inflación del yo. La interpretación causal primitiva se impone inconscientemente y la información que proviene de los episodios sincronísticos empieza a ser tomada como “mensajes” que recibe el sujeto. Toda la estructura arquetípica de la causalidad sobrenatural renace en la mente y habrá que hacerse cargo de ella.

Sin embargo, si estos escollos (no menores) se sortean, tarde o temprano, *el cuerpo aprende que todos los acontecimientos y especialmente los vínculos que nos rodean son sincronísticamente pertinentes y en todos ellos circula*

información potencialmente transformadora (ver [Inteligencia vincular](#)).

A partir de ese momento, todo lo que sucede es congruente con el despertar de la percepción unificada, pero no en un sentido personal (significados para el yo), sino como la revelación instante a instante de la trama inteligente en evolución/despliegue de la que participamos (ver [El mundo de los significados](#)).

Este es el modo concreto en el que se hacen presentes en un cerebro particular los patrones que subyacen a la estructura psíquis–cosmos, los cuales se hacen evidentes en la medida en que se cuestiona la estructura defensiva de la personalidad (el patrón yo) sin sustituirla por otra análoga. Con toda claridad, se percibirá que la personalidad (lo que creo que soy) es una *estructura psíquica organizada a partir de la resistencia a aquello que sucede*. Un patrón auto–organizante que excluye sistemáticamente la información que proviene de la inteligencia vincular.

En este punto, se debe comprender meditativamente lo que las tradiciones orientales de indagación han llamado karma, sin darle importancia a sus aspectos aparentemente individuales, sino en un sentido colectivo y planetario. De esta manera, van siendo aceptados todos los hechos de la existencia, sin el intervalo de demora que implica el juicio defensivo y las reacciones corporales asociadas a éste. La aceptación suele ser primero cognitiva, luego destructiva y, finalmente, gozosa.

Percepción y creación

Lo que estamos describiendo aquí es el nivel cognitivo de esta aceptación. La mera comprensión de la descripción no produce una alteración real de los circuitos neuronales. Cada cerebro *debe descubrir absolutamente por sí mismo, sin mediación de autoridad alguna*, lo que estamos describiendo. Sólo allí se desorganiza en ese organismo particular la estructura cognitiva anterior y ésa es, precisamente, la acción destructiva de lo verdadero.

La inteligencia que trasciende por completo las estrategias del animal mental es necesariamente destructiva porque revela la ilusión de todos los supuestos anteriores, lo cual implica una catarata de heridas narcisistas. El desmoronamiento de identificaciones milenarias y la evidencia de la limitación estructural de aquello que se creía infinito son asuntos inevitablemente dolorosos.

Cuando se abre el espacio interior que permite la libre circulación de información adentro–afuera, se produce el reencuentro de todo lo que tuvo que mantenerse necesariamente separado. Las compartimentaciones inherentes a la evolución biológica y al psiquismo colectivo abren sus compuertas, y el flujo de información es, al principio, abrumador e insoportablemente incomprendible. Pero cuando el anhelo de entender, con sus juicios y excitaciones correlativas, es superado por la misma dinámica del aprendizaje, se experimentan destellos de un goce que está mucho más allá del horizonte de sensibilidad anterior, tanto personal como colectivo.

A lo largo de todo esto, *el organismo en proceso de des-colectivización (lo cual me parece menos confuso que individuación)* va percibiendo de manera cada vez más precisa los sucesivos y necesarios sistemas de coherentización que subyacen a la percepción condicionada del mundo.

La percepción se revela como creadora no en el sentido de que podamos generar consciente y voluntariamente el mundo que deseamos (hechizo del ego), sino porque lo verdadero destruye las ilusiones perceptivas anteriores *creando una nueva realidad* que emerge de capas cada vez más profundas del acoplamiento estructural psíquico–cosmos. Las desilusiones responderán a las caídas de supuestos y epistemologías que otorgaban coherencia a la percepción anterior.

Este “viaje” por las múltiples capas del acoplamiento inteligente es el proceso que las tradiciones que indagaron en él llamaron “iniciación”. No se trata del

viaje de alguien por esas capas, sino del despliegue diferenciado y diferenciante de toda la estructura de acoplamiento entre lo externo y lo interno.

A partir de aquí, comienza otra indagación. Surge la pregunta acerca de la fuente de la cual surgen al unísono los mundos—estados de conciencia.

El paso lógico, difícil de dar para el condicionamiento occidental, es el de comprender lo que solemos llamar “proyección” como una interfaz “adentro–afuera” y no sólo como un velo psíquico que distorsiona la realidad supuestamente objetiva. Esto abarca mitologías, arquetipos, lenguajes, matemáticas, epistemologías, señales, símbolos, información, etc. (Ver [El despliegue de las epistemologías](#)).

Al principio, tenderemos a percibirlas como *interfaces meramente cognitivas* pero, en la medida en que se diluyan las compartimentaciones entre significado y sensación, podrá ser reconocida la cualidad magnética o atractiva—es decir, erótica—que subyace a la dinámica misma de *lo que es*.

[Tendencias de la mente](#)

[Nosotros, los Biomecas](#)

[Maya](#)

[Inteligencia vincular](#)

[Psiquis y cosmos](#)

[El mundo de los significados](#)

[El despliegue de las epistemologías](#)



Nosotros, los Biomecas

Nuestros recuerdos son acumulaciones de experiencias en estado bruto. Cada vez que vivimos una experiencia, ésta se nos presenta como única y tremadamente importante, pero *esa misma experiencia* volverá a ser vivida infinitas veces por otros seres humanos, y a repetirse una y otra vez con variaciones muy pequeñas.

Cada cuerpo particular se apropiá en forma exclusiva de las experiencias que vive, y genera lo que llamamos “identificaciones personales”. Lo sucedido se impregna de un conjunto de sensaciones tan vívidas que nos hacen creer de una manera casi irrefutable que esa experiencia ha sido única e irrepetible. El tremendo impacto sensorial del hecho nos impide captar *la dimensión universal de cada suceso en el mismo instante en el que lo vivimos*.

Identificados sensorialmente con lo particular, lo universal se nos aparece como una dimensión abstracta y fría, muy distante de lo que llamamos experiencia concreta. *Lo particular entiende a lo universal como algo posterior a los hechos*, como una abstracción cognitiva, es decir, un producto de la fría mente que despoja a la experiencia de su auténtica vitalidad. Pero, ¿carece realmente de vitalidad la dimensión universal de una experiencia? ¿O es que una sensibilidad limitada, *propia del excesivo predominio de lo sensorial sobre la mente*, no es capaz de registrarla? Es de suma importancia discernir acerca de esto.

La mente del artista

Existe un tipo de mente que es capaz de expresar lo universal de una manera tan vívida como para hacerlo perfectamente reconocible para lo particular: *la mente del artista*. La commoción estética nos revela la presencia de un lazo maravilloso. Algo aparentemente ajeno, proveniente de la experiencia de otro (el artista) es claramente reconocible por nosotros. Lo que otro ha vivido de un modo “único, irrepetible y particular” puede ser experimentado, al mismo tiempo, como mío (del “espectador”). La experiencia se hace “nuestra”. Pero como, en realidad, no sólo ese espectador ocasional, sino todos los humanos podemos quedar conmovidos por la obra, aquello que parecía pertenecer exclusivamente al artista y que al mismo tiempo podía reconocer como “mío” se nos revela como universal, como una experiencia común a todos o, por lo menos, a todos aquellos que comparten cierta sensibilidad. *Aquellos que resuenan en experiencias compartidas.*

Sentir patrones

Cuando la memoria de un hecho se encuentra en su estado afectivo, o concreto, la evocamos mediante un sinnúmero de sensaciones particulares que la hacen aparecer como exclusiva, como “mi recuerdo”. A través del arte, la memoria se hace explícitamente universal (humana), porque el artista tiene la capacidad peculiar de conservar la tonalidad “exclusiva” en la resonancia que provoca en los espectadores. Su arte es el de hacernos sentir identificados con la experiencia, pero al mismo tiempo permitirnos *registrar aquello que nos trasciende sin hacernos sentir que nos excluye*. En la evocación estética, podemos percibir con toda su fuerza tanto el dolor, como el placer, la angustia o el amor presentes en la obra, porque lo expresado por el artista resuena en cada uno de nosotros. ¿Por qué se producen estas resonancias en aquellos que tienen sensibilidades comunes? ¿Qué significa esto, en realidad?

En un plano que se encuentra mucho más allá del arte, pero profundamente imbricado con este, opera *una inteligencia que, de manera análoga a un artista, transmuta los recuerdos de las experiencias particulares en patrones universales vívidos*. La mente de un alto nivel de complejidad contiene a la del artista en su capacidad de percibir y generar resonancias que universalizan lo concreto. No estamos hablando aquí de la mente intelectual ni tampoco de la científica. Estamos hablando de la verdadera mente abstracta, dicho esto no desde un nivel racional sino existencial. Este nivel *reconoce y expresa vívidamente la estructura completa de cada experiencia humana, es decir, la de todos los ángulos o personajes que participan en ella*.

Podemos llamar, provisoriamente, “cardíaco” a este nivel de la inteligencia que *siente patrones*, es decir, que registra cada una de las perspectivas particulares que convergen en cada experiencia, sensorialmente única pero, al mismo tiempo, absolutamente universal. Este nivel es como el director de orquesta que abarca la totalidad de las perspectivas instrumentales, pero como no se identifica con la dimensión concreta de cada una de ellas, es capaz de vivificarlas en el conjunto armónico de resonancias que constituyen la sinfonía.

Este tipo de “recuerdo”, muy diferente a cualquier recuerdo personal, es tan sutil y complejo que abarca las sensaciones, sentimientos e ideas de todos los participantes de la experiencia. Es el reconocimiento vívido de un patrón existencial que se repite una y otra vez en millones de vidas particulares.

Al desarrollar la capacidad de *sentir patrones*, al sistema nervioso se le hace

possible comenzar a extraer el enorme caudal de información implicado en la totalidad de la memoria humana: aprende a resonar en todas las vivencias que componen cada experiencia en el nivel vincular. *Siente tanto la vivencia de Judas como la de Jesús, la de la Virgen María o la de Poncio Pilatos, San Pedro o María Magdalena.* Todos ellos participaron de la misma experiencia o, mejor dicho, *esa extraordinaria experiencia requirió de todas esas posiciones para manifestarse.*

El patrón arquetípico contiene en su propio plano las vivencias de todas las posiciones particulares que lo componen. Ejemplificando con un patrón menos extenso, podemos decir que las posiciones de Cenicienta, el príncipe, el hada madrina, las hermanastras, etc., constituyen una única trama de vivencias en la que infinidad de seres humanos podemos resonar.

Los lectores, que aún nos identificamos con las posiciones particulares, solemos resonar con el conjunto del relato pero desde un nivel particularizado. En general, no somos capaces de sentir, por ejemplo, todo lo que experimentan las hermanastras y comprender así las razones profundas de su odio. Sólo solemos sentir aquello que Cenicienta, con quien nos hemos identificado, siente por ellas. Al hacerlo, fragmentamos la totalidad multidimensional del relato y lo reducimos a las vivencias definidas desde un sólo ángulo. Esto es así porque todo narrador procura que su público se identifique con el personaje central para poder realizar su acto mágico pero, para poder hacer eso, él ha tenido que desarrollar previamente la capacidad de identificarse con todos los personajes para generarlos dentro de sí.

Cada vez que trascendemos las identificaciones particulares y *entramos en resonancia con una estructura completa*, se produce la conexión con un complejo manojo de vivencias, contenidas en un patrón que podremos reconocer en muchas otras situaciones. *Es importante percibir la diferencia entre el plano de resonancia del narrador y el del lector.* El primero habita en el plano arquetípico. Los lectores, en cambio, *somos transportados a él por un instante, gracias a esa conciencia más compleja que nos hace de puente hacia un plano del ser que aún no podemos habitar por nuestra propia cuenta.* Esto que podemos reconocer claramente en el nivel “externo” (la experiencia estética inducida en nosotros por el artista) es el espejo de un proceso interno fundamental en el camino de la conciencia.

La inteligencia que no tiene preferencias

Este proceso psíquico profundo, habitualmente no reconocido, es *el despertar de la capacidad de transmutar los recuerdos personales en patrones universales de manera consciente*. La disolución de las historias particulares en el océano de una única memoria: la humana.

Esto es algo que nadie puede enseñar, es una tarea que cada organismo debe aprender a hacer. Extractar las experiencias vividas hasta distinguir en ellas la estructura universal oculta bajo su textura excesivamente concreta. Con “extractar” la experiencia queremos decir aprender a *disolver el modo personal a través del cual se produjo el acceso concreto a ella*.

Cuando se ha activado la capacidad de transmutar los recuerdos “personales” en patrones vívidos, el cerebro humano ha dado un paso gigantesco. En un sentido riguroso, ésta no es una capacidad o un poder sino, meramente, la evidencia de que el cerebro ha madurado lo suficiente como para que se le revele el plano de la mente en toda su dimensión: los niveles existencialmente abstractos de la realidad (ver [El mundo de los significados](#)).

Al decir esto, estamos planteando una doble ligadura: afirmar que lo abstracto es algo vívido nos obliga a dar un salto por sobre los antagonismos que nos condicionan. La inteligencia tecnológica inmersa en el mundo concreto de los objetos para un sujeto ha aprendido a abstraer para imaginar, explicar, manipular, *construir una realidad alternativa a la presente*. Este es el prodigioso talento constructivo de la inteligencia tecnológica. En este nivel, lo abstracto se le aparece al cerebro como una construcción mental posterior a lo concreto.

El imperio de la inteligencia tecnológica en el cerebro ha trasladado esta actividad cognitiva a lo vincular, a lo psicológico y a lo existencial. Al convertir el vínculo en un objeto para un sujeto (ver [Inteligencia vincular](#)), el cerebro se ha abstraído de la realidad vincular. *Ha construido un mundo de sensaciones fragmentarias que sólo existen en la virtualidad de su aislamiento*. No se da cuenta de que ha quedado atrapado en un conjunto de patrones que se repiten una y otra vez en cada “vivencia particular”.

Descubrir que, en ese nivel, la existencia humana es la repetición incesante de una trama de vivencias arquetípicas es despertar a otra inteligencia. Lo que estamos diciendo es que esa trama no es una abstracción cognitiva sino una *dimensión activa de lo real* de la cual emergen todos nuestros dramas

“personales”.

Para que este despertar sea posible, el cuerpo/cerebro debe haberse desembarazado en alguna medida de la trama colectiva del deseo, la cual, en su polarización con el intelecto, lo ha dominado por miles y miles de años (dicho no en un sentido individual sino humano).

Cuando un patrón existencialmente universal se revela en nosotros, es que un destello de *la inteligencia que no tiene preferencias* ha penetrado realmente en el nivel de la conciencia lúcida. La inteligencia sin preferencias siente todo por igual, sin juicio o valoración, sin reacción alguna, sea intelectual, afectiva o sensorial, pero sí con gran intensidad e interés (atención). No siente sólo la reacción inmediata de un lado de la experiencia a los otros. No se limita a registrar exclusivamente las sensaciones provocadas por las preferencias o los rechazos que definen una identidad. *Precisamente por eso siente realmente*.

La conciencia que se mueve en el plano de los recuerdos personales es *inevitablemente reactiva*. Tiene preferencias (elige y rechaza) porque está dominada por las memorias del deseo y el temor. Por eso, es capturada por la ilusión de las opciones y las estrategias. Ese nivel de inteligencia no puede abarcar la totalidad de la información presente en el cerebro global, es decir, no está abierta al inmenso caudal de la memoria *no personal*.

Si eventualmente accede a este nivel profundo del recuerdo, las identificaciones particularizadas la hacen volver a sentir aquel dolor, aquella angustia, ese anhelo, amor o sentimiento perdido y automáticamente se activan en él todas las *cadenas de lo inconcluso*, lo frustrado o no comprendido. Aparecen, como en una explosión, la culpa, la nostalgia, la vergüenza, el deseo de repetir la experiencia o el de huir de ella como si ésta estuviera aún realmente presente en la virtualidad de las construcciones neuronales. Cada vez que eso sucede, el pasado ha vuelto a nacer y su poder nos captura. *La incansable actividad del pasado en el cerebro impide la vivencia atemporal y universal de la vida para cada uno de nosotros*.

El pasado prosigue con sus reacciones y repite sus patrones porque esas experiencias no fueron aún comprendidas. El nivel que las quiere seguir viviendo/repitiendo sigue estando demasiado activo y se rebela sistemáticamente ante la presencia atemporal de lo universal: es una conciencia que se identifica obstinadamente con una posición y no tiene energía suficiente para abarcar a las demás. Una identidad vive aún, se *alimenta* de ese recuerdo y retorna a él siempre desde el mismo ángulo.

Sólo cuando el recuerdo ha sido despojado de todas las cargas emocionales, impactos, heridas e ideas que generaron la identificación, se pueden abarcar y comprender las posiciones de los demás participantes en la experiencia, y pueden sentirse así y soportar las cargas existenciales de los otros (del que me abandonó, del enemigo, del que no me comprendió, del que rechacé, etc.). Por primera vez, se podrán sentir sus presencias reales, comprender todas las posiciones involucradas y descargar así las reacciones que aún se conservaban latentes en la memoria. Aflora así la totalidad del recuerdo sin negaciones, idealizaciones o interpretaciones preferenciales. *El recuerdo se ha convertido en un patrón.* Aparece como un circuito existencial y, a partir de ese momento, puede ser reconocido universalmente cada vez que se manifiesta. El patrón es entonces un hecho vívido en el cerebro, no una idea.

El sentir vincular

De esta manera, la memoria personal se redimensiona y puede perder la carga acumulada. Esto no se produce a través de una descarga, sino por comprensión. En términos tradicionales, se ha producido *el perdón*. Ya no es necesario ningún reconocimiento—no existe ningún anhelo de venganza o compensación. No se necesita idealizar ni se pretende la comprensión de los demás: ya está. La experiencia ha cambiado de dimensión. *Se ha cortado definitivamente la cadena de acciones y reacciones que mantenían con vida todas esas cargas.* En términos de las tradiciones orientales, el karma, la experiencia inconclusa terminó. El conjunto de sensaciones, emociones y pensamientos ligados a ella ha cesado definitivamente. Ya no tienen ninguna importancia y por eso han perdido el poder de definir la realidad. A partir de ese momento, y por lo menos en todo aquello relacionado con ese patrón de experiencias, el cerebro queda absolutamente libre para percibir lo que es sin reaccionar.

Es importante registrar que aquí no ha quedado excitación o carga acumulada, ya sea por una herida o por un anhelo, pero esto no significa que ha pasado a ser algo abstracto en el sentido de desprovisto de intensidad, sensibilidad y capacidad de resonancia. Las sensaciones y emociones tienen una carga particular porque son reactivas y excluyen a una gran cantidad de información sensible. Las sensaciones y emociones surgen en el campo de sensibilidad alimentado por las cadenas de acción y reacción, las cuales *excluyen necesariamente las sensaciones de los demás participantes en la experiencia.*

Esta es una limitación propia de un nivel mecánico de la inteligencia, de innegable función biológica. En ese nivel animal, la gacela que huye asustada sólo debe sentir su terror como reacción inmediata al impulso devorador del león. Inversamente, éste está totalmente identificado con sus sensaciones voraces, y el terror de la presa opera como un estímulo. *El poder de sentir al mismo tiempo ambas sensaciones*, o el conjunto codependiente de sensaciones predador–presa, se encuentra en un plano vincular de la inteligencia. La sensibilidad de este nivel es infinitamente más rica y compleja que la que surge de la programación biológica y se refuerza a través de las experiencias del animal humano. El león no puede despertar a este nivel porque, si lo hiciera, sentiría compasión por la gacela, lo que le impediría alimentarse de ella. Tendría que convertirse en un ser completamente diferente.

Lo que afirmamos aquí es que el despertar de este nivel de inteligencia es una de las tareas imprescindibles que debemos enfrentar los seres humanos a medida que maduran nuestros cuerpos y cerebros.

El verdadero sentir sólo puede surgir del *amor en tanto inteligencia*, en el sentido de que éste disuelve por completo la aparente intensidad de las sensaciones fragmentarias que nacen de la acción y la reacción. Su sentir es siempre vincular y posee una enorme intensidad y vitalidad, pero de una cualidad completamente diferente a la de las reacciones.¹²

El intelecto no puede comprender las experiencias

Lo usual es que este despertar no ocurra de una sola vez. El apego remanente a los aspectos inconclusos de las experiencias produce fuertes reacciones, originadas en grandes acumulaciones de excitación (dolor, ira, angustia, miedo, placer, etc.), las que impiden que la inteligencia vincular del amor (la percepción sin opciones que resuena por igual en todas las posiciones) penetre por completo en la situación para que ésta sea comprendida definitivamente. La carga ligada a las reacciones inconscientes convoca de inmediato a la inteligencia concreta que intelectualiza, niega, idealiza, emite juicios, etc.—es decir, divide las experiencias. Ese nivel de inteligencia *no puede comprender ninguna experiencia humana*. El intelecto siempre toma partido y defiende posiciones, por lo que no puede “perdonar” (soltar el pasado). Su propia naturaleza lo lleva a argumentar en interminables cadenas recurrentes. Es básicamente negador porque surge de una identidad (patrón de reacciones) que no quiere morir, que no quiere escuchar. Generalmente argumenta que no puede hacerlo, pero todo “*no puedo*” es un “*no quiero*” que proviene de algún nivel que se resiste a sentirse incluido en lo universal por miedo a perderse en él.

Por esa razón, los niveles más complejos de la mente deberán volver sobre ese “recuerdo/identidad/reacción cristalizada que no escucha” todas las veces que sea necesario. Si hay algún *contacto consciente con ese nivel vincular y vívido de la mente*, el propio cerebro retornará al recuerdo hasta disolver definitivamente la carga (reflexionando, meditando, a través de sueños y sincronicidades, resonando con las experiencias de los otros; a través de narraciones, películas, insights, encuentros con otros, etc.). En el caso de que ese nivel de contacto consciente no haya sido aún habilitado, inevitablemente se generarán situaciones cuyo contenido evocará, a través de experiencias similares, la carga incomprendida hasta que finalmente se produzca el verdadero “perdón” o disolución de la reacción. Como es un proceso necesario, estas experiencias, que para nosotros tienen la textura de la fatalidad o el destino, se repetirán una y otra vez en planos cualitativamente diferentes pero idénticos formalmente (que podríamos llamar fractales existenciales).

II

El despertar de la inteligencia vincular es inhibido por la incesante actividad inercial proveniente de marcas generadas por la experiencia externa. Esta compleja trama de reacciones posee una enorme profundidad en términos temporales. De sus fragmentos y tendencias ancestrales en conflicto, surge la autoconsciencia centralizada y separada con la que nos identificamos. Si se observa con atención, veremos que esta conciencia de sí se sostiene bajo la forma de una narración. Es un relato autobiográfico que emerge como un caso particular de la inmensa acumulación de narraciones atesoradas en los niveles profundos de la mente humana. Por esta razón, es relevante indagar en la estructura global de las narraciones. Esta puede revelarnos las raíces de esa matriz condicionante de la cual surge la conciencia de “sí mismo” en tanto entidad separada.

Retomemos el plano de conciencia propio del narrador de historias y mitos esbozado en la primera parte. El narrador es quien siente y vive el patrón en su totalidad. Para esa inteligencia, todas las posiciones de un relato son igualmente significativas y, por eso, resuena por igual con las vivencias de cada uno de los personajes. *Para que la estructura profunda del relato se le revele, el narrador debe haber ido más allá de sus eventuales preferencias por cualquiera de los personajes*, o rechazos hacia ellos.

Dijimos que el espectador o el oyente, en cambio, necesitan de un puente para acceder a este nivel universal de la experiencia. Ese puente es el narrador, quien, cuando relata las historias o los mitos, está cumpliendo con esa función y se ve obligado a simplificar la enorme complejidad del relato tal como él o ella lo experimentan, a fin de hacerlo accesible a los oyentes. Tenemos aquí una caída de dimensión. Al mismo tiempo, como todo puente dimensional debe hacer, necesita crear un efecto capaz de atraer la conciencia que habita la dimensión más pequeña hacia la más amplia. Todo puente dimensional genera deseo: *magnetiza a la conciencia menos compleja a fin de atraerla a un nivel que, tarde o temprano, destruirá los límites a los cuales estaba confinada*.

El puente dimensional realiza un doble acto: *destruye y protege a la vez*. Destruye los límites de la conciencia que atrae, pero para eso debe protegerla de la intensidad desorganizadora que significaría el contacto directo con su propia dimensión.

Ninguna narración mítica cuenta la historia desde todos los puntos de vista ni

describe las vivencias de todos los personajes por igual. Desde los tiempos de la conciencia tribal, son las figuras de los héroes y los dioses las que magnetizan la atención humana y permiten que, de esa manera, las complejas estructuras inconscientes puedan ser paulatinamente absorbidas en el proceso de individuación. Salvo en los mitos cosmogónicos más arcaicos, como los Vedas, los Upanishads, la Teogonía de Hesíodo y pocos otros, todo narrador realiza su magia a través de dos movimientos simultáneos: haciendo girar el relato alrededor de un personaje central y planteando un *conflicto* generador de tensión. Los mitos homéricos, los egipcios, el Mahabharata, todos los mitos del monoteísmo, los cuentos de hadas y los relatos heroicos de todas las tribus de la Tierra siguen, de una u otra manera, este patrón. Este truco le hace creer al oyente que Cenicienta podría existir sin la madrastra o que Jesús es independiente de Judas.

En la verdadera dimensión del patrón/mito, *ningún personaje puede existir independientemente de los demás*. Que el personaje central parezca más importante que los otros es una ilusión de la que el buen narrador es perfectamente consciente, pero que debe ocultar a los espectadores a fin de cautivarlos. Es evidente que, en el plano del relato, Jesús depende de Judas o de la Virgen María tanto como éstos dependen de él. No existe una figura sin la otra. La redención sólo es posible si la Virgen María y Judas—así como todos los demás personajes—cumplen con sus papeles. La conciencia ingenua que se ubica por fuera del relato (el oyente) está completamente segura de que el redentor es Jesús y nadie más que él, puesto que es el dios encarnado, y que no se necesita de ningún otro para que la redención se realice. *La redención no es experimentada como un proceso vincular multidimensional*, sino como el acto libre, amoroso pero fundamentalmente todopoderoso, *de alguien* (el centro) que en su tarea absolutamente individual se topa con obstáculos, se cruza con enemigos y encuentra sus aliados. El nivel psíquico organizado alrededor del arquetipo del centro necesita escuchar el relato desde esta ilusión heroica.

Los relatos que carecen de *tensión dramática* y estructura radial se corresponden con un nivel de complejidad que escapa a la atención del oyente (salvo en el nivel propio de los mitos cosmogónicos). La necesidad de experimentar tensión en los relatos nos revela la imposibilidad de permanecer en un estado de conciencia no fragmentario.

Nuestra inteligencia habitual es un simplificador dimensional. La existencia de múltiples dimensiones implica que distintos niveles de realidad e inteligencia

participan con el mismo grado de importancia en cada proceso y que no existe un sistema de referencia preferencial que ubique a las “otras conciencias” en forma fija (sistema de coordenadas).

Dentro de la ilusión simplificadora, el oyente cree que Cenicienta podría existir, e incluso sería más feliz, sin la madrastra y las hermanastras. En ese nivel, no advertimos que el patrón arquetípico es uno solo y es indisoluble. *El héroe o el salvador son personajes de una trama, no realidades autónomas.* El “sujeto” es la trama, jamás un elemento o un conjunto de elementos de ella.

Para que florezca la inteligencia vincular, se debe atravesar el puente del narrador y ser habitados por la dimensión en la cual es *inmediatamente evidente que ningún personaje, posición o punto de vista es arbitrario o accesorio*. Para que esto ocurra, primero deberemos rasgar el velo que organiza los relatos externos e internos *desde el personaje central y la tensión dramática*, puesto que de estos dos supuestos surgen las sensaciones relativas de superior o inferior, esencial o accesorio, absoluto y relativo, primero y último, bueno y malo, etc. El personaje central (es decir, el arquetipo del centro) *es sólo un organizador de la secuencia, no el sujeto de ella*.

La cruz con el círculo en el centro simboliza el juego que organiza al yo. Este patrón subyace o contiene las posiciones interactivas organizadas por los distintos patrones arquetípicos de circulación y ese centro es el que crea todos los opuestos (ver [Maya](#)).

El recuerdo arquetípico

La psiquis necesita de un sistema de coordenadas estable para ubicarse en la vastedad oceánica del mundo arquetípico y la trama vibrante que se encuentra más allá de él. El personaje central es el que ubica a los demás en el juego—es el punto de referencia. Pero esa es su única y verdadera particularidad: la de satisfacer esa necesidad. En tanto personaje, está tan capturado por la malla del relato como todos los demás. Su función hechizante, que es el propósito del narrador, vela su verdadera naturaleza.

Recapitulando, la conciencia identificada en el nivel personal debe comprender primero al personaje o posición en el que la trama de la vida lo ubicó. Comprender al personaje, sin embargo, es sólo el primer paso. Sólo cuando el cerebro comprende *el patrón entero con todas sus posiciones correlativas*, puede emerger la inteligencia sin preferencias. Desde el punto de vista de ese nivel de inteligencia, es irrelevante el papel particular que jugamos en la vida. *Si no comprendemos la totalidad de la trama vincular, no hemos comprendido nada.* En términos de mitología cristiana: son las ilusiones generadas por la posición autoreferente las que serán dolorosamente evaluadas en el Juicio Final.

La idea de la reencarnación adquiere otro sentido si se registra la presencia de la dimensión vincular de la inteligencia que incluye/transita todos los lugares y posiciones/existencias, experiencia tras experiencia. Porque la experiencia verdadera no es la del personaje (central, secundario o menor) que es siempre un foco, sino la de la estructura completa. No hay posición buena o mala en el plano de la matriz vincular. Esta es una ilusión propia del nivel autocentrado—el nivel o plano de los personajes.

Desde este punto de vista, persona, personajes y Mito son tres planos diferentes. Lo que podemos llamar el *primer recuerdo* ocurre cuando en la conciencia de la persona se nos revela el o los personajes arquetípicos que nos hacen actuar y nos ubican repetitivamente en la trama de “nuestra” vida. Pero el *verdadero recuerdo* se produce cuando la información inherente al patrón completo irrumpre en la conciencia. Esto significa, concretamente, el poder reconocerse en todas las personas con las cuales se está vinculado. No que “yo me reconozco en ellas” (inflación del yo), sino que *esa inteligencia que es la misma y vive en todos* destella en la conciencia. El personaje central (que ubica a los demás en el nivel de las posiciones) es el velo que nos impide movernos en el nivel arquetípico como una totalidad. La identificación con el

personaje central (y sus opuestos “malignos” llenos de orgullo, celos y envidia nacidos de la exclusión) es la que genera para cualquier posición el *anhelo de protagonismo*.

Es evidente que la centralización hechizante que vemos en el plano arquetípico es equivalente al yo en términos psicológicos. El *psiquismo personal* también es una narración y por esta razón es tan importante comprender el condicionamiento propio de cualquier “historia”. Pero, en un nivel mucho más complejo, las dimensiones más profundas del psiquismo deben disolver la ilusión mental de la separatividad oculta en la malla de todas las narraciones humanas con su oscuro *anhelo de evolucionar como entidad autónoma (como un “alma separada”)*.

La conciencia limitada por las formas se fragmenta en una infinidad de experiencias particulares, cada una de las cuales arde de protagonismo, se *abrasa en sensaciones exclusivas* y, para eso, excluye las sensaciones de “los otros”. Pero es una sola inteligencia multidimensional la que subyace a todas las existencias particulares.

En la idea arquetípica de reencarnación, se simboliza la interminable secuencia de experiencias posibles para la conciencia opaca que gira en una rueda y recorre las mismas posiciones una y otra vez sin comprender el juego, porque en cada existencia queda absorbida por el protagonismo de una posición y olvida a todas las demás. *La explosión del recuerdo arquetípico* no se produce cuando se rompe la ilusión de las posiciones personales, sino cuando estalla la estructura completa de las posiciones arquetípicas. Es decir, cuando el cerebro comprende *la posición sólo como sistema de coordenadas que orientan a la conciencia en el océano del Ser*. Todas las experiencias y recorridos que la mente más compleja y la sensibilidad más refinada puedan concebir se encontrará tarde o temprano ante el mismo portal. Esa única puerta es lo que llamamos Amor.

Desde este punto de vista, podemos decir que siempre es la inteligencia vincular la que cambia de dimensión cada vez que se ubica en el tiempo y en el espacio. Se autolimita y se convierte en conciencia particular.

Cada vez que la inteligencia sin límites se enfoca (tomando forma en una galaxia, un sistema solar, un planeta o un ser humano), reduce vertiginosamente sus dimensiones y se limita a vivir dentro de aquellas que esa forma que adoptó puede tolerar sin desorganizarse.

El eterno retorno

Cuando se descubre la telaraña de formas sutiles que enhebran todas las experiencias posibles, suele aparecer la idea/sensación de que la actividad de estas estructuras nos presentan un problema a resolver. Resolverlas, desde este punto de vista, significaría que la conciencia focalizada lograra independizarse de la trama a la que se descubrió adherida. La paradoja es que esa conciencia quiere ir más allá de la trama, pero sin perder su cualidad que la hace parte indisoluble de ella. Aún no se ha hecho evidente que *la conciencia de trama es mucho más amplia y compleja que cualquier conciencia focalizada*. Las tramas arquetípicas no tienen resolución en su propio plano, en el sentido de que son formas y, como toda forma, obedecen al principio de limitación que habilita una experiencia definida para el tipo de inteligencia que la habita.

Al enfrentarse con esta paradoja, la inteligencia que ya se reconoce en todas las posiciones arquetípicas suele descubrirse habitando la cárcel de su eterno retorno. El arquetipo del *eterno retorno* encarna un umbral decisivo para la conciencia en la forma. Denuncia una fase de máxima tensión para aquello que aún anhela la existencia separada, por sutil que ésta sea. Esa es *una conciencia que habita en el umbral* y que impide el paso a la inteligencia que habita en la trama sin fragmentos (reticularidad). *Ese anhelo sutil de separación encarna una experiencia a la que la conciencia, por madura que parezca, aún no quiere renunciar*. Teme morir, es decir, perder las coordenadas y extraviarse definitivamente en el océano multidimensional —teme desprenderse de la gama sutil de reacciones que la definen como cualidad diferenciada. Aún no puede aceptar que perder esa forma sistemática de reaccionar es sólo disolver la inteligencia y la sensibilidad definida por la forma en otra completamente diferente.

No estamos hablando aquí de la muerte de una persona y la pérdida de esa identidad particular (yo personal), sino de la disolución de algo que está mucho más allá de la persona o individuo. *Esa conciencia entramada debe “recordar” explosivamente que su existencia sutil (que en la memoria cerebral puede expresarse como una infinidad de existencias concretas posibles) nace también de la autolimitación de una inteligencia que la trasciende por completo.*

La ilusión de existencia separada

A lo largo de esta conversación, hemos distinguido tres planos: el del Mito o narración, el del narrador interactuando con el oyente y el de aquel que escucha por primera vez la historia. Este último plano simboliza la personalidad que está viviendo ciegamente la estructura arquetípica en la trama repetitiva de relaciones y acontecimientos de “su” vida. Sus memorias son concretas y exclusivas (ver primera parte de este artículo). Esta conciencia no es capaz de reconocer ningún patrón en su existencia y se encuentra confinada a una posición particular a causa de su *necesidad sensorial de protagonismo*. Vive en el mundo de los acontecimientos y para ella aún no existe el mundo de los significados (ver [*El mundo de los significados*](#)).

El narrador simboliza la dimensión intermedia o puente dimensional que traslada a la personalidad ingenua al mundo sutil de los patrones arquetípicos y el de la matriz que los genera. Al *iniciarse* en ese mundo a través del puente del narrador, el oyente/personalidad complejiza su conciencia. Primero, queda fascinado por ese mundo y aspira a habitar en él: está capturado por el hechizo de la literalidad y lo toma como un modelo a realizar o un logro a alcanzar. En la medida en que la dimensión de los arquetipos se revela en toda su complejidad, la conciencia advierte su presencia efectiva detrás de los acontecimientos tanto épicos como cotidianos. A partir de ese *insight*, entra definitivamente en la dimensión de los significados y toda su existencia se reorienta. Se despierta la pasión por el aprendizaje y se desmagnetiza progresivamente el deseo por los resultados. La percepción vívida de que la dimensión arquetípica es la organizadora de las experiencias concretas es el primer gran paso que permite a la psíquis comenzar a vivenciar lo universal en lo particular. Como dijimos antes, los velos del personaje central y la tensión dramática nos impiden acceder a la conciencia del narrador (puente) y “recordar” el arquetipo como estructura completa, viviente y efectiva. Es decir, como una verdadera memoria humana. El yo aún está demasiado vivo y por eso el hechizo de la posición capture al cerebro. Si podemos reconocernos en las distintas posiciones como una única conciencia que realiza su/nuestra experiencia, se puede producir el *primer destello efectivo de inteligencia vincular o reticular*. Este destello puede disolver la fijeza de las posiciones y abrir la percepción directa del plano arquetípico.

Es en este nivel donde se juegan un conjunto de experiencias absolutamente nuevas en relación a lo anterior. Una primera clave es la de no resistir la vivencia de que *no existe salida alguna de esta dimensión*. Si esto realmente

se produce, el cerebro entra en doble ligadura de una manera inédita. La Matrix¹³ puede aparecernos como una cárcel absolutamente cruel si descubrimos que Neo (el personaje central) no implica ninguna salida de la misma, sino que forma parte de la estructura del relato tanto como Smith, la Pitonisa, el Arquitecto o las máquinas. El relato de la Matrix continúa aunque parezca que Neo la haya destruido. Neo lo hace continuar del mismo modo en que la continuidad de la creencia en Cristo demuestra que la redención aún no se ha consumado en la conciencia humana.

Como hemos dicho, es muy posible que en este punto se conste el arquetipo del *eterno retorno*. No me refiero a la idea, sino a su vivencia. Si esto sucede, es probable que el cerebro “recuerde”/construya una o múltiples historias que “hemos vivido juntos infinitas veces”, ocupando “cada uno” distintas posiciones en cada oportunidad.

La conciencia arquetípica es una conciencia mucho más amplia que la individual, pero la vivencia de sentirse atrapado en esa dimensión todavía es un reflejo de la conciencia divisiva. El horror de la eterna repetición de la rueda es una consecuencia directa del anhelo separativo de inmortalidad.

La personalidad madura decisivamente cuando registra como un hecho, y no como una idea, a la presencia de la inteligencia que la ordena en el diseño de “su” vida particular. Aquí comienza el aprendizaje de entregarse sin opciones al movimiento resultante de las “decisiones” de esa inteligencia incluyente hasta transformarse en una expresión sin distorsiones de su actividad. Pero este nivel debe, a su vez, entregarse a aquella inteligencia que está mucho más allá de cualquier forma, tanto sutil como concreta.

La mente nace a la forma cada vez que estabiliza un patrón de reacciones. La muerte es el fin de la identificación, concreta o sutil, que ha fijado sistemáticamente esas reacciones. Más allá del turbulento río en el que cada acción nace de una reacción, se encuentra *aquellos que no nace ni muere*.

[El mundo de los significados](#)

[Tendencias de la mente](#)

[Maya](#)



Maya

Vemos y sentimos aquello que nuestra excitación nos permite ver y sentir.

La aparición de la mente en el animal humano inauguró un proceso inédito en la evolución terrestre: el de la intensa y compleja coexistencia de la vitalidad y de los procesos mentales en un mismo organismo. Los sucesivos aprendizajes a través de los cuales el cerebro ha ido actualizando el inmenso potencial implicado en su estructura se basaron en la imposición de múltiples restricciones al flujo espontáneo de la vitalidad, tal como se manifiesta en una naturaleza puramente animal.

Cada vez que un sistema nervioso realiza un nuevo aprendizaje, éste se convierte, tarde o temprano, en algo natural para él, es decir, se transforma en un hábito repetitivo y mecánico. Es una característica de la actividad inteligente el aferrarse a los supuestos que le permitieron una acción eficiente en el pasado, repitiendo las estrategias y coreografías que se demostraron exitosas sin tener que volver a examinar su pertinencia en cada situación nueva. Librado a sí mismo, el sistema no tiene ningún incentivo para incrementar su complejidad. Sólo las frustraciones a su estado “natural” (los aprendizajes evolutivos anteriores) pueden desafiar la inteligencia hasta el punto en que ésta se vea obligada a revisar sus supuestos y advertir que el contexto ha cambiado. Sólo enfrentando situaciones que no permitan *ninguna elección exitosa basada en las estrategias aprendidas* es posible desarrollar nuevas conexiones. Las únicas experiencias que contienen el potencial de alterar la tendencia espontánea a la repetición que poseen los circuitos cerebrales, y permitir que emergan nuevos niveles de inteligencia, son aquellas en las que el sistema de hábitos no encuentra ninguna opción viable.

Nuestro cerebro tuvo que enfrentar desafíos muy específicos: debido a su tamaño, a la vulnerabilidad corporal relativa y a la imperiosa necesidad de interacción social. Todas estas circunstancias, en especial, la última, sirvieron como incentivo para su maduración. La inteligencia en nosotros no se incrementa simplemente respondiendo a los retos que le presenta el mundo circundante no-humano, sino fundamentalmente en respuesta a las exigencias de la interacción social: *los humanos evolucionamos interactivamente*.

La interacción social implica una presión particular sobre cada cuerpo que nace. Los procesos mentales de cada comunidad se imprimen sobre los pulsos vitales de cada nueva criatura en un proceso de auto-domesticación colectiva.

Desde el tabú del incesto en adelante, la evolución del sistema nervioso ha ido de la mano de un conjunto de restricciones autoimpuestas que hoy denominamos ley: una serie de juicios colectivos que fijan lo bueno y lo malo y alteran o, por lo menos, interfieren las pautas de gratificación y placer propias de los estadios evolutivos anteriores. *La ley inhibe selectivamente el pulso vital mediante una serie de negaciones* que coartan su flujo espontáneo. Estos cortes que la mente produce en la circulación de la vitalidad a través de la ley son fijados colectivamente, es decir, les suceden a todos los miembros de un grupo.

A partir de determinado momento, cada comunidad necesita que sus futuras crías respondan a *una misma matriz de cortes del flujo vital* para ser consideradas como miembros de ella. Lo que llamamos “sensación de pertenencia” tiene su origen en la aceptación inconsciente de las instrucciones provenientes de esta matriz.

Las costumbres y leyes de cada comunidad tienen como principal función evolutiva alterar los patrones de excitación que son naturales en un animal. Esta interferencia de la mente sobre la vitalidad genera contracciones y compartimentaciones corporales en las que inevitablemente se acumula tensión. Estas tensiones, provocadas por la inhibición social de la descarga natural, desvían y modulan las excitaciones en la dirección socialmente aceptada.

La matriz cultural de cortes del flujo vital se superpone a la circulación natural y la fricción sistemática entre ambas se transforma en la condición humana (Freud). La ley, en este sentido, actúa como un bucle recursivo que apunta a abrir y generar nuevos canales de descarga y circulación de la libido. En términos generales, esto es lo que se ha llamado “sublimación”: la pauta de desviación humana de la excitación animal que tiende a establecer *un patrón ascendente de la energía/información psíquica*. Todas las experiencias humanas han tomado este camino, de una u otra manera.

La telaraña excitación/interpretación

Este primer sistema de auto-domesticación del animal mental, basado fundamentalmente en el control y la inhibición colectiva de los pulsos espontáneos, es en realidad, un sistema de tensiones complementarias. La ley actúa como un *molde mental de las tensiones corporales* y genera nuevos *patrones de excitación* que se superponen a los naturales. La sublimación canaliza la excitación animal -sin disolverla por completo- pero al mismo tiempo, provoca nuevas excitaciones. *La civilización necesita que cada uno de sus miembros experimente determinados patrones de excitación corporal para que sus objetivos se cumplan.* Desde ese punto de vista, podríamos pensar a cada civilización como generadora o multiplicadora de determinadas formas materiales y simbólicas que encauzan y, a su vez, *provocan excitaciones específicas.*

Las interpretaciones que realiza el pensamiento expresan, en consecuencia, un tipo de excitación indisolublemente ligado a las excitaciones del cuerpo. Su continua interacción da lugar a la existencia de un inmenso caudal de sensaciones que el cerebro asocia inconscientemente con imágenes y símbolos que luego se proyectan sobre el mundo externo. Esta actividad se produce gracias a un nuevo bucle recursivo entre las vivencias individuales y las colectivas.

Como la psicología moderna ha observado, a través de sus distintas escuelas, las reacciones e interpretaciones originadas en las experiencias infantiles se entraman y refuerzan con los arquetipos del inconsciente colectivo y las restricciones inherentes a la estructura del lenguaje. Desde este punto de vista, cada ser humano es un confuso entretejido de *excitaciones e interpretaciones codependientes.* Esta confusión se traslada hacia el exterior creando continuamente nuevos objetos, cargados de sensaciones, que ejercen distintos grados de atracción sobre nosotros (deseo o magnetismo). *Excitación e interpretación* son palabras que distinguen los dos lados de un proceso que, en realidad, no puede ser separado. Nuestro pensamiento mantiene profundas separaciones entre un conjunto de conceptos que, en realidad, son indisolubles. Sensación y significado, excitación e interpretación, distinción y resonancia, diferencia y atracción, cognitivo y erógeno, pensamiento y cuerpo, conciencia y deseo, información y magnetismo están absolutamente imbricados, conformando una inmensa telaraña que raramente percibimos. Por más que nosotros seamos la araña que teje esta tela, nuestra incapacidad para percibirla hace que terminemos atrapados en ella. En realidad, el

funcionamiento de cada civilización depende precisamente de la inconsciencia de sus miembros acerca de este proceso.

Sin embargo, en forma paralela a la civilización y sus necesidades, siempre existieron individuos y grupos que indagaron profundamente en los misterios de la percepción. Es a través de estos grandes investigadores que la especie aprende a moverse creativamente en la vibrante telaraña del deseo-información. Para todas estas corrientes de investigación, el incremento de la inteligencia y la sensibilidad dependen directamente del grado de comprensión que tengamos de la dinámica del deseo. *La reconfiguración del deseo y la aparición de nuevos estados de conciencia son un solo proceso.*

Indagar en la naturaleza de esta relación es algo muy riesgoso para cualquier civilización, por cuanto descorre el velo que le permite sostenerse como tal. En el mundo contemporáneo, la psicología es la única actividad metódica que intenta rozar este velo.

Sensación y significado

A medida que nuestras pautas de excitación se fueron modulando a lo largo de la historia, se hicieron posibles nuevos procesos mentales. Pensamiento, sentimientos y sensaciones pudieron acercarse entre sí sin que el cerebro entrara en confusión o tuviera que recrear las mismas compartimentaciones funcionales del pasado. Una mayor fluidez en la relación entre simbolización y excitación permite percibir contextos más amplios, así como cuestionar algunos de los supuestos que definían los anteriores.

Sin embargo, como todo aprendizaje es necesariamente vincular, cada cuerpo en el que se produce una modificación significativa en la relación excitación-simbolización se verá obligado a enfrentar condicionamientos colectivos cada vez más intensos.

Cualquier caída en los niveles de excitación invalida inmediatamente contextos de sublimación que dejan de ser funcionales para ese cuerpo particular. Esto permite la desorganización de los patrones mentales más rígidos, pero altera los patrones vinculares establecidos por la sociedad para sostener la matriz de cortes de flujo. Cada vez que en un sistema nervioso particular se cuestionan patrones mentales profundamente arraigados, se modifican, al mismo tiempo, los patrones de deseo, haciendo que le sea inevitable transgredir las pautas vinculares implicadas en ellos. Esto quiere decir que, a partir de determinado nivel de simbolización, cualquier aprendizaje nuevo debe enfrentarse con la gigantesca inercia de lo colectivo, impresa en ese cuerpo particular.

La matriz de sensaciones compartidas que habita en cada uno de nosotros procura reconstituir inmediatamente los patrones de excitación definidos como socialmente gratificantes, por más que ese cerebro particular haya descubierto que, en realidad, son sufrientes. *La presión sensorial que proviene de lo colectivo* cuenta con un enorme poder para inhibir cualquier cuestionamiento de los patrones mentales que sostienen las pautas de sensaciones compartidas.

La primera consecuencia de esto es que la inmensa mayoría de nuestros aprendizajes se producen con relativa facilidad en niveles intelectuales e ideales. Los humanos hemos ido abriendo nuevos espacios cognitivos a través de la historia, pero la estrategia que hemos utilizado para hacerlo es la de mantenerlos cuidadosamente separados de los patrones de excitación establecidos colectivamente.

Hemos aprendido a cuestionar patrones mentales y realizar grandes

aprendizajes intelectuales y tecnológicos, pero a costa de disociarlos del cuerpo y las sensaciones. Mediante este truco, nuestro sistema nervioso puede tolerar la progresiva intelección de nuevos contextos y la percepción de una realidad cada vez más amplia y compleja. De esta manera, se nos revelan nuevas dimensiones de la “realidad” que cuestionan los paradigmas del pasado, pero siempre y cuando no tomemos pleno contacto con ellas; es decir, *que podamos pensarlas pero no sentirlas*.

Esto ha provocado que el caudal de información que proviene del pensamiento se haya separado cada vez más de aquel que proviene de las sensaciones, a tal punto que, en general, creemos en la existencia separada de estas dos vías de información como si respondieran a procesos autónomos. En el estado actual de nuestra mente, *significado y sensación* nos parecen dos niveles muy diferentes de realidad. De hecho, prácticamente hemos perdido la capacidad de registrar su interdependencia estructural.

Sería muy interesante examinar la evolución histórica de las disociaciones entre pensamiento y sensación, así como los distintos intentos de restablecer las conexiones entre ambos canales de información una vez que fueron separados. Por ahora, detengámonos a observar cómo nuestro pensamiento y nuestros procesos cognitivos se han hecho cada vez más complejos, mientras que el trasfondo de sensaciones, emociones y sentimientos se ha mantenido casi inalterado a lo largo de la historia. Como hemos dicho repetidas veces en estas notas, la inteligencia tecnológica (conocimiento y manipulación) parece evolucionar a una velocidad muy diferente a la de nuestra sensibilidad y de nuestra capacidad vincular. Desde el origen de la especie, hemos realizado inmensos avances tecnológicos, pero hemos cambiado realmente muy poco en lo psicológico.

El inconsciente colectivo pareciera sostenerse en dos supuestos prácticamente inamovibles en conflicto mutuo. Por un lado, una definición tácita de la “esencia humana” como un conjunto de conductas, sensaciones y sentimientos casi inmutables. Por el otro, la creencia de que nuestra capacidad para adquirir nuevos conocimientos y modificar el mundo externo es prácticamente ilimitada.

Estos supuestos parecen identificar la condición humana. Es muy curioso ver cómo los autores de ciencia ficción son capaces de imaginar extraordinarias transformaciones tecnológicas dentro de un marco casi constante de sensaciones y sentimientos. Las historias que se proyectan a miles de años en el futuro poseen las mismas tramas emocionales que una narración situada en el antiguo Egipto o durante el Imperio Romano. Una misma trama de deseos,

emociones y sentimientos, con idénticos conflictos, dramas e, incluso, tragedias parecen identificarnos como especie. Tendemos a aceptar que estos conflictos son inmodificables en su base y que giraremos eternamente alrededor de los mismos patrones psicológicos, al tiempo que construimos realidades mentales y técnicas cada vez más asombrosas. La creencia dominante es que los únicos cambios radicales en las conductas, sensaciones y sentimientos sólo ocurrirán en otro plano, después de la muerte. Para la inmensa mayoría de nuestras tradiciones, la vida humana en la Tierra pareciera estar atada a la eterna repetición de determinados conflictos psicológicos.

El estado de insight

Uno de los juegos fundamentales de la percepción divisiva (subjetivo–objetiva) es, precisamente, el de *separar significado de sensación* como si correspondieran a niveles independientes de realidad. Cualquier matemático sabe perfectamente que la coherencia profunda de un sistema de ecuaciones se experimenta como belleza, y que los significados más abstractos están siempre ligados a esas sutiles sensaciones que llamamos estéticas. En el otro polo, para cualquier psicólogo, no hay duda alguna de que no existe sensación que no se encuentre saturada de significados. En el medio de estos dos “saberes”, la inmensa mayoría de los seres humanos no sentimos realmente lo que estamos pensando y tampoco queremos enterarnos del significado de lo que sentimos en el momento mismo en el que lo sentimos. Si no fuera así, cualquier astrónomo se conmovería hasta las lágrimas cada vez que se entrega a la observación de las galaxias. Todo su cuerpo respondería, de una u otra manera, a la inmensidad que percibe. *Sentiría el universo*. En la otra dirección, cualquier místico se daría cuenta más o menos rápidamente de los condicionamientos psicológicos y neurológicos de la mayoría de sus experiencias y visiones. Aprendería gustosamente a viajar por las inevitables ilusiones de la psique.

Esta disociación entre significado y sensación, pensamiento y deseo es inherente a la inteligencia subjetiva–objetiva (tecnológica). Cuando está operando, nos parece esencial para la captación correcta de los significados que éstos se encuentren completamente desprovistos de cualquier “distorsión” sensorial o emocional. Al postular la absoluta independencia entre lo objetivo y lo subjetivo, el pensamiento cree que es posible—e incluso, necesario—aislarse por completo del cuerpo para llegar a la verdad. De esta manera, los procesos mentales han ido adquiriendo una apariencia incorpórea. Uno se pregunta cómo los científicos e intelectuales modernos pueden creer sinceramente que sus procesos mentales y teorías son absolutamente independientes del estado de sus cuerpos (sus niveles de excitación, lo que comen, cómo respiran), de los condicionamientos de la sociedad de la que forman parte, de los procesos biológicos de la evolución, etc.

De manera análoga, sabemos cuánto placer nos da el sumergirnos por completo en las sensaciones y hasta qué punto queremos ignorar sus significados. Estamos persuadidos de que el significar destruye la inefable textura del sentir. Sólo más tarde, quizás, tendremos la necesidad de comprender el contenido de una experiencia sensorial o emocional compleja

pero, en ese caso, la experiencia ya quedó en el pasado y, al recordarla, nos enredaremos en un sinfín de interpretaciones. Queremos sentir y sólo después pensar, o viceversa. Estas disociaciones son posiblemente funcionales para construir un automóvil o disfrutar de una película, pero son un enorme obstáculo para comprendernos a nosotros mismos y a todo lo viviente.

Esta modalidad disociada de la complejización es un efecto casi inevitable del bucle excitación-control. Si bien hasta cierto punto el pensamiento se ha hecho progresivamente más complejo y quizás podamos decir que gozamos de una creciente abundancia de símbolos e imágenes, es evidente que esto no ha resuelto la distancia entre cuerpo-pensamiento/inconsciente-consciente, tal como puede observarse en la vida concreta de científicos, teólogos, filósofos y artistas. La demostración concluyente de las limitaciones de este sistema disociado nos la dan fenómenos como el nazismo, que nos muestra, con dolorosa claridad, de qué manera el desborde más irracional e inconsciente de lo colectivo se produjo en la sociedad que albergaba a los mayores exponentes del pensamiento abstracto y de la sensibilidad estética de la época, no sólo en calidad sino en cantidad.

El *refinamiento disociado de la sensibilidad*, por un lado, y del pensamiento, por el otro, genera un abismo tal entre significados y sensaciones que impide la comprensión profunda de nuestros procesos psíquicos, tanto en lo individual como en lo colectivo.

Una vez que se toma por real la separación entre pensar y sentir, se ha adquirido un hábito. A partir de ese momento, el sistema nervioso se niega a explorar la verdadera complejidad de esta relación y, en cada uno de sus movimientos, es incapaz de utilizar simultáneamente la información que proviene de ambas vías. En el caso de que seamos plenamente conscientes del flujo de significados, las sensaciones y sentimientos codependientes de ellos permanece en un nivel no consciente. En el opuesto, cuando las sensaciones y sentimientos son muy intensos, no somos conscientes de las ideas y pautas lógicas sobre las que se apoyan.

La primera consecuencia de todo esto es que, por maravillosas que sean nuestras ideas, explicaciones o teorías, *no tendrán ningún poder para transformarnos psicológicamente*, por la simple razón de que no las sentimos realmente. La información que encuentra el pensar, cuando se mantiene disociado del sentir, carece de la intensidad suficiente como para ser realmente registrada por el cuerpo—no puede commovernos. Esto hace que el enorme caudal de inteligencia no consciente que circula en nosotros siga

operando con entera independencia de nuestras ideas conscientes, por acertadas que creamos que sean. Es evidente que cada vez que ambas corrientes de información se superpongan (que, para nosotros, parecería querer decir que se confunden), se generarán situaciones imposibles de manejar.

La consecuencia complementaria es que el entero sistema de sensaciones de base animal presente en nosotros no podrá madurar jamás. Para un neodarwinista, seremos eternamente predadores dotados de una inteligencia racional cada vez más compleja y, para un místico, deberemos necesariamente negar el cuerpo para poder expresar nuestro potencial “espiritual”.

La evolución biológica nos ha impuesto un conjunto de respuestas automáticas (reacciones) que fueron imprescindibles para la supervivencia. Las sensaciones ligadas al peligro, la huida, el ataque, la atracción, la pertenencia, etc., están regidas por automatismos; es decir, supuestos extremadamente rígidos acerca del contexto que las pone en actividad.

La modulación humana de estas sensaciones básicas se produjo gradualmente gracias a la captación de contextos más complejos. Si no supiéramos distinguir entre los contextos de guerra, medio social, familia y teatro, por ejemplo, cualquier señal de agresión provocaría sensaciones idénticas y las mismas conductas en respuesta a ellas. Es obvio que hemos aprendido a no salir corriendo de un cine por más que sintamos miedo, es decir, hemos aprendido, hasta cierto punto, a *significar espontáneamente sensaciones* (emociones, sentimientos).

Este es el aprendizaje más importante que debemos realizar en términos vinculares. Sin embargo, es muy visible hasta qué punto hemos privilegiado el aprendizaje intelectual, cognitivo y técnico por sobre el sensorial/vincular. Es más, damos por supuesto que no existe realmente un aprendizaje sensorial sistemático, una evolución inteligente de las sensaciones, y no nos damos cuenta de que su maduración es inseparable de cualquier incremento realmente significativo de nuestras capacidades cognitivas.

Esta tarea ha quedado en manos de las religiones y de los procesos de socialización que, como sabemos, se basan en el control de lo sensorial (represión y sublimación) y no en su verdadera maduración. La psicología moderna estaría en condiciones de enfrentar esta tarea, pero su énfasis principal aún está en lo patológico y por esa razón no se ha abocado con toda su energía a la indagación de los procesos que permitirían el acoplamiento

maduro de los procesos sensoriales con los cognitivos. Hemos empezado a poner atención a lo que llamamos inteligencia emocional y la importancia de la empatía, pero pareciera que estas “cualidades” deberían florecer naturalmente, y no indagamos con la profundidad necesaria en la *confluencia del sentir y el significar* como un aprendizaje imprescindible para la especie.

La hipótesis que sostengamos aquí es que la captación espontánea, es decir, *no conscientemente interpretativa*, del significado de lo que sentimos y la capacidad de sentir lo que pensamos pertenecen a un nivel de inteligencia que está más allá de la subjetiva–objetiva que hoy nos caracteriza. *La convergencia instantánea de ambas fuentes de información* (sensación–pensamiento, sentir–significar) es lo que habitualmente llamamos *insight* (ver [Meditación](#)).

En el *insight*, se rompen las membranas que separaban enormes caudales de información significativa. Es un vínculo súbito entre contextos que hasta ese momento se mantenían cuidadosamente separados. Pertenece a un nivel que está mucho más allá, tanto de los procesos intelectuales e interpretativos como de los catárticos (descarga). Por eso, su contenido es explosivo y transformador: desorganiza simultáneamente tanto una estructura completa de supuestos e ideas como un entrelazado complejo de sensaciones y deseos.

Habitualmente, tomamos al *insight* como un destello que no puede dejar de ser ocasional. No lo consideramos un estado de la inteligencia. La hegemonía del pensamiento y la imaginación (inteligencia objetiva–subjetiva) aísla casi por completo a ese nivel de inteligencia y, por esa razón, el *insight* sólo puede manifestarse como una ruptura súbita en la continuidad del proceso hegemónico. Uno de los aprendizajes más profundos que podemos realizar es el de registrar la presencia del *estado de insight* por debajo de la actividad continua del pensamiento subjetivo–objetivo. Esto es, *la base creativa de información* que la inteligencia divisiva fragmenta a través de sus condicionamientos, simplificaciones y estrategias.

En la afluencia masiva de información inherente al *insight*, existe una clara primacía de los procesos no conscientes sobre los conscientes. La velocidad de sus conexiones radica precisamente en que no depende de las lógicas aprendidas en la relación técnica con el mundo externo y de las pautas sociales de comunicación (lenguaje). El *insight* como estado sólo se hace presente cuando el sistema nervioso ha aprendido a desactivar el patrón yo y a reactivarlo cada vez que sea necesario. Es decir, cuando este patrón y la inteligencia que lo genera han pasado, de tener la hegemonía en todos los

procesos cerebrales, a mantenerse en el trasfondo de ellos.

Mente y vitalidad

Vemos entonces que excitación y simbolización, cuerpo y pensamiento, *deseo* y *cognición* están indisolublemente ligados. Nuestra mayor o menor capacidad para modular esta relación define los umbrales mecánicos que disparan nuestras reacciones y tiene consecuencias decisivas tanto para la acción y la vincularidad como para aquello que podamos ser capaces de pensar e imaginar.

Para el cerebro, toda percepción tiene significado y todo significado es adjudicado de acuerdo a la excitación depositada en lo percibido. En este sentido, la vida inevitablemente es símbolo para nosotros. Todo tiene algún significado pero éste está determinado recursivamente por la excitación corporal subyacente (ver [*El mundo de los significados*](#)).

El psicoanálisis ha podido ver, desde la perversión en adelante, hasta qué punto nuestras acciones están condicionadas por el exceso de excitación atribuido a un determinado recorte del campo perceptivo, y cómo esta excitación impide incluir la información proveniente de contextos más amplios o de un mayor nivel de sensibilidad.

En un sentido global, esto quiere decir que, no sólo en tanto individuos o comunidades, sino en tanto especie, estamos condicionados para percibir sólo *aquello que nuestro grado de excitación nos permite captar y procesar*. Este grado es, en última instancia, el que determina el horizonte de sensibilidad dentro del cual percibimos.

El hecho de que la psicología moderna se haya desarrollado en una dirección terapéutica ha influido decisivamente para que sus descubrimientos tiendan a limitarse a las llamadas patologías “individuales” o, a lo sumo, a las colectivas. Esto no le ha permitido aún dar el salto que la transformaría en una comprensión global del funcionamiento del sistema nervioso y de su potencial de florecimiento o complejización. La única experiencia humana que adoptó conscientemente esta dirección es el Yoga. Utilizo esta palabra de una manera muy amplia, incluyendo en ella no sólo a la conocida tradición hindú sino a las indagaciones del budismo, el taoísmo y las distintas corrientes desafortunadamente llamadas “ocultas” que, a lo largo de la historia, han expresado una dirección análoga en sus exploraciones.

La frase “vemos y sentimos sólo aquello que nuestra excitación nos permite ver y sentir” es el significado del concepto hindú de Maya, es decir, de la *compleja*

relación entre el pulso vital y la mente.

A lo largo de nuestra historia, las distintas tradiciones religiosas han intentado dar alguna respuesta a esta relación fundamental en la evolución terrestre. Modernamente, la psicología ha tomado sobre sí la responsabilidad de indagar en ella cada vez que se presenta de un modo aparentemente patológico en un individuo. La relación entre ideas y excitación en el plano colectivo (política, economía, relaciones sociales e internacionales, etc.) jamás ha sido abordada con verdadera seriedad. Hasta podríamos decir que carecemos por completo de las categorías y los elementos cognitivos necesarios para definir satisfactoriamente esta relación. Es evidente que existe una profunda ignorancia en todos nosotros acerca del vínculo entre la inteligencia viviente, biológica y los procesos mentales abstractos. La eclosión del reino de las máquinas hace que sea inevitable para nosotros abordar, en un futuro inmediato, la relación de los procesos mentales no biológicos con la inteligencia biológica humana y el conjunto de la vida terrestre. Sin embargo, aún estamos muy lejos de considerar seriamente la relación entre mente y vitalidad—cuán profundo, enigmático y creativo es este vínculo. Cuál es la verdadera dimensión de esta relación.

La indagación del Yoga ha ido mucho más allá de lo individual e, incluso, de lo colectivo en relación a esto. Ha ido más allá de lo humano. Maya se reveló para los grandes indagadores de la especie como una estructura que gobierna a las interacciones entre la vitalidad y el nivel mental en múltiples dimensiones. Lo *diferenciante* y *lo resonante* forman una maravillosa unidad. Reconocer esta íntima relación es algo tan asombroso como lo fue, para el pensamiento científico, la revelación del vínculo estructural entre los fenómenos de la electricidad y el magnetismo que hasta ese momento creía separados.

El pensamiento occidental por sí mismo no puede alcanzar este nivel de indagación: el horizonte de sensibilidad dentro del cual se mueve no le permite aún registrar la existencia de una intensa dinámica entre la vida y la mente a nivel planetario. Cualquier insinuación acerca de esta relación en niveles aún más amplios sería tomada como algo absolutamente irracional.

La rigidez de las simbolizaciones asociadas al caudal de excitación inherente a la civilización occidental es un enorme obstáculo para que los cuerpos/cerebros identificados con occidente desarrollemos la sensibilidad suficiente como para registrar los primeros destellos de la relación entre las inmensas dimensiones de la Mente y la Vida.

Nuestra excitación corporal actual nos permite tolerar tan sólo formulaciones intelectuales acerca de todo esto. La necesidad de alcanzar una calma profunda, o mejor aún, de desarrollar la capacidad de modular creativamente la excitación que nos permita percibir significados completamente diferentes del mundo interno/externo es algo muy difícil de comprender para los cuerpos de origen occidental. La hegemonía del pensamiento en el cerebro (resultado de un determinado nivel de excitación corporal) sólo nos permite referirnos intelectualmente al vínculo entre el deseo y la simbolización, como sucede en la psicología moderna. Salvo para esta dirección del pensamiento occidental, el deseo parece pertenecer a la esfera de la moral, y la simbolización, al ámbito de lo cognitivo. Aún no hemos podido encontrar una relación directa entre la vibrante *inmersión erótica del ser humano en el mundo y los procesos del pensamiento que llamamos “objetivo”*, sean éstos científicos, ideológicos, artísticos, filosóficos o tecnológicos.

Los desafíos más intensos que hoy presenta la evolución sólo pueden ser abordados por los cuerpos/cerebros que comprendan muy seriamente que es necesario un entrenamiento constante en la confluencia de todo aquello que la inteligencia tecnológica tuvo que separar. Este modo de la inteligencia teme intrínsecamente a los procesos vitales y, de hecho, su función es la de separarse de ellos para poder controlarlos.

Sin embargo, es imposible convertir a la conciencia o a lo viviente en objetos, por la simple razón de que formamos parte, o mejor dicho, somos esos “objetos”, y el intento de desdoblarnos para conocerlos en tanto tales es sólo un juego del pensamiento que no puede tener consecuencias realmente transformadoras (ver [*Inteligencia vincular*](#)).

El trasfondo sensorial del pensamiento

En el marco de esta disociación dominante, el entender se nos presenta como una actividad cerebral directamente ligada a las formas externas y a sus significantes abstractos. El modo exclusivamente intelectual de la búsqueda de significados implica encastrar, ubicar, asociar, etc. Es una dinámica computacional en base a distinciones más o menos nítidas.

En el sentir, en cambio, la información circula por resonancia: es procesada globalmente y se corresponde con un estado de apertura–dilatación de todo el organismo. Es corporalmente extensa. En el entendimiento/explicación, hay contracción–focalización, es decir, exclusión. Es una actividad corporalmente tensa acompañada por las sensaciones de diferenciación y claridad.

En el sentir, el organismo parece quedar completamente sumergido en una vivencia que connota como espontáneamente opuesta a la del entender. Distinción, diferenciación, claridad aparecen para nosotros en oposición a indiferenciación, contaminación, resonancia, éxtasis, flujo.

Ahora bien, el sentir y el entender, hasta cierto nivel, constituyen un doble movimiento contradictorio en el mismo plano que debemos aprender a contrastar creativamente (ver [Qué es mapear](#)). En ese sentido, es importante explorar atentamente la estructura real de este movimiento e ir más allá de su disociación aparente. La base del entendimiento es el sentir: siempre hay un sentir (un campo de resonancia o atmósfera de fondo) que regula de manera no consciente los límites de lo pensable o distinguible. Más allá de ese umbral, la capacidad de realizar distinciones parece perderse e irrumpen el conjunto de sensaciones y significados que el cerebro identifica como confusión e, incluso, locura. Esto genera de inmediato una reacción a través de la cual la mente procura acomodar o ubicar la pérdida del foco provocada por el estado anterior, incurriendo así en un exceso de distinciones (*simplificación*).

En general, como hemos dicho en los párrafos anteriores, hemos aprendido a disociar la atmósfera sensorial de fondo de los procesamientos intelectuales, de manera tal que estos no la perturben y puedan ignorarla, pero esto hace que el pensamiento pierda resonancia. Este relativo equilibrio es característico de nuestro actual pensamiento supuestamente objetivo y nuestras vivencias psíquicas aparentemente subjetivas.

Este pensar “claro y ordenado” de la mente externa depende, entonces, de un trasfondo de sensaciones y sentimientos equivalentemente “ordenados”. Una

vez que se ha comprendido que pensamiento y excitación (significado-sensación, conocimiento-deseo) son los dos lados de una misma estructura en continuo movimiento, podemos entrever el tipo de aprendizaje necesario para que la estructura completa cambie, y no sólo se modifiquen los extremos de la relación. Como hemos dicho, esta ha sido la dirección de indagación del Yoga (en sentido amplio). Una dirección muy difícil de comprender en su esencia para la mente occidental.

Para que ocurra una transformación real en el modo de significar, debe alterarse el entramado de sensaciones sobre el cual tal modo se sostiene y, para esto, es necesario que se haya revelado previamente el significado real de esas sensaciones.

Esto implica aprender aemerger de aquel tipo de sentir que el sistema nervioso connota espontáneamente como “ordenado”, ese sentimiento de orden es siempre pasado. Ese es el *trasfondo sensorial de los procesos mentales*, un conjunto de sensaciones que pudieron ser coherentizadas en un estado anterior. Esas sensaciones se preservan a sí mismas y procuran reorganizarse de manera continua incorporando acumulativamente las diferencias que las nuevas experiencias aportan al molde anterior.

Toda sensación de experiencia por parte de un experimentador es, en última instancia, la continuidad de aquellas sensaciones configuradas como “coherentes” a las que se le agrega nueva información. Si se pierde la sensación de coherencia o continuidad de sensaciones gratificantes o, por lo menos, conocidas, lo sucedido habrá ido más allá del umbral de identificación y quedará connotado como perturbador y finalmente inasimilable.

Las sensaciones desconocidas son tremadamente desconcertantes para un mamífero como nosotros. Cuando aparecen, estamos condicionados para que todos los elementos nuevos sean recordados, o pasen a formar parte de la “experiencia”, a través de una traducción amenazante, *como si no debieran haber ocurrido*. Esto es lo mismo que decir que son sensaciones desordenadas, desorganizantes o descontroladas que no forman parte de ningún orden posible y, en consecuencia, deben ser evitadas.

Este proceso de simplificación de la información reduce constantemente el caudal de sensaciones a un nivel dominado por el pasado, con sus *asociaciones y resignificaciones ad infinitum*. Las sensaciones del presente, con toda su vivacidad, se ven forzadas a entrar en el molde de las conocidas. Nuestro sentir es, en realidad, completamente virtual (imaginario). Es un

conjunto de sensaciones excluyente, cerrado o contraído que organiza la actividad cerebral a partir de los afectos inconscientes de fondo que deben permanecer inalterados. En este plano, el cuerpo/cerebro procura incesantemente volver a estabilizarse en los niveles de homeostasis conocidos y para ello sacrifica enormes caudales de información. Las sensaciones predominantes serán, en definitiva, las protectoras, reactivas, mecánicas que fijan inconscientemente un umbral de sensibilidad.

Apenas indagamos seriamente y con sinceridad, vemos que en realidad ese *sentir no registra la totalidad de la información que circula adentro/afuera, sino que se contrae para protegerse de ella*. Nuestra supuesta sensibilidad es, en realidad, una inmensa memoria de sensaciones, que se transforma continuamente de acuerdo a una matriz que no alcanzamos a significar. En última instancia, esto es lo que llamamos hábito, una actividad instintiva de segundo grado. No me refiero aquí a los hábitos personales. La observación atenta de estos procesos nos mostrará que *la inmensa mayoría de nuestras sensaciones “personales”, “únicas” y “exclusivas” responden a hábitos colectivos inconscientes*, son respuestas mecánicas a las instrucciones de lo que hemos denominado, al principio de este artículo, la matriz mental de cortes del flujo del pulso vital.

La potente inducción de sensaciones, emociones y sentimientos que nos provocan el cine o el entretenimiento en general surgen de esa matriz y la retroalimentan constantemente. Más tarde, en nuestra vida “personal”, repetiremos sin darnos cuenta las mismas coreografías buscando idénticas sensaciones, sin examinar jamás sus significados verdaderos. Es decir, sin advertir los patrones a las que pertenecen, con la consiguiente ceguera acerca de las consecuencias reales de nuestros actos. No me refiero simplemente a los actos que llamamos individuales, sino específicamente a la acción colectiva y civilizatoria, a nuestros actos como especie.

Una de las transformaciones más importantes en nuestros procesos mentales actuales es nuestra creciente capacidad *para reconocer patrones*. La explosión cognitiva implicada en la cibernetica proviene de esta capacidad, y su incorporación masiva a la vida cotidiana empuja inexorablemente a la mente en esta dirección. Los procesos mentales lineales se corresponden con la hegemonía de la manipulación y las máquinas relativamente simples. En esa actividad, todos los procesos de cambio pueden ser explicados a partir de la relación lineal causa–efecto. La cibernetica está alterando muy rápidamente esta lógica básica, puesto que en ella todo es retroalimentación, recursividad,

algoritmos y auto-organización.

Pero para que ocurra un verdadero crecimiento psicológico, y no sólo tecnológico, es preciso que aprendamos a reconocer no sólo patrones mentales sino, sobre todo, patrones sensoriales (emocionales, sentimentales y de conducta). En una indagación seria, esta tarea no puede ser dejada a la psicología, por la simple razón de que sus descubrimientos se convierten enseguida en explicaciones e interpretaciones externas. *Cada sistema nervioso particular debe tomar sobre sí la tarea de descubrir los patrones colectivos del sentir que confundimos con “nuestras” sensaciones.* Sólo una vez que el sistema nervioso se mueve en la doble dimensión de los patrones cognitivos y los patrones sensoriales y aprende a reunir toda esta información en un solo flujo, puede realmente producirse un salto en la estructura pensamiento-deseo (ver [*Nosotros, los Biomecas*](#)).

El centro crea su propio opuesto

En el interior del sistema inconsciente de hábitos o de identidad de sensaciones, se produce una clara y sistemática exclusión de información que nos impide sentir en el presente lo que realmente ocurre. Simbólicamente, podemos imaginar a esta actividad como la construcción continua de una cerca o cuadrado, cuyo poder de exclusión le permite al cerebro reconstruir constantemente la sensación de control en la que se ubica como centro o foco organizador del mundo circundante. Esa es la atmósfera sensorial y emocional-sentimental subyacente al pensamiento objetivo-subjetivo (inteligencia tecnológica) que genera al yo como estructura (ver [Inteligencia vincular](#)). Esa atmósfera que envuelve al centro es recuerdo, y ese es el sustrato del mundo aparentemente extenso e imaginariamente infinito del conjunto caleidoscópico de transformaciones que llamamos pensamiento e imaginación.

Este nivel de sensibilidad es defensivo en su base, por eso aborrece la incertidumbre y la inestabilidad, es decir, todo aquello que escape a su control. Debemos reconocer dolorosamente que este nivel de inteligencia/sensibilidad le teme a la relación como tal, así como a cualquier información o estímulo que no pueda ubicar de inmediato de manera coherente dentro de “su mundo”.

Desde el punto de vista simbólico, se suele asociar la figura del triángulo con procesos inversos a los anteriores: con la inestabilidad, la apertura, el movimiento indefinido, la fluidez, la circulación y, por lo tanto, con una menor tensión. Sin embargo, todo esto *significa cambio continuo e imprevisible para el sistema focalizado*, lo cual pone inmediatamente en actividad al conjunto de sensaciones que asociamos con el peligro y la desorganización. La circulación libre de la información tensa de manera inevitable a la inteligencia centralizada.

La conciencia focalizada (base del yo) acepta naturalmente la existencia de un opuesto frente a sí y lo ubica de inmediato en una diáada lineal de deseo-enfrentamiento. *La existencia de un opuesto es, en realidad, una necesidad del centro*, una creación suya. El opuesto organiza al centro. Pero este nivel no tolera *sensorialmente* la exigencia de descentramiento que implicaría la aparición de un tercer polo imposible de ser ubicado espectralmente, es decir, como un opuesto frente a sí (ya sea deseado o temido). Cuando éste aparece, el centro se las arregla para simplificar la situación buscando o imaginando *alianzas* o *compartimentaciones* que le permitan regresar a su modo binario de procesamiento.

El nivel animal del cerebro genera estrategias de un modo continuo con el fin de preservar su existencia biológica. Para esto, debe simplificar la información y ubicarla instantáneamente en el contexto de “amiga” o “enemiga”. *Toda estrategia presupone la polarización continua del flujo de información* como consecuencia de la necesidad de preservación o continuidad del centro generador de la estrategia.

Esta actividad inconscientemente simplificadora tiene un claro sentido en el nivel biológico, pero, en la evolución del animal mental, esta actividad se continúa a sí misma con igual mecanicidad, no para preservar la vida del organismo, sino para la supervivencia de todo aquello con lo que se ha identificado psíquicamente: recuerdos, deseos, proyectos, heridas, temores, imágenes y sueños heredan las antiguas estrategias binarias de supervivencia y las hacen cada vez más sofisticadas.

El anhelo de estabilidad y la necesidad de un contexto psíquico previsible son consecuencias inmediatas de la actividad de la inteligencia controladora. Esta inteligencia acepta solamente los cambios que ha anticipado y de alguna manera deseado, pero se siente desbordada si debe procesar un flujo de información siempre cambiante. La lógica del cambio se encuentra en conflicto irreversible con el anhelo de permanencia–exclusión inherente al sujeto que supuestamente debe controlar el mundo de objetos.

Lo que llamamos “cambio” aparece como un elegante conjunto de secuencias sólo para sistemas plenamente sensibles al movimiento. Es decir, en aquellos en los que ha florecido un procesador de información que podemos llamar triangular: vinculante, incluyente, oscilante, capaz de contener dentro de sí a las acciones y reacciones que la dinámica creación–resonancia–destrucción genera en un mamífero como nosotros. En este nivel, lo que aparecía antes polarizado entre antagonismo y cooperación se percibe ahora como espontáneamente complementario.

Pero esto le exige al organismo y al procesador de sus estados internos (cerebro) permanecer abierto a un registro continuo de informaciones nuevas, lo cual atenta de manera inevitable contra el trasfondo de sensaciones generadas por el foco–centro con su patrón excluyente de coherencia (claridad).

Triangular es vincular, lo cual produce necesariamente descentramiento, mayor elasticidad y plasticidad. Pero el punto clave de la triangulación es que *disuelve las reacciones automáticas de diferenciación/identificación entre un*

polo y otro. El incesante movimiento binario que genera espontáneamente las sensaciones sujeto–objeto, interior–exterior, deseo–temor, bueno–malo, superior–inferior, recuerdo–anticipación, etc.

El trasfondo emocional de esta mecanicidad reactiva debe ser explorado en profundidad y llevado a la superficie de los procesos mentales hasta que todos sus matices se hayan manifestado. En última instancia, aquí se hace presente la confusión corporal inevitable ante la complejidad del mundo, que sólo el amor como atmósfera cerebral de fondo permite conjurar.

Si no se produce esta transformación, el entretelido infinito de inteligencias y sensibilidades del que participamos será connotado por el nivel de los instintos y hábitos (estrategias) como confusión, invasión, peligro, posesión e, incluso, con las paranoides sensaciones de sentirse devorado, habitado, tomado, disuelto, sometido, etc. Esta es, en última instancia, la lógica de la alimentación (la cadena trófica), la cual se activa de inmediato ante cualquier diferencia vincular que el cerebro identifique como excesivamente asimétrica. La convergencia armónica de múltiples dimensiones, tanto en lo “externo” como en lo “interno”, no puede manifestarse en nosotros hasta tanto no hayamos disuelto intelligentemente la lógica/sensación de antagonismo, en el contexto del amor como fundamento perceptivo.

[Meditación](#)

[El mundo de los significados](#)

[Inteligencia vincular](#)

[Qué es mapear](#)

[Nosotros, los Biomecas](#)



El despliegue de las epistemologías

La neurobiología contemporánea ha tomado conciencia de ciertos hechos que las más antiguas tradiciones de indagación en los misterios de la realidad descubrieron hace miles de años: que el cerebro, o los sistemas nerviosos en general, no realizan una representación espectral del mundo externo, sino que sus operaciones responden a la presencia de un *acoplamiento estructural cerebro–universo*. El pensamiento científico moderno ha comenzado a percibir la existencia de un complejo sistema de correspondencias mediante el cual la actividad del cerebro articula los estímulos sensoriales en un todo coherente. La existencia de estructuras a priori que organizan la información proveniente de los sentidos ha dejado de ser una idea mística o filosófica, para convertirse en un concepto biológico. *Ningún sistema nervioso genera una representación directa del mundo, sino que organiza la información proveniente de los sentidos a través de una matriz de acoplamiento entre lo interno y lo externo.*

La relación entre aquello que percibimos como externo a través de los sentidos y los componentes a priori que el cerebro selecciona evolutivamente para articular la percepción es quizás el misterio más profundo que podamos abordar.

La ciencia moderna (Antonio Damasio) utiliza la misma palabra que las tradiciones ocultas han empleado para simbolizar este acoplamiento: *correspondencias* entre lo interno y lo externo.

Desde la perspectiva en la cual están escritos estos artículos, los patrones neurales que se forman en el cerebro de acuerdo al menú de correspondencias del que dispone evolutivamente son una consecuencia del complejo acoplamiento “adentro/afuera” que constituye la estructura *psiquis–cosmos* (ver [*Psiquis y cosmos*](#)).

La posibilidad de que una cantidad inédita de seres humanos se interesen apasionadamente en la dinámica de la relación entre lo interno y lo externo y que empiecen a registrar que aquello que observa y lo que es observado forman parte de un único e inmenso movimiento a escala planetaria, y posiblemente galáctica, es lo que motiva todos estos artículos. Examinemos ahora algunos aspectos de esta dinámica.

Partamos del hecho de que toda actividad perceptiva en el ser humano es siempre social, es decir, interactiva. Los cerebros en sociedad acordamos de manera inconsciente que nuestras percepciones coinciden o, más

rigurosamente, *las estructuras de correspondencia adentro–afuera con las cuales percibimos el mundo evolucionan colectivamente*.

Estos modos colectivos de percibir constituyen epistemologías¹⁴ que articulan el mundo de manera compacta. Dado que su origen es inconsciente, los acuerdos que organizan el contexto perceptivo de cada cerebro individual dentro de una comunidad operan como velos imperceptibles para el perceptor.

Una vez establecida la existencia de estas *estructuras comunales de percepción*, de base claramente biológica y socialmente articuladas, podemos ver que ellas se han desplegado a lo largo de la historia en la diversidad de las experiencias humanas.

Estas epistemologías–velos forman parte del inmenso movimiento que hoy llamamos evolución, es decir, no surgen de manera aleatoria en tanto construcciones autónomas de la mente humana, como algunas corrientes modernas de pensamiento postulan, sino que responden a procesos que están mucho más allá de nuestro control.

Cada epistemología particular, desde las tribales hasta las de las civilizaciones modernas, expresa alguna capa de ese complejo y misterioso sistema de correspondencias que articula evolutivamente aquello que para los sistemas nerviosos aparece como lo externo y lo interno. La existencia de esta trama multidimensional (cuántica, neuroquímica, sináptica, simbólica, arquetípica, mitológica—según sea el nivel en la que la queramos enfocar) constituye el misterio mismo de la percepción.

Estas estructuras, bajo las cuales se nos aparece lo “real” a través de la historia y las distintas culturas, parecen estar dispuestas en una serie de capas que pueden ser visualizadas como una flor con múltiples hileras de pétalos que se despliegan de acuerdo a patrones que desconocemos. Cada vez que florece una de estas posibilidades evolutivas de la percepción, permanece latente por debajo de ella un indeterminado conjunto de epistemologías.

A cada epistemología/hilera/velo le es inherente un horizonte de sensibilidad (ver [La transformación de la Tierra](#)). Más allá de ese horizonte, no hay posibilidad alguna de percepción para los seres humanos que de ella participan. Aún no se ha desarrollado la sensibilidad suficiente como para registrar la presencia de información.

El despliegue de la flor de acoplamientos adentro–afuera posee una transparencia relativa. La dinámica evolutiva hará que, tarde o temprano,

cualquier epistemología se revele como una *consciencia opaca* que vela a aquellas que se exteriorizarán oportunamente.

Podemos pensar que cada capa, al mismo tiempo que vela, incuba un nuevo nivel en su interior. En el momento en que la epistemología plenamente desplegada o prevaleciente haya agotado su experiencia o revelado su relativa inconsistencia, una nueva comenzará a pujar para manifestarse a través de sus grietas.

En este proceso, la consumación de un velo ocurre cuando el conjunto de dobles ligaduras generadas por la limitación de sus supuestos somete a lo colectivo a una presión insopportable. Una nueva visión, proveniente de un conjunto diferente de supuestos, debe aparecer para dar cuenta de *un nuevo acoplamiento psiquis-mundo*, eventualmente más exitoso en términos adaptativos o más *significativo* en términos vinculares.

Al principio, la nueva capa perceptiva parecerá ser sólo un “desgarro” o una “rajadura” en la anterior. Esto quiere decir que por mucho tiempo no será experimentada como un fenómeno colectivo sino que aparentará ser un nuevo tipo de conciencia presente sólo en algunos “individuos” particulares.

Estos “cerebros pioneros” se darán a sí mismos distintas explicaciones acerca del origen de sus percepciones y de sus discrepancias con la percepción dominante pero, en general, en esta etapa del despliegue, estos destellos no aparecen como una *estructura global (arquetípica)* sustitutiva de la anterior.

Sin embargo, tarde o temprano, un número creciente de seres humanos resonará con la nueva visión hasta que ésta precipite de forma masiva como una nueva cultura (*epistemología colectiva*) o, por lo menos, como una subcultura o tendencia interna de la epistemología dominante.

La exteriorización de la nueva epistemología (la nueva articulación “adentro-afuera”) entrará necesariamente en conflicto con la epistemología anterior. Como dijimos más arriba, esa conciencia-velo, que en términos de percepción secuencial pertenece al pasado, opera como un envoltorio que incuba a la nueva, como una conciencia-madre que contiene y retiene a la vez a aquella que está poremerger y diferenciarse de ella. Desde el punto de vista social, tendremos un tiempo de transición durante el cual los abismos perceptivos entre grupos e individuos serán tan grandes que parecerán coexistir épocas diferentes dentro de una misma sociedad o civilización.

La conciencia emergente es una nueva mitología como todas las que le

precedieron, pero en la medida en que se despliega, necesita definirse a sí misma como la verdad última en contraposición a la “evidente falsedad” de las epistemologías anteriores (ver [Mitología y sincronicidad](#)).

En los “cerebros pioneros” en los que se manifiesta esta diferenciación, se producirán profundos desgarramientos de alguna manera equivalentes a las tensiones sociales que ocurrirán más adelante. Las dimensiones de estas crisis individuales pueden anticipar las convulsiones colectivas del futuro. En el nivel individual, a medida que se incrementan los destellos de la nueva percepción, el “cerebro pionero” entra necesariamente en conflicto con las formas perceptivas del pasado que predominan en su sociedad.

La diferenciación se experimenta psíquicamente como una amenaza, por cuanto es inevitable que el individuo pierda completa o parcialmente la sensación protectora de pertenencia a la manada que aún se encuentra identificada con el velo anterior. *El nivel mamífero del cerebro siente un profundo temor ante cualquier diferenciación perceptiva, puesto que está programado para traducirla como el presagio amenazante de una expulsión de la comunidad.* Esto genera una fuerte oscilación inconsciente en todos aquellos en que se produce la diferenciación. Por un lado, los impulsa a regresar a la conciencia madre y buscar refugio y seguridad en los antiguos supuestos—aunque en otro nivel éstos sean percibidos claramente como ilusorios. Por el otro, aparece una urgencia tendiente a la diferenciación absoluta de la epistemología dominante.

En general, este proceso hace que los “cerebros pioneros” se polaricen de manera antagónica con casi todos los supuestos anteriores, y logra que la diferenciación pierda gran parte de su riqueza y, al mismo tiempo, se exagere la semejanza de percepciones con otros supuestos o reales “cerebros pioneros” para generar lo más rápidamente posible una nueva sensación de pertenencia.

Observar y comprender este período de transición epistemológica o arquetípica es de extrema importancia, por cuanto es en este momento que el nuevo paradigma corre el riesgo de quedar atrapado en el antagonismo y convertirse en una mera reacción al pasado que, de esta manera, seguirá viviendo como un oscuro molde limitante y empobecedor. ¿Cuántas restricciones le imponen al pensamiento científico moderno su polarización de origen con el pensamiento religioso medieval? ¿Cuántas le impone a éste su debate con el paganismo, y así sucesivamente?

La oscilación antagónica y el anhelo de pertenecer rápidamente a una nueva comunidad perceptiva son fenómenos inherentes a toda diferenciación en sus fases iniciales y deben ser examinados mucho más profundamente para evitar consecuencias empobrecedoras.

El aprendizaje humano

La indagación en el despliegue de los pétalos de la flor de las epistemologías, tanto en el nivel global como en el de los individuos, es una de las grandes tareas que debemos enfrentar como especie. A lo largo de la historia, innumerables seres humanos atravesaron estas experiencias de diferenciación y un número indeterminado de individuos y grupos dedicaron sus vidas a aprender acerca de este proceso. Desde la perspectiva contemporánea, esta indagación ha quedado del lado de la mente visionaria con todas sus limitaciones y las críticas que recibe de la mente objetiva. Sin embargo, este es un malentendido. Esta investigación sólo puede ser encarada seriamente por aquellos en los que convergen las dos tradiciones de la mente ([Tendencias de la mente](#)).

Profundizar acerca de todo esto no expresa un confuso anhelo de escapar de las complejidades del mundo objetivo, sino que responde a la necesidad imperiosa que tiene el sistema nervioso de comprenderse a sí mismo. La estructura del cerebro y la naturaleza de la inteligencia son desafíos que el lado científico de la mente está obligado a abordar. Tarde o temprano, la presión evolutiva forzará a aquellos en los que predomina esta tendencia mental a aceptar el riesgo de ir más allá de lo objetivo, sin temor a perder el rigor inherente a esta tradición. Aprender a procesar información *incluyendo al observador como un aspecto de lo observado* implica un salto que la mente científica no sabe aún cómo dar, pero que no podrá ser eludido por demasiado tiempo. En la otra vertiente, la aún incipiente psicología moderna ha hecho una tarea extraordinaria destinada a influir poderosamente en todas las personas de propensión visionaria. Aprender a ir más allá de las traducciones imaginarias que los condicionamientos sociales, psicológicos y biológicos imponen al cerebro es una tarea que tampoco se puede eludir.

Despertar significa un estado de conciencia en el que el cerebro está plenamente alerta en el presente; es decir, en el que es capaz de captar los cambios de contexto de manera espontánea. Postular la existencia de cualquier absoluto implica la fijación permanente de una variable. Este artificio permite ordenar irreflexivamente a todas las demás variables, para que la mente descance en la certeza de que el contexto en que se mueve no habrá de cambiar. Cada vez que eso sucede, el cerebro se adormece e inevitablemente cae en ensoñaciones. Que no existan variables fijas no significa relativismo, como los amantes de lo absoluto gustan argumentar, sino simplemente que el cerebro está operando en un estado de atención plena. Sólo en la

incertidumbre el sistema nervioso goza de la suficiente vivacidad como para sintonizarse con el movimiento holístico de la inmensidad (ver [Meditación](#)).

Forma parte de la naturaleza de nuestro tiempo que la confluencia entre las dos grandes direcciones complementarias en las que nuestra mente se dividió se produzca en un gran número de seres humanos. De allí, están surgiendo indagaciones de enorme profundidad destinadas a cambiar el contexto de toda la reflexión humana.

En la situación planetaria actual, las distintas civilizaciones, previamente aisladas o en abierto conflicto, se ven forzadas a confluir. Todos los aprendizajes humanos acerca de la realidad, desde las civilizaciones aparentemente más complejas hasta las culturas supuestamente más simples, se están fusionando. Esto toma la forma de una enorme destrucción de tradiciones particulares, pero si somos suficientemente inteligentes en la manera de dar este paso, veremos que es el necesario para que se produzca la primera gran síntesis epistemológica de la mente humana.

Nuestra época muestra, quizás como ninguna otra, el abanico de las múltiples epistemologías. Diferentes épocas históricas aparecen desplegadas en el espacio en una clara distribución cuatridimensional (espacio–temporal). La dinámica psíquico–arquetípica de la historia humana aparece casi enteramente desplegada ante nosotros. Más allá de los conflictos que genera en *lo externo* la interacción obligada entre las experiencias que crecieron en el aislamiento, la observación atenta y sin juicio de toda la estructura puede provocar en nosotros un auténtico destello de *autoconsciencia humana*. En la medida en que podamos sentir y no sólo pensar los múltiples aprendizajes realizados por las más variadas tradiciones como un solo y maravilloso movimiento, esto se reflejará en *lo interno* y despertará un profundo sentido de humanidad en el sistema nervioso.

Es una sola inteligencia la que aprende a través de sus múltiples y aparentemente contradictorias experiencias. En este nivel, todos hemos sido chinos, hindúes, medievales, papúas o bosquimanos. La flor de la experiencia humana posee una inmensa belleza y, cuando se siente, aunque sea por un instante, comienza a revelar una coherencia imposible de captar con los recursos de la mente externa. Pueden comenzar a revelarse entonces los patrones que ordenan las transformaciones tanto externas como internas de la mente. Las relaciones entre experiencias civilizatorias, religiosas y nacionales aparentemente casuales desde lo externo pueden aparecer así como consecuencias lógicas de los movimientos de una matriz de enorme

profundidad.

Estamos diciendo que el entretejido de la diversidad de las experiencias humanas es un aprendizaje global, un oleaje rítmico que va de lo externo a lo interno y viceversa. Indagar con toda seriedad en este proceso tiene importantes consecuencias para la comprensión de lo específicamente humano en el contexto de la inteligencia planetaria. En este momento, están surgiendo visiones cada vez más ricas de la experiencia global de la humanidad que seguramente tendrán un fuerte impacto en la manera de entender las experiencias socio-históricas. Sentir la dinámica de *nuestro aprendizaje como humanos* y captar aunque sea tentativamente los patrones que la ordenan es una necesidad psíquica y, más aún, biológica. Responder cada vez más activamente a esta necesidad es lo que le está ocurriendo a un número cada vez mayor de seres humanos en nuestra época.

En todos los tiempos ha habido individuos que habitaron en la frontera epistemológica de la civilización. También existieron aquellos que quebraron ese horizonte y se convirtieron en pioneros de una epistemología o estructura arquetípica inimaginable para sus contemporáneos. Y en todos los tiempos han existido y existirán los que aprenden a viajar a través de los pétalos de la flor, tanto hacia “adelante” como hacia “atrás”. Navegando en el interior de la mente, formando parte de los tejidos precursores de las futuras exteriorizaciones planetarias (ver [En el interior de la Mente](#) y [La transformación de la Tierra](#)).

II

Estamos hablando, entonces, de una triple diferenciación. Por un lado, el inevitable desprendimiento de los velos colectivos dominantes en un período dado, que será claramente presentido por aquellos que se mueven en la frontera. Por el otro, la actividad precursora de los “cerebros pioneros” que han ido más allá de ese horizonte y encarnan una nueva percepción que habrá de estabilizarse en el futuro. Y, finalmente, aquellos organismos que viajan a través de las múltiples capas de la flor. Ellos forman parte de tejidos inteligentes que se desplegarán en los insondables tiempos de la evolución planetaria. La primera y la segunda diferenciación, en términos individuales, expresan lo que la psicología junguiana ha llamado *proceso de individuación*. Este proceso describe las fases iniciales de la tercera diferenciación, que en el lenguaje tradicional se denomina *proceso de iniciación*. Este es un sólo movimiento en realidad y, en las dos denominaciones, está presente el riesgo de comprenderlo como un evento individual y excepcional. Uno de los objetivos

de estos escritos es que nos dispongamos a considerar todos estos procesos como movimientos globales, en los que cualquier singularidad es tan sólo una variante creativa de un entramado multidimensional.

Más allá de la reproducción

Cada vez que una nueva percepción se estabiliza, el aparente conflicto entre las epistemologías cesa: el nuevo contexto perceptivo se muestra como *la flor y el fruto* de todo el proceso anterior con sus millones de años de profundidad.

Pero para sondear en el significado de estas diferenciaciones a nivel planetario y no simplemente en tanto hechos humanos, es preciso abordar una aparente paradoja.

Desde el punto de vista biológico, el destino natural de todo fruto es el de devolver sus semillas al suelo (el pasado) a fin de renovar cíclicamente la propia especie. Pero en el nivel que estamos sondeando, es muy posible que "las semillas" no estén destinadas a regresar al suelo del que provienen sino a ser absorbidas en una dimensión completamente diferente.

La espiga de trigo es, quizás, el símbolo más indicado para profundizar en esto. Cada espiga contiene una gran cantidad de semillas, pero el destino de muchas de ellas no será el de reproducirse en nuevas plantas, sino el de transformarse en algo muy distinto: el pan. Desde el punto de vista del trigo, las semillas son arrebatadas por una fuerza incomprensible que les impide realizar su destino "natural". En esta imagen, es evidente que el trigo no puede acceder a un sentido mucho más profundo de su ser, como el de alimentar y enriquecer a otras dimensiones que están mucho más allá de su horizonte. Será el agricultor o el panadero (la otra dimensión) quien se ocupará de destinar algunas de las semillas recolectadas a la generación de nuevas plantas, es decir, a la renovación cíclica del pasado.

Descubrir que una de las direcciones del proceso evolutivo es la de ser absorbidos por dimensiones inimaginables desde la experiencia humana anterior implica un salto de enormes proporciones. Desde esta perspectiva, el destino de la sociedad en general y el de cada civilización en particular es el de servir de incubadora para espigas/semillas (cuerpos/cerebros en red) cuya acción no habrá de retornar inmediatamente sobre la humanidad o la civilización para su mejoramiento, sino que será absorbida por otros niveles con fines incomprensibles para nosotros los humanos.

Por esta razón, en el proceso que estamos describiendo llega un momento en el que el cuerpo/cerebro debe *liberarse de la mente que hemos definido colectivamente como humana*, con todos sus valores tendientes a la continuidad de la especie, los cuales lo atan inconscientemente a proseguir con

la dinámica de la civilización.

El sistema nervioso libre no tiene en sus prioridades el preocuparse por el destino de la sociedad. No siente que debe retornar a ella. No se convierte en un servidor o salvador de la humanidad en el sentido en el que ésta lo interpreta, puesto que estos son arquetipos dentro de los valores de la mente humana de la cual se ha diferenciado. Ese cuerpo empieza a responder a las necesidades de la inteligencia planetaria y de las dimensiones de la cual ésta proviene.

Desde esta perspectiva, la civilización ideal es aquella que genera la mayor cantidad y calidad de cerebros libres. No son esas semillas/cerebros las que se deben ocupar por el futuro específicamente humano, sino que la evolución seguirá cultivando a su manera las civilizaciones como surtidores de nuevas espigas/semillas para la vida de la Tierra y de los sistemas de los que forma parte.

En lo concreto, esto implica un paso decisivo para el organismo particular en el que la transformación perceptiva se ha producido. A partir de determinado momento, parece quedar suspendido entre dos “atracciones gravitatorias” radicalmente opuestas: permanecer inmerso en las construcciones humanas que inevitablemente convergen en el mejoramiento de la sociedad como fin en sí misma (tendencia a la reproducción) o liberarse por completo de ellas y dejarse llevar hacia dimensiones absolutamente desconocidas. Evidentemente, esta no es una opción y, menos aún, una alternativa antagónica. Los niveles globales siempre contienen a los “anteriores” en la evolución y su acción es espontáneamente benéfica para ellos. Pero la tensión se experimenta con una fuerza tremenda en el momento en que el organismo se da cuenta de la potencia real de los condicionamientos biológicos y las programaciones sociales que operan en su interior. Descubre hasta qué punto “su” cerebro está controlado por la inercia biológico-cultural, aquello que algunas tradiciones han llamado *karma* con su tendencia mecánica a reproducirse indefinidamente.

Este control innato hace que los seres humanos dediquemos toda nuestra energía a la *reproducción de formas*, sean éstas biológicas o culturales. La *verdadera diferenciación* que da sentido a cada una de las precedentes es entrevista por primera vez sólo a partir de este momento. Todas las sensaciones y creencias acerca de la libertad y las diferenciaciones anteriores serán percibidas en ese instante como un camino preparatorio de ilusiones necesarias que deben ser agotadas. Una evolución en la conciencia pero no una evolución de la conciencia.

En ese momento, el cuerpo/cerebro puede percibir que todas las equívocamente denominadas “expansiones de conciencia” han sido sólo el efecto de sucesivas emancipaciones del entramado *bio-colectivo-simbólico*, cada una de las cuales permitió una sintonización más profunda con niveles de inteligencia que están mucho más allá de lo humano, tal como hoy nos definimos a nosotros mismos.

No existe civilización ideal más allá de aquella que pueda satisfacer cíclicamente las necesidades planetarias de disponer de un campo fértil para los propósitos del sistema en el que la Tierra está incluida.

En este punto, se produce una tensión muy fuerte y específica en el sistema nervioso, puesto que la evolución ha desarrollado cerros complejos (circuitos neuronales excluyentes) a fin de conservar la acción de la inteligencia dentro del caudal de necesidades (valores) de *la especie y no del planeta*. Menos aún del Sistema Solar.

La primera creencia a disolver es aquella de que el cerebro está exclusivamente programado para satisfacer las necesidades del cuerpo particular del que forma parte. Los neurobiólogos aún están convencidos de ello. En este estadio psicológico, el yo cree ser el centro dominante y controlador de las actividades del organismo. Con dolorosa dificultad, vamos comprendiendo que, en realidad, nuestros actos individuales más significativos y nuestras percepciones más diáfanas *surgen de una profundidad no consciente* que trasciende por completo cualquier necesidad o proyecto particular. Desde el punto de vista colectivo, estamos comenzando a considerar seriamente que cada sistema nervioso particular está sintonizado con las necesidades reticulares o “ecológicas” de una trama mucho más vasta: la de la especie como organismo terrestre.

El sistema nervioso en su conjunto debe dar un salto, en el sentido de comprender que *la reproducción ya no es el camino, ni en sentido biológico ni en sentido psicológico o expresivo*. Esto incluye todos los arquetipos ligados a la familia, los del sacerdote-maestro-salvador como transmisores de pautas de conducta a seguir e imitar, y todos aquellos tendientes a la creación de formas y modelos. Esto no significa que un ser humano no deba tener hijos, transmitir su experiencia a los demás o crear emprendimientos u obras útiles o valoradas por la sociedad. Pero, a partir de determinado nivel de inteligencia y sensibilidad, es evidente que estas actividades son secundarias y eventualmente accidentales: forman parte de los efectos automáticos de procesos mucho más profundos, pero que, por esa razón, no capturan la

atención directa de la inteligencia.

[*La transformación de la Tierra*](#)

[*Psiquis y cosmos*](#)

[*Mitología y sincronicidad*](#)

[*Tendencias de la mente*](#)

[*Meditación*](#)

[*En el interior de la Mente*](#)



El espejo

Los distintos artículos que componen este libro convergen en una misma dirección: hacia la apertura de un espacio en el que podamos indagar con extrema seriedad en el misterio de la relación entre aquello que percibe y lo que es percibido. Para eso, es preciso que cada uno de nosotros traspase el umbral ilusorio de la inteligencia personal y se disponga a experimentar la confluencia de todas *las tendencias que habitan la mente humana*. En la medida en que las grandes oposiciones que se sostuvieron en el antagonismo a lo largo de la evolución se entrelazan, a través de triangulaciones y dobles ligaduras, como vimos en *Qué es mapear*, las relaciones entre significado y sensación, deseo y significado, lo particular y lo universal, etc., se alteran decisivamente (ver [*Maya*](#) y otros). Los condicionamientos biológicos de nuestra inteligencia empiezan a revelarse, no como el resultado de una investigación objetiva, sino como *un darse cuenta de esa misma inteligencia que en su despliegue (evolución) se abre a contextos cada vez más amplios y profundos de sí misma*.

El capullo de las correspondencias entre lo interno y lo externo se nos revela en un movimiento en el que lo que hasta entonces diferenciábamos como cognitivo, erótico y creativo empieza a mostrarse como tres aspectos de lo mismo (ver [*El despliegue de la epistemologías*](#)).

Las primeras manifestaciones externas de la inteligencia terrestre se expresan a través de esos complejos sistemas de procesamiento y coordinación que llamamos “instintos”, los cuales surgen como consecuencia del aún (para nosotros) misterioso aprendizaje que se produce en el nivel genético de los códigos. Pero para que cada organismo particular pueda disponer de lo allí aprendido, es necesario que sus capacidades se vean actualizadas mediante la percepción de determinados estímulos *externos (acoplamientos estructurales)* que tienen el poder de ponerlas en actividad. La etología ha estudiado este seteo, actualización o configuración de conductas latentes, y nos ha mostrado cómo los instintos requieren de la presencia activadora de alguna imagen externa para dispararse (la madre, el predador, el macho, la hembra, etc.). Sabemos también que, por ejemplo, mientras los pichones permanecen en el nido, registran perfectamente los movimientos del Sol y los dibujos de las estrellas. En este caso, la secuencia temporo-espacial de los días y las noches actualiza las capacidades implicadas genéticamente en sus sistemas nerviosos para su futura orientación en el vuelo. *El aprendizaje*

realizado al nivel de la evolución es configurado y puesto a disposición del organismo individual gracias a la percepción de determinadas imágenes—marcadores de contexto—que se hacen absolutamente necesarias para su actualización.

En el animal humano, el prodigo del lenguaje se configura de una manera análoga. Es el asistir o el “participar” de un determinado número de conversaciones entre adultos lo que súbitamente dispara en el niño la capacidad de hablar, y pone a su disposición la estructura fundamental de ese lenguaje particular.

La separación que aún sostenemos a nivel colectivo entre los aprendizajes cognitivos y los sensoriales/vinculares ha provocado que la indagación holística de los fenómenos que ponen en actividad las estructuras psíquicas latentes en el ser humano haya sido dejada casi completamente de lado. Algunos intentos de la psicología moderna son los únicos que se abren paso en esta dirección.

En la otra vertiente, *la tradición visionaria* atesora una experiencia mucho más profunda acerca de todos estos fenómenos, pese a que en su mayor parte su conocimiento se encuentra casi completamente cristalizado y sin validación alguna por parte de la tendencia objetiva de la mente. Para esa tradición, los rituales se relacionan directamente con estos procesos. Allí donde ellos se encuentran relativamente vivos aún, es posible apreciar cómo su diseño se basa en la comprensión de que el hecho de percibir determinadas imágenes/estímulos en contextos muy específicos dispara disposiciones psíquicas latentes en el perceptor.

Si observamos atentamente los rituales tribales/sociales, los religiosos y otros aún más complejos que escapan a nuestra percepción habitual, quizás podamos entrever que su función real no es la de recordar, enseñar o inculcar algo, sino la de actualizar patrones implicados en la inteligencia. Se basan en el principio de crear un espejo, en el que eventualmente puedan reconocerse a sí mismos niveles de inteligencia y sensibilidad latentes en nosotros. Niveles que de esa manera pueden actualizar su potencial.

Investigar seriamente la lógica profunda de los rituales/marcadores de contexto/espejos y comprender mejor los fenómenos de inducción psíquica y la activación de estructuras psíquicas latentes es una tarea necesaria para que éstos dejen de operar de una manera absolutamente ciega, como sucede en la actualidad. Cuando digo “ciega”, me refiero a la activación de disposiciones y conductas provocadas por las repetitivas coreografías/espejos del inconsciente

colectivo. Las transformaciones icónicas de la matriz caleidoscópica de los arquetipos son las que hacen posible, organizan y coordinan las actividades de la civilización, pero esto ocurre de una manera absolutamente inconsciente para la mayoría de los miembros de la especie.

La imagen se reconoce a sí misma

Más allá de los rituales, existe un fenómeno que ha sido rigurosamente investigado por el psicoanálisis moderno y que todos podemos reconocer: el efecto configurador del psiquismo que posee el acto de reconocerse en un espejo por parte del bebé humano. Este ritual inconsciente actualiza disposiciones latentes en nosotros de un orden completamente diferente a las que se disparan mediante el estímulo de las figuras maternas, paternas o sexuales, entre otras (todas ellas ligadas a conductas comunes al reino animal).

Como sabemos, la inteligencia humana nos permite reconocernos en el espejo a partir de los seis meses. Hasta ese momento, un chimpancé de la misma edad suele haber desarrollado capacidades cognitivas mayores que las nuestras.

La habilidad de reconocerse a sí mismo en la imagen que devuelve el espejo revela un nivel de inteligencia revolucionario en términos evolutivos. Hasta donde sabemos hoy, solamente los elefantes, los delfines y algunos monos son capaces de hacer esto. En un nivel ingenuo, suele parecernos extraño que otros animales como el perro, el gato o el caballo sean absolutamente incapaces de este reconocimiento.

El reconocerse en el espejo expresa el primer nivel en el que la inteligencia que observa se percibe nítidamente a sí misma en aquello que es observado.

Cuando el bebé descubre por primera vez que aquello que está viendo en el espejo es “su” imagen, se disparan una serie de conductas que se repiten casi universalmente. El bebé juega con su imagen con gran alegría y excitación. No sólo disfruta del prodigo cognitivo de descubrirse a sí mismo o verse reflejado, sino que conocer su imagen le posibilita acceder a una mejor coordinación de sus movimientos. Reconocerse le permite confirmar y afirmarse en nuevas habilidades motoras, pero al mismo tiempo es perfectamente visible el magnetismo (excitación) que la percepción de la propia imagen provoca. Esa configuración magnética (erótica) del cuerpo, disparada por la percepción de la autoimagen, instala/dispara esa pauta psíquica que llamamos “narcisismo”, la cual se encuentra en la base de la constitución del yo, la autoconsciencia y las modalidades específicamente humanas del deseo.

La imagen de “sí mismo” reflejada en el marco acotado del espejo la convierte en un objeto para el perceptor. *En una percepción nítidamente recortada de la*

red de relaciones a la que realmente pertenece ese cuerpo. En el niño o niña, se pone en actividad un proceso que lo diferenciará progresivamente de la telaraña de relaciones/sensaciones indiferenciadas que lo envolvían hasta ese momento. Se actualizan una serie de procesos mentales que, tarde o temprano, lo convertirá en sujeto en conflicto inevitable con el tejido vincular del que fue separado. El borde del espejo y la magnetización que actualiza nos hace autoconscientes pero, al mismo tiempo, esa imagen nos separa (distingue en exceso) del mar de patrones que nos constituyen y que no pueden ser percibidos por ese nivel “subjetivizado” de inteligencia/sensibilidad.

El espejo sin borde

Cada vez que vemos un perro peleándose consigo mismo en la imagen que el espejo le refleja, no solemos ser conscientes de que estamos participando en una escena que revela un asombroso salto en la evolución de la inteligencia terrestre. Un nivel de la inteligencia planetaria, la autoconsciencia separativa del humano actualizada a través del espejo, asiste a otro nivel de inteligencia terrestre en el que esa actualización, obvia para el anterior, no se producirá jamás.

Pero desde el punto de vista de un nivel más amplio de la inteligencia planetaria, nosotros, los humanos autoconscientes que nos reconocemos recortados como un objeto/sujeto en el espejo, no podemos reconocernos de manera alguna en el “espejo sin borde” que se encuentra cotidianamente frente a nosotros en los vínculos y acontecimientos de nuestra existencia. Igual que un perro, un pájaro o un caballo se pelean con su imagen reflejada, nosotros entramos en conflicto con todo aquello que *el espejo vincular de nuestras vidas* nos muestra instante a instante. Esto mismo, para otros niveles de inteligencia, no es nada más que el flujo de información que refleja en cada momento lo que realmente somos.

El espejo de la vida no refleja la inteligencia consciente de sí misma en tanto yo, sino la inteligencia del acoplamiento vincular entre “nosotros” y el “mundo externo”. Es decir, *no refleja la inteligencia personal que se reconoce en el espejo de nuestro hogar todas las mañanas*.

El espejo material que refleja nuestra imagen particular nos brinda la información cognitivo–erótica del yo, que se reconoce allí por primera vez y, a partir de ese momento, se perseguirá a sí mismo en el sinfín de actividades magnéticas que configuran el deseo narcisista. La naturaleza de esta actividad specular está siendo investigada a través de la psicología moderna.

Lo que estamos diciendo aquí es que el espejo de los vínculos no nos recorta como un sujeto/objeto, sino que pone en juego un tipo completamente diferente de información: la que revela los rasgos de una estructura que se encuentra más allá del yo. Es la matriz de una entera existencia la que se reconoce a “sí misma” en la autopercepción del patrón vincular de “su vida”. Sin embargo, esto no significa que “yo me reconozco en mis vínculos”.

El yo es un aspecto, o un nivel de funcionamiento de esa estructura que, *precisamente, no puede percibirla*, del mismo modo que un perro no puede

reconocerse a sí mismo por más que, para nosotros, su imagen se encuentre perfectamente reproducida por el espejo que tiene delante de sus ojos.

Cada vez que entrevemos que el significado de un acontecimiento o la información que proviene de un vínculo es absolutamente pertinente a lo que realmente somos, por más que cuestione dolorosamente la imagen que hemos construido de nosotros mismos, se está produciendo un destello de inteligencia vincular. Está ocurriendo algo tan creativo en términos evolutivos como un perro que tuviera ocasionales destellos de que eso que percibe en el espejo, y con lo cual se está peleando, es él mismo.

Eros

En este punto, nuestra conversación se encuentra con su límite: destellos de esta percepción deben producirse realmente en cada uno antes de que pueda haber real comunicación en esta indagación. Para el nivel de pensamiento que genera al yo y todas sus actividades, todo esto que decimos no son más que ideas. Para uno de sus lados, éstas pueden parecer fascinantes pero, para el otro, no son más que un conjunto de disparates, precisamente, porque el pensar de la mente separativa no tiene manera alguna de validarla por sí mismo. Se ve obligado a elegir entre creer o no creer en todo esto. Por más que lo intente, y más allá de sus buenas intenciones, no puede hacer otra cosa (ver [*Psiquis y cosmos*](#)).

Es sólo a partir de cierto nivel de integración psíquica (conexiones neuronales/transformaciones corporales) que esto deja de ser una idea, por el simple hecho de que, en ese caso, dichos destellos perceptivos empiezan a ocurrir naturalmente.

Estos primeros y ocasionales insights suelen ser reconstruidos por la autoconsciencia bajo la forma “yo me reconozco en mis vínculos”. El plano separativo de la percepción se apropiá inmediatamente de la información generada por los niveles más complejos y provoca un sinnúmero de malos entendidos y dobles ligaduras. Pero, en la medida en que el patrón yo aprenda a abstenerse de darle ese significado/sensación, se despertará una inteligencia completamente diferente: la inteligencia vincular es la que empieza a distinguir sus “contornos”.

Del mismo modo en que la percepción de nuestra imagen activa el magnetismo narcisista que se persigue a sí mismo en sus proyecciones y en su anhelo insaciable de confirmación, el *contorno vincular* que refleja el espejo de la existencia despierta otro magnetismo muy diferente al del narcisismo. Este es un fenómeno psíquico y corporal que altera profundamente la estructura del deseo en un ser humano. Retira progresivamente la atracción por los objetos conocidos (los desmagnetiza) y la reorienta hacia lo desconocido.

Como vimos en [*El mundo de los significados*](#), uno de los primeros síntomas de esta alteración es el despertar de la pasión por las conexiones. Esta pasión, que vista desde lo externo puede parecer simplemente cognitiva, nace de una verdadera revolución sensorial que modifica el sistema de gratificaciones y preferencias del sistema nervioso. Esto ocurre en niveles no conscientes, pero opera de una manera decisiva despertando un tipo de

percepción/atracción que espontáneamente comienza a reunir todo aquello que el borde del espejo del yo separó de manera tajante. La autorevelación de los patrones vinculares desmagnetiza progresivamente el exceso de deseo que nuestros hábitos particulares y colectivos depositaron desproporcionadamente en los objetos. Esto se refiere a la valoración desordenada que solemos tener de cuáles son nuestras necesidades biológicas reales, como la comida, la seguridad del cuerpo, la sexualidad, etc.

Por otra parte, va retirando la *carga de deseo narcisista* depositado en ellos, así como la *carga mítica* que la matriz icónica de los arquetipos proyecta sobre el mundo más allá de nosotros. Esta reabsorción de las excitaciones ancestrales reorganiza las conductas de un modo completamente diferente al de todos los intentos anteriores destinados a combatir los excesos sensuales y el egoísmo. No se trata ya de ideas, conclusiones o principios éticos que exigen que nuestros futuros comportamientos tengan absoluta coherencia con ellos. No se trata de negación, idealización, represión o cualquier dirección del deseo que provenga de la acción de la voluntad. Se ha actualizado una estructura psíquica completamente diferente a la que generó los dramas repetitivos del conflicto moral (autoridad, represión, superyó, conciencia moral o como prefiramos llamarla).

Cuando estos destellos perceptivos son reales, comienza a producirse la magnetización (erogenización) correspondiente a ellos. Del mismo modo en que el bebé queda magnetizado por su imagen, la íntima y creciente resonancia entre lo externo y lo interno opera en el cuerpo y altera espontáneamente las modalidades del deseo ligadas a la percepción separativa del yo. La presencia del *vínculo como fundamento perceptivo* abre un espacio completamente nuevo en el cual se activa naturalmente el deseo por el florecimiento conjunto de todo lo que es. Ese magnetismo es el amor. No el amor de alguien por otros o por el mundo, sino el *Eros inherente al acoplamiento estructural de todo lo que es*. El Eros del cual cada organismo particular con sus peripecias es tan sólo un aspecto necesario para la existencia del entrelazado vincular.

Qué es mapear

El mundo de los significados

Psiquis y cosmos

Maya

El despliegue de las epistemologías

Glosario

Acoplamiento estructural: concepto de los biólogos Humberto Maturana y Francisco Varela. Cuando el medio no instruye ni determina los cambios estructurales de un organismo, sino que sólo los dispara (y viceversa), se produce una historia de cambios estructurales concordantes mutuos, que estos autores denominan “acoplamiento estructural”.

Algoritmo: (*Matemáticas y ciencias de la computación*) conjunto de instrucciones o reglas definidas, ordenadas y finitas que permite realizar una actividad mediante pasos sucesivos que no generen dudas a quien deba realizar dicha actividad.

Arquetipo: del griego *arqué* (ser el primero) y *tipo* (modelo), es decir, modelo original y primario del cual derivan las cosas concretas. La acepción moderna fue introducida por Carl G. Jung dentro del campo de lo psíquico. Los arquetipos son estructuras psíquicas inconscientes comunes a toda la humanidad, que sólo pueden ser percibidas a través de sus manifestaciones simbólicas (imágenes, mitologías, sueños, etc.). La consideración de una dimensión arquetípica en el fenómeno humano implica aceptar que está sustentado en una matriz formal que, además de moldearlo, le da dirección y sentido.

Código: reglas para convertir un elemento de información en otra forma o representación.

Código de encuentro: reglas de correspondencias latentes entre elementos o dimensiones que hasta ese momento parecen separados que, al activarse, revelan su acoplamiento estructural. Ver [La transformación de la Tierra](#).

Contexto: conjunto de conocimientos y supuestos (conscientes e inconscientes, compartidos o no) que constituyen el entorno, tanto material como simbólico, en el que se producen e interpretan las interacciones en cualquier relación.

Doble ligadura o doble vínculo: término utilizado por Gregory Bateson en su teoría de la esquizofrenia para indicar la situación comunicativa en la que una persona recibe mensajes diferentes o contradictorios.

Epistemología: el conjunto de proposiciones que rige la manera en la que percibimos. La mayoría de estas proposiciones están más allá de nuestro nivel consciente (Bateson). En el contexto de este libro, son entendidas como

correspondencias a priori entre lo que se nos aparece como mundo interno y el externo. El despliegue de este sistema de correspondencias es el potencial Psquis/Cosmos.

Fractal: término propuesto por Benoit Mandelbrot. Un objeto geométrico cuya estructura básica se repite a diferentes escalas, es decir, un patrón de autosemejanza que mantiene su forma independientemente de su tamaño o de la distancia desde la cual se lo percibe.

Holon: Un holón es algo que es, a la vez, un todo y una parte. La palabra fue utilizada por primera vez por Arthur Koestler en su libro “El espíritu de la máquina”. El universo manifestado consistiría en una serie infinita de holones. Ken Wilber dice: “Que todas las cosas sean holones significa que todas las cosas son contextos que se hallan dentro de otros contextos y que cada contexto aporta un significado nuevo y auténtico al holón original”.

Horizonte de sensibilidad: el umbral más allá del cual es imposible que un organismo o conjunto de organismos registre la existencia de información. Lo que llamamos “realidad” depende de la información que podamos registrar y las transformaciones concretas o simbólicas que podamos realizar con ella. Ver [La transformación de la Tierra](#).

Lenguajes sagrados: sistemas simbólicos que comunican la experiencia de la no separatividad. La diferencia fundamental con los otros lenguajes es que todas sus “unidades elementales” o “letras” se encuentran entrelazadas en resonancia mutua, es decir, remiten recursivamente las unas a las otras y es imposible aislarlas de las demás. Los lenguajes sagrados son sistemas simbólicos en los que cada uno de sus componentes está estructuralmente entretejido con todos los demás. Algunos de los más conocidos son el I Ching, la cábala, la astrología, la alquimia, el tarot, el tantra, etc. Ver [Psquis y cosmos](#).

Matriz: Una matriz es un “generador de forma”. Por ejemplo, en la matriz de una mujer, se genera la “forma corpórea” de su hijo. De modo análogo, muchas culturas han aceptado la idea de que existe una “Matriz Cósmica” que genera los “patrones” que moldean nuestra existencia. Más generalmente, una matriz es como un “sello” que marca y fija una estructura u orden en donde antes no lo había.

Maya: En el hinduismo, Maya es la deidad que manifiesta, perpetúa y gobierna la “ilusión” y el sueño de la dualidad en el universo de los fenómenos.

Meme: unidad de información cultural transmisible de un individuo a otro, de una mente a otra, o de una generación a la siguiente. Buscan replicarse a sí mismos, evolucionando a la par de los genes y en combinación recíproca. Un meme puede ser una tonada pegadiza (cuanto más pegadiza mejor para el meme), una moda cultural, las leyes que acatamos (manejar por la derecha o por la izquierda) y hasta el apretón de manos.

Mente tecnológica: el nivel de inteligencia capaz de configurar un objeto en la conciencia sosteniendo esa representación el tiempo suficiente como para realizar modificaciones en ella hasta alcanzar un resultado deseado. En el texto, se la denomina también “mente controladora” o “mente subjetiva-objetiva”.

Patrón: regularidad discernible en todo proceso, tanto en el mundo material como en los vínculos o el psiquismo. Los elementos de un patrón se repiten de un modo previsible.

Proceso de individuación: movimiento de maduración inherente a la psique en el que pueden distinguirse fases. Este proceso de transformación es muy delicado y ciertas fases son inaccesibles para la mayoría de los seres humanos. Este concepto de la psicología profunda de Jung es, en alguna medida, asimilable al de iniciación, presente en muchas tradiciones espirituales.

Proyección: mecanismo psicológico por el cual desconocemos atributos o cualidades propias y, en cambio, los percibimos en nuestras relaciones, experimentándolos como si fueran algo exterior y no como parte de nosotros mismos.

Recursión: (*Matemáticas y ciencias de la computación*) Un proceso se dice “recursivo” si en su desarrollo vuelve (o retorna) sobre sí mismo, pero almacenando en la memoria los valores de sus reiteradas entradas y salidas.

Sincronicidad: concepto acuñado por Jung para referirse a las coincidencias significativas de dos o más hechos que aparecen más o menos simultáneamente y que están vinculados entre sí por el sentido, pero carecen de conexión causal aparente (en el alcance usual de la causalidad, como “causa eficiente”). De estos hechos, uno, al menos, es interno (sueños, pensamientos, estado anímico, etc.). Una sincronicidad es un puente entre un hecho físico externo y un hecho psicológico interno. La importancia de esta noción es que desafía la división absoluta entre “mundo exterior – objetivo” y “mundo interior – subjetivo”.

Software: el conjunto de componentes lógicos de un sistema informático que hacen posible la realización de tareas específicas, en contraposición a los componentes físicos, que son llamados *hardware*.

www.inteligenciaplanetaria.com

Próximo título:

Flavio Cabobianco—*Todos venimos del Sol*

Inteligencia planetaria es un reconfigurador de cerebros con una sensibilidad específica. Se describe aquí un proceso que está sucediendo indefectiblemente en la humanidad pero a la vez se lo cataliza, se lo acelera.

La magia de este libro no yace en sus ideas. Sus ideas no son únicas. Tampoco son netamente científicas o netamente místicas. Eso sí, tienen el coraje de andar en un nuevo terreno, el de la más fina integración que conozco.

Las mentes de Eugenio han hecho el amor con seriedad. Su mente lógica escucha a su mente mística y viceversa, incluso cuando no se entienden.

El fruto de ese amor explota página a página y si es escuchado bien, activa el de nuestras propias mentes, que siempre pueden hacer eco de los intentos de profundizar su diálogo.

Flavio Cabobianco
Autor de *Todos venimos del Sol*

Vladí

Notas

[←1]

Nuestro lenguaje es tan unidireccional que nos obliga a construir frases intrincadas y al mismo tiempo equívocas cada vez que queremos dar cuenta de encuentros, es decir, de procesos necesariamente bidireccionales o incluso multidireccionales. En una lógica unidireccional, se puede afirmar que un extremo de la relación se apropiá del otro o se adapta a él. Por eso, sería igualmente válido decir que la radiación solar se “apropia” de la materia terrestre o se adapta a ella. Cada vez que el lado que está habituado a creer que se apropiá percibe la relación desde el otro lado, el resultado es perturbador. Sin embargo, es bastante evidente que en una lógica del encuentro o inteligencia vincular, la palabra “apropiación” sólo puede designar a una patología.

[←2]

Desafortunadamente, se ha hecho habitual traducir al castellano el concepto de Bateson double bind como doble vínculo. Doble ligadura es una traducción mucho más precisa y es la que voy a utilizar a lo largo de estos textos.

[←3]

Con “construcción” no nos estamos refiriendo a la actividad de un sujeto particular, grupo o clase social cuyas ideas y supuestos organizan la realidad ideológicamente de acuerdo a sus intereses y condicionamientos. No estamos hablando de discursos de poder, posiciones ideológicas, creencias religiosas o construcciones “mediáticas” de la realidad, entre otros, tal como se plantea en las corrientes postmodernas del pensamiento. “Construcción” debe entenderse aquí como una actividad no consciente propia del condicionamiento del cerebro humano en general, más allá de cualquier tendencia de origen social, cultural o civilizatorio. Todas estas tendencias en conflicto forman parte de la actividad constructiva a la que nos referimos, pero en un nivel superficial, en relación a la creencia (cerebral) en la existencia de los objetos y del sujeto como entidades independientes.

[←4]

Al decir “orgullo” nos referimos a una actividad inteligente que se resiste de manera empecinada a reconocer y aceptar sus limitaciones estructurales aún cuando tenga plena evidencia de ellas.

[←5]

Para un cerebro condicionado por la civilización occidental, es importante percatarse de que, en esta tradición, el despertar a este hecho recién ha comenzado.

[←6]

Sin embargo, no debemos confundir de manera alguna esto último con las actividades de tipo mediúmnico o con las llamadas “canalizaciones”, por cuanto en estos casos no se trata de la respuesta espontánea del pensamiento a la presencia de la inmensidad, sino de una interpretación cosificante que reduce lo desconocido al nivel concreto de una entidad. En este caso, la dinámica sujeto–objeto no se ha detenido en el cerebro y existen claros riesgos de aquello que Jung y la psicología moderna han llamado “inflación del yo”.

[←7]

Es irrelevante que esta conciencia sea la humana o que se extrapolen estos rasgos a una inteligencia supuestamente divina. El hecho es que lo que se concibe como “superior” es la conciencia de sí.

[←8]

Es irrelevante que se le dé la forma de un dios creador o del sujeto autónomo pensante. La estructura mental es la misma en ambos casos.

[←9]

Los lenguajes sagrados son sistemas simbólicos en los que cada uno de sus componentes está estructuralmente entrelazado con todos los demás. Algunos de los más conocidos son el I Ching, la Cábala, la astrología, la alquimia, el tarot, el tantra, etc.

[←10]

Tengamos presente que los niveles más profundos de la tradición visionaria (ver Tendencias de la mente) han ido mucho más allá de este horizonte causal-explicativo, así como las explicaciones cibernéticas o cuánticas de la corriente objetiva se encuentran hoy en su frontera. No estamos tratando de estipular aquí si ésta es la estructura de la realidad o no, sino de darnos cuenta del tipo de coherencia que requiere la mente en sus distintos niveles de actividad.

[←11]

Es importante advertir que la mente inconscientemente organizada por la causalidad lineal, una vez que ha eliminado las explicaciones universales de origen divino, deberá atribuir necesariamente a la acción del azar cualquier evento o proceso al que aún no le haya encontrado explicación. Causalidad y azar pertenecen al mismo contexto mental, del mismo modo que la acción de las fuerzas malignas es necesaria para explicar lo “inexplicable” de la voluntad de dios.

[←12]

El malentendido habitual implicado en la palabra “desapego” es el de creer que la disolución del apego significa un distanciamiento mental de la experiencia que se ha desprendido de toda vitalidad y sensibilidad. Aquí, nos estamos refiriendo al estado de un cuerpo, intensamente vital y sensible, que se ha desprendido de las reacciones (preferencias y rechazos) grabados en el pasado. Un cuerpo que siente plenamente en el presente.

[←13]

Me refiero a la trilogía filmica Matrix de los hermanos Wachowski.

[←14]

El conjunto de supuestos que rigen la manera en la que percibimos, la mayoría de los cuales están más allá de nuestro nivel consciente.